

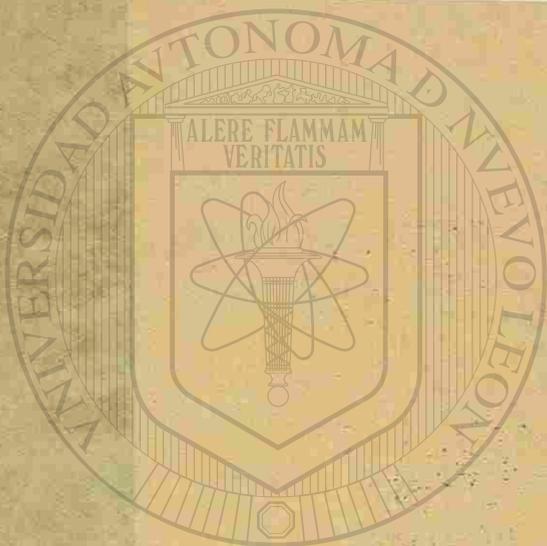
ROMA

ROMA

PQ2516  
A67  
1905  
V.1  
.



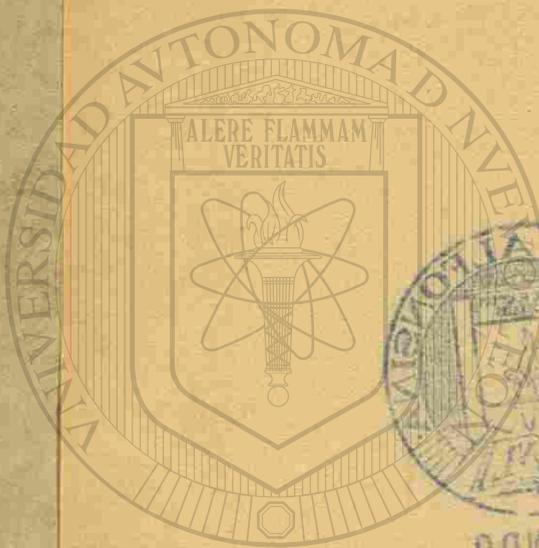
1020026929



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



ROMA

Núm. Clas. 786  
Núm. Autor 786  
Núm. Adg. 30813  
Procedencia -8-  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó Ag  
Catalogó \_\_\_\_\_

OBRAS DEL MISMO AUTOR

de venta en esta Casa Editorial

<i>L' Assommoir</i>	2 tomos
<i>Los misterios de Marsella</i>	1 >
<i>Teresa Raquin</i>	1 >
<i>Lourdes</i>	2 >
<i>Roma</i>	2 >
<i>Paris</i>	2 >
<i>Fecundidad</i>	2 >
<i>Trabajo</i>	2 >
<i>Verdad</i>	2 >
<i>Naná</i>	2 >

LAS TRES CIUDADES  
LOURDES, ROMA, PARÍS

# ROMA

POR

EMILIO ZOLA

TRADUCCIÓN

de

AGUSTÍN DE CARREAU

Tercera edición

TOMO PRIMERO

101187

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1905 MONTERREY, MEXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA

BUENOS AIRES

Casa Editorial Maucci  
Calle Mallorca, 166

Maucci Hermanos  
Calle Cuyo, 1070

1905

30813

833  
Z



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

*Esta obra es propiedad de la Casa  
Editorial Maucci, de Barcelona.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
1967  
25  
46  
7  
1905

**CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA**

**U. A. N. L.**

**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS**

Tipografía de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona,



# ROMA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1025 MONTORREY, MEXICO

I

El viaje había sufrido grandes retrasos durante la noche entre las estaciones de Pisa y Civita Vecchia, y en el momento en que el abate Pedro Froment se apeó del tren, en Roma, después de un pesado y fatigoso viaje de veinticuatro horas, iban á dar las nueve de la mañana. No llevaba consigo más que una maletita de mano y salió con mucha ligereza del vagón, cruzando por entre el barullo y las apreturas de la llegada, rechazando los servicios de los mozos y cargando con su poco pesado equipaje, y esto lo hizo con el deseo que tenía de llegar, de encontrarse, á solas y de verlo todo. Y en seguida, delante de la estación, en la plaza de los Quinientos, subió á uno de esos ligeros cochecitos descubiertos que están alineados á lo largo de la acera y colocó la maletita á su lado, diciendo al cochero:

—Vía Julia, palacio Bocanera.

Era un lunes, el 3 de Septiembre, y una de esas mañanas de cielo claro, de una diaphanidad y suavidad admirables. El cochero, hombrecillo obeso, de ojos brillantes y dientes muy claros, sonrióse al reconocer, por el acento á un presbítero francés. Fustigó al huesudo caballo y arrancó el vehículo con esa ligereza de los coches de punto romanos, tan limpios y alegres. Pero á los pocos momentos y después de bordear los macizos

del Jardinitillo, al llegar á las Termas, se volvió, siempre sonriente y señalando las ruinas con el látigo:

—Las Termas de Diocleciano,—dijo en un mal francés de cochero servicial, deseoso de complacer á los extranjeros para de ese modo asegurarse un parroquiano.

El coche bajó al trote largo la gran pendiente de la calle Nacional que se desarrolla desde las alturas del Viminal, en donde se halla la estación. Y desde entonces no cesó el cochero, volviendo la cabeza á cada monumento y enseñándolo con el mismo gesto, de decir su nombre. En aquel extremo de una calle nueva no había más que edificios de reciente construcción. El movimiento del látigo fué más acentuado, la voz se hizo más sonora, si bien con algún tanto de ironía, cuando, hacia la izquierda, indicó y nombró una construcción inmensa, reciente y llena de yeso aun, inmenso amasijo de piedras sobrecargado de esculturas, frontispicios y estatuas.

—El Banco Nacional.

Desde la época en que decidió aquel viaje, pasó Pedro muchos días estudiando la topografía de Roma en los planos y en los libros, así que hubiera sabido guiarse sin tener que preguntar su camino, encontrándole muy prevenido todas las explicaciones. Lo que, sin embargo, le despistaba algo, eran aquellas pendientes repentinas, aquellos montes que hacen que se escalonen á modo de terrazas ciertos barrios. A la sazón, y hacia la derecha subían macizos de verdor en lo alto de los cuales extendíase un edificio interminable, amarillo y desnudo, convento ó cuartel, al parecer.

—El Quirinal, palacio del rey,—dijo el cochero.

Más abajo y en el momento en que el carruaje daba la vuelta á una plaza triangular, Pedro, que levantó la cabeza, quedóse admirado al ver en lo alto y sostenido por un gran muro liso, un jardín colgante en el que se recostaba sobre el fondo límpido del cielo el elegante y vigoroso perfil de un centenario pino parasol. Comprendió todo el orgullo y la gracia de Roma.

—La villa de Aldobrandini.

Luego fué, pero aun más abajo, una visión rápida la que acabó de apasionarle. De nuevo formaba la calle un brusco recodo y de pronto en el ángulo, y por el ex-

fremo de sombría callejuela, producíase un portillo de luz; allá abajo velase una plaza blanca como un pozo de sol lleno de su deslumbrante polvillo dorado y en medio de aquella gloria matinal elevábase gigantesca columna de mármol completamente dorada por la parte en que los rayos del astro del día la iluminaba desde hacía tantos siglos. Quedóse sorprendido cuando el cochero se la nombró, porque no la había imaginado de aquella manera, en aquel agujero deslumbrador en medio de las sombras vecinas.

—La columna de Trajano.

Al final de la cuesta, la calle Nacional daba por última vez la vuelta y entonces se oyó una serie de nombres pronunciados por el cochero mientras que el caballo seguía un trote vivo sostenido; el palacio Colonna, cuyo jardín está lleno de entecos cipreses; el palacio Torlonia, medio despanzurrado por los embellecimientos y ensanches modernos; el palacio de Venecia, desnudo y temible, con sus muros almenados, su trágica severidad propia de una fortaleza de la Edad Media, olvidada allí en medio de la vida burguesa de hoy día. Ante el aspecto inesperado de las cosas fué en aumento la sorpresa de Pedro; empero, el golpe fué más rudo en el momento que el cochero con el látigo le señaló triunfalmente el Corso, una larga y estrecha calle, apenas tan ancha como la nuestra de Saint-Honoré, blanca de sol á la derecha, negra de sombra á la izquierda y en el extremo de la cual la lejana plaza del Pópolo hacía como una estrella de luz; ¡era aquel el corazón de la ciudad, el paseo célebre, la vía viviente á donde afluya toda la sangre de Roma?

Después de esto el coche se internó en la avenida de Víctor Manuel, que es la continuación de la calle Nacional, y son las dos arterias que han cortado de parte á parte la antigua ciudad desde la estación al puente de Santángelo. A la izquierda destacábase el redondo ábside de Jesús, todo él iluminado por la alegría de la mañana. Más allá, entre la iglesia y el pesado palacio Alfieri, que no se han atrevido á derribar, estrangulábase la calle y se entraba en una sombra húmeda, glacial. Pasado esto, más allá, ante la fachada de Jesús, en la

plaza, empezaba el sol otra vez resplandeciente, iluminándolo todo y extendiendo sus doradas superficies, mientras que en lontananza, en la calle de Aracaeli, igualmente cubierta de sombra, aparecían algunas palmeras soleadas.

—Allá abajo está el Capitolio,—dijo el cochero.

Inclinóse el presbítero con mucha viveza, pero sólo pudo ver una mancha verde al final de un tenebroso corredor. Estaba como penetrado por un estremecimiento por aquellas repentinas alternativas de cálida luz ó fría sombra. Delante del palacio de Venecia, delante de Jesús, figurósele que toda la noche de antiguos días le helaba los hombros; después era en cada plaza, en cada rotura producida por las nuevas vías, un regreso á la luz, con la dulzura alegre y tibia de la vida. Los rayos del sol amarillento caían de las fachadas recortando rectamente las sombras violáceas. Por entre el hueco de los tejados, vislumbrábanse bandas de un cielo muy azul y limpio. Y encontró al aire que respiraba un gusto especial, aun indeterminado; un gusto de fruto que aumentaba en él la fiebre de la llegada.

No obstante la irregularidad de su trazado es una hermosa vía á la moderna la avenida de Victor Manuel, y Pedro, podía figurarse que se hallaba en una gran ciudad cualquiera, dotada de esos grandes edificios hechos para producir. Empero, cuando pasó por delante de la Cancillería, la obra maestra de Bramante, el monumento tipo del Renacimiento romano, volvió su asombro, su espíritu tornó á los palacios que entrevió, á aquella arquitectura desnuda, colosal y pesada, á aquellos inmensos cubos de piedra parecidos á hospitales ó á cárceles. Nunca habíase él figurado que fuesen así los famosos palacios romanos, que estuviesen sin gracia ni fantasía y sin magnificencias exteriores. Evidentemente todo aquello era muy hermoso y acabaría por comprenderlo, pero antes debería reflexionar.

Bruscamente abandonó el carruaje la populosa avenida de Victor Manuel y penetró en tortuosas callejuelas por las que pasó con mucho trabajo. La calma se impuso, el desierto, la antigua ciudad dormida y fría se encontraban al abandonar los claros de sol y las multitudes de la ciu-

dad nueva. Recordó los planos consultados y se dijo que se acercaba á la vía Julia y su curiosidad, que se había aumentado, se acrecentó entonces hasta el extremo de hacerle sufrir, desesperado por no poder ver más, por no poder saber en seguida mucho más. En el estado de fiebre en que se hallaba desde que emprendiera el viaje, los asombros que experimentaba al no encontrar las cosas tal como esperó; los choques que acababa de recibir su imaginación, no hacían más que agravar su pasión y le impulsaban el deseo agudo é inmediato de contentarse. Apenas eran las nueve y podía aún disponer de toda la mañana para presentarse en el palacio Bocanera, ¿por qué no hacer que, sobre la marcha, le llevasen al sitio clásico, á la cumbre desde la que se vé Roma entera extendida sobre sus siete colinas? Cuando este pensamiento se apoderó de él, le torturó tanto, que al cabo tuvo que ceder.

El cochero había dejado de volverse y Pedro se incorporó en el asiento para darle nuevas señas.

—A San Pietro in Montorio.

Al principio admiróse el cochero; pareció no comprender y con un movimiento del látigo, indicó que estaba allá abajo, muy lejos. Al fin, observando que el cura insistía, volvió á sonreír complacientemente meneando la cabeza con aire amistoso... Bueno... si lo quería así, iría.

El caballo echó á andar otra vez, pero con trote más rápido, por entre un dédalo de estrechas callejuelas. Siguiéron una, ahogada entre elevadas paredes y á la que la luz bajaba como al fondo de un foso. Luego, al extremo de ésta, hubo un regreso repentino á la luz y se atravesó el Tiber por el antiguo puente de Sixto IV, mientras que á derecha é izquierda se extendían los nuevos muelles con el estropicio y, los manchones de yeso de las nuevas construcciones. Al otro lado el Transtibere, estaba también despanzurrado y el carruaje subió la pendiente del Janículo, siguiendo una ancha vía en la que se veían grandes placas con el nombre de Garibaldi. Una vez más hizo el cochero su gesto de orgullo bonachón al nombrar aquella vía triunfal:

—Vía Garibaldi.

El caballo tuvo que acortar el paso, y dominado Pedro por infantil impaciencia, volvíase para ver la ciudad á me-

dida que á su espalda se iba extendiendo y descubriendo más. La subida era muy larga y los barrios surgían por todas partes, hasta en las lejanas colinas. Aun dominándole la emoción creciente que hacía latir su corazón, parecióle que echaba á perder la satisfacción de su deseo desmigándolo así con la conquista lenta y parcial del horizonte. Quería recibir el golpe cara á cara, Roma entera vista con una sola ojeada, la ciudad santa amontonada, abrazada en un solo abrazo. Y tuvo la fuerza de voluntad bastante para no volverse más á pesar de los impulsos de todo su sér.

En lo alto hay una vasta terraza; allí se encuentra la iglesia de San Pietro in Montorio en el sitio en que, según dicen, fué crucificado San Pedro. La plaza es desnuda y rojiza, recocida por los grandes soles del estío, mientras que un poco más allá, la corriente clara y susurrante del Aqua Paola cae espumante de las tres pilas de la fuente monumental, con una frescura eterna. A lo largo de la baranda ó parapeto que rodea la terraza, cortada á pico sobre el Transibere, alinéanse constantemente los viajeros, ingleses delgados, alemanes de cuadrados hombros, con la boca abierta por la tradicional admiración y en la mano la guía, que consultan á cada instante para reconocer los monumentos.

Saltó Pedro con mucha ligereza del coche, dejando la maleta en la banqueta y haciendo una señal para que se esperase el cochero, que se fué á la fila de los otros carruajes quedándose sentado filosóficamente en el pescante al sol, con la cabeza baja como su caballo, resignados ambos de antemano á la larga espera de costumbre.

Mientras tanto Pedro contemplaba ya con toda su vista, con toda su alma y de pie, apoyado en el parapeto, con su ceñida sotana negra, con las manos enlazadas nerviosamente apretadas y ardorosas de fiebre. ¡Roma! ¡Roma! ¡La ciudad de los Césares, la ciudad de los Papas, la ciudad Eterna que dos veces conquistó el mundo! ¡La ciudad predestinada del ensueño ardiente que acariciaba desde hacía meses! ¡Allí estaba al fin! ¡La vez! Algunas tempestades de los días anteriores habían hecho que disminuyesen los grandes calores de Agosto, y aquella admirable mañana de Septiembre, refrescaba algo en el azul ligero del cielo sin

lacha, infinito. Y era una Roma inundada de dulzura, una Roma de ensueño, que parecía evaporarse á la clara luz del sol matinal. Una tenuísima neblina azulada flotaba sobre los techos de las casas de los barrios bajos, pero era apenas sensible y tenía la delicadeza de la gasa, mientras que la inmensa campiña, los montes en lontananza, se perdían en el rosa pálido. Al principio no distinguió nada, no quiso detenerse en ningún detalle; se entregó á Roma entera, al coloso viviente, tendido delante de él sobre aquel suelo hecho del polvo de las generaciones. Cada siglo que pasó, renovó su gloria como bajo la savia de una juventud inmortal. Lo que se apoderaba de él, lo que hacía que latiese con mucha más fuerza su corazón con fuertes golpes en ese primer encuentro, era el que hallaba á Roma tal cual la deseaba, matinal y rejuvenecida, con una alegría voladora, casi inmaterial, toda ella sonriendo á la esperanza de una vida nueva, á aquel alba tan pura de un hermoso día.

Entonces, Pedro, inmóvil y en pie ante tan sublime horizonte, con las manos siempre enlazadas y ardientes, revivió en pocos minutos los tres últimos años de su vida. ¡Ah! ¡Qué año más terrible el primero, el que pasó en el fondo de su casita de Neuilly, con las puertas y ventanas cerradas, escondido en ella como un animal herido que agoniza! Regresaba de Lourdes con el alma muerta, sangrándole el corazón y no teniendo en sí más que cenizas. El silencio y la noche se extendieron sobre las ruinas de su fe y su amor. Pasaron días y más días sin que sintiese latir sus venas, sin que se levantase una luz iluminando las tinieblas de su abandono. Vivía maquinalmente y esperaba tener el valor de apearse á la existencia en nombre de la razón soberana, que le hiciera sacrificarlo todo. ¿Por qué no conformaba tranquilamente su vida á sus nuevas certidumbres? ¿Por qué, pues, ya que se negaba á abandonar la sotana, fiel á un amor único y por asco al prejuicio, no se imponía como tarea el estudio de alguna ciencia permitida á un clérigo, la astronomía ó la arqueología? Pero alguno lloraba en él, su madre sin duda, una inmensa ternura perdida que nada había aún saciado, que se desesperaba sin fin al no poderse contentar. Era el continuo sufrimiento de su soledad; la lla-

ga que había quedado vivía en la alta dignidad de su razón reconquistada.

Más adelante, una tarde de otoño, bajo un triste cielo de lluvia, púsbse la casualidad en relaciones con un anciano presbítero, con el abate Rose, vicario de Sainte-Marguerite, en el faubourg Saint Antoine. Fuéle á visitar en el fondo del húmedo cuarto bajo que ocupaba en la calle de Charonne, y cuyas tres modestas habitaciones convirtiera en un asilo para las criaturas abandonadas y que el buen abate recogía en las calles vecinas. Y desde aquel instante su vida cambió, entró en ella un interés todopoderoso y poco á poco fuese convirtiéndose en el auxiliar del anciano presbítero. El camino era largo desde Neuilly á la calle de Charonne y al principio sólo lo recorrió dos veces á la semana. Más adelante se tomó esa molestia todos los días y se iba por la mañana para no volver hasta la noche. Como las tres habitaciones no bastaban, hubo que alquilar el cuarto principal en el que se reservó una salita en la que se quedaba á dormir muchas noches, y sus escasas rentas gastábanse en eso, en ese socorro inmediato prestado á la infancia desvalida; y el anciano cura, admirado, conmovido hasta derramar lágrimas, por aquel desprendimiento juvenil que le caía del cielo, le abrazaba llorando y le llamaba el hijo del buen Dios.

La miseria, la miserable y abominable miseria, conocióla Pedro entonces; vivió en su casa y con ella durante dos años. Aquello empezó por esos pobres niños desvalidos á los que recogía en el arroyo ó que le llevaba la caridad de los vecinos á la sazón que el asilo era ya conocido en el barrio; niños, niñitas, de los más pequeños caídos en el arroyo mientras sus padres y madres trabajaban, se emborrachaban ó se morían. Con frecuencia el padre había desaparecido, prostituyéndose la madre, ó la borrachera y el desorden entraron en el hogar con la huelga ó con la parada forzosa; aquello era el lanzamiento de la cría al arroyo; los más pequeños y débiles para que pereciesen de hambre y de frío en la acera, y los fuertes y crecidos para volar hacia el crimen ó el vicio. Una noche en la calle de Charonne y bajo las ruedas de un camión, recogió dos niñitos, dos hermanitos, que ni siquiera pudieron darle sus señas, y procedentes no se

sabía de donde. Otra noche, volvió á casa llevando en brazos una niña, rubio angelito que apenas tenía tres años, á la que halló bajo un banco llorando y diciendo que su mamá la había dejado allí. Más tarde, á la fuerza, de esos pobres y desplumados pajarillos arrojados del nido, tuvo que remontarse á los padres; pasar de la calle á los tabucos míseros, internándose cada día más en aquel infierno, acabando por conocer todo su espantoso horror, con el corazón ensangrentado, experimentando terroríficas angustias de vana caridad.

¡Ah! ¡Doliente ciudad de la miseria, abismo sin fondo del sufrimiento y del desastre humano! ¡Cuántos viajes hizo á ella durante esos dos años que tanto trastornaron su sér! En aquel barrio de Sainte Marguerite, en el seno mismo del faubourg Saint Antoine, tan activo, tan animoso y valiente para el trabajo, descubrió sórdidas habitaciones, callejones enteros de casuchas sin aire y sin luz, con humedades de cueva en las que se pudre, corrompe, agoniza y se emponzoña una población miserable. A lo largo de la escalera, medio derruida, los pies se escurren en la basura en ella amontonada y en todos los pisos vése la misma desnudez, la misma basura y una vil promiscuidad. Faltan los cristales y el viento y la lluvia entran á torrentes. Muchos son los que se acuestan sobre el duro suelo sin desnudarse jamás. Allí no hay muebles ni ropa blanca, se lleva una vida de bestia, que se contenta y se desahoga como puede arrastrada por la casualidad del instinto y del hallazgo. Allí dentro, en montón confuso, véense todos los sexos, todas las edades, la humanidad vuelta á la animalidad por la desposesión de todo-lo indispensable, por una indigencia tal y tan grande, que se disputan á dentelladas las migajas barridas de las mesas de los ricos. Y la peor era esa degradación de la criatura humana, que no es la del salvaje que va desnudo, cazando y comiendo su presa en los bosques primitivos, sino la del hombre civilizado que vuelve á ser el bruto con todas las manillas de su decadencia, manchado, afeado, debilitado en medio del lujo y de los relinamientos de una ciudad reina del mundo.

En todos los hogares halló Pedro la misma historia. En los principios de la vida hubo juventud, alegría y se acep-

ló valerosamente la ley del trabajo. Más tarde sobrevino el cansancio, ¿á qué trabajar para no ser nunca rico? ¿Á qué? El marido bebió algunas veces para obtener así su parte de dicha, la mujer dejó que se relajasen sus vínculos con el hogar y descuidó sus quehaceres bebiendo también algunas veces, dejando que los hijos creciesen al azar. El medio ambiente era de los más deplorables y la ignorancia y el hacinamiento hicieron lo demás. Con mucha frecuencia la huelga era la gran culpable; no se contenta con vaciar el cajón de los ahorros, sino que enmohece el ánimo para el trabajo y acostumbra á la pereza. Durante las semanas vacíanse los talleres, los brazos dejan de trabajar y es imposible, en ese París, tan febril y activo en sus movimientos, encontrar el trabajo más insignificante. Y por la noche el hombre vuélvese llorando, renegando á su casa después de haber ofrecido en todas partes sus brazos, no habiendo tan siquiera una plaza de barrendero de las calles porque, como la colocación es de las buscardas, se necesitan protección y recomendaciones para obtenerla. ¿No es una cosa monstruosa ver en esas calles de la gran capital, en las que resplandecen y resuenan los millones, á un hombre que busca trabajo para comer y que ni lo encuentra ni puede comer? La mujer no come, los hijos tampoco. Entonces se presenta la negra miseria, el hambre, el embrutecimiento; más tarde la rebelión y la ruptura de todos los lazos sociales ante la horrenda injusticia de pobres seres á los que su debilidad condena á muerte. Y el anciano obrero, aquel al que cincuenta años de dura labor han gastado los miembros, sin que en su vida haya podido ahorrar unos céntimos ¿á qué camastro de agonía irá á morir, al fondo de qué cueva ó desván? ¿Sería preciso rematarlo con un mazazo, como á bestia de carga inútil el día en que dejando de trabajar deje de ganar para mal comer? Casi todos iban á morir al hospital mientras que otros desaparecían ignorados, arrastrados por el torrente fangoso de la calle. Una mañana, en el fondo de algún infame chiscón, tendido sobre un montón de paja podrida, descubrió Pedro á uno de esos desdichados que había muerto de hambre y de frío, olvidado allí hacía una semana y al que las ratas habíansele comido la cara,

Fué un día del último invierno cuando su compasión se desbordó. Durante el invierno los sufrimientos de los miserables son atroces, horrendos en aquellos tabucos sin fuego y en los que la nieve penetra por las juntas. El Sena arrastra témpanos de hielo, el suelo está endurecido por las heladas y muchas clases de industrias vense obligadas á hacer paradas forzosas. En los barrios de los traperos, obligados al descanso, vense bandadas de chicuelos descalzos, apenas cubiertos sus cuerpos de andrajos, hambrientos y fosiendo, arrastrados por brucas ráfagas de tisis. En esos sitios encontraba familias, mujeres con cinco y seis niños, hechos un rebujo, un montón para entrar en calor y que no habían comido hacía tres días. Y fué en aquella terrible noche cuando él penetró el primero en el fondo de una sombría avenida, en la habitación del terror, en la que una madre desdichada habíase suicidado con sus cinco hijitos, impulsada por el hambre y la desesperación, drama de la miseria que debía hacer que París se estremeciese durante unas cuantas horas. Allí no había ni un mueble, ni un pedazo de trapo, porque todo ello debía haberse ido vendiendo pieza á pieza en casa del traperero ó prendero más inmediato. Allí no había más que el hornillo encendido y cuyo carbón humeaba aún. Sobre un jergón medio vacío había caído la madre dando de mamar al último que naciera, un niño de tres meses, y del pezón de su pecho macilento desprendíase una gota de sangre hacia la que se tendían ávidamente los labios del muertecito. Las dos niñas, dos lindas rubitas de tres y de cinco años, dormían allí lado á lado su eterno sueño, mientras que de los dos muchachos de más edad, el uno cayó anonadado al pie de la pared con la cabeza entre las manos, mientras que el otro agonizó en el suelo, luchando, como si hubiese querido arrastrarse sobre las rodillas y llegar hasta la ventana para abrirla.

Los vecinos que acudieron contaban la horrible historia; debíase todo aquello á una ruina lenta, á que el padre no encontró trabajo en ninguna parte, aficionóse tal vez á la bebida, el casero se cansó de esperar y amenazó al inquilino con arrojarle á la calle, y entonces la madre perdió la cabeza, quiso morir y decidió á su cría á morir con ella, mientras que el marido, que saliera de casa á primera

hora de la mañana recorría en vano calles y plazas. En el momento en que se presentaba el comisario para proceder á las primeras diligencias del sumario, llegó aquel desdichado, y cuando vió, cuando pudo comprender lo que pasaba, cayó como un buey herido en el testuz y empezó á aullar con un quejido incesante, con un grito tal de muerte, que todos, en la calle, aterrados lloraban.

Pedro habíase llevado en el fondo de su corazón y de sus oídos el recuerdo de ese grito horrendo de la raza condenada que perece entre el abandono y el hambre, y no pudo ni comer ni dormir aquella noche. ¿Era posible semejante abominación, una falta tan absoluta de todo lo indispensable, una miseria tan negra que impulsaba á la muerte en medio de aquel París rebosando riquezas, embriagado por el placer y que arrojaba millones á la calle sólo para conseguir sus caprichos? ¡Cómo! ¡A un lado tan grandes caudales, tantos inútiles y dispendiosos caprichos satisfechos, tantas vidas regadas con todas las dichas, y al otro una pobreza encarnizada, que carecía hasta de pan, sin ninguna esperanza de mejora; las madres matándose con sus hijos á los que sólo podían amamantar con la sangre de sus pechos exhaustos! Y al pensarlo experimentó como una rebelión, por un momento tuvo conciencia de la inutilidad irrisoria de la caridad; ¿para qué hacer lo que él hacía, recoger niñitos abandonados, llevar socorros á sus padres y prolongar los sufrimientos de los viejos? El edificio social estaba podrido en su base; todo él iba á derrumbarse entre el lodo y la sangre y únicamente un gran acto de justicia podía barrer el mundo antiguo para reconstituir el nuevo. En aquel instante apareció de tal modo lo irreparable de la rotura, lo irremediable del mal, cuán mortal era el cáncer de la miseria, que comprendió á los violentos, pronto él mismo á aceptar un huracán devastador y purificador; á la tierra purificada por el hierro y el fuego, como antaño, cuando el Dios terrible enviaba el fuego del cielo para sanear las ciudades malditas.

Aquella noche, y al oírle sollozar, subió el abate Rose á reprenderle paternalmente. Era aquel hombre un santo dotado de una dulzura, de una esperanza infinitas. ¿Desesperarse, Dios santo, cuando estaba allí el Evangelio! ¿Era

por ventura que la máxima divina, «amós los unos á los otros» no bastaba para la salvación del mundo? Le horroizaba la violencia y sostenía que, por muy grande que fuese el mal, muy pronto se conseguiría concluirlo el día en que se volviese atrás, á la época de la humildad, de sencillez y de pureza en que los cristianos vivían como inocentes hermanos, ¡qué pintura más deliciosa hacía el buen anciano de la sociedad evangélica, cuya renovación evocaba con tranquila alegría cual si fuese á realizarse al día siguiente! Y Pedro sonrió al cabo arrastrado por el embeleso de ese cuento encantador, y deseoso de huir de la horrenda pesadilla del día. Hablaron hasta hora muy avanzada, y en los días sucesivos reanudaron sus conversaciones con ese tema, que era el favorito del anciano cura, abundando siempre en nuevos detalles y hablando del próximo reinado del amor y de la justicia con la conmovedora convicción de un hombre animoso que estaba seguro de no morir sin ver á Dios sobre la tierra.

Entonces verificóse en Pedro una nueva evolución; la práctica de la caridad en tan mísero barrio habíale llevado á un inmenso enternecimiento, y su corazón desfallecía transido, lacerado por aquella miseria que, con desesperación, se decía, no podía curar nunca. Y á veces, al despertarse el sentimiento comprendía que cedía su razón y que volvía á su infancia, á esa necesidad de ternura universal que su madre había puesto en él imaginando quiméricos alivios ó esperando la ayuda de desconocidos poderes. Más tarde, su temor, su odio á la brutalidad de los hechos, acabó por arrojarle á un deseo creciente de salvación por el amor. Era aún tiempo á propósito para conjurar la tremenda catástrofe inevitable, la guerra fratricida de clases que arrastraría á la caduca sociedad condenada á desaparecer bajo el montón de sus crímenes. Imbuido por la convicción de que la injusticia había llegado á su colmo, que iba á sonar la hora vengadora en que los pobres obligarían á los ricos á partir sus riquezas, plúgole desde entonces soñar en una solución pacífica, en el oráculo de paz entre todos los hombres, en el retorno á la pura moral del Evangelio tal cual Jesús le predicara. En un pincipio atormentáronle las dudas ¿era posible ese rejuvenecimiento del catolicismo antiguo? ¿Sería posible

volverlo á la juventud, al candor del primitivo cristianismo? Se entregó al estudio leyendo, preguntando, apasionándose cada día más y más por esa gran cuestión del socialismo católico, que, precisamente desde algunos años, venía metiendo tanto ruido, y sintiendo un estremecimiento de compasión hacia los miserables, preparado como lo estaba para el milagro de la fraternidad, fué perdiendo poco á poco los escrúpulos de su inteligencia y se persuadió de que por segunda vez Cristo tenía que venir al mundo á redimir á la humanidad que tanto sufría. Al fin esto se formuló claramente en su espíritu con esta certidumbre de que el catolicismo purificado vuelto á sus orígenes podía ser el único pacto, la ley suprema que salvase á la sociedad actual, conjurándose así la crisis sangrienta que la amenazaba. Dos años antes, en la época en que se marchó de Lourdes, rebelándose contra aquella baja idolatría, con la fe muerta para siempre y con el alma, sin embargo, inquieta ante esa eterna necesidad de lo divino que atormenta á la criatura, desde lo más íntimo de su sér salió un grito: el de una religión nueva, ó por mejor dicho renovada, que se figuraba haber descubierto, con un fin de salvación social, y utilizando para la dicha humana la única autoridad moral que había en pie, la lejana organización del más admirable útil que se haya forjado jamás para el gobierno de los pueblos.

Durante ese largo período de lenta formación porque atravesó Pedro, dos fueron los hombres, que, aparte del abate Rose, tuvieron grande influencia sobre él. Una buena obra le permitió entrar en relaciones con monseñor Bergerot, un obispo al que el Papa, en recompensa de una vida empleada en el ejercicio de la caridad, acababa de elevar á la dignidad de cardenal, y lo hizo á pesar de la oposición de cuantos le rodeaban que olfatearon en el prelado francés un espíritu libre. El nuevo purpurado había gobernado siempre su diócesis como un padre, y Pedro se inflamó al contacto de aquel apóstol, de aquel verdadero pastor de almas, de uno de esos jefes sencillos y buenos semejante á los que deseaba para la comunidad futura. Pero fué aun más decisivo para su apostolado el hallazgo en las asociaciones católicas para obreros, del vizconde Filiberto de Choue. Era éste un hombre apuesto, de aspec-

to y modales militares, de cara larga y noble echada á perder por una nariz enfermiza muy pequeña, lo que parecía indicar el último fracaso de una naturaleza mal aplomada. Distinguíase como uno de los agitadores más activos del socialismo católico francés. Poseía grandes haciendas y una gran fortuna, si bien se decía que había perdido más de la mitad en desgraciadas empresas agrícolas. En su departamento había hecho grandes esfuerzos para instalar granjas modelos en las que puso en práctica sus ideas en materia de socialismo cristiano y no parecía que el éxito correspondiese á sus propósitos.

Esto le sirvió únicamente para que le eligiesen diputado y hablaba en la Cámara exponiendo el programa de su partido en largos y retumbantes discursos. Además de esto, y dando muestras de un ardor infatigable dirigió algunas peregrinaciones á Roma, presidía reuniones, daba conferencias entregándose por completo al pueblo, cuya conquista decía en sus conversaciones íntimas, era la única que podía asegurar el triunfo de la Iglesia. Ejerció sobre Pedro una influencia considerable, pues éste admiraba ingenuamente en el vizconde las cualidades de que él carecía, como eran un gran espíritu de organización, una voluntad militante un poco ruidosa, pero consagrada por completo á la obra de restablecer en Francia la sociedad cristiana. Frecuentando su trato aprendió mucho el joven presbítero, pero á pesar de eso quedó en él el sentimental, el soñador cuyas elucubraciones, desdeñosas de las necesidades políticas, iban encaminadas derechamente á la ciudad futura de la felicidad universal; mientras que por el contrario el vizconde no tenía más que la pretensión de acabar la ruina de la idea liberal del 89, utilizando, para volver al pasado, la desilusión y la cólera de la democracia.

Pasó Pedro algunos meses como encantado y jamás neófito alguno vivió más absolutamente consagrado á la dicha ajena; fué todo amor y se inflamó con la pasión de su apostolado. Aquel pueblo mísero que visitaba, aquellos hombres sin pan ni trabajo, aquellas madres y aquellos hijos sin alimento, hacíanle concebir cada día con más fervor la idea de que era necesario que naciese una nueva religión que hiciese cesar una injusticia que iba á ser al fin

causa de que el mundo revolucionario pereciese. Y estaba resuelto á trabajar, á apresurar con todas sus fuerzas esa intervención de lo divino, ese renacimiento del cristianismo primitivo. Continuaba estando muerta su fe católica y no creía, como antes en los dogmas, misterios y milagros; quedábale empero una esperanza que le bastaba; la de que la Iglesia pudiese hacer aún bien, guiando de la mano el irresistible movimiento democrático moderno con el objeto de evitar á las naciones la amenazante catástrofe social. Calmóse su alma desde que se consagrara á esa misión de hacer penetrar el Evangelio en el corazón del pueblo hambriento y exaltado de los arrabales. Movíase, agitábase y sufría mucho menos con el horroroso vacío, consecuencia de su viaje á Lourdes, y como tampoco se interrogaba, de ahí el que no le asediase la angustia de la incertidumbre. Era con la serenidad del sencillez deber cumplido como continuaba diciendo su misa, y hasta acabó por pensar que el misterio que él de aquella manera celebraba y que todos los otros misterios y dogmas, no eran en suma más que símbolos ó ritos necesarios á la humanidad en su infancia y de los que se desembarazaría más tarde cuando esa humanidad engrandecida, purificada, instruida, pudiese soportar el resplandor de la verdad desnuda.

Y Pedro arrastrado por su celo de ser útil y por la pasión de decir en alta voz su pensamiento, se halló una mañana ante su mesa escribiendo un libro. Esto ocurrió de la manera más natural del mundo, pues aquel salió de su inteligencia como un llamamiento de su corazón y sin pretensiones literarias. El título, una noche que no le fué posible conciliar el sueño, se le presentó de una manera brusca, con letras resplandecientes en medio de las tinieblas; *Nueva Roma*. Y con esto lo decía todo porque ¿no era de Roma, de la eterna y de la santa de donde debía salir el rescate, la salvación de los pueblos? La única autoridad existente se encontraba allí y el rejuvenecimiento no podía nacer más que en la tierra en que se había arraigado la caduca encina católica. En dos meses escribió aquel libro que, sin darse cuenta de ello, sin conciencia de lo que hacía, estaba preparando con sus estudios acerca del socialismo contemporáneo. Fué esto en él á la manera de la

fermentación de un poeta; parecíale á veces soñar esas páginas, mientras que una voz lejana é interior se las dictaba. Con frecuencia, y cuando leía al vizconde Filiberto de la Choue las líneas escritas la víspera, éste las aprobaba con mucha viveza, bajo el punto de vista práctico, diciendo que al pueblo, para atraerle, había que conmoverle, y que habría sido necesario también componer canciones piadosas, y no obstante alegres, para poderlas cantar en los talleres. En cuanto á monseñor Bergerot, sin examinar el libro bajo el punto de vista del dogma, se conmovió profundamente con el ardiente hálito de caridad que se desprendía de cada página. El prelado llegó hasta cometer la imprudencia de escribir una carta aprobatoria al autor, autorizándole para que la pusiese en el prefacio de su obra. Y fué esa obra, la que publicada en Junio, debía ser incluida en el Índice para prohibir su lectura. Y para defenderla era para lo que iba á Roma el joven presbítero, lleno de sorpresa y de entusiasmo, inflamado por el deseo de que triunfase su fe y resuelto á defender personalmente su causa ante el Santo Padre, cuyas ideas tenía la seguridad de haber expresado y reproducido bien.

Mientras que de este modo hacía revivir en su memoria los tres últimos años de su vida, no se había movido, permaneciendo al lado de la barandilla, extasiado ante Roma tan soñada y deseada. A su espalda sucedíanse sin cesar las llegadas bruscas y las marchas de los carruajes, los secos ingleses y los rechonchos alemanes desfilaban después de haber consagrado al clásico horizonte los cinco minutos consignados en la guía y esto mientras que el cochero y el caballo de su carruaje esperaban complacientemente con la cabeza baja y recibiendo los calurosos rayos del sol que caldeaba la maletita que se había quedado en la banqueta. Y parecía que hubiese enflaquecido más con su sotana negra, como espiritualizándose y quedándose inmóvil ante tan sublime espectáculo. Desde su regreso de Lourdes, había enflaquecido mucho y su rostro demacrádose. Desde que su madre le arrastraba de nuevo, su gran frente recta, la torre intelectual que debía á su padre, parecía amenguarse, mientras que la boca bondadosa, pero un poco acentuada, la barba delicada, de una ternura infinita, dominaban, decían la que era su alma, que resplandecía también en la llama caritativa de sus ojos.

¡Ah! ¡Con que ojos más tiernos y ardientes contempló la Roma de su libro, la nueva Roma con que había soñado! Sí, desde un principio, el aspecto del conjunto se apoderó de él con la dulzura un tanto velada de una mañana admirable, pero á la sazón ya podía detallar las cosas, deteniéndose en el examen de los monumentos. Y fué con infantil alegría como los reconoció todos por haberlos estudiado durante mucho tiempo en los planos y en las colecciones de fotografías. Allí bajo sus pies extendíase el Transtibere, más abajo del Janículo, con el caos de sus casas rojizas y cuyos tejados carcomidos por el sol ocultaban el Tiber. Quedóse un poco sorprendido al ver el aspecto algo vulgar de la ciudad contemplada desde lo alto de aquella terraza, como nivelada por aquella ojeada á vuelo de pájaro, apenas accidentada con sus siete famosas colinas, como ola apenas sensible en medio del mar prolongado de fachadas. A lo lejos, á la derecha, y destacándose azuladas de los montes Albanos, veíase el Aventino con sus tres iglesias medio ocultas entre verdes follajes; distinguíase también el Palatino descoronado y al que una línea de cipreses parecía rodear con una franja negra. Confundíase tras esto el Coelius, no dejando ver más que los árboles de la villa Mater que palidecían con el polvillo de oro del sol. Unicamente el esbelto campanario y las dos cupulitas de Santa María la Mayor indicaban en donde se hallaba la cima del Esquilino, enfrente muy lejos y al otro extremo de la ciudad, mientras que sobre las alturas del vecino Viminal, inundado por la luz, no vió mas que una confusión de grandes bloques blancuzcos estriados con rayitas oscuras y que eran sin duda construcciones modernas semejantes á una cantera abandonada. Durante largo rato, y sin poderlo descubrir estuvo buscando el Capitolio. Tuvo por necesidad que sentarse y se convenció al cabo de que veía el remate de la torre, por delante de Santa María la Mayor, allá abajo, y que era aquella torre cuadrada y modesta que se confundía entre los tejados que la rodeaban. Venía en seguida, hacia la izquierda el Quirinal, fácil de reconocer por la larga fachada del palacio real, fachada de cuartel ó de hospital, de un amarillo áspero, vulgar y perforado por un sin fin de ventanas todas iguales. En el momento en que se volvía sufrió el encanto repentino,

inesperado, de una nueva visión y se quedó inmóvil otra vez. Fuera de la ciudad y por encima de las copas de los árboles del jardín de Corsini se le apareció la Cúpula de San Pedro. Dijérase que estaba sobre aquella base de verdor y en el fondo de aquel cielo de un azul tan puro, que era á su vez de un azul de cielo tan diáfano que se confundía con el azul del infinito. En lo alto la linterna de piedra que lo corona, blanca y resplandeciente de luz, estaba como suspendida en el aire.

No se cansó Pedro, y sus miradas recorrían sin cesar el horizonte de un extremo á otro. Deteníase en las cornisas de las casas nobles, en la gracia altiva de los montes de la Sabina y del Alba sembrados de villas y hoteles y cuya cintura cerraba el cielo. La campiña romana extendíase en grandes espacios, desnuda y majestuosa semejante á un desierto de muerte, con ese verde pardo del agua estancada, y al cabo distinguió la torre baja y redonda de la tumba de Cecilia Metella, tras la cual una ligera línea pálida revelaba la existencia de la antigua vía Appia. Restos de algunos acueductos sembraban la hierba rala con el polvo de mundos derrumbados, y al volver otra vez sus miradas encontraba la ciudad con la mezcla de sus edificios. En ella, muy cerca, reconocía gracias á sus balconadas con vistas hacia el río el enorme cubo obscuro formado por el palacio Farnesio. Más lejos, aquella cúpula baja y redonda, apenas perceptible, debía ser la del Pantheon. Más allá aun y por medio de bruscos saltos se llegaba á los muros blanqueados de San Pablo del Campo, con sus tapias semejantes á las de una granja colosal; las estatuas que coronan San Juan de Letrán, ligeras, tamañas como insectos; después el pulular de las cúpulas y medias naranjas, como la de Jesús, la de San Carlos, la de San Andrés del Valle, la de San Juan de los Florentinos y tantos otros edificios vibrantes aún de recuerdos, el castillo de Santángelo, cuya estatua centelleaba, la villa de los Médicis que dominaba la ciudad entera, la terraza del Pincio en donde blanquean los mármoles entre los árboles raros, las grandes umbrías de la Villa Borghese, á lo lejos, cerrando el horizonte con sus verdes cimas. En vano buscó el Coliseo; el ligero vientecillo del Norte, que en aquellos momentos soplabá, aunque sin fuerza casi, empezó sin

embargo á disipar las neblinas matinales. Entre las vaporosas lontananzas ibanse destacando con vigor barrios enteros semejantes á promontorios en un mar iluminado por el sol. Acá y acullá, entre el indistinto amontonamiento de las casas, resaltaba un trozo de muro blanco, un jardín se extendía como una mancha negra y todo ello con una potencia de coloración sorprendente. Y el resto, la confusa mezcla de las calles, de las plazas, de islotes sin fin, sembrados en todas direcciones, se mezclaban, se borraban ante la gloria viviente del sol, mientras que altas humaredas blancas, desprendidas de los techos, se elevaban y atravesaban con lentitud la pureza infinita del cielo.

Pero muy pronto, y por secreto instinto, no se interesó Pedro más que por tres puntos de aquel horizonte inmenso. Allá abajo una línea de delgados cipreses que rodeaba como con una negra franja la altura del Palatino, le emocionó; detrás no veía nada más que el vacío, pues los palacios de los Césares habían desaparecido arruinados, derrumbados por el tiempo y los evocó, creyendo verlos aparecer como fantasmas de oro, vagos y temblorosos por entre la púrpura de la espléndida mañana. Después volviéronse sus miradas á San Pedro y allí la cúpula estaba aún en pie abrigándose bajo ella el Vaticano, que Pedro sabía estaba á su lado, pegado al costado del coloso. Y lo encontró triunfal, color de cielo, tan sólido y tan vasto, que se le apareció como un rey gigante dominando la ciudad entera viéndosele desde todas partes eternamente. Fijó después sus miradas enfrente, en el otro monte, en el Quirinal, en el que el palacio del rey no le pareció más que un cuartel achatado y bajo, embadurnado de amarillo, y toda la historia secular de Roma, con sus continuos tarstornos, sus sucesivas resurrecciones, estaba allí para él, en aquel simbólico triángulo, en aquellas tres colinas que se miraban por cima del Tíber; la Roma antigua desplegándose en un amontonamiento de palacios y de templos, flor monstruosa del poderío y del esplendor imperiales; la Roma papal, victoriosa en la Edad Media, señora del mundo, haciendo pesar sobre la cristiandad esa iglesia colosal de la belleza reconquistada; la Roma actual, la que él deseonocía, que había descuidado, cuyo palacio real, tan desnudo, tan frío, le dió una idea muy pobre, la

idea de una tentativa burocrática y enojosa, de un ensayo de modernismo sacrilego en una ciudad, aparte que habría convenido dejar al ensueño del porvenir. Esta sensación casi penosa de un presente importuno, la echó á un lado, no queriendo detener en todo un barrio nuevo, en toda una ciudad abotargada, sin duda en construcción aún, que veía claramente al pie de San Pedro y á orillas del río. Su Roma nueva, la suya, la que él soñó, y con la que soñaba aún, hasta enfrente del Palatino anonado bajo el polvo de los siglos, de la cúpula de San Pedro, cuya gran sombra cobijaba al Vaticano, del palacio del Quirinal retocado y repintado de nuevo, reinando burguesemente sobre los barrios nuevos que se abrían paso por todas partes despanzurrando la antigua ciudad de rojizos techos, resplandeciente á la sazón, bajo el claro sol matinal.

*Nueva Roma*, el título de su libro, empezó á flamear delante de Pedro y con otra meditación revivió su libro después de haber revivido su vida. Lo había escrito con entusiasmo, utilizando las notas amontonadas al azar, y la división en tres partes se impuso en seguida; el pasado, el presente y el porvenir.

El pasado era la extraordinaria historia del cristianismo primitivo, de la lenta evolución que convirtió á ese cristianismo en el catolicismo actual. Demostraba que, bajo toda evolución religiosa, se oculta una cuestión económica, y que, en resúmen, el eterno mal, la lucha eterna, no ha existido jamás más que entre el pobre y el rico. Entre los judíos y cuando poniendo fin á su vida nómada y libre se establecen en Canaá y se crean la propiedad, establece la lucha de clases. Hay ricos y hay pobres y entonces nace la cuestión social. La transición había sido brusca, el nuevo estado de cosas empeoró tan rápidamente, que los pobres, acordándose aún de la edad de oro de la vida nómada, sufrieron y reclamaron con mayor violencia. Hasta Jesús, los profetas no fueron más que rebeldes que surgieron de la miseria del pueblo, que hablaban de sus desdichas y atacaban á los ricos á los cuales profetizaron toda clase de males en castigo de su injusticia y de su dureza. Jesús mismo no es ni más ni menos que el último de ellos y aparece como la divina reclamación viviente del

derecho de los pobres. Los profetas, socialistas y anarquistas, predicaron la igualdad social, reclamando hasta la destrucción del mundo si éste no era justo. El aporta igualmente á los pobres el odio al rico; toda su doctrina es una amenaza contra la riqueza, contra la propiedad y si se entendiese por el Reino de los cielos, que prometía la paz y la fraternidad en esta tierra, no habría en todo ello más que la vuelta á la edad de oro de la vida pastoral, no sería más que el sueño de la comunidad cristiana tal cual aparece haberse realizado después de Jesús por sus discípulos. Durante los primeros siglos, cada iglesia ha sido un ensayo de comunismo, una verdadera asociación cuyos miembros lo poseían todo en común, fuera de la mujer y de la familia. Los Apologistas y los primeros Padres de la Iglesia dan fe de esto. El cristianismo en esa época no era más que la religión de los humildes, de los míseros y de los pobres, una democracia, un socialismo en lucha contra la sociedad romana. Y cuando ésta se derrumbó por el dinero, sucumbió bajo el agio, los negocios ilícitos y los desastres financieros más bien aún que al empuje de la invasión de los bárbaros ó minada por el sordo trabajo de termitas de los cristianos. La cuestión de dinero está siempre en la base. Así se tiene de ello una nueva prueba cuando el cristianismo triunfante al fin, gracias á las condiciones históricas, sociales y humanas, fué declarado religión del Estado. Para asegurar su victoria tuvo necesariamente que tratar con los ricos y con los poderosos, y es preciso ver por medio de qué sutilezas y de qué sofismas los padres de la Iglesia logran descubrir la defensa de la propiedad en el Evangelio de Jesús. En esto había para el cristianismo una necesidad política de vida y sólo á ese precio convirtiéndose en el catolicismo, en la región universal. Desde entonces erigióse la potente máquina, arma de conquista y de gobierno; arriba los ricos, los poderosos, que tienen el deber de partir con los pobres, pero que no hacen nada; abajo, los pobres, los trabajadores, á los que se enseña á resignarse y á obedecer, reservándoles el reino futuro, la compensación divina y eterna. Admirable monumento que ha durado muchos siglos, en el que todo está construído, basado en esa promesa de un más allá, sobre esa inextinguible sed de inmortalidad y de justicia que consume al hombre.

Esa primera parte de su libro, esa historia del pasado, había completado Pedro con un estudio á grandes rasgos del catolicismo hasta nuestros días. Al principio tratábase de San Pedro ignorante, inquieto, presentándose en Roma por un impulso de genio, yendo á realizar los oráculos antiguos que predijeran la eternidad del Capitolio. Después los primeros papas, sencillos jefes de asociaciones funerarias; más tarde el lento advenimiento del papa todopoderoso, en perpetua lucha de conquista en el mundo entero y forcejeando sin descanso para satisfacer su ensueño de dominación universal. En la edad media, con los grandes papas, creyó la Iglesia por un instante conseguir su fin, ser la dueña soberana de los pueblos, ¿no sería la verdad absoluta ese papa-pontífice y rey de la tierra que reinase sobre las almas y los cuerpos de todos los hombres como el mismo Dios, de quien es el representante? Esa ambición total y desmesurada, pero de una lógica perfecta, fué conseguida por Augusto, pontífice y emperador, amo del mundo y, renaciendo siempre de entre las ruínas de la Roma antigua, es la figura gloriosa de Augusto la que hechizó á los papas; fué la sangre de Augusto la que latió en sus venas. Pero el poder se dividió con el hundimiento del imperio romano. Era necesario partir, dejar al emperador el poder y gobierno temporal y no conservar sobre él más potestad que la de consagrarle por delegación divina.

El pueblo era de Dios y el papa entregaba el pueblo al emperador en nombre de Dios y podía hasta quitárselo, poder sin límite del que el arma más terrible fué la excomunión, soberanía superior que caminaba al pasado, á la posesión real y definitiva del imperio. En resumen: entre el papa y el emperador, la querrela eterna era el pueblo, que ambos se disputaban, la masa inerte de los humildes y de los que sufren, el gran mudo del que sólo sordos gemidos revelaban á las veces la incurable miseria. Se disponía del pueblo como de un niño para su bien y la Iglesia ayudaba verdaderamente á la civilización, prestaba servicios á la humanidad y repartía abundantes limosnas. Siempre, sin embargo, volvía á aparecer el sueño antiguo de la comunidad cristiana, á lo menos en los conventos; un tercio de las riquezas recogidas para el culto, otro ter-

cio para el clero y el otro tercio restante para los pobres. ¿No era esto la vida simplificada, la existencia hecha fácil á los fieles que no tenían deseos terrestres y esperaban las inauditas satisfacciones del cielo? ¡Dadnos la tierra entera y haremos tres partes de los bienes de aquí abajo y ya veréis que edad de oro reinará, en medio de la resignación y obediencia de todos!

Pedro mostraba en seguida al papado asaltado por grandes peligros al salir de todo su poderío de la Edad Media. Estuvo en poco que el Renacimiento no lo arrastrase con su lujo y su desbordamiento, en el hervir de la savia viviente, manada de la eterna naturaleza, despreciada y considerada como muerta durante muchos siglos. Más amenazadores aún eran los sordos despertamientos del pueblo, de ese gran mudo cuya lengua parecía que quería empezar á soltarse. Estalló la Reforma como una protesta de la razón y de la justicia, como un llamamiento hacia las verdades desconocidas del Evangelio y fué preciso, para que Roma se salvase de su total desaparición, la ruda cruenta defensa de la Inquisición y la lenta y obstinada labor del Concilio de Trento, que afirmó el dogma y aseguró el poder temporal. Entonces fué cuando se verificó la entrada del papado en dos siglos de paz y de olvido, porque las sólidas monarquías absolutas que se habían repartido la Europa, podían pasarse sin él y no temblaban ya ante los rayos de la excomunión, que habían perdido toda su fuerza, ni consideraban al papa más que como á un maestro de ceremonias, encargado de ciertos ritos. En la posesión del pueblo habíase producido un desequilibrio; si los reyes tenían el pueblo por Dios, el papa era el que debía registrar la donación de una vez por todas, así sin tener que intervenir para nada, fuese la ocasión que quisiese, en el gobierno de los estados. Nunca ha estado Roma más lejos de realizar su sueño de dominación universal. Y cuando estalló la Revolución francesa pudo creerse que la declaración de los derechos del hombre iban á acabar con el papado, depositario del derecho divino que Dios le había delegado sobre las naciones. De aquí, aquella inquietud primera, aquella cólera, aquella defensa desesperada del Vaticano contra la idea de libertad, contra ese nuevo credo de la razón libertada y de la humanidad que entraba en

posesión de sí misma. Era como el desenlace aparente de la prolongada lucha por la posesión del pueblo entre el emperador y el papa; el emperador desaparecía y el pueblo, en adelante libre para disponer de sus destinos, pretendía escapársele al papa, solución imprevista ante la cual parecía que debería derrumbarse todo el antiguo andamiaje del catolicismo.

Pedro terminaba aquí la primera parte de su libro con un llamamiento al cristianismo primitivo enfrente del catolicismo actual, que es el triunfo de los ricos y de los poderosos. Esa sociedad romana que Jesús vino á destruir en nombre de los pobres y de los humildes ¿no la restauró la Roma católica á través de los siglos con su obra política de dinero y de orgullo? ¡Y qué triste ironía cuando se afirmaba que después de mil ochocientos años de Evangelio el mundo se encenagaba de nuevo en el agio, en los negocios ilícitos, en los desastres financieros, en esa horrenda injusticia que permite que haya hombres repletos de riquezas entre los millares y millares de hermanos suyos que perecen de hambre! Todo lo que se refería á la salvación de los miseros, de los desdichados, había que comenzarlo de nuevo. Pero estas cosas tan terribles decíalas Pedro en páginas tan dulcificadas por la caridad, tan impregnadas de esperanza, que habían perdido por completo su peligro revolucionario. Además de esto, en su libro, en ninguna parte se atacaba el dogma. Su libro no era más que el grito de un apóstol, con su forma sentimental de poema, en el que ardía el único amor del prójimo.

Venía en seguida la segunda parte de la obra; el presente, el estudio de la sociedad católica actual. En esa parte había hecho Pedro una pintura horrible de la miseria de los pobres, de esa miseria de las grandes ciudades que tan á fondo conocía, de la que él sangraba aún por haber tocado aquellas llagas emponzoñadas. La injusticia no se podía tolerar, la caridad era impotente y tan espantoso el sufrimiento que toda esperanza moría en el corazón del pueblo. Lo que había contribuido á matar la fe en él ¿no era el espectáculo monstruoso de la cristiandad cuyas abominaciones le corrompían enloqueciéndole de rencor y de venganza? Y en seguida, después de ese cua-

dro de una civilización corrompida y en camino de desaparecer, reanudaba la historia en la Revolución francesa, en la inmensa esperanza que la idea de libertad había aportado al mundo. Al llegar al poder de la burguesía, el gran partido liberal se encargó en fin de hacer la dicha de todos. Pero lo peor de todo es que decididamente la libertad, después de un siglo de experiencia, no parece haber proporcionado á los desheredados más felicidad. La desilusión empieza en el dominio político. En todo caso, si el tercer estado se declara satisfecho, desde que reina, el cuarto estado, los trabajadores, siguen sufriendo siempre y continúan reclamando su parte. Se les proclamó libres, se les concedieron los derechos y la igualdad política y esos no son para ellos más que dones ilusorios porque sólo tienen, antes como ahora bajo su esclavitud económica, el derecho de morir de hambre. De ahí han nacido todas las reivindicaciones socialistas y el problema aterrador, que parece va á concluir con la sociedad actual, quedó planteado desde luego entre el trabajo y el capital. Cuando la esclavitud desapareció del mundo antiguo para ceder su puesto al salario, la revolución fué inmensa y en verdad que fué la idea cristiana uno de los factores más poderosos que contribuyeron á la desaparición de la esclavitud. Hoy, que se trata de reemplazar el salario por otra cosa, tal vez por la participación del obrero en los beneficios ¿por qué el cristianismo no ha de intentar alguna nueva acción? Ese advenimiento próximo y fatal de la democracia es otra fase de la historia humana que se abre; es la sociedad de mañana que se crea. Y Roma no podía permanecer indiferente, el papado iba á tener que tomar parte en la querrela si no quería desaparecer del mundo como un engranaje completamente inútil.

De ahí la legitimidad del socialismo católico. Cuando por todas partes surgen sectas socialistas disputándose la felicidad del pueblo con soluciones á porrillo, la Iglesia debía presentar la suya. Y era en esto en donde aparecía la Roma nueva y la evolución se extendería con una renovación ilimitada de esperanza. Era cierto que la Iglesia católica no tenía nada en sus principios contrario á una democracia; es más, no tenía que hacer más que recobrar la tradición evangélica, volver á ser la Iglesia de los po-

bres y de los humildes y restablecer la universal comunidad cristiana. Es de esencia democrática y si se puso á bien con los ricos y los poderosos cuando el cristianismo se convirtió en el catolicismo, no hizo más que obedecer á la necesidad de defenderse para vivir sacrificando su primitiva pureza; de manera, que si hoy abandonase á las clases directoras condenadas, para volver al pueblo, á la masa de los míseros, no haría sencillamente más que acercarse otra vez á Cristo, se rejuvenecería y purificaría de los compromisos políticos que haya podido contraer. En todas las épocas la Iglesia, sin renunciar en nada á su absoluto, supo plegarse ante las circunstancias; se reserva su soberanía total, tolera sencillamente lo que no puede impedir, espera con paciencia durante muchos siglos á que llegue el minuto en que pueda ser señora, dueña del mundo. Y en esa ocasión ¿no iba á sonar el minuto en la crisis que se preparaba? De nuevo todos los poderes se disputan la posesión del pueblo. Desde que la instrucción y la libertad hicieron de él una fuerza, un ser con conciencia y con voluntad que reclama su parte, todos los gobernantes quieren guardarle, reinar para él y con él, si es necesario. El socialismo, he ahí el porvenir, el nuevo instrumento de reinar y todos se hacen socialistas, los reyes que se tambalean en sus tronos, los jefes burgueses de inquietas repúblicas y los mangoneadores políticos y ambiciosos que sueñan con el poder. Todos están de acuerdo en que el Estado capitalista es un retroceso al mundo pagano, al mercado de esclavos, todos hablan de romper la atroz férrea ley: el trabajo convertido en una mercancía sometida á las leyes de la oferta y la demanda, el salario calculado en lo que estrictamente necesita el trabajador para no morir de hambre. Abajo, los males aumentan, los trabajadores agonizan de hambre y de desesperación mientras que por cima de sus cabezas cruzanse continuas discusiones, agótanse las buenas voluntades intentando irrisorios remedios. Es el pataleo, el loco azoramiento de las grandes catástrofes próximas. Entre los otros el socialismo católico, tan ardiente como el revolucionario, se presenta en batalla y trata de vencer.

A esto seguía un estudio de los prolongados esfuerzos del socialismo católico en la cristiandad entera. Lo que

llamaba la atención era que la lucha fbase haciendo más viva y victoriosa desde que se libraba en un terreno de propaganda, no conquistando aún al cristianismo. Por ejemplo; en las naciones en que éste se encontraba cara á cara del protestantismo, los curas luchaban por la vida con una pasión extraordinaria, disputando á los pastores la posesión del pueblo con golpes atrevidísimos, exponiendo teorías audazmente democráticas. En Alemania, la tierra clásica del socialismo, el primero que habló de cargar á los ricos de tributos é impuestos, fué monseñor Ketteler, y él fué también el que creó más tarde una vasta agitación, dirigida hoy por el clero, gracias á numerosos periódicos y asociaciones. En Suiza, monseñor Mermillod, pleiteó con tanto valor por la causa de los pobres, que los obispos ahora hacen causa común con los socialistas demócratas, á los que sin duda, esperan convertir el día de la repartición. En Inglaterra, donde el socialismo penetra con tanta dificultad, consiguió el cardenal Manning grandes victorias y tomó la defensa de los trabajadores en una huelga famosa, produciendo un movimiento popular señalado por frecuentes conversiones. Pero sobre todo fué en América, en los Estados Unidos, en donde triunfó el socialismo católico en medio de aquella atmósfera saturada de democracia que obligó á obispos, tales como monseñor Ireland, á ponerse á la cabeza de las reivindicaciones obreras; parece que hay allí en germen toda una Iglesia nueva, confusa aun, pero desbordante de savia, sostenida por una esperanza inmensa, como la aurora del cristianismo rejuvenecido de mañana. Y si se pasa en seguida á Austria y Bélgica, naciones católicas, se ve que en la primera el socialismo católico se confunde con el antisemitismo y que en la segunda no tiene ningún sentido determinado, mientras que todo movimiento se detiene, y hasta desaparece, cuando se llega á España é Italia, á esas viejas tierras de la fe. España entregada á las violencias de los revolucionarios y con sus testarudos obispos que se entretienen en fulminar anatemas contra los incrédulos, como lo hacían en tiempos de la Inquisición, en tanto que Italia se halla inmovilizada en la tradición, sin iniciativa posible, reducida al silencio y al respeto alrededor de la Santa Sede. En Francia, sin embargo, la

lucha era más viva, pero sobre todo es lucha de ideas. La batalla se daba contra la Revolución y parecía que habría bastado el restablecimiento de la antigua organización de los tiempos monárquicos para volver á la edad de oro. De esta manera la cuestión de las corporaciones obreras llegó á ser el único negocio, algo como la panacea para todos los males de los trabajadores. Pero estaban muy lejos de entenderse; los unos, los católicos, que rechazaban la ingerencia del Estado, que preconizaban una acción puramente moral, querían que esas corporaciones fuesen libres; mientras que los otros, los jóvenes, los impacientes, reueltos á la acción, deseaban que fuesen obligatorias, con capital propio, reconocidas y amparadas por el Estado. El vizconde Filiberto de la Choue, particularmente, sostuvo una ardiente campaña, valiéndose de la palabra y de la pluma en favor de esas corporaciones obligatorias, y su pena mayor consistía en no haber podido decidir aún al Papa á pronunciarse de una manera definitiva sobre el caso de saber si las corporaciones debían ser libres ó cerradas. A creerle, la suerte de la sociedad estaba allí lo mismo que la solución pacífica de la cuestión social en la que una tremenda catástrofe debía arrastrarlo todo. En el fondo, por más que no quisiese confesarlo, el vizconde había ido á parar al socialismo del Estado. Y sin embargo de esa falta de acuerdo, la agitación continuada siendo grande, habíanse hecho tentativas poco afortunadas, como sociedades cooperativas de consumo, sociedades para la construcción de casas para obreros, Bancos populares, retrocesos más ó menos disfrazados á lo que eran las antiguas comunidades cristianas. Esto muestra que, de día en día, en medio de la confusión de la hora presente, entre la turbación de las almas y de las dificultades políticas por que atraviesa el país, al partido católico militante parecía que sus esperanzas agrandaban hasta llegar á la ciega certidumbre de reconquistar muy pronto el gobierno del mundo.

La segunda parte del libro terminaba precisamente con un cuadro del malestar intelectual y moral en que se agita este fin de siglo. Si la masa de los trabajadores sufre por verse mal recompensada y exige una nueva partición en la que al menos se le asegura el pan diario, parece que

la clase escogida no está mucho más satisfecha quejándose del vacío en que la dejan su razón libertada, su inteligencia agrandada. Es la famosa bancarrota del racionalismo, del positivismo y hasta de la misma ciencia. Los espíritus, á los que consume la necesidad de lo absoluto, cánsanse de andar vacilando y á tientas, de las lentitudes de esa ciencia que sólo admite verdades probadas, háse apoderado de ellos la angustia del miseria; necesitan una síntesis total é inmediata para poder dormir en paz y, quebrantados, rendidos, caen de rodillas en el camino trastornándose el pensamiento de que jamás lo sabrán todo, prefiriendo á Dios, á lo Desconocido revelado, afirmado en un acto de fe. Hoy, en efecto, la ciencia no calma ni nuestra sed de justicia, ni nuestro deseo de seguridad, ni la idea secular que teníamos formada de la dicha en la otra vida en una eternidad de goces. No hace la ciencia más que delectar el mundo y no da á cada uno más que la solidaridad austera del deber de vivir, de ser un simple factor del trabajo universal y esto trae, como se comprende, la rebelión de los corazones, el sentimiento de la pérdida de ese cielo cristiano poblado por hermosos ángeles, lleno de luz, de músicas y de perfumes. ¡Ah! ¡Qué consuelo más grande al besar sus muertos, decirse que se los volverá á encontrar y que se revivirá con ellos en gloriosa inmortalidad! ¡Es el tener también esa certidumbre de la existencia de una soberana equidad para soportar con resignación las abominaciones de la existencia terrestre! ¡Y matar así el horrible pensamiento del vacío eterno, escapar al horror de la desaparición del yo y tranquilizarse, en fin, con la inquebrantable creencia que remite al día siguiente de la muerte la solución venturosa de todos los problemas del destino! Ese ensueño lo acariciarán aún los pueblos durante mucho tiempo. Esto es lo que explica cómo, en este fin de siglo, á consecuencia del exceso de labor de los espíritus, á consecuencia igualmente de la profunda turbación que domina á la humanidad preñada con una nueva sociedad, se ha despertado el sentimiento religioso, inquieto, atormentado por una necesidad de ideal y de infinito, exigiendo una ley moral y la seguridad de la existencia de una justicia superior. Las religiones pueden desaparecer, pero el sentimiento creará otras nue-

vas, aun con la ciencia ¡una religión nueva! ¡Una religión nueva! ¿y no era el antiguo catolicismo que, en esa tierra contemporánea en donde parecía favorecer ese milagro, iba á renacer, surgiendo nuevas ramas verdes para desarrollarse en una juvenil é inmensa florecencia?

Por último, en la tercera parte de su libro, había dicho Pedro con frases inflamadas y entusiásticas de apóstol, lo que iba á ser el porvenir, ese catolicismo rejuvenecido que había de llevar á las naciones agonizantes la salud y la paz, la olvidada edad de oro del cristianismo. Y desde luego, empezaba con un retrato enternecedor y glorioso de León XIII, el papa ideal, el predestinado para la salvación de los pueblos. Lo había evocado y visto también con su ardiente afán de la venida de un pastor que pusiese fin á la miseria. No era un retrato de mezquina semejanza sino el del salvador necesario, de inagotable caridad, de corazón é inteligencia grandes, tales cuales él los soñaba. No obstante había estudiado mucho, examinando documentos y encíclicas, y basado la figura sobre los hechos la educación religiosa en Roma, la corta nunciatura en Bruselas y el largo episcopado en Perugia. Desde que León XIII es papa, en la difícil situación legada por Pío IX, se revela la dualidad de su naturaleza, al guardián inquebrantable del dogma, y al político sagaz resuelto á llevar la conciliación todo lo lejos que pueda. De una manera clara rompe con la filosofía moderna, y se remonta por cima del Renacimiento á la Edad Media y restaura en las escuelas católicas la filosofía cristiana según el espíritu de Santo Tomás de Aquino, el angélico Doctor. Puesto el dogma al abrigo de esta manera, vive de equilibrio, dando prendas á todos los poderes y se esfuerza en utilizar todas las ocasiones. Se le ve, dando pruebas de una actividad extraordinaria, reconciliar á la Santa Sede con Alemania, aproximarse á Rusia, contentar á Suiza, descartar la amistad de Inglaterra, y escribir al emperador de la China para pedirle que proteja á los misioneros y á los cristianos de su imperio. Más adelante intervendrá en Francia y reconocerá la legitimidad de la República. Desde el principio se desprende un pensamiento; pensamiento que hará de él uno de los grandes papas políticos y ese es, por otra parte, el pensamiento secular del papado, la

conquista de todas las almas. Roma, centro y señora del mundo. No hay más que una voluntad, que un fin, el de tarbajar para la unidad de la Iglesia, atraer á ésta á las comunidades disidentes para hacerla invencible en la lucha social que se prepara. En Rusia intenta hacer reconocer la autoridad moral del Vaticano; en Inglaterra sueña con desarmar á la Iglesia Anglicana y atraerla á una especie de tregua fraternal; pero en Oriente es en donde sobre todo aspira á un acuerdo con las Iglesias cismáticas, á las que ama sencillamente como á hermanas separadas, á las que su corazón de padre ruega vuelvan á su lado; ¿de qué fuerza no dispondría Roma victoriosa el día en que, sin contradicción, reinase sobre todos los cristianos de la tierra entera?

Y es en esto en donde aparece la idea social de León XIII que, siendo aún obispo de Perusa, escribió una carta pastoral en la que se revelaba un vago y humanitario socialismo. Más tarde, cuando se puso la tiara, cambió de opinión y fulminó censuras contra los revolucionarios cuyas audacias aterraban por entonces á Italia. Empero, inmediatamente cambia de dirección advertido por los hechos y comprendiendo el peligro mortal que hay al dejar el socialismo en manos de los enemigos del catolicismo. Oye lo que le dicen los obispos populares de los países de propaganda, cesa en su intervención en la querrela irlandesa, retira la excomunión que había fulminado contra los Caballeros del Trabajo de los Estados Unidos, y prohíbe que se pongan en el *Indice* los libros un tanto atrevidos de los escritores católicos socialistas. Esta evolución hacia la democracia se ve en sus encíclicas más famosas; en *Immortale Dei*, acerca de la constitución de los Estados, *Libertas*, sobre la libertad humana, *Sapientia*, sobre los deberes de los ciudadanos cristianos; *Rerum Novarum*, que trata de la situación de los trabajadores y en esta es en la que más especialmente dijérase que se rejuvenece la Iglesia. El papa se ocupa en ella de la inmerecida miseria de los trabajadores, de las horas de trabajo demasiado prolongadas y de lo insuficiente del jornal. Todo hombre tiene derecho á vivir y el contrato arrancado por el hambre es injusto. Declara además que no puede abandonar al obrero sin defensa á una explotación que transforma para algunos po-

cos en fortuna la miseria de los demás. Obligado á tratar con vaguedad las cuestiones de organización, limitase á alentar el movimiento corporativo que coloca bajo el patronato del Estado y, después de restaurar de ese modo la autoridad civil, coloca á Dios en su sitio soberano y opina que la salvación se halla en la aplicación de remedios morales, en el antiguo respeto debido á la propiedad y á la familia. Pero esa mano cariñosa del augusto Vicario de Cristo, tendida públicamente á los humildes y á los pobres ¿no era el signo, cierto de una nueva alianza, el anuncio de un nuevo reinado de Jesús sobre la tierra? En adelante sabría el pueblo que no estaba abandonado. Y desde entonces, qué gloria más grande la alcanzada por León XIII, cuyo jubileo sacerdotal y jubileo episcopal se celebraron por la cristiandad entera, entre el concurso de una multitud inmensa, de regalos sinnúmero y de halagüeñas cartas enviadas por todos los soberanos!

Trató en seguida Pedro la cuestión del poder temporal, lo que creyó que podía hacer con entera libertad. Sin duda no ignoraba que en su lucha con Italia, el papa sostenía con tanta obstinación como en el primer momento, sus derechos sobre Roma; pero imaginó que en eso había una sencilla actitud necesaria, impuesta por razones políticas y que desaparecería cuando sonase la hora. Pedro estaba convencido de que si el papa no se había presentado nunca á tanta altura como á la sazón, lo debía, á la pérdida del poder temporal, á la que debía también ese gran aumento de su autoridad moral, ese puro esplendor que le rodeaba como una aureola. ¡Qué historia más larga y más llena de faltas y de conflictos la de la posesión durante quince siglos de ese pequeño reino de Roma! En el siglo cuarto, Constantino se marcha de Roma, no dejando en el vacío Palatino más que algunos funcionarios olvidados y el papa se apodera, naturalmente, del poder, y la vida de la ciudad pasa á Letran. Hasta pasados cuatro siglos no reconoció Carlo Magno los hechos consumados, cediendo de una manera formal al papa, los Estados de la Iglesia. Desde entonces no ha cesado la guerra entre el poder espiritual y los poderes temporales, con frecuencia latente, muchas veces aguda, entre sangre y llamas. ¿No sería hoy poco razonable soñar que en medio de Europa

reñase el papa sobre un girón de territorio, en el que estaría expuesto á todos los vejámenes y en el que no se podría sostener sin el amparo de un ejército extranjero? ¡Qué sería del papado en la matanza general que se temel! Y cuanto más resguardado no está, más elevado y más digno no es, cuando se desprende de todo cuidado terrestre y reinando nada más sobre las almas! En los primeros tiempos de la Iglesia el papado de un carácter local, puramente romano, se fué catolizando, es decir, haciéndose universal, conquistando su imperio sobre la cristiandad entera. Del mismo modo el sacro colegio, continuación en un principio del antiguo senado romano, se universalizó también en seguida y hoy, en nuestros días, es la más universal de todas las asambleas, en la que toman asiento miembros de todas las naciones. ¿Y no era evidente que el papa, apoyado de esa manera en los cardenales, se halla convertido en la única y más grande autoridad internacional, tanto más poderosa, cuanto está libre de los intereses monárquicos y habla en nombre de la humanidad y hasta por cima de la noción misma de la patria? La solución tan buscada en medio de guerras tan prolongadas, indudablemente es esa: ó dar la soberanía temporal del mundo al papa, ó no dejarle más que la soberanía espiritual. Representante de Dios, soberano absoluto é infalible por delegación divina, no puede permanecer más que en el santuario, si ya dueño de las almas, no es reconocido por todos los pueblos como único dueño de los cuerpos, rey de reyes.

¡Pero qué extraña aventura es ese nuevo empuje del papado en el campo sembrado por la Revolución francesa y que le encamina tal vez hacia la dominación, cuyo deseo le sostiene en pie desde hace tantos siglos! Porque vedle solo delante del pueblo; los reyes están abatidos, y puesto el pueblo es libre para entregarse en adelante á quien bien le parezca ¿por qué no se ha de entregar á él? El menoscabo que sufre la idea de libertad permite muchas veces esperanzas y en el terreno económico parece que el partido liberal está vencido. Los trabajadores, descontentos del año ochenta y nueve, se quejan de lo que se agrava su miseria y se agitan buscando la felicidad de una manera desesperada. Por otra parte, los nuevos regímenes

han acrecentado el poderío internacional de la Iglesia y los miembros católicos figuran en número bastante en los parlamentos de las repúblicas y de las monarquías constitucionales. Todas las circunstancias parecían pues favorecer esa fortuna extraordinaria del catolicismo envejecido y acometido del vigor de la juventud. Hasta la ciencia, á la que acusan de bancarrota, lo que salva del ridículo al *Syllabus*, turba la inteligencia y reabre el campo ilimitado del misterio y de lo imposible. Y entonces es cuando se recuerda una profecía que en tiempos fué hecha; el papado dueño de la tierra el día en que marchase á la cabeza de la democracia después de haber reunido á la Iglesia católica, apostólica y romana, las iglesias cismáticas de Oriente. Los tiempos habían llegado, puesto que el papa dado el adiós á los ricos y á los poderosos del mundo, dejando á los reyes desposeídos de sus tronos en el destierro, se ponía como Jesús á la cabeza de los trabajadores sin pan y de los mendigos de las calles. Tal vez pasarían aún algunos años de horrible miseria, de inquietante confusión, de peligro tremendo social y el pueblo, ese gran mudo del que se ha dispuesto hasta aquí como juguete, hablará, volverá á la cuna, á la Iglesia unificada de Roma para evitar la amenazadora destrucción de las sociedades humanas.

Y Pedro terminaba su libro con una apasionada evocación de la nueva Roma, de la Roma espiritual que había de reinar muy pronto sobre los pueblos reconciliados y fraternizando como una edad de oro. Vea también el fin de las supersticiones; se había olvidado, sin ningún ataque directo religioso más amplio, libre de ritos y consagrado á la única satisfacción de la caridad humana; y herido aún por su viaje á Lourdes, había cedido á la necesidad de contentar su corazón. Aquella superstición de Lourdes, tan grosera, ¿no sería un síntoma execrable de una época en que los sufrimientos son excesivos? El día en que el Evangelio estuviese universalmente extendido y se practicara por todos, los que sufren dejarían de ir á buscar tan lejos y en tan trágicas condiciones un alivio ilusorio, porque estarían seguros de encontrar asistencia, de ser consolados y curados en sus casas y entre sus hermanos. En Lourdes había una mala colocación de la for-

tuna infusa, un espectáculo horrendo que hacía dudar de Dios, una interminable causa de combate que debía desaparecer en la sociedad verdaderamente cristiana de mañana. ¡Ah! era el deseo ardiente de la venida próxima de esa sociedad, de esa comunidad cristiana a la que toda la obra tendía! ¡Al cristianismo, volviendo a ser la religión de justicia y de verdad que había sido antes de dejarse conquistar por los ricos y los poderosos! ¡Los pobres, los pequeños, los míseros, reinando y repartiéndose los bienes de aquí abajo y no obedeciendo más que a la ley igualitaria del trabajo! El papa solo a la cabeza de la federación de los pueblos, soberano de paz y no teniendo más misión que la de ser la regla moral, el lazo de caridad y de amor que uniese a todos los seres! ¿No era esta la realización próxima de las promesas de Cristo? Los tiempos se iban a cumplir, la sociedad religiosa y la sociedad civil se penetrarían tan perfectamente que no harían más que una y esa sería la edad de triunfo y de felicidad precedida por todos los profetas, nada de luchas posibles, nada de antagonismos entre el cuerpo y el alma, un maravilloso equilibrio que mataría el mal, que pondría en la tierra el reino de Dios. ¡La nueva Roma, centro del mundo, dándole a éste la nueva religión!

Sintió Pedro que las lágrimas empañaban sus ojos y con un gesto inconsciente, sin apercibirse de que con él asombraba a los delgados ingleses y a los obesos alemanes, que desfilaban por la terraza, abrió los brazos y los tendió hacia la Roma real que, iluminada por un sol espléndido se extendía a sus pies ¿se mostraría cariñosa con su ensueño? ¿Iba, conforme había dicho, a encontrar en ella remedio a nuestras impacencias y a nuestras inquietudes? ¿Podía renovarse el catolicismo, volver al espíritu del cristianismo primitivo, ser la religión de la democracia, la fe que el mundo moderno, trastornado y en peligro de muerte, espera para tranquilizarse y vivir? Estaba lleno Pedro de pasión generosa, de fe ardiente. Figurábase ver al buen abate Rose llorando de emoción al leer su libro; oía al vizconde Filiberto de la Choue decirle que semejante libro valía más que un ejército y sobre todo sentíase fuerte con la aprobación del cardenal Bergerot, de ese apóstol de inagotable caridad; ¿por qué pues la Congrega-

ción del Índice amenazaba a su obra con el entredicho? Desde hacía quince días y desde que oficiosamente le habían indicado que fuese a Roma, si era que deseaba defenderse, se hacía esa pregunta sin acertar a descubrir qué páginas de su obra podían ser las señaladas, pues todas le parecían inspiradas por el más puro y ferviente cristianismo.

Pero llegaba allí estremeciéndose de entusiasmo y de valor, y se le hacía tarde para postrarse de rodillas ante el papa, para ponerse bajo su augusta protección y decirle que no había escrito una sola línea sin inspirarse en su espíritu, sin desear el triunfo de su política. ¿Era posible que condenasen un libro en el que, con gran sinceridad, creía haber exaltado a León XIII ayudándole en su obra de la unidad cristiana y de la paz universal?

Permaneció aún Pedro durante unos instantes apoyado en el parapeto. Hacía cerca de una hora que estaba allí no consiguiendo saciar su vista con la grandeza de Roma, que habría querido poseer en seguida con lo desconocido que le ocultaba. ¡Oh! ¡Apoderarse de ella, conocerla, saber en el mismo instante la palabra verdad que iba a pedirla! Esta era, después de la de Lourdes, otra experiencia y mucho más grave y decisiva de la que comprendió que saldría salvado ó perdido para siempre. No pedía la fe ingenua y completa de niño, sino la fe superior del intelectual, que se eleva por cima de los ritos y de los símbolos trabajando para la mayor felicidad de la humanidad, basado en su necesidad de certidumbres. Su corazón latió, lo mismo que sus sienas ¿cuál sería la respuesta de Roma? El sol estaba cada vez más dorado; los barrios altos se destacaban con más vigor sobre los fondos incendiados. En lontananza dorábanse las colinas, volviéndose de color de púrpura, mientras que las fachadas más próximas se precisaban con mucha claridad con sus millares de ventanas claramente recortadas. Flotaban aún, sin embargo, vapores matinales y ligeros velos que parecían subir de las calles bajas, cubriendo las cimas en donde se desvanecían en el cielo ardiente, de un azul sin fin. Creyó por un momento que el Palatino se había borrado del cuadro y apenas veía la sombría faja de cipreses cual si el polvo mismo de sus ruinas la ocultase. Y sobre todo

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

30813

ba desaparecido; el palacio parecía haberse ocultado tras una niebla, con su fachada poco importante, achatada y baja, y tan vago á lo lejos que no le distinguía, mientras que hacia la izquierda, y por encima de las frondosas copas de los árboles, la cúpula de San Pedro se había agrandado entre la límpida atmósfera y el oro claro del sol, ocupando todo el cielo y dominando por completo la ciudad.

¡Ah! ¡La Roma de ese primer encuentro, la Roma matinal de la que, ardiendo con la fiebre de la llegada, ni siquiera se había fijado en los barrios nuevos, cuántas esperanzas no le hacía concebir esa Roma que creía encontrar viva y tal cual él la soñara! Y en un día tan hermoso, mientras que, en pie y envuelto en su modesta sotana negra, la contemplaba así, se figuró que subía de los techos de esa tierra sagrada, dos veces reina del mundo, una promesa de paz universal! Esta era la nueva Roma, la tercera Roma cuya paternal ternura pasaría por cima de las fronteras, buscaría á todos los pueblos para reunirlos consolados en un común abrazo. La veía, la oía tan rejuvenecida, tan dulce de infancia bajo el grande y puro cielo, como volando con la frescura de la mañana, en el candor apasionado de su ensueño.

Pedro se separó al cabo de la contemplación de tan sublime espectáculo. Con la cabeza baja y al sol, no se habían movido ni el cochero ni el caballo. En la banqueta estaba abrasando la maletita de mano, calentada por el astro del día cada vez más elevado.

Subió al coche, repitiendo otra vez las señas:

—Vía Julia, palacio Boccanera.

## II

Á esa hora, la vía Julia, que se extiende en línea recta cosa de unos quinientos metros desde el palacio Farnesio á la iglesia de San Juan de los Florentinos, estaba iluminada por la clara luz de un sol resplandeciente que la enfilaba de un extremo á otro, blanqueando el menudo empedrado de su arroyo sin aceras. El carruaje la recorrió casi por completo en antiguas y grisientas viviendas que la bordeaban, como adormecidas y vacías, con sus grandes ventanas resguardadas por férreas enormes rejas, con profundos pórticos que permitían ver sombríos patios, semejantes á pozos. Abierta por el papa Julio II, que soñó adornarla con magníficos palacios, fué la vía más regular y hermosa de Roma en aquella época y sirvió de corso en el siglo XVI. Se comprendía que allí había existido un antiguo y hermoso barrio condenado al silencio, al desierto del abandono é invadido por una especie de dulzura y discreción clericales. Sucedianse unas á otras las antiguas fachadas, las ventanas cerradas, algunas verjas adornadas con plantas trepadoras, los gatos sentados en las puertas, las tiendas oscuras de un comercio humilde, instalado en los bajos, mientras que los transeuntes eran contados,

ba desaparecido; el palacio parecía haberse ocultado tras una niebla, con su fachada poco importante, achatada y baja, y tan vago á lo lejos que no le distinguía, mientras que hacia la izquierda, y por encima de las frondosas copas de los árboles, la cúpula de San Pedro se había agrandado entre la límpida atmósfera y el oro claro del sol, ocupando todo el cielo y dominando por completo la ciudad.

¡Ah! ¡La Roma de ese primer encuentro, la Roma matinal de la que, ardiendo con la fiebre de la llegada, ni siquiera se había fijado en los barrios nuevos, cuántas esperanzas no le hacía concebir esa Roma que creía encontrar viva y tal cual él la soñara! Y en un día tan hermoso, mientras que, en pie y envuelto en su modesta sotana negra, la contemplaba así, se figuró que subía de los techos de esa tierra sagrada, dos veces reina del mundo, una promesa de paz universal! Esta era la nueva Roma, la tercera Roma cuya paternal ternura pasaría por cima de las fronteras, buscaría á todos los pueblos para reunirlos consolados en un común abrazo. La veía, la oía tan rejuvenecida, tan dulce de infancia bajo el grande y puro cielo, como volando con la frescura de la mañana, en el candor apasionado de su ensueño.

Pedro se separó al cabo de la contemplación de tan sublime espectáculo. Con la cabeza baja y al sol, no se habían movido ni el cochero ni el caballo. En la banqueta estaba abrasando la maletita de mano, calentada por el astro del día cada vez más elevado.

Subió al coche, repitiendo otra vez las señas:

—Vía Julia, palacio Boccanera.

## II

Á esa hora, la vía Julia, que se extiende en línea recta cosa de unos quinientos metros desde el palacio Farnesio á la iglesia de San Juan de los Florentinos, estaba iluminada por la clara luz de un sol resplandeciente que la enfilaba de un extremo á otro, blanqueando el menudo empedrado de su arroyo sin aceras. El carruaje la recorrió casi por completo en antiguas y grisientas viviendas que la bordeaban, como adormecidas y vacías, con sus grandes ventanas resguardadas por férreas enormes rejas, con profundos pórticos que permitían ver sombríos patios, semejantes á pozos. Abierta por el papa Julio II, que soñó adornarla con magníficos palacios, fué la vía más regular y hermosa de Roma en aquella época y sirvió de corso en el siglo XVI. Se comprendía que allí había existido un antiguo y hermoso barrio condenado al silencio, al desierto del abandono é invadido por una especie de dulzura y discreción clericales. Sucedianse unas á otras las antiguas fachadas, las ventanas cerradas, algunas verjas adornadas con plantas trepadoras, los gatos sentados en las puertas, las tiendas oscuras de un comercio humilde, instalado en los bajos, mientras que los transeuntes eran contados,

viéndose entre ellos mujeres sin nada en la cabeza acompañando chiquillos, una carreta cargada de heno de la que tiraba un mulo, un monje de soberbio aspecto vestido con tosco sayal de paño burdo y un velocipedista deslizándose sin hacer ruido con su máquina que centelleaba al sol.

Al cabo el cochero se volvió y señalando un gran edificio cuadrado, emplazado en la esquina de una estrecha callejuela que iba á parar al Tiber, dijo:

—Palacio Boccanera.

Levantó Pedro la cabeza y le oprimió un tanto el corazón aquel severo caserón, ennegrecido por la edad, y de una arquitectura tan desnuda y maciza. Lo mismo que el palacio Farnesio y el palacio Sacchetti, sus vecinos, había lo construido Antonio de San Gallo, allá hacia el 1540 é igualmente que para el primero la tradición popular sostenía que el arquitecto había empleado para su construcción piedras robadas al Coliseo y al Teatro de Marcelo. Era vasto y cuadrado, tenía sobre la calle una fachada con siete ventanas y tres pisos, y el primero de estos muy elevado de techo y de aspecto noble. Por todo adorno las rasgadas ventanas del cuarto bajo, cerradas por enormes labradas rejas salientes en previsión de algún asedio, se apoyaban en grandes cartelas y coronadas por áticos que, á su vez, descansaban en otras cartelas también esculpidas, pero más pequeñas. Encima de la monumental puerta de entrada con hojas de bronce, y delante del hueco correspondiente á la ventana del centro, había un balcón volado. La fachada terminábase en lo alto con una cornisa suntuosa cuyo friso presentaba una gracia y una pureza de ornamentación admirables. Este friso, lo mismo que las cartelas y áticos de las ventanas y las jambas y el dintel de la puerta eran de mármol blanco, pero ya tan empañado, tan desmenuzado, que había adquirido el granillo rudo y amarillento de la piedra. A derecha é izquierda de la puerta hallábanse dos antiguos bancos sostenidos por animales mitológicos y también tallados en mármol, viéndose empotrada en uno de los ángulos del edificio, una preciosa fuente estilo Renacimiento, seca á la sazón y formada por un amorcillo montado sobre un delfín, cosas ambas casi imposibles de reconocer, de tal manera el tiempo había borrado los relieves.

Lo que más que nada atrajo las miradas de Pedro, fué un escudo de armas esculpido encima de una de las ventanas del cuarto bajo; el escudo de las armas de los Boccanera, un dragón alado arrojando llamas por la boca y aun se leía con toda claridad la divisa que había quedado intacta *Bocca nera Alma, rossa*, boca negra, alma roja. Encima de las otras ventanas, y como haciendo pareja, había uno de esos retablos tan numerosos aun en Roma; una santa Virgen vestida de raso, ante la cual, hasta en pleno día, ardía una lámpara.

Como de costumbre, iba el cochero á internarse en el pórtico abierto y sombrío, cuando el presbítero, obedeciendo á un impulso de timidez, le detuvo:

—No entréis—le dijo—es inútil.

Apeóse del carruaje, pagó al cochero y se halló con la maletita en la mano, bajo la bóveda primero y después en el patio central sin haber encontrado alma viviente.

Era un patio cuadrado, bastante espacioso, rodeado de un pórtico lo mismo que si fuese un claustro. Bajo aquellas arcadas medio derrumbadas, veíanse restos de estatuas, losas de mármol, un Apolo sin brazos, una Venus de la que no quedaba más que el tronco, todo ello apoyado en las paredes. Una hierba menudita y fina había crecido entre las piedras que cubrían el piso, formando un mosaico negro y blanco. Parecía como que el sol no llegaba nunca hasta aquel suelo enmohecido por la humedad. Reinaba allí la sombra, el silencio de una grandeza muerta y de una tristeza infinita.

Sorprendido Pedro por el vacío de aquel palacio mudo, buscó á alguien, á un portero, á un criado y habiendo creído ver pasar una sombra se decidió internarse en otra bóveda que conducía á un jardinillo emplazado sobre el Tiber. Por este lado la fachada lisa y sin ningún adorno no presentaba más que las tres hileras de sus ventanas simétricas. El aspecto del jardín, con su abandono, le oprimió aún más el corazón. En el centro, y en un magnífico pilón lleno de tierra, habían crecido grandes matas de boj amargo. Entre la mala hierba, que crecía en abundancia y en completa libertad, elevábanse unos cuantos naranjos de dorado maduro fruto, que eran los únicos que indicaban cual era la dirección de los paseos que bordeaban.

Arrimado á la pared de la derecha, y entre dos laureles enormes, había un sarcófago del siglo II, con bajo relieves que representaban faunos persiguiendo mujeres, una bacanal desenfrenada, una de esas escenas, en fin, de amor voraz con que la Roma de la decadencia adornaba las tumbas, y convertido en depósito de agua aquel sarcófago de mármol desportillado, mohoso, recibía el delgado chorrito de agua que se desprendía de una trágica carátula empotrada en la pared. En tiempos antiguos abríase allí sobre el Tiber una especie de *logia* porticada, una azotea, desde la que, por una doble escalinata, se podía bajar hasta el río. Pero con el trabajo de los muelles empezaban ya á levantar las orillas y el resultado era que la terraza se encontraba más baja que el suelo nuevo, rodeada de escombros, de piedras de sillería abandonadas, y del despazurramiento yesoso y lamentable que trastornaba todo el barrio.

Aquella vez al menos, tuvo Pedro la seguridad de haber visto la sombra de una falda. Volvióse al patio y se encontró cara á cara con una mujer que debía frisar en los cincuenta años, pero que no tenía ni un pelo blanco, y sí el aire muy alegre y vivo, con su estatura no muy alta. No obstante, al ver á un cura, su rostro redondo, iluminado por unos ojillos claros, reveló algo como desconfianza.

Pedro procuró en seguida explicarse apelando para ello á algunas palabras del mal italiano que hablaba:

—Señora, soy el abate Pedro Froment...

No le dejó ella continuar, y en buen francés, con ese acento lento y un poco pastoso de Ile-de-France, le dijo:

—¡Ah! ¡Ya lo sé, señor abate! ¡Ya lo sé! Os esperaba, tengo órdenes...

Y observando que la miraba con asombro:

—Soy francesa... hace veinticinco años que vivo en este país y aun no he podido acostumbrarme á su condenada lengua!

Recordó entonces Pedro que el vizconde Filiberto de la Choue había hablado de aquella criada, de Victorina Bosquet, una *beauceronna*, de *Anneau*, que cuando tenía veintidos años había ido á Roma acompañando á una señora tísica, cuya brusca muerte la dejó como perdida en un país de salvajes. Por esto se entregó en cuerpo y al-

ma á la condesa Ernesta Brandini, una Boccanera que acababa de dar á luz y que la recogió en la calle para convertirla en la nifera de su hija Benedetta, con la idea de que ayudaría á la niña á aprender el francés. Hacía veinticinco años que se hallaba sirviendo á aquella familia y había conseguido llegar hasta el rango de ama de gobierno sin dejar por eso de ser una ignorante, tan desprovista del don de lenguas que sólo consiguió chapurrar un italiano detestable, útil para las necesidades del servicio en sus relaciones con los demás criados.

—¿Y cómo sigue el señor vizconde?—añadió con su franca naturalidad.—¡Es tan amable y nos da tanta alegría cuando se hospeda aquí en todos los viajes! Sé que la princesa y la *contessina* han recibido ayer una carta suya en la que les hablaba de vuestra llegada.

El vizconde Filiberto de la Choue era quien, en efecto, lo había preparado todo para la estancia de Pedro en Roma. De la antigua y vigorosa raza de los Boccanera, no quedaban más que el cardenal Pío Boccanera, su hermana la princesa, vieja solterona á la que por respeto llamaban *donna* Serafina, después su sobrina Benedetta de la que Ernesta, su madre, siguió á la tumba á su marido el conde Brandini, y por último, el príncipe Dario Boccanera, cuyo padre el príncipe Onofrio Boccanera había muerto y la madre, una Montefiori, contraído segundas nupcias. Por la casualidad de una alianza había el príncipe emparentado con esa familia; su hermano pequeño casóse con una Brandini, hermana del padre de Benedetta y era de ese modo á título complaciente de tío, cómo en distintas ocasiones había hospedado en el palacio de la vía Julia en vida del conde. Profesaba gran cariño á la hija de éste, sobre todo después de cierto drama íntimo de un matrimonio desgraciado que se trataba de hacer anular. A la sazón, que Benedetta había vuelto al lado de su tía Serafina y de su tío el cardenal, la escribía con mucha frecuencia ó la enviaba libros desde Francia. Entre otros, le mandó el vizconde el de Pedro, y toda la historia empezó allí, cartas cambiadas y más tarde una de Benedetta manifestando que la obra había sido denunciada á la Congregación del Índice, y aconsejando al autor á que acudiese á defenderlo y ofreciéndole graciosamente la hospi-

talidad en el palacio. El vizconde, tan asombrado como el joven presbítero, no comprendió la razón de ello y le decidió á emprender el viaje, por buena política, apasionándole una victoria que de antemano hacía suya. En estas circunstancias comprendíase el azoramiento de Pedro al caer en aquella casa tan inmensa y desconocida, y comprometido con una aventura heroica cuyas razones y condiciones no acertaba á explicarse.

De pronto dijo Victorina:

—Os dejé, señor cura, ahí y no me acordé de nada... voy á acompañaros á vuestra habitación; ¿en dónde está vuestro equipaje?

Quedóse muy sorprendida después, cuando la enseñó la maletita, que se había decidido á dejar en el suelo y la explicó que para una estancia de quince días creyó que tenía suficiente con una poca ropa blanca y una sotana más.

—¡Quince días! ¿Os figuráis que no vais á estar aquí más que quince días? En fin, ya lo veréis.

Y llamando á un gran diablo de lacayo que al cabo se había decidido á presentarse, le ordenó:

—Subid eso, Giacomo, al gabinete rojo: ¿tenéis la amabilidad, señor abate, de seguirme?

El encuentro tan imprevisto, en el fondo de aquel sombrío palacio romano, de una compatriota tan vivaracha y buena mujer, produjo á Pedro algo como consuelo. A la sazón, y mientras atravesaban el patio, escuchóla como le contaba que la princesa había salido y que la *contessina*, como seguían llamando por cariño á Benedetta en la casa, no obstante su casamiento, no se había movido de su cuarto porque estaba algo enferma; pero Victorina repitió que tenía órdenes recibidas.

La escalera estaba situada en un ángulo del patio bajo el pórtico; era una escalera monumental con los escalones tan anchos y bajos y de una pendiente tan suave, que un caballo habría podido subir por ellos sin ninguna dificultad. Al ver, sin embargo, aquellas paredes de piedra tan desnudas, aquellos corredores y recibimientos tan solemnes y vacíos, dijérase que una melancolía de muerte se desprendía de las altas bóvedas.

Al llegar al primer piso y observar lo emocionado que

estaba Pedro, sonrióse Victorina. El palacio parecía estar deshabitado, pues ningún ruido se oía en sus cerrados salones. El ama de gobierno señaló con un sencillo ademán una gran puerta de encima que se abría á la derecha.

—Su eminencia ocupa aquí el ala que da sobre el patio y el río johl pero nada más que escasamente una cuarta parte... Los salones que dan á la calle y estaban destinados á recepciones se cerraron ¿cómo era posible sostener y cuidar eso, y sobre todo para qué? Se necesitarían muchos criados.

Continuó subiendo con mucha viveza, habiendo permanecido, siempre, á la cuenta, demasiado extraña, demasiado diferente de todo aquello para que pudiese hacerla mella ó penetrarse del medio en que vivía. Al llegar al segundo piso, añadió:

—Mirad, aquí, á la derecha tenéis las habitaciones de *donna Serafiná* y á la izquierda tenéis las de la *contessina*. Este es el único rincón de la casa en que hay un poco de calor y en el que se ve que hay vida. Además hoy es lunes y la princesa recibe esta noche; ya lo veréis.

Abrió después una puerta que comunicaba con una escalera muy estrecha.

—Nosotros estamos en el tercero... ¿quiere el señor abate que pase delante?

La gran escalera de honor terminaba en el segundo, y Victorina le explicó que el tercer piso no tenía más comunicación que aquella escalera de servicio que llegaba hasta la calle siguiendo uno de los costados del palacio é iba á parar al Tíber. Allí había una puertecilla de escape y esto era sumamente cómodo.

Cuando llegaron al tercer piso siguió un corredor y enseñó otra vez varias puertas.

—Esta es la habitación de don Virgilio, el secretario de su eminencia... esta es la mía... y he aquí la que va á ser la vuestra... Siempre que el señor vizconde viene á pasar unos días en Roma, no quiere más habitación que ésta. Dice que así tiene más libertad y sale y entra cuando se le antoja. Lo mismo que á él os daré una llave de la puerta de abajo, y ahora veréis qué vistas más hermosas tiene el cuarto.

Victorina le precedió; la habitación se componía de dos

piezas, un salón bastante espacioso, cuyas paredes estaban cubiertas de un papel rojo con grandes ramajes y un gabinete con un papel gris lino sembrado de descoloridas florecillas. El salón formaba la esquina del palacio y tenía vistas sobre la callejuela y el Tíber. Victorina abrió en seguida las dos ventanas desde una de las cuales se veía en lontananza el río aguas abajo y desde la otra el Transtíber y el Janículo, enfrente, al otro lado del río.

—¡Ah! ¡Sí, efectivamente es muy hermoso!—dijo Pedro que la había seguido y estaba detrás de ella.

Sin apresurarse llegó Giacomo tras ellos con la maletilla. Eran las once dadas. Entonces, viendo que el presbítero estaba muy cansado y comprendiendo que debía tener necesidad de tomar algo después de un viaje tan largo, Victorina le indicó la conveniencia de mandarle servir en seguida el almuerzo allí en el salón. Después le quedaría la tarde para poder descansar y á las señoras no las vería hasta la noche, á la hora de la comida. Pedro protestó diciendo que no saldría y que no estaba dispuesto á perder una tarde entera; pero aceptó el almuerzo porque en efecto se moría de hambre.

Tuvo sin embargo Pedro que tener paciencia durante una media hora larga. Giacomo, que le servía á las órdenes de Victorina, no se daba ninguna prisa y el ama de gobierno, muy desconfiada, no abandonó al viajero hasta después de asegurarse de que realmente no carecía de nada.

—¡Ah! ¡Qué gentes y qué país, señor abate! No es posible que forméis ni la menor idea de lo que son. Aunque estuviese cien años aquí, no me acostumbraría... ¡Ah! ¡Si no fuese por la *contessina* que es tan hermosa y buena!

Luego y al mismo tiempo que colocaba en la mesa un plato con higos, asombró á Pedro cuando añadió que en una población en la que no había más que curas, no podía ser una ciudad buena. Aquella criada inerédula, tan activa y alegre y en aquel palacio, empezaba á asustarle.

—¡Cómo! ¿No tenéis religión?

—¡No! ¡No! Habéis de saber, señor abate, que eso de los curas no es mi negocio. Cuando era pequeña conocí uno en Francia. Más adelante, aquí, he visto tantos y

todo se concluyó... No digo eso por su eminencia, que es un santo hombre digno de todos los respetos... Y ya saben en la casa que yo soy una mujer honrada y que jamás me porto mal. ¿Por qué no me han de dejar tranquila desde el momento en que quiero tanto á mis amos y cumplo á conciencia en su servicio?

Terminó Victorina sus observaciones con una franca carcajada.

—¡Ah! Cuando me dijeron que iba á venir un cura como si aquí no hubiese antes bastantes, gruñí hasta por los rincones... Pero vos tenéis el aire de ser un honrado joven y creo que nos entenderemos á maravilla... No sé á causa de qué me entretengo en contaros todo esto tan á la menuda, será sin duda porque venís de allá abajo ó quizás porque la *contessina* se interesa mucho por vos... En fin, sea como quiera; me dispensaréis ¿no es verdad? Creedme, señor abate, descansad hoy y no hagáis la tontería de iros á dar vueltas por la ciudad en la que no hay esas cosas tan divertidas que ellos dicen.

Al quedarse solo, sintióse Pedro bruscamente rendido por el cansancio acumulado del viaje, aumentado por la mañana de fiebre entusiástica que había vivido, y, como embriagado, aturdido por el par de huevos y la chuleta comidos apresuradamente, echóse vestido en la cama con el pensamiento de descansar durante una media hora. No se quedó dormido en seguida, sino que pensó en aquellos Boccanera cuya historia conocía en parte, cuya vida íntima veía como en sueños con el natural aumento de las primeras sorpresas, á través de ese palacio desierto y silencioso, de una grandeza tan destalada y melancólica. Fuéronse después embrollando sus ideas, se deslizó al sueño entre un pueblo de sombras, trágicas unas, otras dulces, de facés continuas que le contemplaban con ojos de enigma y dando vueltas en lo desconocido.

De la familia Boccanera habían salido dos papas, uno en el siglo trece y otro en el quince y era de esos dos elegidos, amos todopoderosos, de los que en otros tiempos habían recibido su inmensa fortuna, tierras y haciendas considerables hacia la parte de Viterbo, muchos palacios en Roma, objetos de arte para llenar sus galerías y montones de oro para colmar las cuevas. La familia pasaba

por ser la más piadosa de patriciado romano, por ser aquella en la que ardía la fe y cuya espada estuvo siempre al servicio de la Iglesia; la más creyente, pero también la más violenta y la más batalladora, continuamente en guerra y de una salvajez tal, que la cólera de los Boccanera habíase convertido en proverbio. Y de ahí procedían sus armas, el dragón alado vomitando llamas, el lema, ó divisa, ardiente y feroz que se basaba en su apellido *Bocca nera*, *Alma rosa*, boca negra, alma roja, la boca como entenebrecida por un ruido y el alma ardiendo como un brasero de fuego y de amor. Circulaban aún leyendas de pasiones sin fin ó de terribles actos de justicia. Se contaba como una leyenda el duelo de Onfredo, el Boccanera que á mediados del siglo décimo sexto había mandado construir el palacio actual en lugar de un antiguo caserón que derribó. Habiendo sabido Onfredo que su esposa se había dejado besar en los labios por el joven conde de Cortamagna, hizo que una noche se apoderasen de éste y se lo llevasen á su casa en la que, sin desatarlo, le obligó á que se confesase con un monje. En seguida cortó las cuerdas con un puñal, tiró al suelo las lámparas y ordenó al conde que conservase el arma y se defendiese. Durante más de una hora y rodeados de una obscuridad completa, en el fondo de aquella sala llena de muebles los dos hombres se buscaron, esquivaron los encuentros ó se asieron acibillándose á puñaladas. Cuando más tarde echaron abajo las puertas, encontraron entre charcos de sangre y á través de las mesas derribadas, de las sillas hechas pedazos, á Cortamagna con la nariz cortada y las piernas acuchilladas por treinta y dos puñaladas, mientras que Onfredo había perdido dos dedos de la mano derecha y tenía los hombros hechos una criba. Lo milagroso fué que ni el uno ni el otro murieron. Cien años después, en esa misma ribera del Tíber, una Boccanera, una niña que apenas tenía dieciseis años, la hermosa y apasionada Cassia, llenó á Roma de asombro y de terror. Amaba á Flavio Corradini, el hijo de una familia rival, execrada, á que su padre, el príncipe Boccanera, no quería unirla y su hermano mayor Ercole, había jurado matar si alguna vez le encontraba á su lado. Corradini iba á verla en una barca y Cassia bajaba á reunirse con él por la escalerilla que iba á

parar á la orilla del río. Una noche Ercole, que los estaba acechando, saltó á la barca y clavó su puñal en el corazón de Flavio Corradini. Más tarde se pudieron reconstituir los hechos y se comprendió que entonces Cassia, iracunda, loca, desesperada, haciendo justicia y no queriendo sobrevivir á su amor, se arrojó sobre su hermano y cogiendo en el mismo irresistible brazo á la víctima y al asesino hizo zozobrar la barca. Cuando encontraron los tres cuerpos, Cassia oprimía aún los de los dos hombres, chafando el uno contra el otro sus rostros entre sus desnudos brazos que conservaban su blancura de nieve.

Sucedió esto empero en épocas desaparecidas. A la sazón si quedaba la fe, la violencia de la sangre parecía haberse calmado en los Boccanera. Su gran fortuna también se había ido en medio de esa lenta decadencia que desde hace un siglo viene hirviendo con la ruina al antiguo patriciado romano. Habíanse tenido que vender las tierras y vaciarse el palacio, cayendo poco á poco en ese tren de burguesa medianía de los tiempos modernos. Los Boccanera al menos se negaban obstinadamente á toda alianza extranjera y su sangre romana se conservaba pura, de lo que estaban orgullosos. Con esto satisfacían su orgullo desmedido no siendo nada para ellos la pobreza, viviendo á parte y sin exhalar una queja en el fondo del silencio y de la sombra entre los que se acababa una raza. El príncipe Ascanio, que había muerto en 1848, dejó, de su unión con una Cervisieri, cuatro hijos; Pío, el cardenal, Serafina, que no quiso casarse para quedarse al lado de su hermano, y Onofrio y Ernesta, no habiendo dejado más que una hija, no quedaba más que como heredero varón, único continuador del apellido, el hijo de Onofrio, al joven príncipe Dario, cuya edad frisaba en los treinta años. Con éste, si moría sin dejar posteridad, debían desaparecer los Boccanera tan vivaces y cuya acción llenó la historia.

Desde muy niños amáronse Dario y su prima Benedetta, con una pasión sonriente, profunda y natural. Habían nacido el uno para el otro y no imaginaban que hubiesen venido al mundo para otra cosa más que para ser marido y mujer cuando estuviesen en edad de hacerlo. El día en que, ya cerca de los cuarenta, el príncipe Onofrio, hombre muy amable y popular en Roma, que gastaba su meros

Da fortuna siguiendo su capricho, se decidió á casarse con la hija de Montefiori, la marquesita Flavia, cuya soberbia belleza de Juno niña le enloqueció, fuese á vivir á la villa Montefiori, única riqueza, única propiedad que poseían aquellas señoras, situada hacia la parte de Santa Inés fuera de los muros; un jardín vastísimo, verdadero parque poblado de árboles centenarios que tenía en el centro una casa, cuya construcción pobre y mezquina databa del siglo XVII, cañase á pedazos. Acerca de aquellas señoras no corrían rumores muy favorables; la madre casi fuera de su lugar desde que quedara viuda y la hija demasiado hermosa y con modales en exceso conquistadores. Ese casamiento fué desaprobado de la manera más formal por Serafina, que era muy rígida y por el hermano primogénito Pío que, á la sazón, era solo camarero secreto participante del Santo Padre y canónigo de la Basílica vaticana. Ernesta fué la única que no rompió sus relaciones con su hermano al que quería mucho por su carácter alegre. De tal manera fué ésto, que más adelante su mejor distracción consistió en irse todas las semanas á pasar un día entero en la villa Montefiori. ¡Qué día más delicioso para Benedetta y Darío, ella de diez años de edad y él de quince! ¡Qué día tan tierno y fraternal corriendo ó paseando á través de aquel jardín tan vasto, poco menos que abandonado, con sus copudos pinos, sus bojés gigantes, sus bosquecillos verdes de encina entre los cuales se perdían como en un bosque virgen!

Fué un alma apasionada y sufrida el alma pobre y ahogada de Ernesta, que nació con una necesidad muy grande de vivir con sed de sol, de existencia dichosa, libre y activa en pleno día. Citábasela por sus rasgados ojos claros, por el óvalo encantador de su dulce rostro. Era muy ignorante, como todas las hijas de la nobleza romana, y lo poco que sabía habíalo aprendido en un convento de religiosas francesas y nació enclaustrada en el negro fondo del palacio Boccanera, no conociendo el mundo más que por el paseo diario que daba en coche, en compañía de su madre, por el Corso y por el Pincio. Después, al llegar á los veinticinco años, cansada y desolada ya, casóse, como era de rigor, con el conde Brandini, hijo el más joven de una familia muy noble, numerosa y pobre. En el segundo piso

del palacio de la villa Julia prepararon toda una ala para que en aquellas habitaciones se instalasen los recién casados. Y nada cambió; Ernesta siguió viviendo rodeada de la misma y fría sombra, bajo el peso de aquel pasado muerto, peso que ella sentía cada vez más sobre sus hombros como si fuese el de una losa sepulcral. A parte de aquel casamiento, que fué muy honorable por una y otra parte, el conde Brandini pasó poco tiempo después en Roma por ser el hombre más orgulloso y necio que allí había. Profesaba una religión estrecha y formalista, mostrándose intransigente, y triunfó cuando consiguió, después de apelar á intrigas sin cuento y á sordos manejos que duraron diez años, hacer que le nombrasen caballero mayor de Su Santidad. Desde entonces, dijérase que toda la pasada majestad del Vaticano habíase entrado por las puertas de su casa. Bajo Pío IX y hasta 1870, fué aún pasadera la vida para Ernesta, que se atrevía á abrir las ventanas que daban á la calle, recibía algunas amigas sin ocultarse ó aceptaba convites para asistir á algunas reuniones. Pero cuando los italianos conquistaron á Roma y el papa se declaró prisionero, la casa de la vía Julia se convirtió en un sepulcro. Cerraron la puerta grande, la atrancaron y en señal de duelo clavaron las hojas, y durante diez años no entraron ni salieron más que por la puerta de la escalera de servicio que comunicaba con la callejuela. Prohibieron también que abriesen las ventanas de la fachada. Aquello fué el enfurruñamiento, la protesta del mundo negro, el palacio reducido al silencio y á la inmovilidad de la muerte, y además de esto, una reclusión total, sin recepciones, pues sólo se vieron raras sombras, las de los tertulios de *donna* Serafina, que los lunes se deslizaban por la estrecha puertecilla apenas entreabierta. Fué entonces durante esos lúgubres diez años, cuando la joven señora lloró todas las noches, y aquel alma sordamente desesperada agonizó al verse así enterrada en vida.

Ernesta dió á luz muy tarde, es decir, cuando tenía ya treinta y tres años. Al principio, la niña fué para ella una distracción. Más tarde la ordenada existencia la recogió otra vez entre su engranaje aplastante, y tuvo que meter á su hija en el convento del Sagrado Corazón de la Trinidad de los Montes, bajo la dirección de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1025 MONTERREY, MEXICO

á ella la habían educado. De allí salió Benedetta hecha ya una joven, á los diecinueve años, habiendo aprendido el francés y la ortografía, un poco de aritmética, el catecismo y algunas páginas de historia. Y continuó como antes, una vida de gineceo en la que se presiente el Oriente sin salir nunca con el padre ó con el marido, con los días pasados en el fondo de sus habitaciones cerradas y únicamente alegradas por el único respiro, por el eterno paseo obligatorio, la vuelta diaria al Corso y al Pincio. En el interior de la casa la obediencia era absoluta, los lazos de la familia conservaban una autoridad, una fuerza que la doblegaba á ambas bajo la voluntad del conde, y esto sin rebelión posible, y á esa voluntad agregábanse las de *domina* Serafina y la del cardenal, severos acérrimos defensores de las antiguas costumbres. Desde que el papa había dejado de pasear por Roma, el cargo de caballero mayor ocupaba poco al conde, porque las cuadras y cocheras habíanse reducido mucho; pero eso no impedía que hiciese su servicio en el Vaticano, mas sólo como de aparato, desplegando gran celo devoto y como una protesta continua contra la monarquía usurpadora instalada en el Quirinal. Acababa Benedetta de cumplir los veinte años, cuando una tarde y de regreso de una solemnidad en San Pedro, volvió su padre tosiendo y tiritando. A los ocho días se murió á consecuencia de un catarro pulmonar. Y, en medio de su duelo, fué como una inesperada suerte inconfesada para aquellas pobres mujeres que se vieron libres.

Desde aquel instante no tuvo Ernesta más que un pensamiento: el de salvar á su hija de aquella existencia limitada por cuatro paredes, entre las que estaba como enterrada. Habíase ella aburrido demasiado y ya no la quedaba tiempo para renacer, mas no quería que á su turno viviese Benedetta una vida contra la naturaleza encerrada en una tumba voluntaria. Además ese cansancio, esa rebelión observábanse en algunas familias patricias, las que, pasado el enfurruñamiento de los primeros tiempos, empezaban á aproximarse al Quirinal. ¿Por qué los hijos ávidos de acción, de libertad, de sol y de aire libre habían de sostener eternamente la querrela de los padres? Sin que se pudiese aún producir una reconciliación entre el mundo negro y el mundo blanco, confundíanse algunos mati-

ces y habíanse verificado imprevistas alianzas. La cuestión política era indiferente para Ernesta, que hasta la ignoraba, pero lo que sí deseaba con pasión era que su raza saliese de aquel execrable sepulcro, de aquel palacio Boccanera, negro, mudo, en el que sus alegrías de mujer habíanse helado con una muerte tan lenta. Había sufrido demasiado en el fondo de su corazón como hija, como amante y como esposa, y cedía á la cólera de su destino truncado, sumida en una resignación imbecil. La elección de un nuevo confesor influyó también en su voluntad, porque Ernesta había seguido siendo muy religiosa y se prestaba docil á los consejos de su director espiritual. Para quedar más libre abandonó al padre jesuita que su marido en persona la escogiera y lo reemplazó con el abate Pisoni, cura párroco de una iglesia vecina, de Santa Brígida, en la plaza de Farnesio. Era un hombre de cincuenta años, muy cariñoso y bueno, y de una caridad muy rara en país romano, pero al que la arqueología, la pasión de las piedras antiguas, había convertido en ardiente patriota. Se decía de él que, por muy humilde que fuese, en distintas ocasiones había servido de intermediario entre el Vaticano y el Quirinal para asuntos muy delicados. Al llegar también á ser confesor de Benedetta, muchas veces habló con la madre y la hija de la grandeza de la unidad italiana, de la dominación triunfal de la Italia el día en que el papa y el rey se pusiesen de acuerdo.

Amábanse Benedetta y Dario, lo mismo que el primer día, sin prisas, con ese amor fuerte y tranquilo de los amantes que saben pueden contar el uno con el otro. Succedió empero por entonces que Ernesta se interpuso entre ambos, oponiéndose á ese casamiento. ¡No! ¡Dario, no! Aquel pariente, el último de su apellido, no; porque encerraría también á su mujer en la negra tumba del palacio Boccanera. Sería aquello el sepelio continuo, la ruina agravada, la misma orgullosa miseria, el mismo enfurruñamiento que deprime y embrutece. Conocía bien á Dario y sabía que era débil y egoísta, incapaz de pensar y obrar, destinado á enterrar sonriendo á su raza, ó dejar que las últimas piedras de su casa cayesen sobre su cabeza sin tener energía para fundar una familia nueva, y lo que Ernesta quería era otra fortuna, la renovación de su hija, á

la que deseaba ver rica, floreciendo con la vida de los vencedores y los poderosos de mañana. Desde aquel instante la madre se obcecó en hacer la felicidad de su hija, á pesar de ésta, contándole sus penas, sus lágrimas, y suplicándole que no empezase otra nueva lamentable historia. Habríase sin embargo estrellado contra la pasiva voluntad de su hija, que se había entregado para siempre, si circunstancias especiales no la hubiesen puesto en relación con el yerno que soñaba. En la villa Montefiori, en donde Darío y Benedetta habían jurado quererse, fué en donde justamente encontró al conde Prada, al hijo de Orlando, uno de los héroes de la ciudad italiana. Había ido á Roma desde Milán con su padre cuando la ocupación, época en la que sólo contaba dieciocho años, y entró al principio como empleado en el ministerio de Hacienda, mientras que el anciano combatiente, nombrado senador, vivía modestamente con una pequeña renta, último resto de una fortuna consumida en servicio de la patria. En el hijo, la hermosa manía guerrera del antiguo compañero de Garibaldi, convirtiéndose al día siguiente de la victoria en furioso apéto de botín, y llegó á ser uno de los verdaderos conquistadores de Roma, uno de los hombres de presa que despedazaban y devoraban la ciudad. Comprometido en grandes especulaciones sobre terrenos y rico ya, á lo que se decía, acababa de unirse al príncipe Onofrio, al que deslumbró, inspirándole la idea de vender el gran parque de la villa Montefiori para construir allí un barrio nuevo. Afirmaban algunos que era el amante de la condesa, de la hermosa Flavia que, aun cuando le llevaba nueve años, estaba aún de muy buen ver. Había efectivamente en él una violencia de deseo, una necesidad de conquistar, de apoderarse, que hacía desapareciere para él todo escrúpulo ante la fortuna ó la mujer ajena. Desde el primer encuentro deseó á Benedetta. A ésta no podía obtenerla como querida, no estaba más que para casarse, y no vaciló ni un solo instante; rompió en seco con Flavia, sintiendo bruscamente hambre de aquella pura virginidad, de aquella sangre patricia que circulaba por un cuerpo tan adorablemente juvenil. Cuando comprendió que Ernesta, la madre, estaba de su parte, le pidió, seguro de la victoria, la mano de su hija. Fué una sorpresa muy grande para

todos, porque Prada tenía quince años más que Benedetta, pero era conde, llevaba un apellido histórico, amontonaba millones, estaba bien visto en el Quirinal y le sonreía el camino de la fortuna. Roma entera se apasionó.

Nunca se explicó Benedetta cómo acabó por ceder. Seis meses antes, seis meses después, era indudable que semejante casamiento no se habría llevado adelante ante el horroroso escándalo que había producido en el mundo negro. ¡Una Boccanera, la última de esa antigua raza papal, entregada á un Prada, á uno de los espoliadores de la Iglesia! Fué preciso que aquel descabellado proyecto se presentase en una hora especial y breve, en el momento en que se intentaba una aproximación suprema entre el papa y el Quirinal. Corría el rumor de que iba á establecerse un acuerdo; que el rey consentía en reconocer al papa la propiedad soberana de la ciudad leonina, y de una estrecha faja de territorio que llegase hasta el mar; si esto era así ¿no iba á ser el casamiento de Benedetta y de Prada como el símbolo de la unión y de la reconciliación nacional? Aquella hermosa niña, el puro lirio del mundo negro ¿no era el holocausto consentido, la prenda entregada al mundo blanco? Durante quince días no se habló de otra cosa; se discutía, se enternecían y esperaban. Benedetta por su parte no entraba para nada en esas razones; no escuchaba más que á su corazón del que no podía disponer, puesto que lo había entregado ya. Pero desde la noche á la mañana tenía que sufrir las súplicas de su madre que le rogaba que no rehusase la fortuna, la vida que le ofrecían. Sobre todo estaba muy trabajada por los consejos de su confesor, el buen abate Pisoni, cuyo patriótico celo católico en aquella ocasión influía en ella con toda la fe que tenía en los destinos cristianos de Italia, y daba gracias á la Providencia por haber escogido una de sus ovejas para hacer que se apresurase un acuerdo que debía hacer triunfar á Dios en el mundo entero. Y, con completa seguridad que la influencia de su confesor fué una de las causas decisivas de su determinación, porque era muy piadosa y muy devota, sobre todo de una Virgen á la que iba á rezar todos los domingos en la pequeña iglesia de la plaza de Farnesio. Un hecho la impresionó mucho: el abate Pisoni le dijo que la llama de la lámpara que ardía delan-

te de la imagen volvía blanca cada vez que él se arrodillaba para suplicar á la Virgen aconsejase el redentor casamiento á su penitente. De este modo obraron fuerzas superiores y Benedetta cedió por obedecer á la madre, á la que el cardenal y *donna* Serafina, quisieron contradecir primero, y más tarde, cuando intervino la cuestión religiosa, dejaron que obrase como quisiese. Había crecido con una pureza, con una ignorancia absoluta, no sabiendo nada de sí misma; tan cerrada á la vida, que casarse con otro que no fuese Dario, era sencillamente para Benedetta la ruptura de una antigua promesa de existencia común, sin el arrancamiento físico de su corazón y de su carne. Lloró mucho, y en un día de abandono se casó con Prada, no encontrando voluntad bastante para resistir á los suyos y á todo el mundo, consumándose así un casamiento del que Roma entera había sido cómplice.

Y entonces, la noche misma de la boda, estalló el trueno. Prada, el piemontés, el italiano del Norte y de la conquista, ¿dió pruebas de la brutalidad del invasor, quiso tratar á su mujer de igual manera que tratara á la ciudad como amo impaciente de saciarse? ¡O bien la revelación del acto fué sólo imprevista para Benedetta y demasiado repulsivo para ella por parte de un hombre al que no amaba y al que no se pudo resignar á soportar? Nunca lo explicó ella con claridad; pero cerró la puerta de su cuarto con violencia, echó el cerrojo y se negó obstinadamente á recibir á su marido. Durante un mes debió haber por parte de Prada furiosas tentativas, pues aquel obstáculo á la satisfacción de su pasión le enloquecía. Sentíase ultrajado, sangraba en su orgullo y en su deseo y juró que domaría á su mujer como se doma á una yegua resabiada, á latigazos. Toda la rabia sensual de un hombre fuerte se estreñó ante la indomable voluntad que había crecido en una noche bajo la frente estrecha y encantadora de Benedetta. En ella se despertaron los Boccanera; de buen grado no quería nada y nada en el mundo, ni aun la muerte la habría obligado á querer. Además de esto había en su ánimo, ante ese brusco conocimiento del amor, un retorno á Dario, la certidumbre de que sólo á él debía entregar su cuerpo, puesto que á él sólo se lo prometió. Dario, después de celebrado el casamiento, que debió aceptar como se

acepta un duelo, emprendió un viaje á Francia. Benedetta no se ocultó; le escribió para que volviese y se comprometió de nuevo á no pertenecer á otro. Aparte de esto su devoción había ido en aumento y aquella testardez de conservar la virginidad para el amado elegido por ella se mezclaba en su culto, á un pensamiento de fidelidad á Jesús. Se reveló en ella un corazón ardiente de grande enamorada pronta á sufrir el martirio antes que faltar á la fe jurada. Y cuando madre, con las manos cruzadas y desesperada, la suplicaba que cumpliera con los deberes conyugales, respondía que ella no debía nada puesto que al casarse no sabía nada. Además de esto los tiempos cambiaron, el acuerdo en el Vaticano y el Quirinal había fracasado hasta el extremo de que los periódicos de ambos partidos habían emprendido con nuevo ardor una campaña de ultrajes y difamaciones y aquel casamiento triunfal, para el que todos trabajaron, como si se tratara de una prenda de la paz, se derrumbó entre el desastre, y no fué más que una ruina añadida á tantas otras.

Murió Ernesta; se había equivocado su existencia truncada de esposa sin goces, rematada con su supremo error de madre. Lo peor fué que se quedó sola bajo la entera responsabilidad del desastre, porque su hermano el cardenal y *donna* Serafina la abrumaron con sus reproches. Para consolarse no podía contar más que con la desesperación del abate Pisoni, que había sido doblemente herido por la pérdida de sus patrióticas esperanzas y por el pesar de haber contribuido á semejante catástrofe. Y una mañana encontraron á Ernesta muy fría y lívida en su cama. Se habló de un accidente del corazón, pero el sufrimiento debió bastar porque la desdichada sufrió de una manera horrosa, discreta, sin quejarse, como había sufrido durante toda su vida. Hacía ya cerca de un año que Benedetta estaba casada, negándose á satisfacer los deseos de su marido, pero no queriendo abandonar el domicilio conyugal para evitar á su madre la tremenda pena de un escándalo público. Sin embargo su tía Serafina influía sobre ella dándole esperanzas de una posible anulación del matrimonio si iba á arrojarse á los pies del Santo Padre. Y concluyó por convencerla desde que, cediendo ella misma á ciertos consejos, la dió como director espiritual á su propio con-

fesor, al padre jesuita Lorenzo, en reemplazo del abate Pisoni. El jesuita, que apenas tenía unos treinta y cinco años de edad, era un hombre grave y amable, de ojos claros y expresivos y de una gran fuerza para la persuasión. Benedetta no se decidió hasta el día siguiente de la muerte de su madre y sólo entonces volvió á vivir al palacio Boccanera, en las habitaciones en que ella había nacido y acabado de morir su madre. Además, en seguida se entabló el proceso pidiendo la anulación del matrimonio que se presentó para su instrucción en primera instancia ante el cardenal vicario encargado de la diócesis de Roma. Se contaba que la *contessina* no se había decidido á dar ese paso hasta después de haber obtenido una audiencia secreta del papa que la dió pruebas de simpatía y la alentó. El conde Prada habló por su parte, al principio, de obligar á su esposa por medio de una providencia judicial á regresar al domicilio conyugal. Más tarde, ante las súplicas del anciano Orlando, al que aquel asunto produjo gran pena, accedió á aceptar el pleito ante la autoridad eclesiástica, exasperándole más que nada el que la demandante alegase que el casamiento no se había consumado á consecuencia de la impotencia del marido. Este es uno de los motivos que suelen aceptarse como válidos en el tribunal romano. El abogado consistorial Morano, una de las notabilidades del foro romano, hacía constar sencillamente que aquella impotencia tenía por única causa la resistencia de la esposa, y sobre ese punto tan delicado, tan escabroso, se entabló un debate tal, que parecía imposible que de él pudiese salir la verdad; por una parte y por otra diéronse íntimos detalles en latín, se presentaron testigos, amigos, criados que habían presenciado escenas y se alegó la cohabitación de un año. Por último el documento más decisivo era un certificado firmado por dos comadronas, las que declaraban que reconocida la joven conservaba intacta su virginidad. El cardenal vicario, obrando como obispo de Roma, envió el proceso á la congregación del Concilio, lo que equivalía para Benedetta á un primer triunfo, y en este estado se hallaban las cosas esperando ella á que la congregación resolviese de una manera definitiva y con la esperanza de que la anulación religiosa del matrimonio sería un argumento irresistible para obtener

el divorcio ante los tribunales civiles. En aquellas frías habitaciones en las que su madre, sumisa y desesperada, acababa de morir, reanudó la *contessina* su vida de soltera y se mostraba muy tranquila, muy decidida en su pasión, habiendo jurado no ser más que de Dario y no entregarse á él más que el día en que un sacerdote los uniese santamente ante el altar.

Precisamente también Dario había ido á vivir al palacio Boccanera hacía unos seis meses á consecuencia de la muerte de su padre y de la catástrofe que le había arruinado. El conde Onofrio, que siguiendo los consejos de Prada vendió la villa Montefiori en diez millones á una sociedad financiera, dejóse arrastrar por la fiebre de la especulación que consumía á Roma, y en vez de guardarse prudentemente en el bolsillo los diez millones, se entregó á varias especulaciones, con suerte primero, pues consiguió rescatar sus propios terrenos, pero con tal desgracia después que lo perdió todo en un *krach* formidable que se tragó la fortuna de la ciudad entera. Completamente arruinado y hasta lleno de deudas no por eso dejó el príncipe de pasear por el Corso como hombre apuesto, sonriente y popular hasta que murió á consecuencia de una caída de caballo, y cuatro meses después su viuda, la siempre hermosa Flavia, que se las había arreglado de manera que pudo pescar en medio del desastre una villa moderna y cuarenta mil francos de renta, se casó con un hombre muy buen mozo, pero que tenía diez años menos que ella, con un suizo llamado Julio Laporte, antiguo sargento de la guardia suiza del Santo Padre y más tarde agente clandestino de un comercio de reliquias y á sazón por breve pontificio, marqués de Montefiori, habiendo conquistado el título al conquistar la mujer. La princesa Boccanera volvió á ser la marquesa de Montefiori. Y entonces fué cuando el cardenal Boccanera, lastimado por aquella conducta, exigió que su sobrino fuese á vivir á su lado, á una modesta habitación en el primer piso del palacio. En el corazón del santo varón, que parecía muerto para el mundo, quedaba el orgullo del apellido y una acendrada ternura hacia aquel joven débil, último de su raza y el único por el que podía retoñar el antiguo tronco. No se mostraba hostil al casamiento con Benedetta, á la que también

quería con paternal cariño y tan orgulloso y convencido de su piedad que al tenerlos juntos á su lado, desdenaba los abominables rumores que los amigos del conde Prada hacían circular por el mundo blanco desde que primo y prima habíanse reunido bajo el mismo techo. *Donna Serafina* guardaba á *Benedetta* como él lo hacía con *Dario* y en el silencio, en la sombra del vetusto desierto palacio, en otros tiempos ensangrentado tantas veces por trágicas violencias, no vivían más que ellos cuatro con sus pasiones adormecidas, y últimos vivientes de un mundo viejo que se derrumba en los umbrales de un mundo nuevo.

Cuando el abate Pedro Froment se despertó de una manera brusca, con la cabeza cargada por los penosos ensueños, se desconsoló al ver que declinaba el día; su reloj, que se apresuró á mirar, señalaba las seis, de modo que él, que deseó tan sólo descansar á lo sumo una hora, se había estado durmiendo durante siete, abrumado por un cansancio indecible. Y hasta despierto permaneció aún en el lecho como vencido ya, antes de haber combatido. ¿Por qué esa postración, ese desaliento sin causa, ese estremecimiento de duda, procedente de no sabía dónde, que le acometieran durante su sueño y que abatía su juvenil entusiasmo de la mañana? ¿Estaban unidos los *Boccanera* á la repentina debilidad de su alma? Entre la negrura de sus ensueños había entrevisto figuras tan turbadoras, tan inquietantes, que su angustia continuaba y las evocaba aún azorado al despertarse de ese modo, en una habitación ajena y dominado por el malestar de lo desconocido. Se le figuró que las cosas no eran tan razonables y no se explicó cómo había sido *Benedetta* la que escribió al vizconde *Filiberto* de la *Choue*, para encargarle que le dijese que habían denunciado su libro á la Congregación del *Indice*, ni qué interés podía tener ella en que el autor fuese á defenderse á *Roma* y tampoco el por qué había llevado la amabilidad hasta el extremo de querer que se hospedase en su propia casa. Su estupor, en suma, nacía de verse allí como un extraño, sobre aquel lecho, y en aquella habitación del palacio, en el que sólo oía á su alrededor el gran silencio de la muerte. Con los miembros como quebrantados y como vacío el cerebro, tenía, sin embargo, una brusca lucidez y comprendió que muchas cosas se le

escapaban y que bajo aquella aparente sencillez de los hechos debía ocultarse alguna complicación. Pero esto fué sólo como un destello de luz y la sospecha se desvaneció; mas levantóse con violencia, se sacudió, acusando al triste crepúsculo de ser la causa única de aquel estremecimiento y de aquel desaliento que le avergonzaban.

Para moverse y hacer algo púsose Pedro á examinar las dos habitaciones. Sus muebles eran de caoba, sencillos, casi pobres, descabalados y que procedían de principios del siglo. La cama no tenía cortinajes como tampoco las puertas y ventanas. En el suelo, sobre el enlosado desnudo pintado de rojo y lustrado después con cera, había algunas alfombritas delante de las sillas. Y ante aquella frialdad y desnudez burguesas acabó por acordarse de la habitación en que, siendo niño, había dormido en *Versalles*, en casa de su abuela que, en tiempos de *Luis Felipe*, tuvo allí un modesto comercio de mercería. En una pared, delante de la cama, interesóle mucho un cuadro colocado allí entre grabados infantiles y sin valor. Representaba, apenas alumbrada por la luz del día en su ocaso, una figura de mujer, sentada en un basamento de piedra, en el dintel de un edificio severo y grandioso del que parecía habíala arrojado. Las puertas de bronce acababan de cerrarse para siempre y ella permanecía allí arrebuja en un lienzo blanco, mientras que sus ropas esparcidas, tiradas con violencia, á la casualidad, arrastraban sobre los anchos peldaños de mármol. Tenía desnudos los pies, los brazos, la faz oculta entre las manos convulsionadas por el dolor, una faz que no se veía, que tapaban los rizos ondulantes de una cabellera admirable que la velaba con una nube de oro oscuro. ¿Qué dolor sin nombre, qué horrorosa vergüenza, qué execrable abandono ocultaba de ese modo aquella mujer rechazada, aquella obstinada del amor, de la que se meditaba sin cesar la historia de un corazón transido de dolor? En medio de su miseria, con aquel paño blanco sobre sus hombros, se comprendía que era muy hermosa, pero lo demás de ella pertenecía al misterio lo mismo que su pasión, puede también que su infortunio y quizás su falta. A no ser que aquello fuese tan sólo el símbolo de todo lo que se padece y llora, que no tiene rostro conocido y sufre ante la puerta eternamente

cerrada de lo desconocido. Durante largo rato estuvo contemplándola y tan bien que al cabo imaginó que distinguía su perfil de un sufrimiento y de una pureza divinas. Esto no fué empero más que una ilusión, porque el cuadro había sufrido mucho, ennegrecido, abandonado, y Pedro se preguntó de qué desconocido maestro podía ser aquel cuadro que le había conmovido hasta aquel extremo. En la pared de al lado vió una Virgen, una mala copia de un cuadro del siglo dieciocho, que no le agradó por la vulgaridad de su sonrisa.

El día declinaba cada vez más y Pedro abrió la ventana del salón y se echó de bruces en su antepecho. Enfrente de él, y al otro lado del río Tíber, se elevaba el monte Janículo, el mismo desde donde había contemplado por la mañana á Roma; pero ésta no era ya, á esa hora indecisa, la ciudad de juventud y de ensueños iluminada por el sol matinal; llovía la noche en una ceniza gris, el horizonte se inundaba de sombra haciéndose indistinto, tenebroso. Allí abajo á la derecha se adivinaba aún el Palatino por cima de los techos, y á la derecha seguía siempre la cúpula de San Pedro, de color de pizarra, bajo un cielo de plomo, mientras que á su espalda, el Quirinal, al que no podía ver, debía desaparecer ensombrecido por la bruma. Pasaron aún algunos minutos, todo se fué haciendo más confuso y vió cómo Roma se desvanecía, se borraba en su inmensidad que él no conocía. Apoderáronse de él otra vez la duda y la inquietud, pero fué esto de una manera tan dolorosa que no pudo permanecer más tiempo en la ventana, que cerró. Fuése á sentar y dejó que las tinieblas le rodeasen envolviéndole con una ola de tristeza infinita. Su desesperado ensimismamiento no concluyó hasta que la puerta se abrió quedamente y la luz de una lámpara alegró la habitación con su claridad.

Era Victorina que entraba con mucha precaución llevando una luz.

—¡Ah! Ya estáis levantado, señor abate. Vine á eso de las cuatro y os dejé dormir, obrasteis muy cuerdamente descansando todo lo que necesitábais.

—Sí, efectivamente lo necesitaba.

Al oírle quejar de aquel cansancio y estremecimientos se inquietó Victorina.

—¡No vayáis á coger unas malditas calenturas! ¡Habé, de saber que la vecindad del río no es sana. Don Vigilio, el secretario de su eminencia, las tiene y os aseguro que no son cosa buena.

Aconsejóle entonces que no bajase y que se acostase, ofreciéndole que le excusaría con la princesa y con la *contessina*. Acabó por dejarla hacer y decir, por qué no se hallaba en el caso de tener voluntad. Siguiendo sus consejos comió, tomó un plato de sopa, un alón de pollo y confituras que Giacomo el lacayo le subió. Esa comida le sentó muy bien y se sintió como repuesto hasta el punto de que se negó á meterse en cama y se empeñó en absoluto en dar las gracias á aquellas señoras, sin esperar á más, por su amable hospitalidad. Puesto que *donna* Serafina recibía los lunes, se presentaría aquella misma noche.

—¡Bueno! ¡Bueno! —dijo Victorina aprobando. — Desde el momento en que os encontráis bien, eso os distraerá... Lo mejor es que don Vigilio, vuestro vecino, entre á buscaros á las nueve y que sea él quien os acompañe. Esperadle.

Había terminado Pedro la operación de lavarse y ponerse la sotana nueva, cuando á las nueve en punto dieron un discreto golpecito en la puerta. Presentóse un presbítero bajito, de unos treinta años apenas, flaco y débil, de rostro largo y demacrado, y de color de azafrán. Hacía dos años que todos los días, á la misma hora, experimentaba accesos de calentura que le consumían; pero en su faz amarillenta, y cuando se olvidaba de apagar su fulgor, brillaban sus negros ojos abrasados por su alma de fuego. Hizo una reverencia y dijo sencillamente con un francés muy puro.

—Soy don Vigilio, señor abate, y estoy á vuestro servicio, ¿queréis que bajemos?

Siguióle inmediatamente Pedro dándole las gracias. Don Vigilio no dijo nada más y se limitó á responder con sonrisas. Bajaron por la escalerilla y llegaron hasta el vasto descanso del segundo piso en la escalera de honor, quedándose Pedro sorprendido y triste al ver su poca iluminación. A largas distancias unos de otros, mecheros de gas como esos de las casas amuebladas modestamente, mecheros cuyas manchas amarillas alumbraban apenas las pro-

fúndas finieblas de aquellos elevados corredores que no tenían fin. Era gigantesco y fúnebre. Hasta en el recibimiento en donde estaba la puerta de las habitaciones de *donna* Serafina enfrente de la que conducía á las de su sobrina, nada indicaba que allí hubiese aquella noche aquella recepción. La puerta seguía estando cerrada y ni un solo ruido salía de aquellas habitaciones para turbar el silencio de muerte que reinaba en el mundo entero. Fué don Vigilio el que, después de hacerle una nueva reverencia, dió discretamente vuelta al botón sin llamar.

Una sola lámpara de petróleo, colocada sobre una mesa, iluminaba la antecámara, vasta sala de desnudas paredes pintadas al fresco imitando una tapicería rojo y oro, recogidos regularmente los paños á la antigua. En las sillas veíanse algunos gabanes de hombre, dos abrigos de señora, mientras que los sombreros cubrían una consola. Un criado, sentado de espaldas á la pared, dormitaba.

En el momento en que don Vigilio se apartaba á un lado para hacerle pasar al primer salón, una habitación tapizada de brocado rojo, que estaba medio á oscuras y que creía vacía, encontróse Pedro cara á cara con una negra aparición, una mujer con traje negro cuyo rostro no le fué posible ver en el primer momento. Afortunadamente oyó á su compañero que decía, inclinándose:

—*Contessina*, tengo el honor de presentaros al señor abate Pedro Froment, que ha llegado de Francia hoy por la mañana.

Durante un momento permaneció solo con Benedetta en medio de aquel salón desierto, iluminado con la luz adormecedora de dos lámparas con pantallas de encaje; pero al presente ofase rumor de voces procedentes del salón vecino; de un gran salón cuya puerta, abierta de par en par, recortaba como un cuadro de una claridad más viva.

La *Contessina* se mostró en seguida muy amable y le acogió con perfecta sencillez.

—¡Cuánto celebro veros, señor abate! Temí mucho que vuestra indisposición fuese cosa grave y ya estáis completamente repuesto, ¿no es verdad?

La escuchó seduciéndole su voz lenta, ligeramente gruesa, en la que toda una pasión contenida parecía pasar en

medio de la prudente razón. Vefala al fin con sus cabellos tan abundantes y negros, su cutis tan blanco, de una blancura semejante á la del marfil. Tenía redondo el rostro, los labios un poco gruesos, la nariz muy fina y los rasgos todos en fin de una delicadeza de niña; pero sobre todo eran los ojos los que en ella vivían, ojos rasgados, inmensos, de una profundidad infinita y en los que nadie estaba seguro de leer. ¿Dormía? ¿Soñaba? ¿Ocultaba la tensión ardiente de las grandes santas y de las grandes enamoradas bajo la inmovilidad de su rostro? Tan blanca, tan joven, tan tranquila, tenía unos movimientos armoniosos, una apostura muy reflexiva, noble y rítmica. En las orejas llevaba dos gruesas perlas de una pureza admirable; perlas que procedían de un célebre collar de su madre y que Roma entera conocía.

Excusóse Pedro dando las gracias.

—Estoy confuso, señora, porque hubiera querido manifestaros desde hoy por la mañana cuán agradecido os estoy por vuestra gran bondad.

Por un momento vaciló antes de llamarla señora acordándose del motivo en que basaba su instancia de nulidad de matrimonio, pero indudablemente todo el mundo la llamaba así. Su rostro por otra parte continuó con su expresión serena y bondadosa y además la *contessina* quiso alentarle.

—Aquí estáis en vuestra casa, señor abate, y para ello hasta que nuestro pariente, el señor de la Choue, os quiera y se interese por vuestra obra. Ya sabéis que yo le profesó gran cariño...

Su voz se turbó un poco: acababa de comprender que debía hablar del libro, única causa del viaje y de la hospitalidad ofrecida.

—Sí, el vizconde fué el que me envió vuestro libro. Lo leí y me pareció bueno. Me turbó; porque yo no soy más que una ignorante y no lo he comprendido todo. Será por tanto necesario que hablemos y que me expliquéis vuestras ideas, ¿lo haréis, señor abate?

En aquellos rasgados ojos claros, que no sabían mentir, leyó entonces Pedro la sorpresa, la emoción de un alma de niña al hallarse frente á frente de problemas en los que jamás había meditado. ¿No sería ella la que se hubie-

se apasionado, que hubiese querido tenerle á su lado, para sostenerle, para ser de la victoria? Sospechó de nuevo la existencia de una influencia secreta, y esta vez con gran claridad, de alguno en fin cuya mano lo dirigía todo hacia un objeto ignorado; pero estaba encantado con tanta sencillez y franqueza en una criatura tan hermosa como joven y noble y se entregaba á ella é iba á decirle que podía disponer de él por completo, cuando le interrumpió la llegada de otra señora, igualmente vestida de negro cuya alta estatura y delgado talle se recortó duramente en el centro del cuadro luminoso de la puerta abierta de par en par del salón inmediato.

—Y bien! ¿Has mandado, Benedetta, á Giacomo que suba á enterarse? Don Vigilio acaba de entrar y se ha presentado solo. Eso es inconveniente.

—No hay nada de eso, tía, el señor abate está aquí. Y se apresuró á presentarlos el uno al otro.

—El señor abate Pedro Froment... La princesa Boccanera.

Cambiáronse ceremoniosos saludos. La princesa debía frisar en los sesenta y de tal manera se apretaba el talle que, vista de espalda, habríanla tomado por una joven. Esta era, por otra parte, su última coquetería, tenía todo el pelo blanco, espeso y rudo aun, no conservando más que las pestañas negras en su larga faz de grandes arrugas en la que campeaba la gran nariz voluntariosa de la familia. No había sido nunca hermosa y permaneció soltera herida mortalmente por el conde Brandini que eligió á Ernesta, menor que ella, y desde entonces resolvió buscar sus goces en la satisfacción única del orgullo hereditario del apellido que llevaba. Entre los Boccanera habíanse ya contado dos papas y confiaba en no morir antes de ver á su hermano el cardenal ser el tercero. Convirtiéndose en su ama de gobierno secreta, no se separó nunca de su lado, velando por él, aconsejándole, dirigiendo la casa como soberana y haciendo milagros para ocultar la ruina lenta que hacía se derrumbasen los techos sobre sus cabezas. Si hacía treinta años que todos los lunes recibía á alguna persona de su intimidad, todas del Vaticano, era por alta política, para seguir al frente del salón del mundo negro, una fuerza y una amenaza,

Pedro adivinó también cuán poco pesaba su presencia en su ánimo, pues no se trataba más que de un humilde presbítero que no era siquiera prelado. Y esto siguió admirándole, contribuyendo á que de nuevo se hiciese la obscura pregunta: ¿por qué le habían distinguido y que iba á hacer él en aquel mundo cerrado á los humildes? Sabía que la princesa era una mujer de una austeridad y de una devoción extremadas y acabó por figurarse que le recibía únicamente por miramiento hacia el vizconde, porque ella, á su vez, no encontró más frase que esta:

—¿Qué contentos estamos al recibir buenas noticias del señor de la Chouel Hace dos años ¡qué buena peregrinación nos trajó!

Pasó la primera é introdujo al cabo al joven presbítero en el salón inmediato que era una vasta habitación cuadrada tapizada con brocatel amarillo antiguo, con grandes flores estilo Luis XIV. El techo, que era muy elevado, tenía un revestimiento maravilloso de madera esculpida y pintada con artesonados adornados con rosas de oro. El mobiliario en cambio estaba descabulado. Grandes espejos, dos soberbias consolas doradas, algunos hermosos sillones del siglo xvii y todo el resto lamentable, un velador viejo estilo imperio, venido no se sabía de dónde, cosas heterogéneas compradas en algún bazar, fotografías horribles arrastrándose por cima del precioso mármol de las consolas. En las paredes unos cuantos cuadros antiguos nada más que medianos, excepción hecha de uno primitivo, desconocido y delicioso, una Visitación del siglo xiv con una Virgen muy pequeñita, con la delicadeza y pureza de una niña de diez años, mientras que el Angel era inmenso, soberbio y la inundaba con una ola de amor resplandeciente y sobrehumano. Enfrente veíase un antiguo retrato de familia, el de una joven muy hermosa, que tenía la cabeza cubierta con una especie de turbante, y que se creía era el de Cassia Boccanera, la enamorada y justiciera que se arrojó al Tiber con su hermano Ercole y con el cadáver de su hermano Flavio Corradini. Cuatro lámparas iluminaban con una luz tranquila aquella deslucida habitación como amarilleada por el resplandor de una melancólica postura de sol, grave, vacía y desnuda sin ramo de flores. *Donna Serafina* presentó en seguida á

Pedro con una palabra, y en el silencio, en la brusca interrupción de todas las conversaciones, comprendió éste que todas las miradas se fijaban en él como en una curiosidad prometida y esperada.

Había allí á lo sumo unas diez personas entre las que figuraba Darío, que se hallaba en pie hablando con la princesita Celia Buongiovanni, á la que había acompañado una anciana parienta que hablaba á media voz con un prelado, monseñor Nani, ambos sentados en un rincón obscuro. Lo que le llamó más la atención á Pedro fué oír nombrar al abogado consistorial Morano, acerca del cual, al enviarle á Roma, había creído el vizconde debía explicarle la situación especial que ocupaba en la casa, con objeto de evitarle el que cayese en falta. Hacía treinta años que Morano era el amigo de *donna* Serafina. Esas relaciones, culpables en otro tiempo, porque el abogado tenía hijos y mujer, habían llegado á ser, desde que se quedó viudo y sobre todo con el tiempo, una amistad dispensada, aceptada por todos, á la manera de esos viejos hogares naturales que la tolerancia mundana consagra. Ambos, muy religiosos, se debían haber asegurado con las indulgencias necesarias. Y Morano se hallaba allí en el lugar que ocupaba hacía más de un cuarto de siglo, á un lado de la chimenea, por más que en ella no se hubiese encendido aún el fuego del invierno. Y cuando *donna* Serafina cumplió con sus deberes de señora de la casa ocupó á su vez su sitio, al otro lado de la chimenea y enfrente de él.

Entonces, y mientras que Pedro se sentaba al lado de don Vigilio, que silencioso y discreto ocupaba una silla, continuó Darío en voz alta la historia que contaba á Celia. Era un hombre apuesto, de mediana talla, esbelto y elegante que llevaba toda la barba negra y bien cuidada, que tenía además el rostro largo y la nariz prominente de los Boccanera pero con los rasgos de la cara dulcificados, como ablandados por el secular empobrecimiento de la sangre.

—¡Ah! ¡Era una belleza, una belleza admirable!—repitió con énfasis.

—¿Quién?—preguntó Benedetta reuniéndose con ellos. Celia que se parecía á la Virgencita del antiguo cuadro colgado sobre su cabeza, se echó á reír.

—Pues, querida, una pobre muchacha, una trabajadora que Darío vió hoy.

Y Darío tuvo que empezar su relato. Pasaba por una estrecha callejuela, hacia la parte de la plaza de Navona, cuando vió recostada en los peldaños de una escalinata una muchacha fuerte y robusta, de unos veinte años, que lloraba sollozando con fuerza. Conmovido más que nada por su belleza se acercó á ella y pudo comprender que trabajaba en aquella casa, en una fábrica de perlas de cera; pero que había llegado la parada, y cerrándose el taller por lo que no se atrevía á volver á casa de sus padres, tan grande era en esta la miseria. A través del diluvio de sus lágrimas fijó en él unos ojos tan hermosos que al fin se decidió á sacar algún dinero del bolsillo. Y entonces la obrera se levantó de un salto, enrojecida y confusa, ocultando las manos entre la falda, no queriendo tomar nada y diciendo que podía seguirla si quería y daría aquello á su madre. Dicho esto se fué con mucha viveza hacia el puente de Sant'Angelo.

—¡Ah! ¡Una belleza! ¡Una belleza espléndida!—repitió Darío con aire de éxtasis.—Más alta que yo, esbelta á pesar de su estatura y con una garganta de diosa. Una verdadera antigüedad, una Venus á los veinte años, la barbilla un poco pronunciada, la boca y la nariz de una corrección perfecta de dibujo, los ojos... ¡oh! ¡los ojos, qué puros, qué rasgados! Y sin nada en la cabeza y coronada ésta por un casco de abundosos cabellos y la faz resplandeciente como dorada por un rayo de sol.

Escuchábanle todos admirados y con esa pasión hacia la belleza que, á pesar de todo, conserva Roma en el corazón.

—Van siendo cada vez más contadas esas hermosas hijas del pueblo,—dijo Morano,—y se podría recorrer el Transtíbere sin encontrar una. He ahí sin embargo algo que prueba que existen aún, que hay una...

—¿Y cómo la llamas á tu diosa?—preguntó sonriente Benedetta tan divertida y extasiada como los demás.

—Pierina,—respondió Darío riendo también.

—¿Y qué hiciste?

El rostro excitado del joven adquirió una expresión de malestar y de miedo como el de un niño que estando en-

llegado á sus fuegos tropieza con un bicho repugnante.

—¡Ah! ¡No me hables de eso y no sabéis cuánto me pesa! ¡Una miseria tan grande que es capaz de hacer enfermar á cualquiera!

La siguió por casualidad y llegó tras ella al otro lado del puente de Santángelo, al barrio nuevo en construcción, en los antiguos prados del Castillo, y allí, en el primer piso de una de las casas abandonadas, apenas concluida y ya en ruinas, encontróse cara á cara con un espectáculo horroroso del que aun conservaba su corazón la impresión recibida; toda una familia, madre, padre, un tío viejo é impedido, niños muriéndose de hambre y pudriéndose entre la basura. Escogió las palabras más nobles para hablar de aquello y procuraba apartar la horrible visión con un ademán.

—Al fin huí de allí y os respondo que no pienso volver nunca más.

Hubo un movimiento general de cabezas en el silencio frío y embarazoso que sucedió á esas palabras. Morano pronunció una amarga frase en la que acusaba á los espoliadores, á los hombres del Quirinal, de ser la única causa de toda la miseria de Roma. ¿Acaso no se hablaba de nombrar ministro al diputado Sacco, á un intrigante comprometido en toda clase de aviesas aventuras? Aquello iba á ser el colmo de la impudencia, la bancarrota infalible y próxima.

Y sólo Benedetta, cuya mirada se fijaba en Pedro, á la vez que pensaba en el libro de éste, murmuró:

—¡Pobres gentes! Es muy triste, en efecto, pero ¿por qué no volverlos á ver?

Pedro, que al principio estaba como distraído y fuera de su centro, se conmovió mucho con el relato de Darío. Revivió en su apostolado en medio de las miserias de París, se enterneció de una manera lastimosa al encontrar, á su llegada á Roma, miserias iguales. Sin poderlo evitar, sin querer, levantó la voz y dijo alto:

—¡Ah! ¡Iremos juntos á verlos! Me acompañaréis. ¡Todas estas cuestiones me apasionan tanto!

Al oírle hablar así, la atención de todos se fijó en él. Empezaron á preguntarle y comprendió que todos estaban inquietos por su primera impresión, por lo que pensaba

de la ciudad y de ellos mismos. No debía apresurarse á juzgar á Roma por las apariencias. ¿Qué efecto, en fin, le había producido? ¿Cómo la había visto y cómo la juzgaba? Y Pedro, con mucha cortesía, se excusó manifestando que no podía responder, pues no sólo no había visto nada si no que ni siquiera había salido de casa. Pero no por eso dejaron de apremiarle con menos viveza. experimentó la sensación clara de un trabajo con que querían influir sobre él, de un esfuerzo para impulsarle hasta la admiración y el cariño. Le aconsejaban, le conjuraban para que no cediese á las desilusiones fatales, para que persistiese y esperase á que Roma le revelase su alma.

—¿Cuánto tiempo pensáis pasar entre nosotros, señor abate?—preguntó cortesmente una voz de un timbre muy dulce y claro.

Era monseñor Nani que, sentado entre la penumbra hablaba en voz alta por la primera vez. En distintas ocasiones habíase figurado Pedro que el prelado no separaba de él la mirada de los ojos azules, vivos, mientras que, al parecer, escuchaba con mucha atención la charla lenta de la tía de Celia. Antes de responderle dirigió una mirada á su sotana lisa, ribeteada de color carmesí, á la faja de seda violeta que llevaba arrollada á la cintura, á su aspecto juvenil aun, por más que ya había pasado de los cincuenta, á su cabello, que conservaba aún su color rubio, á su nariz recta y fina y á su boca de un dibujo el más delicado y más firme y provista de una dentadura admirablemente blanca.

—Creo, monseñor, que quince días; tres semanas quizás.

El salón entero protestó. ¡Cómo! ¿tres semanas? ¿Tendría la pretensión de conocer á Roma en tres semanas? ¿necesitaba seis meses, un año, diez años! La impresión primera era siempre desastrosa y para rehacerse de esa impresión se necesitaba residir allí una larga temporada.

—¡Tres semanas!—repitió *donna* Serafina con su aire desdenoso.—¿Es que por ventura se puede estudiar ó apreciar nada en tres semanas? Aquellos que vuelven son los que acaban por conocernos.

Sin hacer exclamaciones como los demás, limitóse Nani al principio á sonreír. Hizo un ligero ademán con mano fina, mano que revelaba su origen aristocrático. Y obser-

vando que Pedro, con mucha modestia, se explicó diciendo que había ido para practicar algunas diligencias y que pensaba marcharse en cuanto estas terminasen, el prelado entonces dijo, á manera de conclusión:

—¡Oh! El señor abate permanecerá aquí más de tres semanas y tendremos la dicha, así lo espero, de poseerle durante más tiempo.

Por más que estas frases fueron pronunciadas con mucha amabilidad, turbaron sin embargo al joven presbítero. ¿Qué sabían ó qué querían decirle? Se inclinó, y en voz muy baja preguntó á don Vigilio, que estaba á su lado encerrado en un mutismo completo:

—¿Quién es, pues, monseñor Nani?

El secretario no le respondió en el acto. Su rostro calenturiento se puso aún más plomizo y sus ojos ardientes volviéronse en todas direcciones para asegurarse que nadie le miraba, y entonces, como en un soplo, dijo:

—El asesor del Santo Oficio.

Aquello le bastaba porque no ignoraba Pedro que el asesor, que asistía en silencio á las reuniones del Santo Oficio, se dirigía todos los miércoles por la tarde, después de la sesión, á visitar al Santo Padre para darle cuenta de los asuntos de que se había tratado. Esa audiencia semanal, esa hora pasada al lado del papa con una intimidad que le permitía abordar toda clase de asuntos, proporcionaba á semejante personaje una situación aparte, un poder considerable. Aparte de esto, la función era cardenalicia, y el asesor debía ser nombrado más adelante cardenal.

Monseñor Nani, que parecía muy sencillo y amable, siguió mirando con un aire tan benévolo al joven presbítero, que éste tuvo que ir á ocupar á su lado el sillón que al fin dejara libre la anciana tía de Celia. ¿No era un presagio de victoria este encuentro, hecho el primer día, de un prelado poderoso cuya influencia podía abrirle todas las puertas? Sintióse entonces muy conmovido cuando el prelado, desde la primera pregunta, le dijo cariñosamente con un tono de profundo interés:

—¿De modo, hijo mío, que habéis publicado un libro?

Dominado poco á poco por el entusiasmo y olvidándose del sitio en que se hallaba, dejóse arrastrar Pedro por su

entusiasmo y contó su iniciación de amor ardiente á través de los que sufrían y de los humildes, soñó en voz alta en el retorno á la comunidad cristiana, triunfó con el catolicismo rejuvenecido, convertido en la religión de la democracia universal. Poco á poco había ido levantando la voz y el silencio fué dominado en el antiguo y severo salón en el que todos escuchaban en medio de creciente sorpresa y de un frío de hielo que él no percibió.

De una manera suave interrumpióle al fin Nani con su eterna sonrisa, cuya sombra de ironía no se mostraba aquella vez.

—Sin duda, hijo mío, sin duda todo eso es muy hermoso, ¡oh! ¡muy hermoso! completamente digno de la imaginación pura y noble de un cristiano... Pero, ¿qué es lo que pensáis hacer ahora?

—Ir en derecha al Santo Padre para defenderme.

Hubo una ligera risa, reprimida en seguida, y *donna Serafina* se hizo intérprete de la opinión general exclamando:

—¡No se le vé con tanta facilidad al Santo Padre! Pedro sin embargo se apasionó:

—Pues cuento verle. ¿Es que yo no me hice eco de sus ideas? ¿Es que no he defendido su política? ¿Es que puede dejar que condenen mi libro para el que creo haberme inspirado en lo mejor que él escribió?

—Sin duda, sin duda,—se apresuró á repetir Nani, como si hubiese temido que se precipitasen demasiado las cosas con aquel joven entusiasta.—El Padre Santo tiene una inteligencia tan elevada!... Lo que hay, hijo mío, es que no debéis excitaros de esa manera; reflexionad un poco antes; tomaos antes tiempo...

Volvióse hacia *Benedetta*.

—No ha visto aún su eminencia al señor abate, ¿no es cierto? Mañana por la mañana, convendría que se digne recibirle para darle algunos sabios consejos.

El cardenal *Boccanera* no subía nunca á las reuniones que todos los lunes daba su hermana, pero estaba siempre allí en pensamiento como el amo ausente y soberano.

—Es que temo mucho,—dijo vacilando la *contessina*,—que mi tío no participe de las ideas del señor abate.

Volvióse á sonreír Nani.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO MEYER"

47 MONTERREY, MEXICO

—Precisamente por eso mismo le dirá cosas que es bueno que oiga.

Y en el acto se convino con don Vigilio, que éste inscribiría á Pedro para una audiencia al día siguiente á las diez.

En ese mismo momento entró un cardenal en traje de calle, es decir, con la faja y las medias moradas y la muçeta negra ribeteada de rojo y con botones del mismo color. Era el cardenal Sarno, antiguo familiar de los Boccagnera, y mientras que se excusaba diciendo que había tenido que trabajar hasta muy tarde, todos en el salón se callaron mostrándose solícitos y deferentes. Empero, para ser el primer cardenal que veía experimentó Pedro una decepción muy grande porque no halló en él la majestad, el hermoso aspecto decorativo que se había imaginado. El que se presentaba allí, era bajito, un tanto contrahecho, con el hombro izquierdo más alto que el derecho; el rostro ajado y terroso y los ojos mortecinos. Le produjo el mismo efecto que un viejo empleado de sesenta años, alelado por medio siglo de embrutecedora burocracia, y que se hubiese contrahecho y atontado por no haber abandonado jamás el asiento de haqueta sobre el que pasó la existencia. Y en realidad su historia entera era esa: hijo enfermizo de una modesta familia burguesa, se educó en el Seminario Romano; fué más tarde profesor de derecho canónico durante diez años en ese mismo Seminario, después secretario de la Propaganda, y por último cardenal desde hacía veinticinco años. Alabábase de celebrar su jubileo cardenalicio. Nacido en Roma, no había pasado ni un solo día fuera de la ciudad y era el tipo perfecto del presbítero engrandecido á la sombra del Vaticano, y señor del mundo. Por más que nunca había desempeñado funciones diplomáticas había prestado servicios tales á la Propaganda con sus metódicas costumbres de trabajo, que llegó á ser presidente de una de las dos comisiones que se reparten el gobierno de los vastos países del Occidente que aun no son católicos. Y era por esto por lo que en el fondo de aquellos ojos muertos, en aquel cráneo achatado, de expresión obtusa, tenía el mapa inmenso de la cristiandad.

Hasta Nani se levantó, lleno de sordo respeto hacia

aquel hombre obscuro y terrible que tenía las manos en todas partes, hasta en los rincones más apartados de la tierra sin haber salido jamás de su despacho. Sabía que, á pesar de su aparente nulidad, con su trabajo lento de conquista metódica y organizada, era una potencia capaz de perturbar un imperio.

—¿Está su eminencia mejor de ese catarro que tanto hemos sentido que padezca?

—No, no, sigo tosiendo... hay un corredor muy malo... en cuanto salgo de mi despacho me quedo helado.

Desde este momento sintióse Pedro pequeño y como perdido allí. Ni siquiera se acordaron de presentarle al cardenal y tuvo que permanecer en el salón cerca de una hora mirando, observando. Aquella sociedad envejecida le pareció infantil, retornada á una niñez triste. Bajo la altivez y la reserva altanera adivinó á la sazón una verdadera timidez, la desconfianza no confesada de una gran ignorancia. Si la conversación no se hizo general, fué porque nadie se atrevió á intentarlo y oyó en los rincones, charlas pueriles sin fin, las historias sin importancia de lo ocurrido durante la semana, los rumorillos de las sacristías y de los salones. Como se veían muy poco, las menores aventuras tomaban proporciones enormes. Pedro experimentó, al cabo, la sensación clara de que se hallaba trasportado á un salón francés de la época de Carlos X, en el fondo de una de nuestras ciudades episcopales de provincias. No sirvieron ningún refresco. La anciana tía de Celia se apoderó al fin del cardenal Sarno, que no la respondía, y sólo meneaba la cabeza de vez en cuando. Don Vigilio no despegó los labios en toda la noche. En voz baja se entabló una larga conversación entre Nani y Morano, mientras que *donna* Serafina, que se inclinaba para escucharlos, aprobaba, con lentos movimientos de cabeza, lo que decían. Hablaban sin duda del divorcio de Benedetta, porque de vez en cuando la miraban con un aire muy grave. En el centro de la sala, con la claridad adormecedora de las lámparas, veíase un grupo, el único que allí había de gente joven, formado por Benedetta, Darío y Celia, grupo que parecía vivir, charlando á media voz y ahogando á veces la risa.

De pronto chocóle á Pedro la gran semejanza que ha-

bía entre Benedetta y el retrato de Cassia, colgado en la pared. Era la misma y delicada infancia, igual boca de pasión y los mismos rasgados ojos infinitos en la misma carita redonda, razonable y sana. Había indudablemente allí un alma recta y un corazón de fuego. Acudió después un recuerdo á su memoria; el de un cuadro de Guido Reni, la adorable y cándida cabeza de Beatriz Cenci, de la que el retrato de Cassia se le figuró en aquel instante, que no era más que una exacta reproducción. Esa doble semejanza, le conmovió, hizole que mirase á Benedetta con inquieta simpatía lo mismo que si toda una violenta fatalidad de país y de raza fuese á abatirse sobre ella; pero, ¡estaba tan tranquila! ¡Tenía un aire tan decidido y tan paciente! Y desde que él se hallaba en aquel salón, no sorprendió entre Dario y ella ninguna terneza que no fuese fraternal y alegre, sobre todo por parte de ella, en cuyo semblante se conservaban la serenidad de los grandes amores confesables. Durante un momento Dario la cogió bromeando las manos, se las estrechó y se echó á reír algo nerviosamente y con alguna ligera llamarada en el borde de las pestañas, y Benedetta, sin apresuramiento, desasíó sus dedos como en un juego de antiguos y cariñosos compañeros. Le amaba, era cosa visible, con todo su sér y para toda la vida.

Habiendo Dario ahogado un ligero bostezo, mirado su reloj y esquivándose para irse á reunir á unos amigos que jugaban en casa de una señora, Benedetta y Celia fuéronse á sentar en un sofá, cerca de la silla que ocupaba Pedro y éste se enteró sin querer, de algunas palabras de sus confidencias. La princesita era la hija mayor del príncipe Mateo Buongiovanni, padre ya de cinco hijos, casado con una inglesa, con una Mortimer, que le aportó una dote de cinco millones. Además de esto, citábase á los Buongiovanni como una de las raras familias del patriado romano ricas aun y en pie en medio de aquel pasado que se derrumbaba por todas partes. En esa familia también figuraban dos papas, lo que no impidió al príncipe Matteo ponerse al lado del Quirinal sin estar á mal con el Vaticano. Hijo de una americana y no teniendo en las venas pura sangre romana, profesaba una política mucho más ductil, y era además, según decían, muy avaro y

luchaba para ser uno de los últimos en conservar la riqueza y el poderío de otro tiempo que comprendía estaban condenados á muerte inevitable. Y fué en aquella familia, de soberbio orgullo, cuyo esplendor llenaba aún la ciudad, en la que acababa de producirse el estampido de una aventura produciendo habillitas sin fin: el amor brusco de Celia hacia un joven teniente al que nunca había hablado, la apasionada testarudez de los dos amantes que se veían todos los días en el Corso, no pudiendo decirse nada y cambiando tan sólo miradas, la voluntad tenaz de la joven que, después de declarar á su padre que no tomaría otro marido, estaba inquebrantable, segura de que la darían el hombre al que había elegido. Lo peor era que aquel teniente, Attilio Sacco, era hijo del diputado Sacco, de un advenedizo al que el mundo negro despreciaba como vendido al Quirinal y capaz de todo, hasta de lo más indigno.

—Fué por mí por quien Morano habló hace un momento,—murmuró Celia al oído de Benedetta,—sí, cuando maltrató de palabra al padre de Attilio y á propósito de ese ministerio de que se habla... Quiso darme una lección.

Habíanse jurado ambas una ternura eterna desde el Sagrado Corazón, y Benedetta, que tenía cinco años más que su amiga se mostraba maternal.

—De manera que eres poco razonable y sigues pensando en ese hombre.

—¡Oh! ¿Vas á darme pena, tú también, amiga mía? Attilio me agrada y lo quiero ¡á él, ya lo oyes! ¡A otro no! Le quiero y le tendré porque me ama y le amo... Esto es muy sencillo.

Conmovido la miró Pedro; era un lirio cándido y firme con su carita dulce de virgen. Tenía una frente y una nariz de una pureza de flor, una boca de inocencia con labios cerrados sobre blancos dientes, ojos de agua de fuente clara y sin fondo. Y no había ni un estremecimiento en las mejillas de una frescura satinada, ni una inquietud ni una curiosidad en la ingenua mirada ¿pensaba? ¿Sabía? ¿Quién era capaz de decirlo! ¡Era la virgen con todo su temible desconocido!

—¡Ah! ¡No repitas, querida, mi triste historia! — dijo  
Roma Tomo 1—6

Benedetta. — No produce dicha el casar al papa y al rey.

— Pero es que tú no amabas á Prada, — respondió Celia con calma, — mientras que yo amo á Attilio. En eso está la vida; es preciso amar.

Aquellas palabras, pronunciadas con tanta sencillez por una joven ignorante, impresionaron mucho á Pedro, hasta el extremo de que sintió que las lágrimas humedecían sus ojos. El amor ¡sí, el amor! era la solución á todas las querellas, la alianza entre los pueblos; la paz y la alegría en el mundo entero. *Donna Serafina* se puso en pie figurándose que era lo que animaba la conversación de las dos amigas. Al mismo tiempo dirigió una mirada á don Vigilio, cuyo significado comprendió éste en seguida, porque se acercó á Pedro diciéndole en voz baja que había llegado á la hora de retirarse. Estaban dando las once; Celia se marchaba con su tía y sin duda Morano quería conservar á su lado durante un momento al cardenal Sarno y á Nani, para hablar en familia de alguna dificultad que se presentaba entorpeciendo el divorcio. En el primer salón, y después que Benedetta besó á Celia en las dos mejillas, fué despedido Pedro por ella con mucha amabilidad.

— Mañana por la mañana cuando conteste al vizconde, le diré cuán contentos estamos por teneros á nuestro lado y por mucho más tiempo del que os figuráis... No os olvidéis de que, á las diez, tenéis que bajar á saludar á mi tío el cardenal.

Arriba, en el tercer piso, y en el momento en que Pedro y don Vigilio, teniendo cada uno en la mano la palmaria que un criado acababa de entregarles, iban á separar delante de sus puertas, el primero no pudo por menos de hacer al segundo una pregunta que atañecía su curiosidad.

— ¿Es un personaje muy influyente monseñor Nani? Azoróse de nuevo don Vigilio, hizo un sencillito además abriendo los dos brazos como para abrazar el mundo. Centelleó después su mirada y á su vez pareció experimentar gran curiosidad.

— Le conocéis ya ¿no es eso? — preguntó sin contestar á lo que le decían.

— ¿Yo? ¡No!

— ¿De veras? Pues él os conoce muy á fondo. Le oí hablar de vos el lunes pasado y en términos tan precisos que me pareció que estaba muy al corriente de los más pequeños detalles de vuestra vida y de vuestro carácter.

— Ni siquiera había oído nunca su nombre.

— Entonces será que se informó.

Saludó don Vigilio y se metió en su cuarto mientras que Pedro, á quien le admiró encontrar abierta la puerta del suyo, vió salir de él á Victorina con un aire tranquilo y activo.

— ¡Ah! Quise asegurarme por mí misma, señor abate, de que no os faltaba nada. Ahí tenéis una vela, agua, azúcar, cerillas... Y por la mañana ¿qué tomáis? ¿Café? ¡No! ¿Leche sola con un panecito? Bueno, ¿á las ocho? ¿No es eso? Que descanséis y durmáis bien. Por lo que á mí hace confieso que las primeras noches que pasé en este inmenso palacio, tuve miedo á los aparecidos, pero nunca he visto la cola á ninguno. Cuando se está muerto se está demasiado contento de estarlo y se descansa.

Al cabo encontróse Pedro á solas, considerándose dichoso al poderse estirar, mover, escapar al malestar de lo desconocido de aquel salón, de aquellas gentes que se mezclaban, se difuminaban en él como sombras bajo la adormecedora luz de las lámparas. Los aparecidos son los muertos viejos de otras épocas cuyas almas en pena vuelven para amar y sufrir en el pecho de los vivientes de hoy. Y á pesar del largo descanso del día, nunca se había sentido tan cansado, tan deseoso de sueño, con el espíritu tan confuso y embrollado y temiendo mucho no haber comprendido nada. Cuando empezó á desnudarse, el asombro de estar allí, de acostarse en aquella habitación se apoderó de él con tal intensidad que por un momento creyó ser otro. ¿Qué pensaba toda aquella gente de su libro? ¿Por qué le habían hecho ir á aquella fría casa en la que comprendía que le eran hostiles? ¿Era para ayudarle ó para vencerle? Y no veía más entre la luz amarillenta, en la triste puesta del astro del salón, que á *donna Serafina* y al abogado Morano, sentados á los dos lados de la chimenea, mientras que, detrás de la cabeza apasionadamente tranquila de Benedetta, aparecía la faz sonriente de

monseñor Nani, con sus ojos de malicia, con sus labios reveladores de indomable energía.

Se acostó y luego se levantó porque se ahogaba, teniendo una necesidad tan grande de respirar aire fresco y libre, que hubo de abrir de par en par la ventana para echarse de bruces en ella: pero la noche tenía la negrura de la tinta y las tinieblas habían sumergido el horizonte. En el firmamento las nieblas debían ocultar las estrellas y la opaca bóveda pesada abrumaba con pesadez de plomo; y enfrente las casas del Transtibere dormían hacía mucho tiempo; no se veía ni una sola luz en ninguna ventana y un mechero de gas brillaba á lo lejos como una estrellita perdida. En vano buscó el Janiculo: todo había desaparecido en el fondo de aquel mar de vacío, los veinticuatro siglos de Roma, el Palatino antiguo y el moderno Quirinal, la gigantesca cúpula de San Pedro, borrándose todo del cielo por la ola de sombra. Y á sus pies no veía, no oía ni siquiera al Tiber, el río muerto en la ciudad muerta.

## III

A las diez menos cuarto de la mañana del siguiente día, bajó Pedro al primer piso del palacio para presentarse en la audiencia del cardenal Boccanera. Hacía poco había despertado lleno de valor y dominado otra vez por el entusiasmo ingenuo de su fe; del extraño abatimiento que experimentara la víspera ya no quedaba nada ni tampoco de las dudas y sospechas que se apoderaran de él en su primer contacto con Roma, cuando aún le duraba el cansancio del viaje. Hacía un tiempo tan hermoso, estaba tan puro el cielo que su corazón se animó y latió esperanzado.

En el vasto descansillo de la escalera hallábase abierta de par en par, la pueria de la primera antecámara. El cardenal, que era uno de los últimos cardenales pertenecientes al patriciado romano, al abandonar y cerrar los salones de gala, cuyas ventanas daban á la calle, y en los que todo se caía de viejo, quedóse las habitaciones reservadas para recepciones que ocupara uno de los hermanos de su abuelo, cardenal también como él, allá en el siglo dieciocho. Esa serie formada por cuatro inmensas piezas, de una altura de seis metros y que recibían luces de la

monseñor Nani, con sus ojos de malicia, con sus labios reveladores de indomable energía.

Se acostó y luego se levantó porque se ahogaba, teniendo una necesidad tan grande de respirar aire fresco y libre, que hubo de abrir de par en par la ventana para echarse de bruces en ella: pero la noche tenía la negrura de la tinta y las tinieblas habían sumergido el horizonte. En el firmamento las nieblas debían ocultar las estrellas y la opaca bóveda pesada abrumaba con pesadez de plomo; y enfrente las casas del Transtibere dormían hacía mucho tiempo; no se veía ni una sola luz en ninguna ventana y un mechero de gas brillaba á lo lejos como una estrellita perdida. En vano buscó el Janiculo: todo había desaparecido en el fondo de aquel mar de vacío, los veinticuatro siglos de Roma, el Palatino antiguo y el moderno Quirinal, la gigantesca cúpula de San Pedro, borrándose todo del cielo por la ola de sombra. Y á sus pies no veía, no oía ni siquiera al Tiber, el río muerto en la ciudad muerta.

## III

A las diez menos cuarto de la mañana del siguiente día, bajó Pedro al primer piso del palacio para presentarse en la audiencia del cardenal Boccanera. Hacía poco había despertado lleno de valor y dominado otra vez por el entusiasmo ingenuo de su fe; del extraño abatimiento que experimentara la víspera ya no quedaba nada ni tampoco de las dudas y sospechas que se apoderaran de él en su primer contacto con Roma, cuando aún le duraba el cansancio del viaje. Hacía un tiempo tan hermoso, estaba tan puro el cielo que su corazón se animó y latió esperanzado.

En el vasto descansillo de la escalera hallábase abierta de par en par, la pueria de la primera antecámara. El cardenal, que era uno de los últimos cardenales pertenecientes al patriciado romano, al abandonar y cerrar los salones de gala, cuyas ventanas daban á la calle, y en los que todo se caía de viejo, quedóse las habitaciones reservadas para recepciones que ocupara uno de los hermanos de su abuelo, cardenal también como él, allá en el siglo dieciocho. Esa serie formada por cuatro inmensas piezas, de una altura de seis metros y que recibían luces de la

callejuela en pendiente que bajaba al Tíber. En ellas no penetraba jamás el sol por impedirlo las elevadas casas de enfrente. La instalación de aquellos salones habíase conservado con todo el fausto y la pompa de los príncipes de antaño, grandes dignatarios de la Iglesia; pero no se hizo en ellos nunca ninguna reparación; no se tomó ninguna precaución ni cuidado y los tapices caían á pedazos, el polvo carcomía los muebles en medio de la más completa indiferencia tras la que se presentaba una voluntad altanera, decidida á detener el tiempo.

Experimentó Pedro un ligero encogimiento al entrar en la primera habitación destinada á antecámara de los criados. En otra época había de guardia dos gendarmes pontificios de uniforme, destacándose entre una oleada de criados y, á la sazón, un solo criado aumentaba con su presencia fantástica la melancolía de aquella vasta sala que estaba medio á oscuras. Lo que sobre todo llamaba más la atención era la presencia de un altar colocado entre dos ventanas; los paños del altar eran rojos, lo mismo que el dosel que lo remataba y bajo éste veíanse bordadas las armas de los Boccanera, el dragón alado, echando llamas; *Bocca nera*, *Alma rossa*. Y el sombrero rojo del hermano del abuelo, el gran capello de ceremonia, encontrábase igualmente allí, lo mismo que los dos almohadones de seda roja y dos antiguos quitasoles que llevaban antaño en la carroza cada vez que salían. En medio del silencio absoluto que allí reinaba dijérase que se oía el ruidito discreto de las polillas y carcomas que desde hacía un siglo destruían aquel pasado muerto que un golpe dado con el plumero hubiera hecho caer convertido en polvo.

La segunda antecámara, aquella en la que en épocas anteriores solía recibir el secretario, era también muy espaciosa y en aquel entonces estaba vacía. Tuvo Pedro que atravesarla y no descubrió á don Vigilio hasta que llegó á la tercera, á la antecámara noble. Con su personal reducido entonces á lo más estrictamente necesario, el cardenal había preferido tener á su secretario cerca, á la puerta misma de la sala del trono que era en la que recibía. Y don Vigilio tan flaco, tan amarillo y tembloroso de calenturas, hallábase allí á un lado tras pobre y humilde mesa negra cubierta de papeles. Abismado tras un legajo enor-

me levantó la cabeza y reconoció al visitante, y con voz muy baja, mejor aun con un murmullo que apenas interrumpió aquel silencio, dijo:

—Su eminencia está ocupado... haced el favor de esperar.

Volvióse á entregar á su lectura, sin duda para evitar así toda tentativa de conversación.

No atreviéndose á sentarse, entretúvose Pedro en examinar la habitación que estaba aún más estropeada que las otras dos con sus tapicerías de damasco verde, gastado por los años y semejante al musgo que pierde su color bajo los árboles. En cambio el techo conservábase aún soberbio, con sus adornos de gran suntuosidad, un friso de artesonado pintado y dorado que servía como de marco á un *Triunfo de Anfítrite*, á un fresco de un discípulo de Rafael. Y siguiendo en un todo la antigua costumbre era en esta habitación en la que se hallaba depositada la birreta cardenalicia sobre una credencia y al pie de un gran crucifijo de ébano y marfil.

Acostumbróse al cabo á aquella semiobscuridad y se excitó de pronto su curiosidad al ver un retrato de cuerpo entero del cardenal, cuadro que debía estar pintado recientemente. Al cardenal habíanlo representado en traje de gran ceremonia, con sotana de moaré rojo, el roquete de encaje y la capa cayendo de una manera regia desde los hombros. Y aquel viejo de elevada estatura y de setenta años, conservaba con sus hábitos eclesiásticos, con su rostro completamente afeitado y el cabello blanco, tan fuerte aun que se le rizaba y caía en bucles sobre los hombros, toda su altanera actitud de príncipe ó señor. Aquella era la máscara dominadora de los Boccanera, nariz prominente, boca grande con labios delgados, y todo esto en una cara larga surcada por numerosas arrugas. Y eran, sobre todo, los ojos de su raza, aquellos ojos muy oscuros, llenos de ardiente vida y coronados por cejas aun negras, los que iluminaban aquel rostro. A tener la corona de laurel en la cabeza, la suya habría recordado las de los emperadores romanos, hermosas y dueñas del mundo, como si por sus venas circulara la sangre de Augusto.

Sabía Pedro su historia y aquel retrato la evocó en su

memoria. Habíase educado Pío Boccanera en el Colegio de Nobles, y sólo salió una vez de Roma cuando no era más que diácono, para ir á París á llevar como ablegado, una birreta cardenalicia. Después de eso su carrera eclesiástica desarrollóse soberanamente y los honores fueron á él de la manera más natural del mundo y debidos á su nacimiento. Consagróle con sus propias manos Pío IX, más tarde fué nombrado canónigo de la Basílica Vaticana, camarero secreto participante y más adelante, después de la ocupación italiana, mayordomo, y por fin, en 1874, cardenal. Desde hacía cuatro años era camarlengo y se decía, en voz baja, que León XIII le eligió para ese cargo, del mismo modo que en época anterior le eligiera Pío IX á él mismo, para eliminarle de la sucesión al trono pontificio, porque si al nombrarle, el cónclave había olvidado la tradición que decía que el camarlengo no debía ser elegido papa, tal vez retrocedería antes de cometer una nueva infracción.

Y se decía aún más, se aseguraba que, lo mismo que durante el reinado anterior, continuaba esa sorda lucha entre el papa y el camarlengo, este último apartado á su lado, condenando la política de la Santa Sede, con opiniones radicalmente opuestas en todo y esperando en silencio y sumido en el vacío actual de su cargo, á que muriese el papa, lo que le daría el poder interinamente hasta que se eligiese pontífice nuevo, con la obligación de reunir antes el cónclave y cuidar de la buena tramitación transitoria de los asuntos de la Iglesia. ¿No se ocultaría detrás de aquella despejada y severa frente, en el fulgor de sus negros ojos la ambición del papado, el ensueño de intentar la aventura del cardenal Pecci, camarlengo y papa? Su orgullo de príncipe romano no conocía más que Roma, tenía á gloria ignorar por completo el resto del mundo moderno y, aparte de esto, mostrábase muy piadoso, austero en materia religiosa, con fe plena y poderoso, é incapaz de entibiarse por la más ligera duda.

Un murmullo distrajo á Pedro de sus cavilaciones. Era don Vigilio que le invitaba con su aire prudente de costumbre, á que se sentase.

—Tal vez esto dure mucho y lo mejor que podéis hacer es coger un taburete y sentaros.

Y dicho esto empezó á llenar con una letra menudita y fina una gran hoja amarillenta mientras que Pedro, de una manera maquinal, y para obedecer, se sentó en uno de los taburetes de los colocados en hilera á lo largo de la pared frente al retrato. Dejóse arrastrar por sus meditaciones y se le figuró ver renacer y brillar á su alrededor el fausto de príncipe de un cardenal de los pasados tiempos. Antes, todo el día que le nombraban, daba el cardenal fiestas, pagaba regocijos públicos de los que aun se citan algunos por su esplendor. Durante tres días estaban abiertas de par en par las puertas de los salones de recepción, y entraba todo el que quería y de sala en sala pasábanse los hujieres los nombres del patriciado, burguesía y pueblo, de Roma entera, en fin, siendo todos recibidos por el nuevo purpurado con soberana bondad y cual pudiera haberlo hecho un rey con sus súbditos. Después de esta era á manera de una realeza organizada, pues algunos cardenales llevaban un séquito de más de quinientas personas y tenían una casa regia que comprendía dieciseis oficios ó servidumbres y vivían en medio de una verdadera corte. Hasta en época más reciente, cuando la vida se simplificó, un cardenal, si era príncipe, tenía derecho á un tren de gala de cuatro carruajes arrastrados por caballos negros. Procedíanle cuatro criados con la librea de sus armas, llevando el sombrero, el almohadón y los quitasoles. Acompañábanle además el secretario con manteo de seda color violeta, el caudatario revestido con la *crocia*, especie de balandrán de lana violeta con forros de seda, el gentilhombre con traje de la época de Enrique II, y llevando la birreta cardenalicia entre sus enguantadas manos; aunque disminuído ya el tren de la casa comprendía aún al auditor, encargado del trabajo de las congregaciones, al secretario empleado únicamente en el despacho de la correspondencia, al maestresala que introducía las visitas, al gentilhombre portador de la birreta, al caudatario, al capellán, al mayordomo, al ayuda de cámara, sin contar una nube de lacayos, porteros de estrados, cocineros, cocheros, palafreneros y otros, verdadero pueblo que zumbaba como una colmena en aquellos inmensos palacios. Y con ese pueblo era con el que Pedro imaginativamente llenaba las tres vastas antecámaras que precedían al salón del trono;

era una oleada de lacayos de librea azul con blasonados galones, aquel mundo de abates y de prelados con manteos de seda, que revivían ante sus ojos, moviéndose con una vida apasionada y magnífica bajo los altos artesanos vacíos, en la semiobscuridad de las tinieblas que iluminaba con su esplendor resucitado.

Pero, á la sazón, y sobre todo después de la entrada de los Italianos en Roma, habíanse quebrantado muchísimo las fortunas de casi todos los príncipes romanos y desaparecido el fausto de los altos dignatarios de la Iglesia. El patriciado, al apartarse en su ruina de los cargos eclesiásticos, mal remunerados, los abandonó á la ambición de la modesta burguesía. El cardenal Boccanera, último príncipe de la nobleza antigua revestido de púrpura, no tenía más que, aproximadamente, unos treinta mil francos para sostener su rango; los veintidos mil de su cargo, aumentados con lo que le producían algunos otros emolumentos. Nunca habría podido salir del paso si *donna* Serafina no acudiera en su auxilio con las migajas de la antigua fortuna patrimonial que en tiempos abandonara él á sus hermanas y á su hermano. *Donna* Serafina y *Benedetta* vivían aparte, en sus habitaciones, como en otra casa, con su mesa, sus gastos personales y servidumbre completamente separados. El cardenal no tenía á su lado más que á su sobrino Darío, y nunca daba ni una comida ni una recepción. El gasto más grande que tenía era su antiguo coche, pesada carroza de dos caballos que le imponía el ceremonial, porque un cardenal no puede andar á pie por Roma. Y para esto su cochero, antiguo servidor de la familia, le ahorraba un mozo de cuadra con su testarudez de cuidar sólo la carroza y los dos caballos negros envejecidos como él al servicio de la familia. Había dos lacayos, padre é hijo, éste último nacido en el palacio. La mujer del cocinero ayudaba al servicio de la cocina, las reducciones en donde tenían más alcance era en la antecámara noble y en la primera antecámara, pues todo el antiguo personal, tan numeroso como brillante, había sido reducido á dos modestos curas, don Vigilio, el secretario, que era al mismo tiempo auditor y mayordomo, y el abate Paparelli, el caudatario, que servía también de capellán y de maestresala. En aquellos lugares en que antes una multi-

tud de gente de todas condiciones á sueldo, circuló llenando los salones con su esplendor, no se veían entonces más que dos sencillas sotanas negras deslizarse sin ruido; dos sombras discretas perdidas en la sombra de las muertas habitaciones.

¡Y cómo comprendió Pedro al presente toda la altanera indiferencia del cardenal dejando que el tiempo concluyese su obra de ruina en aquel palacio de sus antepasados, al cual no podía devolver la gloriosa vida de antaño! Construido para esa vida, para el tren soberano de un príncipe del siglo XVI, el palacio venía abajo, desierto y obscuro, sobre la cabeza de su último dueño, que ni tenía bastante servidumbre para llenarlo, ni habría sabido cómo pagar el yeso necesario para las reparaciones. Entonces, puesto que el mundo moderno se mostraba hostil, puesto que la religión había dejado de ser reina y una vez que la sociedad había cambiado y se marchaba hacia lo desconocido en medio de los odios y de la indiferencia de las nuevas generaciones, ¿por qué no dejar que el mundo antiguo cayese en polvo con el orgullo obstinado de su gloria secular? Los héroes sólo, eran los que morían en pie sin abandonar nada del pasado, fieles hasta el último aliento á la misma fe, no teniendo más que la dolorosa bravura, la tristeza infinita de asistir á la lenta agonía de su Dios. Y en aquel retrato de cuerpo entero del cardenal, en su pálida faz, tan alatanera, tan desesperada y valiente, había esa testaruda voluntad de perecer bajo los escombros del caduco edificio social antes que consentir que cambiase ni una sola piedra.

Distrájole el abate de sus cavilaciones el roce de un paso furtivo, de un trocillo de ratón, que le hizo volver la cabeza. Acababa de abrirse una puerta en la tapicería, y Pedro experimentó la sorpresa de ver detenerse ante él á un cura de unos cuarenta años obeso y bajito, al que habría sido posible tomar por una solterona con falda negra y de mucha edad, de tal modo estaba su rostro surcado de arrugas. Era el abate Paparelli, el caudatario, maestresala, que con este último título estaba encargado de introducir á los que pedían audiencia, y se disponía á preguntar al que veía allí, cuando intervino don Vigilio para enterarle de lo que pasaba,

—¡Ah! ¡Está bien! El señor abate Froment, al que su eminencia se dignará recibir... Es preciso esperar... esperar.

Y con su paso silencioso fuese á ocupar su sitio en la segunda antecámara, que era en donde acostumbraba á estar.

A Pedro no le agradó mucho aquel rostro de vieja devota, descolorido por el celibato y estragado por prácticas muy rudas, y como don Vigilio, la cabeza cargada y las manos ardorosas de calentura, no había reanudado su trabajo se atrevió á interrogarle. ¡Oh! El abate Paparelli, un hombre de la fe más ardiente, que sencillamente, por humildad, permanecía en un sitio tan modesto al lado de su eminencia! Alguna vez, queriendo éste recompensarle, no desdeñaba el escuchar su opinión. En los ojos ardientes de don Vigilio había una sorda ironía, una cólera velada aún, mientras que continuaba examinando atentamente á Pedro con el aire ya más tranquilo, influido por la evidente rectitud del carácter de aquel extranjero, que no debía pertenecer á ningún bando. Así concluyó por abandonar su continua y enfermiza desconfianza hasta el extremo de hablar un momento.

—Sí, sí, á veces hay mucho trabajo y bastante duro... su eminencia pertenece á varias congregaciones, á la del Santo Oficio, á la del Índice, á la de los Ritos, á la Consistorial, y para la resolución de todos los asuntos que le incumben es por mis manos por donde pasan todos los antecedentes. Es necesario que los estudie yo uno por uno, que haga un resumen y que, en una palabra, lo desenmarañe... Sin contar que, por otra parte, toda la correspondencia pasa por mis manos. Felizmente su eminencia es un santo que no intriga ni por él ni para los demás, y esto nos permite vivir un poco apartados.

Interesóse Pedro por esos detalles íntimos de una de esas existencias de príncipe de la Iglesia, tan ocultas por lo general y tan desfiguradas por la leyenda. Así supo que el cardenal, tanto en invierno como en verano, se levantaba á las seis de la mañana; que decía la misa en una capilla, reducida habitación amueblada únicamente con un altar de madera pintada y en la que no entraba nadie nunca. Sus habitaciones particulares reducíanse á un dor-

mitorio, un comedor y un despacho, piezas todas modestas, pequeñas, que hicieron de un gran salón con ayuda de tabiques. Vivía sumamente aislado, sin lujo y como un hombre probo y sobrio. A las ocho tomaba el desayuno, una taza de leche fría, y después, en las mañanas que había sesión, se dirigía á las congregaciones de que era miembro, ó sino, se quedaba en su casa para recibir en audiencia. La comida era á la una y tras ella venía la siesta hasta las cuatro ó las cinco en el verano, la siesta de Roma, el momento sagrado durante el cual un criado no se hubiera atrevido á llamar á la puerta. Los días en que hacía buen tiempo, después de la siesta daba un paseo en coche hacia la parte de la antigua vía Appia, de donde regresaba al ponerse el sol y cuando tocaban el Ave María. Por último, después de recibir de siete á nueve, cenaba y se retiraba á un cuarto del que no volvía á salir, trabajando solo ó acostándose. Los cardenales suelen visitar al papa dos ó tres veces al mes y en días fijos para las necesidades del servicio; pero desde hacía más de un año al camarlingo no le recibía en audiencia particular, lo que era una señal de desgracia, una prueba de guerra, de las que en el mundo negro se hablaba en voz baja y con cautela.

—Su eminencia es algo rudo,—siguió diciendo don Vigilio, con dulzura y dichoso al poder hablar en un momento de expansión;—pero hay que verle sonreír cuando su sobrina, la *contessina*, á la que idolatra, baja á darle un beso... Ya sabéis que si os reciben bien lo debéis á la *contessina*...

En este momento le interrumpieron. Oyóse un ruido de voces que procedía de la segunda antecámara y se levantó con mucha viveza, haciendo después una profunda reverencia al ver entrar á un hombre grueso con solana negra ceñida con faja roja, cubierta la cabeza con un sombrero con cordón rojo y oro y al que guiaba el abate Paparelli con todo un despliegue de humildes reverencias. Había hecho á Pedro una señal para que se pusiese también en pie y pudo aún apuntarle quedamente:

—El cardenal Sanguinetti, Prefecto de la congregación del Índice.

Entretanto el abate Paparelli se prodigaba, apresuraba y repetía con aire de beata satisfacción:

—Están esperando á vuestra eminencia reverendísima... tengo orden de acompañar inmediatamente á su eminencia... Está también aquí su eminencia el Gran Penitenciario.

Sanguinetti, en alta voz y andando con paso sonoro tuvo un arranque brusco y familiar:

—Sí, sí, me han detenido una multitud de importunos. No se hace nunca lo que se quiere. En fin, ya estoy aquí.

Era un hombre de sesenta años, grueso, rechoncho, de faz redonda y colorada, con una nariz enorme, labios gruesos y ojos muy vivos siempre en movimiento; pero que llamaba la atención por su aire de juventud activa, casi turbulenta, con el cabello muy negro aun, apenas sembrado de canas, muy cuidado y recogido en bucles sobre las sienes. Había nacido en Viterbo, hecho sus estudios en el seminario de aquella ciudad antes de ir á Roma á terminarlos en la Universidad Gregoriana. Sus hojas de servicio eclesiásticas probaban que había hecho pronto su camino y que su inteligencia era muy dúctil; primero, secretario de la Nunciatura en Lisboa; en seguida le nombraron obispo titular de Thebas y le encargaron de una misión muy delicada en el Brasil, y á su regreso nombraronle nuncio en Bruselas y después en Viena, y por último cardenal, sin contar con que acababa de obtener el obispado suburbicario de Frascati. Muy hecho á los negocios y habiendo recorrido toda Europa no tenía en contra suya más que su ambición demasiado ostensible, su espíritu intrigante siempre en acecho. A la sazón declinaba de él que era irreconciliable y que exigía de Italia la devolución de Roma, por más que en otra época hubiese intentado parlamentar con el Quirinal. Dominado por un furioso afán de ser el papa de mañana, saltaba de una á otra opinión y pasaba grandes trabajos para conquistar á gentes á las que abandonaba en seguida. Dos veces habíase ya malquistado con León XIII y luego creyó más político someterse. La verdad era que, siendo un candidato casi declarado al papado, se gastaba por su propio esfuerzo, metiéndose en muchas cosas ó haciendo mover á mucha gente.

Pedro, sin embargo, no vió en él más que al Prefecto

de la congregación del Índice y una sola idea le emocionó; la de que aquel hombre iba á decidir de la suerte de su libro. Así que cuando el cardenal desapareció y el abate Paparelli se volvió á la segunda antecámara, no pudo por menos de preguntar á don Vigilio:

—¿Sus eminencias el cardenal Sanguinetti y el cardenal Boccanera están muy unidos?

Una sonrisa arrugó los labios del Secretario, mientras que en sus ojos centelleaba una ironía que no fué dueño de dominar.

—¡Ah! ¡Muy unidos, no, no! Se ven, cuando no tienen más recurso que hacerlo.

Y explicó que todos tenían grandes miramientos hacia la elevada alcurnia de nacimiento del cardenal Boccanera de modo, que de muy buena voluntad reuníanse en casa de éste cuando se presentaba algún asunto grave, como sucedía precisamente aquel día, que exigía una entrevista ó reunión aparte de las sesiones de costumbre. El cardenal Sanguinetti era hijo de un humilde médico de Viterbo.

—¡No, no! Sus eminencias no son tan amigos... cuando no se profanan las mismas ideas ni se tiene el mismo carácter es muy difícil entenderse y sobre todo cuando se estorban mutuamente!

Dijo esto muy bajo, como á sí mismo y con su pálida sonrisa. Por otra parte Pedro, entregado por completo á sus preocupaciones personales, apenas le escuchaba.

—Puede que sea para tratar de algún asunto de la congregación del Índice para lo que están reunidos,—indicó.

Debía saber don Vigilio qué era lo que motivaba la reunión; más se limitó á responder que de tratarse de un asunto de la congregación del Índice, se habrían reunido en casa del Prefecto de la congregación. Y Pedro, cediendo á los impulsos de la impaciencia, vióse obligado á hacer una pregunta directa.

—¿No estáis enterado de mi asunto, del referente á mi libro? Puesto que su eminencia forma parte de la congregación y que todos los asuntos pasan por vuestras manos, tal vez podríais darme alguna interesante noticia, ¡no sé nada aun y son tan grandes los deseos que tengo de saber algo!

De pronto apoderóse otra vez de don Vigilio su inquieto

azoramiento, y balbuceó desde luego que no había visto el legajo referente al asunto, y decía la verdad.

—Os aseguro que no nos han mandado nada aun, que no tenemos ningún documento y que lo ignoro todo.

Viendo que el abate Froment iba á insistir, le hizo señal de que se callase, y se puso á escribir dirigiendo hacia la segunda antecámara miradas furtivas, temeroso sin duda de que el abate Paparelli estuviese escuchando. Decididamente había hablado demasiado pronto y se encogió tras su mesa, fundiéndose y desapareciendo en su sombrío rincón.

Volvió entonces Pedro á sus cavilaciones, dominado de nuevo por cuanto desconocido le rodeaba, por la tristeza antigua y adormilada de las cosas. Debieron transcurrir interminables minutos; eran cerca de las once. Y un ruido de puerta, un rumor de voces le despertó al cabo. Inclinóse respetuosamente ante el cardenal Sanguinetti, que se marchaba en compañía de otro cardenal muy flaco, muy alto, que tenía rostro grisiento y largo de asceta. Ni uno ni otro parecieron, sin embargo, apercibirse de la presencia de aquel humilde clérigo extranjero inclinado respetuosamente á su paso. Iban hablando familiarmente en alta voz.

—¡Ah! sí, el viento ha cedido y hace más calor que ayer.

—Con seguridad que mañana tendremos siroco.

El silencio solemne volvió á apoderarse otra vez de la grande y obscura habitación; don Vigilio seguía escribiendo sin que se oyese el ruido de la pluma al correr sobre el duro papel amarillento. Oyóse un tenue tañido de cascada campanilla, y el abate Paparelli acudió corriendo desde la segunda antecámara, desapareció durante un momento en la sala del trono y luego se presentó para llamar con una señal á Pedro, al que anunció con acento ligero:

—El señor abate Pedro Froment.

El salón del trono, muy espacioso, era también una verdadera ruina. Bajo el admirable artesonado de madera tallada y dorada, los rojos tapices de las paredes, de un brocatel de grandes ramos, caíanse á pedazos. Habíanse hecho algunos remiendos; pero el uso deslucía con tonos pálidos el purpúreo sombrío de la seda, en otros tiempos de

un fausto resplandeciente. La curiosidad que encerraba aquella habitación era el antiguo trono; el sillón forrado de roja seda en que se sentaba el Santo Padre cuando iba á visitar al cardenal. Un dosel, también de seda roja, lo coronaba, y bajo él hallábase también colgado el retrato del papa reinante. Según la regla, el sillón estaba vuelto de cara á la pared para indicar que nadie se debía sentar en él. Aparte de eso no había más mobiliario en toda la sala que sofás, sillones, sillas y una maravillosa mesa Luis XIV de madera dorada, con un precioso mosaico que representaba el rapto de Europa.

Pedro no vió al principio más que al cardenal Boccanera, en pie, al lado de otra mesa que le servía de escritorio. Con su sencilla sotana negra ribeteada de rojo y con botones del mismo color, parecía aún más alto y más altivo que en su retrato con su traje de ceremonia. Eran los mismos cabellos blancos en bucles, el rostro prolongado, cortado por numerosas arrugas, con su nariz prominente y delgados labios; eran aquellos ardientes ojos iluminando un rostro pálido bajo las espesas cejas que aun se conservaban negras. Lo único que había era que el retrato no tenía aquella soberana y tranquila fe que se desprendía de la persona, una certidumbre total de saber en donde se hallaba la verdad y una voluntad inquebrantable de atenerse siempre á ella.

Boccanera no se movió contemplando fijamente con su mirada penetrante al visitante que se adelantaba, y el presbítero, que conocía el ceremonial, se arrodilló y besó el grueso rubí que el cardenal llevaba en el dedo; pero en seguida aquél hizole levantarse.

—Sed bienvenido, hijo mío, á nuestra casa... Mi sobrina me habló de vuestra persona con tanta simpatía, que me considero muy dichoso al recibirlos.

Habíase sentado al lado de la mesa sin decirle á Pedro que cogiese una silla, y continuó examinándole y hablando con voz lenta y cortés.

—¿Fué ayer por la mañana cuando llegásteis y bien cansado, no es verdad?

—Vuestra eminencia es demasiado bondadoso... sí, ren-

dido tanto de cansancio como por la emoción ¡ese viaje tiene tanta gravedad para mí!

El cardenal parecía que no quería entablar desde las primeras palabras la cuestión más grave.

—No lo dudo. Es muy grande la distancia que hay de París á Roma. Hoy se recorre muy deprisa; pero antes ¡qué viaje más interminable!

Su voz se animó:

—He ido tan sólo una vez á París ¡oh! hace de esto mucho tiempo, muy pronto cincuenta años, y para pasar allí pocos días, apenas una semana... Una grande y hermosa ciudad ¡sí! ¡sí! mucha gente en las calles, gentes bien educadas, un pueblo que hace cosas admirables. No se puede olvidar, ni aun en las tristes horas de la actualidad que Francia ha sido la hija mayor de la Iglesia... Desde que hice ese único viaje, no he vuelto á salir de Roma.

Y con un gesto de tranquilo desdén acabó su pensamiento ¿á qué conducían los viajes al país de la duda y de la rebelión? ¿Era que Roma no bastaba, Roma que gobernaba al mundo, la ciudad eterna que en los tiempos profetizados debía volver á ser la capital del mundo?

Mudo Pedro, y evocando en su imaginación al príncipe batallador y violento de otros tiempos, reducido á llevar aquella sencilla sotana, y le encontró hermoso con su orgullosa convicción de que Roma se bastaba á sí misma. Esa obstinación de ignorancia, esa voluntad de no contar con las demás naciones, más que para tratarlas como vasallas, inquietáronle sobre todo cuando por un retorno sobre sí mismo, pensó en el motivo que le llevaba allí. Y como se hubiese restablecido el silencio, creyó que debía entrar en materia con un homenaje.

—Antes de practicar ninguna diligencia, quise poner mi respeto á los pies de vuestra eminencia, porque es en ella en quien únicamente tengo confianza y por tanto le suplico que me aconseje y dirija.

Entonces, con un ademán, invitó á Bocanera á que se sentase en una silla enfrente de él.

—No os rehusaré mis consejos, hijo mío, pues los debo á todo cristiano deseoso de hacer bien. En lo que hariais mal, sería en contar con mi influencia, porque es nula... vivo completamente apartado de todo y no puedo pedir

nada... pero esto no impedirá el que hablemos un poco.

Y siguió abordando francamente el asunto, sin astucia alguna como hombre dotado de un espíritu absoluto y valiente que no teme las responsabilidades.

—¿No es así? Creo habéis escrito un libro titulado *Nueva Roma* y venís para defender ese libro que está sometido á la congregación del Índice. No lo he leído aún, y ya comprenderéis que no puedo leerlo todo. Leo únicamente las obras que me envía la congregación de la que formo parte desde el año pasado, y con mucha frecuencia me doy por satisfecho con un extracto que me hace mi secretario... Mi sobrina Benedetta leyó vuestro libro y me dijo que no carece de interés, que al principio la admiró y que después, la conmovió... Os prometo, pues, que lo leeré y estudiaré con mucho cuidado, los pasajes críminosos.

Aprovechó Pedro la ocasión para empezar á defender su causa, y creyó que lo mejor era desde luego indicar sus referencias en París.

—Vuestra eminencia comprenderá mi estupor, cuando supe que perseguían mi libro... El señor vizconde Filiberto de la Choue, que me dió repetidas pruebas de amistad, dice sin cesar que un libro semejante es la mayor arma para la Santa Sede.

—¡Oh! ¡El señor de la Chouel! ¡El señor de la Chouel!— repitió el cardenal, con una mueca de benévolo desdén.— No ignoro que el vizconde se cree ser un buen católico... es algo pariente nuestro... ¿lo sabéis? Y cuando se hospeda aquí le veo con gusto, pero con la condición de que no hemos de hablar de ciertas cosas acerca de las cuales no podemos jamás ponernos de acuerdo... Pero en fin, el catolicismo de ese distinguido y bueno de la Choue, con sus corporaciones, sus círculos de obreros, su democracia de cara limpia y su vago socialismo, no es en suma más que literatura.

Esta palabra chocó á Pedro porque comprendió toda su despreciativa ironía que le alcanzaba á él también. Por esto se apresuró á nombrar á otro que salía garante por él y al que creía de indiscutible autoridad.

—Su eminencia el cardenal Bergerot tuvo á bien conceder á mi obra su entera aprobación,

De pronto el rostro de Boccanera cambió bruscamen- te; no fué la censura burlona, la lástima que inspira el acto poco meditado de un niño, acto evocado á un fracaso cierto, no: fué una llamarada de cólera la que iluminó sus negros ojos y un deseo de combate el que endureció la faz entera.

—Sin duda,—dijo con mucha lentitud,—el cardenal Bergerot tiene gran fama de piedad en Francia. En Roma le conocemos muy poco. Personalmente no le he visto más que una vez, que fué cuando vino con el capelo. Y no me permitiría juzgarle si últimamente sus actos y sus escritos no hubiesen contristado mi alma de creyente. Desgraciadamente no soy el único y aquí, en el Sacro Colegio, no encontraréis nadie que apruebe su conducta.

Callóse un momento, y después, con voz muy clara, añadió:

—El cardenal Bergerot es un revolucionario.

Esta vez la sorpresa que experimentó Pedro fué tan grande que le dejó mudo. ¡Un revolucionario! ¡Dios mío! ¡aquel pastor de almas, tan cariñoso, de inagotable caridad y cuyo sueño era que Jesús volviese á bajar á la tierra para hacer que al fin reinasen la justicia y la paz! ¡No tenían las palabras la misma significación en todas partes y en medio de qué religión había ido á parar para que la religión de los pobres y de los míseros, de los que sufren, se convirtiese en una pasión condenable, en una insurrección?

Sin poder comprender aún, vislumbró lo impolítico y lo inútil de una discusión, y no tuvo más deseo que el de explicar lo que era su libro, dando razones para probar su inocencia; pero, á las primeras palabras, impidióle el cardenal seguir adelante.

—No, no, querido hijo, en eso emplearíamos mucho tiempo, y yo quiero leer ciertos pasajes... Además hay una regla absoluta: todo libro que toca á la fe es pernicioso y condenable: ¿vuestro libro es respetuoso para con el dogma?

—Así lo pienso y puedo asegurar á su eminencia que no tuve intento de hacer una obra de negación.

—Está bien; hasta podría estar á vuestro lado si eso fue- se cierto... Únicamente en el caso contrario no podría ha-

cer más que daros un buen consejo; el de que retiráseis vos mismo ese libro, condenándolo y destruyéndolo sin que á ello os obligue una decisión del Índice. Cualquiera que sea el que da el escándalo, debe hacerlo desaparecer y expiarlo cortando la propia carne. Un clérigo no tiene más deberes que la obediencia y la humildad y el aniquilamiento de todo su sér ante la voluntad suprema de la Iglesia. Y hasta ¿para qué escribir? porque hay algo de rebelión en eso de expresar una opinión propia y es siempre una tentación del demonio la que os dirige la pluma. ¿Por qué correr el peligro de condenarse cediendo al orgullo de la inteligencia y de la dominación? Vuestro libro, querido hijo, no es más que literatura, ¡nada más que literatural!

Esa palabra pronunciábala con un desprecio tan grande, que Pedro sintió toda la angustia de las pobres páginas de apóstol que había escrito al caer bajo las miradas de aquel príncipe convertido en un santo. Le escuchaba, le veía engrandecerse y le dominaban un miedo y una admiración crecientes.

—¡Ah! ¡ah! ¡querido hijo, esa fe total, desinteresada que cree por la única dicha de creer! ¡Qué tranquilidad más grande la del que se inclina ante los misterios sin tratar de escudriñar en ellos con la tranquila convicción de que al aceptarlos, se posee al fin lo cierto y lo definitivo! ¡No es esta la más completa satisfacción intelectual, esa satisfacción que da lo divino conquistando la razón, disciplinándola y calmándola hasta el extremo de que en adelante está como llena y hasta sin deseo? Fuera de la explicación de lo divino por lo desconocido no hay paz posible ni durable para el hombre. Es preciso poner en Dios la verdad y la justicia si es que se quiere que estas reinen en la tierra: ¡el que no cree es un campo de batalla entregado á todos los desastres! ¡Es la fe sola la que libra y tranquiliza el alma!

Y Pedro quedóse inmóvil un momento ante aquella gran figura que se erguía. En Lourdes no había visto más que á la humanidad arremolinarse para la curación del cuerpo y el consuelo del alma. En Roma era el creyente intelectual, el espíritu que tiene necesidad de certidumbre, que se satisface saboreando el elevado goce de no dudar más. No había oído nunca aun un grito semejante de alegría

por vivir en la obediencia y sin inquietudes para el día siguiente de la muerte. Sabía que Boccanera había tenido una juventud un poco borrascosa, con crisis de sensualidad en las que flameó la roja sangre de sus antepasados, y le maravilló la tranquila majestad que la fe había comunicado el ánimo de un hombre de raza tan violenta y en el que el orgullo era la única pasión que quedaba.

—Sin embargo,—se atrevió Pedro á insinuar al fin, pero con mucha dulzura,—si la fe permanece inalterable, esencial, inmutable, las formas cambian... De hora en hora todo evoluciona... el mundo cambia...

—Pero eso no es verdad!—exclamó el cardenal.—¡El mundo está para siempre inmóvil!... Tropieza, se extravía, se interna en las más detestables vías y es preciso que continuamente se le lleve hacia el buen camino... Eso es lo verdadero. ¿Es que el mundo, para que las promesas de Cristo se cumplan no debe volver al punto de partida, á la inocencia primera? ¿Es que al fin de los tiempos no se fijó en el día triunfal en que los hombres estarán en posesión de toda la verdad aportada por el Evangelio? ¡No! ¡No! La verdad está en el pasado, y al pasado hay que atenerse sino se quiere perder. Esas hermosas novedades, esos espejismos del famoso progreso no son más que lazos de la perdición eterna. ¿A qué buscar más, corriendo sin cesar los riesgos del error, puesto que hace dieciocho siglos que la verdad es conocida?... La verdad, sí, está en el catolicismo apostólico y romano tal cual lo creó la larga sucesión de las generaciones! ¡Qué locura quererlo cambiar, cuando tantos espíritus elevados, tantas almas piadosas, han hecho de él el monumento más admirable, el instrumento único de orden, en este mundo y de salvación en el otro!

No protestó Pedro, pero se le oprimió el corazón, por que no podía dudar que tenía delante un adversario implacable de sus ideas más queridas. Inclínose respetuoso, helado, sintiendo pasar sobre su frente leve soplo, el viento lejano que llevaba en sí el frío mortal de las tumbas; mientras que el cardenal en pie é irguiéndose en toda su elevada estatura, continuaba expresándose con voz inflexible, resonante de altivo valor.

—Y si como sus enemigos lo pretenden, el catolicismo está herido de muerte, debe morir en pie, en toda su

gloriosa integridad. ¡Oidlo bien, señor abate, ni una sola concesión, ni un abandono, ni una cobardía! Es tal cual es y no podría ser de otra manera. La certidumbre divina, la verdad total, no tienen modificación posible y la menor piedra que se arranque al edificio no puede ser más que causa de derrumbamiento: ¿no es esto, por otra parte, evidente? No se salvan las casas antiguas en las que se mete el pico con el pretexto de repararlas, pues no se haría más que aumentar en ellas los estragos. Si fuese verdad que Roma está amenazada de convertirse en polvo, todos los revocos, todos los remiendos no servirían más que para apresurar la ruina, la catástrofe inevitable. Y en vez de una muerte grande, inmóvil, sería la más miserable de las agonías, el fin de un cobarde que se agita y pide gracia... En cuanto á mí, espero. Estoy convencido de que todo esto son horrendos embustes y de que el catolicismo nunca ha estado más firme, puesto que debe su eternidad á la única fuente de vida. Pero aquel día en que el cielo se derrumbase, encontraríame yo aquí, en medio de esos muros que se desmoronan, bajo esos artesonados que lentamente destruye la carcoma, en pie entre los escambros, y así acabaría recitando por última vez el *Credo*.

Su voz se fué amortiguando impregnada por una tristeza altanera, mientras que con un gran ademán señalaba á su alrededor el palacio desierto y mudo y del que la vida íbase retirando un poco cada día. ¿Era que un involuntario presentimiento, el vientecillo frío de las ruinas le impresionaba también á él? Todo el abandono de aquellas vetustas salas quedaba explicado, los tapices que se caían á pedazos, los blasones blanqueados por el polvo, y el rojo capelo carcomido por la polilla. Todo ello era de una grandeza desesperada y soberbia, aquel príncipe, cardenal, católico intransigente, retirado también entre la sombra creciente del pasado, desafiando con animoso corazón de soldado el inevitable derrumbamiento del mundo antiguo.

Estremecido Pedro, quiso despedirse, cuando se abrió una puertecilla por entre los tapices, Boccanera hizo un movimiento de brusca impaciencia y exclamó:

—¡Cómo! ¿Qué es lo que pasa? ¿No me pueden dejar tranquilo ni un solo instante?

Pero el abate Paparelli, el caudatario, obeso y melifluo, entró sin emocionarse lo más mínimo por la acogida; se acercó, murmuró en voz baja una frase al oído de su eminencia que se había calmado al verle.

—¿Qué vicario? ¡Ah! Sí, Santobono, el vicario de Frascati... Ya lo sé, decidle que no puedo recibirle ahora...

Con su vocecilla chillona empezó Paparelli á hablar en voz baja. Oíanse algunas palabras; se trataba de un negocio urgente; el vicario tenía necesidad de volverse á marchar y tenía que hablar muy poco. Y sin esperar á que le diesen permiso para hacerlo, introdujo la visita, á su protegido, al que había dejado tras la puertecilla. Después se alejó, desapareciendo con la tranquilidad de un subalterno que, á pesar de su posición ínfima, sabe que es muy influyente.

Pedro, del que nadie se acordó, vió entrar á un mocetón vestido de cura, hombre hecho á hachazos, mal configurado, hijo de un labriego y aun apegado á la tierra. Tenía grandes pies, manos nudosas, rostro atezado y lleno de costurones iluminado por unos ojos negros muy vivos. Robusto aun, con sus cuarenta y cinco años, pareclase bastante á un bandido disfrazado, por la barba mal afeitada y por la sotana demasiado larga sobre sus gruesos salientes huesos; pero el rostro conservaba cierta altivez sin nada de bajeza. En la mano llevaba una cestita cubierta con mucho cuidado con hojas de higuera.

Santobono dobló en seguida la rodilla y besó el anillo, pero con un gesto rápido, de sencilla y usual política. Luego con esa respetuosa familiaridad del pueblo bajo hacia los grandes, dijo:

—Pido perdón á vuestra eminencia reverendísima por haber insistido. Había gente esperando y yo no habría sido recibido si á mi antiguo compañero Paparelli no se le ocurriera la idea de hacerme pasar por esa puertecilla... ¡Oh! tengo que solicitar de su eminencia un gran favor, un verdadero servicio de corazón... pero antes le ruego que me permita ofrecerle este pequeño presente.

Escuchóle Boccanera con gravedad. Hábiale conocido en otro tiempo, cuando iba á pasar los veranos á Frascati, en la regia villa que su familia poseía; una casa habitación construida en el siglo dieciseis, con un maravilloso

parque y cuya célebre terraza dominaba la campiña romana, inmensa y desnuda como el mar. Aquella villa habíanla vendido á la sazón y en las viñas, que habían correspondido á Benedetta, había empezado á construir el conde Prada, antes de que se incoase el pleito del divorcio, todo un barrio de hotelitos de recreo. En otros tiempos, cuando salían á pasear á pie, no desdeñaba el cardenal entrar á descansar un momento en casa de Santobono, que regentaba en las afueras de la población una antigua capilla consagrada á Santa María de los Campos. El presbítero ocupaba allí, al lado de la capilla y arrimada á ésta, una casita medio arruinada, cuyo principal encanto era un gran huerto, cercado de tapias y que cultivaba él mismo, con pasión de verdadero labriego...

—Lo mismo que todos los años,—dijo, dejando la cestita sobre la mesa,—he querido que su eminencia probase mis higos. Son los primeros de la estación y los cogí esta mañana para traérselos á su eminencia. ¡Le gustaban tanto cuando se dignaba venirlos á comer bajo el árbol! Y alguna vez llegó su eminencia á decirme que no había higuera en el mundo que los produjese iguales.

El cardenal no pudo por menos de sonreirse. Era cierto que le gustaban mucho los higos y la higuera de Santobono tenía fama en todo el país.

—Gracias, querido vicario, ya veo que os acordáis de mis afioncillas. Veamos, ahora, ¿qué es lo que puedo hacer por vos?

Y en seguida se puso grave porque había habido entre él y el vicario añejas discusiones, maneras distintas de apreciar ciertas cosas que le molestaban. Santobono, nacido en Neni, en pleno país medio feroz, de una familia de carácter violento, cuyo primogénito había muerto de una puñalada, profesó siempre, y en todo tiempo, patrióticas ideas. Se contaba que había estado á punto de empuñar las armas con Garibaldi, y el día en que los italianos entraron en Roma, costó mucho trabajo el evitar que izase el pabellón de la unidad italiana en el techo de su casa. Aquel era su apasionado ensueño, Roma señora del mundo, cuando el papa y el rey, después de haberse abrazado, hiciesen causa común. Para el cardenal aquel cura

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1025 MONTREY, MEXICO

era un revolucionario peligroso, un presbítero renegado que ponía en peligro el catolicismo.

—¡Oh! ¡Lo que vuestra eminencia puede hacer por mí! ¡Lo que puede hacer si se digna escucharme!—repitió Santobono con voz ardiente cruzando sus gruesas nudosas manos.

En seguida se dominó:

—¿Es que su eminencia el cardenal Sanguinetti no dijo ni una palabra del asunto á su eminencia reverendísima?

—No, el cardenal no hizo más que anunciarme vuestra visita, diciéndome, que teníais que pedirme alguna cosa.

Y Boccanera, con el rostro sombrío, esperó con una gran severidad. No ignoraba que el clérigo se había hecho cliente de Sanguinetti, desde la época en que habiendo sido este último nombrado obispo suburbicario pasaba en Frascati semanas enteras. Todo cardenal, candidato al papado, tiene de esa manera y en la sombra ínfimos familiares que arriesgan la ambición de su vida sobre la elección posible; si el candidato llega algún día á ser papa, si ellos le ayudan á conseguirlo, estarán tras él en la gran familia pontifical. Se contaba que Sanguinetti había ya librado á Santobono de las consecuencias de una enojosa historia; la de un chiquillo merodeador al que el vicario sorprendió escalando las tapias del huerto y que murió á consecuencia de la corrección demasiado ruda que le impuso. Pero en honor y alabanza del vicario hay que añadir que, en su fanática adhesión al cardenal, entraba por mucho la esperanza de que sería el papa esperado, el papa destinado á hacer de Italia la gran nación soberana.

—Pues bien, he aquí cuál es mi desgracia... Vuestra eminencia conoce á mi hermano Agostino que durante dos años estuvo al servicio de su casa como jardinero... Indudablemente es un muchacho muy galán, muy cariñoso del que nunca nadie tuvo que quejarse... y no sé de qué manera ocurrió un accidente y mató de una puñalada á un hombre en Genzano, una noche que se estaba paseando por la calle... Siento mucho lo que pasa y me contraría mucho; daría dos dedos de la mano por poderle sacar de la cárcel. Y se me ocurrió la idea de que su eminencia no me negaría una certificación en la que dijese

que fuvo á Agostino á su servicio y que siempre estuvo contento de su buen carácter.

El cardenal protestó en seguida.

—No estaba satisfecho del comportamiento de Agostino que tenía un carácter locamente arrebatado y tuve que despedirlo precisamente porque siempre estaba disputando con los demás criados.

—¡Oh! ¡Qué pena más grande me da vuestra eminencia contándome esas cosas! Es cierto que el carácter de Agostino se haya echado á perder. Pero hay un medio de arreglarlo todo ¿no es verdad? ¡A pesar de todo puede dárseme una certificación arreglando las frases de cierto modo! ¡Una certificación de vuestra eminencia haría tanto efecto ante la justicia!

—Sí, sin duda, ya lo comprendo,—respondió Boccanera,—pero yo no daré el certificado.

—¡Cómo! ¿Vuestra eminencia reverendísima se niega?

—En absoluto. Sé que sois un clérigo de una perfecta moralidad, que desempeñáis vuestro santo ministerio con celo y que seríais un hombre recomendable á no ser por vuestras ideas políticas. Lo único que hay es que el cariño fraternal os ciega y extravía y que yo no puedo mentir para complaceros.

Le miró estupefacto Santobono, no comprendiendo que un príncipe un cardenal todopoderoso se parase ante escrúpulos tan ínfimos, cuando se trataba de una puñalada, el asunto más insignificante, el hecho más frecuente en aquellos países aun salvajes de los Castillos romanos.

—¡Mentir! ¡Mentir!—murmuró.—No es mentir decir únicamente lo bueno, cuando como en Agostino lo hay también, y en una certificación todo depende de las palabras que se emplean.

Y se mostró testarudo en ese arreglo y no le cabía en la cabeza que le pudiese negar el tratar de convencer á la justicia mediante una ingeniosa manera de presentar las cosas. Cuando adquirió después la seguridad de que no obtendría nada, hizo un gesto de desesperación, su faz terrosa adquirió una expresión de violento rencor, mientras que en sus negros ojos centelleaba la cólera contenida.

—¡Bien! ¡Bien! Cada uno considera la verdad á su ma-

nera, y vuélvome á decir esto á su eminencia reverendísima que no me tenga mala voluntad si le molesto inútilmente... Tal vez los higos no estén bastante maduros; pero á pesar de eso me permitiré traer otra cestita hacia el fin de la estación, cuando estén completamente en sazón y muy azucarados. Mil gracias y mil felicidades para vuestra eminencia reverendísima...

Se alejó andando de espaldas haciendo reverencias que plegaban en dos su grande huesosa talla. Y Pedro, al que interesó mucho esa escena, vió en Santobono al clero bajo de Roma y de sus alrededores, del que se hablaban antes de su viaje. No era el *scagnozzo* (1) el clérigo miserable, hambriento, que fué desde provincias á consecuencia de alguna aventura enojosa, y cae sobre el empedrado de Roma en busca del pan cotidiano, turba de mendigos con sotana que buscan fortuna en las migajas de la Iglesia, disputándose con voracidad las misas que depara la casualidad y se codean con el pueblo bajo en el fondo de las tabernas de peor renombre. No era tampoco el cura párroco de los pueblos lejanos de la campiña, sacerdotes de una ignorancia completa, de grosera superstición, labriego con los labriegos, tratado de igual á igual por sus ovejas que, muy devotas, no le confundían jamás con el buen Dios y se arrodillaban ante su santo predilecto, pero no ante el hombre que vivía á costa del altar. En Frascati, el cura de una modesta iglesia, podía tener unos novecientos francos, y no gastaba más que en pan y en carne, pues cogía vino, frutas y legumbres en su huerto. Aquel vicario no era un hombre sin instrucción, pues sabía un poco de teología, algo de historia, sobre todo de esa historia de la grandeza pasada de Roma que inflamó su patriotismo con el loco ensueño de la próxima dominación universal reservada á la Roma, renacida capital de la Italia. ¡Pero qué infranqueable distancia mediaba aún entre ese clero bajo, con frecuencia muy digno é

(1) De *Scagno*, castellano Esgaño: banquillo con respaldo de bastante anchura.—*Alguno está en el escaño que así no aproveche y á otro no hace daño.—Sibi non potest, et alteri nocet.*—(N. del T.)

inteligente, y el clero alto, los altos dignatarios del Vaticano! Todo lo que no era prelado no existía.

—¡Doy mil gracias á su eminencia reverendísima y que todo le salga á medida de sus deseos!

Cuando al cabo se marchó Santobono, el cardenal se volvió á Pedro que se inclinaba para saludar y retirarse á su vez.

—En resumen,—le dijo,—me parece, señor abate, que el asunto de vuestro libro no es de los buenos. Os repito que aun no sé nada con precisión, porque no he tenido ocasión de ver el legajo; pero como sabía que mi sobrina se interesaba por vos, dije algo al cardenal Sanguinetti, prefecto del Indice, que precisamente estuvo aquí hace poco. Y está tan poco enterado como yo del asunto que no ha salido aún de entre las manos del secretario. Lo único que hay es que me dijo que la denuncia procedía de personas de elevada posición, de muchísima influencia y que se refería á numerosas páginas de la obra en donde han señalado los pasajes más significados, tanto bajo el punto de vista de la disciplina, como en lo que se refiere al dogma.

Muy emocionado al pensar que tenía enemigos secretos que le perseguían en la sombra, exclamó el joven presbítero:

—¡Oh! ¡Denunciado, denunciado! ¡Oh! ¡Si vuestra eminencia supiese cuánto me oprime eso el corazón! ¡Y denunciado por faltas con seguridad involuntarias, puesto que no quise ardientemente más que el triunfo de la Iglesia... Será á los pies del Santo Padre á donde iré á postrarme y defenderme.

Bruscamente irguióse Boccanera. Un pliegue de expresión dura contrajo su frente despejada.

—Su Santidad puede recibirnos si lo tiene á bien, y hasta absolvernos... pero escuchadme, os aconsejo que retiréis ese libro por vuestro propio impulso, destruyéndolo sencilla y valerosamente antes de lanzaros á una lucha en la que pasaréis por la vergüenza de ser vencido... En fin, pensadlo.

Arrepintiése Pedro en el acto de haber hablado de su visita al papa, porque comprendió que el cardenal se había considerado herido por aquella apelación á la autori-

dad soberana. Además no podía abrigar la menor duda; el cardenal iba á estar en contra suya y no confiaba tampoco en que las personas que le rodeaban pudiesen conseguir que permaneciese neutral. Habíale encontrado muy leal y franco, muy por encima de las oscuras intrigas que empezaba á comprender que se agitaban alrededor de su libro, y fué con mucho respeto como le saludó.

—Agradezco infinito á vuestra eminencia y le prometo pensar en cuanto tuvo la extremada bondad de decirme.

En la antecámara vió Pedro á cinco ó seis personas que se habían presentado mientras hablaba con el cardenal. Había allí un obispo, un prelado y dos señoras ancianas. En el momento en que se acercaba á don Vigilio, antes de marcharse, experimentó viva sorpresa al encontrarle conversando con un joven alto y rubio, con un francés que exclamó, muy sorprendido también:

—¡Cómol! ¿Estáis aquí, señor abate? ¿Vinisteis al fin á Roma?

Pedro vaciló un segundo.

—¡Ah! Os suplico que me perdonéis, señor Narciso Habert, porque no os había conocido. Y en verdad que no tengo perdón, porque sabía que desde el año pasado que estabais agregado á la embajada.

Era Narciso, delgado, esbelto, de aspecto elegante, con su tez clara, sus ojos azules, su barba rubia, finamente rizada; llevaba el pelo rizado y cortado sobre la frente á la florentina. Perteneía á una familia muy rica y de magistrados, de un catolicismo militante y de la que figuraba un tío de Narciso en la diplomacia, y esto decidió de su destino. Su lugar, aparte de esto, se hallaba muy marcado en Roma en donde contaba con parientes poderosos; era sobrino por alianza del cardenal Sarno, cuya hermana habíase casado en París con un notario, tío suyo: era primo hermano de monseñor Gamba del Zoppo, camarero secreto participante, hijo de una de sus tías, casada en Italia con un coronel. Y por esto lo habían agregado á la embajada cerca de la Santa Sede en donde toleraban sus modales fantásticos, su continua pasión por el arte que le hacía dar pasos sin fin á través de Roma. Aparte de todo esto era muy amable y de perfecta distinción, y además muy práctico en el fondo, conociendo á maravilla las

questiones de intereses. Muchas veces, como sucedía aquella mañana, ocurríale presentarse, con su aire un tanto fatigado y misterioso, para hablar con un cardenal de algún asunto serio en nombre de su embajador.

Llevóse en seguida á Pedro al hueco de una gran ventana para hablar con más libertad.

—¡Qué contento estoy al veros, señor abate!—le dijo.—¿Os acordáis de nuestras agradabilísimas conversaciones cuando nos conocimos en casa del cardenal Bergerot? Os indiqué, para vuestro libro, los cuadros que debíais ver, miniaturas de los siglos xiv y xv. Pues bien, desde hoy me apodero de vos y voy á enseñaros Roma como nadie sería capaz de hacerlo. Lo he visto y rebuscado todo y he encontrado tesoros, ¡verdaderos tesoros! Mas en el fondo no hay más que una obra, y no se piensa más que en su pasión. El Boticeili de la Capilla Sixtina, ¡oh! ¡Boticeili!

Su voz se apagó, hizo un gesto quebrantado de admiración y Pedro no tuvo más recurso que prometerle que se dejaría guiar por él, y que le acompañaría á la Capilla Sixtina.

—¿Sabéis por qué estoy aquí?—preguntó al fin éste último.—Pues persiguen mi libro y lo han denunciado á la congregación del Indice.

—¡Vuestro libro! ¡Imposible!—exclamó Narciso.—¡Un libro del que algunas páginas hacen recordar las del seráfico San Francisco de Asis!

Con mucha amabilidad púsose entonces á su disposición.

—Nuestro embajador puede seros muy útil. Es el hombre mejor de la tierra y de una afabilidad encantadora y lleno de ese antiguo valor francés... Esta tarde, ó mañana por la mañana á más tardar, os presentaré á él y puesto que deseáis que el Papa os conceda en seguida una audiencia, hará lo posible para que la obtengáis... Sin embargo, debo confesaros que esto no siempre es fácil. El Padre Santo le aprecia mucho, pero algunas veces fracasa, de tal modo se complican las aproximaciones...

A Pedro no se le había ocurrido, en efecto, la idea de acudir al embajador dominado por la ingenua creencia de que un clérigo acusado, que iba á defenderse debía encon-

trar todas las puertas abiertas. Le agradó sobremanera la oferta de Narciso y le dió las gracias con tanto entusiasmo como si ya hubiese conseguido la audiencia.

—Además,—siguió diciendo Narciso,—si tropezamos con alguna dificultad no olvidéis que tengo parientes en el Vaticano. No hablo de mi tío el cardenal, que no sería útil para nada, porque jamás se mueve de su despacho de la Propaganda y se niega á hacer toda clase de diligencias; pero tengo á mi primo, á monseñor Gamba del Zoppo, que es un hombre muy amable, que vive en el Vaticano con el Papa al que su servicio hácele ver con mucha frecuencia y á todas horas. Si es preciso os acompañaré para que le veáis y sin duda encontrará un medio para facilitaros una audiencia, por más que su gran prudencia le hace temer á veces el comprometerse. Vamos, es cosa convenida, confíaos á mí en todo y por todo.

—¡Ah, querido señor Habert!—exclamó Pedro más aliviado y tranquilo,—acepto con toda mi alma y no sabéis qué bálsamo me ofrecéis, porque desde que estoy aquí todo el mundo me desalienta y sois el primero que me devolvéis el ánimo tratando las cosas á la francesa.

Bajando la voz le contó lo sucedido en su entrevista con el cardenal Boccanera; la certidumbre que tenía de no ser ayudado ni por éste ni por nadie, las malas noticias facilitadas por el cardenal Sanguinetti, y por último, hablóle de la rivalidad que había presentado existía entre los dos cardenales. Escuchóle Narciso sonriendo y á su vez se entregó á las hablillas y á las confidencias. Esa rivalidad, esa disputa prematura de la tiara, con el furioso deseo que á ambos les animaba hacía mucho tiempo que revolucionaba al mundo negro. Había allí los elementos de una complicación increíble y nadie hubiera podido decir con exactitud á dónde conducía tan vasta intriga. En conjunto se sabía que Boccanera representaba la intransigencia, el catolicismo desprendido de todo compromiso con la sociedad moderna, esperando inmóvil el triunfo de Dios sobre Satán, al reino de Roma devuelto á la Santa Sede, á la Italia arrepentida y haciendo penitencia de su sacrilegio, mientras que Sanguinetti, más ductil, más político, pasaba por concebir combinaciones tan atrevidas como nuevas, una especie de federación republicana de

todos los antiguos y pequeños estados italianos, colocada bajo el augustó protectorado del Papa. En suma, se trataba de la lucha entre las dos concepciones opuestas; una que quería la salvación de la Iglesia por el respeto absoluto de la antigua tradición; la otra que anuncia su muerte fatal si no consiente en evolucionar con el siglo futuro; pero todo esto se anegaba en una confusión tal, que la opinión acababa por ser la de que, si el papa actual vivía aún algunos años, no serían ni Boccanera ni Sanguinetti los que le sucediesen.

Interrumpió Pedro bruscamente á Narciso para preguntarle:

—¿Y á monseñor Nani, le conocéis? Hablé con él ayer noche... ¡Miradle! En este momento entra.

En efecto, Nani entró en la antecámara con su sonrisa y su faz sonrosada de prelado amable. Su fina sotana, su faja de seda violeta brillaban, pero con un lujo discreto y suave. Se mostró muy cortés con el abate Paparelli que le acompañaba y usó mucha humildad suplicándole tuviese á bien esperar á que su eminencia pudiese recibirle.

—¡Oh!—murmuró Narciso poniéndose serio,—monseñor Nani es de esas personas de las que es necesario ser amigo.

Sabía su historia y la contó en voz baja. Había nacido en Venecia de una noble familia arruinada, que contó algunos héroes entre sus antepasados. Nani, después de hacer sus primeros estudios con los jesuitas, fuese á Roma á cursar la filosofía y la teología en el Colegio Romano dirigido por aquellos. Ordenado como presbítero á los veintitres años, fuese inmediatamente con un nuncio á Baviera en concepto de secretario particular y de allí pasó, como auditor de la Nunciatura, á Bruselas y después á París en donde habitó durante cinco días. Todo parecía destinarle á la diplomacia, los brillantes comienzos de su carrera, su inteligencia despejada, una de las más grandes y quizás mejor cultivadas, cuando de pronto fué llamado á Roma en donde inmediatamente se le confirió el empleo de Asesor del Santo Oficio. Se dijo entonces que aquello obedecía al deseo del Papa que, conociéndole á fondo y queriendo tener en el Santo Oficio un hombre de su confian-

za, le había mandado á buscar, diciendo que prestaría mejores servicios en Roma que en una nunciatura. Era ya prelado doméstico y desde hacía poco canónigo de San Pedro y protonotario apostólico participante, en camino de ser preconizado cardenal el día en que el Papa hallase otro asesor favorito que le agradase más.

—¡Oh! ¡Monseñor Nani!—continuó diciendo Narciso.—Es un hombre superior que conoce admirablemente la Europa moderna y al mismo tiempo un santo sacerdote, un creyente sincero de inquebrantable adhesión á la Iglesia, de fe sólida, de política hábil y bien diferente en verdad de la estrecha y sombría fe teológica tal cual la conocemos en Francia. Por esto os ha de ser desde luego muy difícil el conocer aquí las cosas y personas. Dejan á Dios en su santuario y reinan en su nombre convencidos de que el catolicismo es la organización humana del gobierno de Dios, la única perfecta y eterna fuerza de la cual no hay más que peligros sociales y mentiras. Mientras que nosotros nos entretenemos en nuestras disputas religiosas discutiendo furiosamente acerca de la existencia de Dios, ellos no admiten que esa existencia pueda ponerse en duda, puesto que son ministros delegados por Dios y se consagran únicamente á su papel de ministros, á los que no se puede desposeer, ejerciendo el poder para el mejor bien posible de la humanidad, aplicando todo su saber, inteligencia y energía para continuar siendo los dueños aceptados de los pueblos. Fijáos en un hombre como monseñor Nani, que después de haber estado mezclado en la política del mundo entero, hace diez años que se halla en Roma ejerciendo las funciones más delicadas, mezclado en los más diversos y más importantes asuntos, pues continúa viendo á Europa entera que desfila por Roma, lo conoce todo y en todo tiene la mano. Y además de todo esto es admirablemente discreto y amable, de una modestia que parece perfecta, sin que se pueda decir si se dirige, con un paso tan ligero, á la más alta de las ambiciones, á la tiara soberana.

—¡Otro candidato más al papado!—pensó Pedro que había escuchado apasionadamente porque la figura de Nani le interesaba, le causaba una especie de instintiva turba-

ción, como si hubiese presentado tras aquel rostro sonriente y sonrosado todo un vago infinito. Además de esto comprendió mal las explicaciones de su amigo y cayó en el azoramiento de su llegada á aquel mundo nuevo en el que lo inesperado trastornaba sus previsiones.

Pero monseñor Nani, que había visto á los dos jóvenes se acercó á ellos sonriendo y tendiéndoles cordialmente la mano.

—¡Ah! ¡Cuánto celebro veros, señor abate Froment! Y no os pregunto si dormisteis bien, porque en Roma se duerme siempre bien... Buenos días, señor Habert, ¿vais bien de salud desde que os encontré extasiado ante la Santa Teresa, de Bernin, que tanto admirábais? Ya veo que os conocéis los dos... Esto es bueno... Os presento, señor abate, al señor Habert como á uno de los apasionados admiradores de nuestra ciudad, que os enseñará lo mejor de ella.

Con aire afectuoso, quiso enterarse de la entrevista de Pedro y del cardenal. Escuchó el relato con mucha atención, meneando la cabeza al oír ciertos detalles y á veces reprimiendo una fina sonrisa. No le extrañó en modo alguno la severa acogida del cardenal ni la seguridad que tenía el presbítero de no hallar ningún apoyo en aquél, como si hubiese esperado ese resultado. Pero al oír mencionar á Sanguinetti, al enterarse de que éste había estado allí por la mañana y declarado que el asunto del libro era de los graves, pareció que olvidaba un instante su reserva y se expresó con repentina viveza:

—¿Qué queréis, hijo mío? He llegado tarde. En cuanto tuve noticia de la persecución, corrí á casa de su eminencia el cardenal Sanguinetti para decirle que iban á hacer un reclamo inmenso á vuestra obra. Vamos á ver ¿es esto razonable? ¿A qué? Sabemos que sois un poco exaltado, que tenéis un alma entusiasta y pronta á la lucha. Medrados estaríamos si fuésemos á echarnos á cuestras la rebelión de un presbítero joven que podría declararnos la guerra con un libro del que se han vendido algunos miles de ejemplares. En cuanto á mí, quería desde luego que no se hiciese nada y debo confesar que el cardenal, que es un hombre de talento, pensaba lo mismo que yo. Levantó

los brazos al cielo, se arrebató, diciendo á gritos que no se le consultaba nunca nada, que la necedad ya estaba hecha y que por lo tanto, le era imposible suspender el proceso desde el momento en que estaba enterada del asunto la congregación á consecuencia de autorizadísimas denuncias fundadas en motivos de los más graves... En fin, como él decía, la necedad estaba hecha y he debido pensar en otra cosa...

Se calló; se apercibió de pronto que Pedro fijaba ardientes miradas en sus ojos tratando de comprender. Un imperceptible rubor sonrosó un poco más su rostro mientras que, más dueño de sí, siguió hablando sin dejar ver su contrariedad por haber dicho demasiado.

—Sí, pensé ayudaros con toda mi escasa influencia para libraros de los quebraderos de cabeza que, indudablemente, os ha de producir este asunto.

Un soplo de rebelión impulsó á Pedro dominado por la obscura sensación de que se mofaban de él. ¿Por qué no había de haber afirmado él su fe cuando ésta era tan pura, tan despreñada de todo interés personal y ardiente de caridad cristiana?

—Nunca,—declaró,—retiraré ni haré desaparecer por mí mismo ese libro, como me han aconsejado lo haga. Eso sería una cobardía y una mentira, porque no me pesa nada ni de nada reniego. Si creo que mi obra encierra un poco de verdad, no puedo destruirla sin ser un criminal para conmigo y para con los demás. ¡Nunca, ya lo oís, nunca!

A estas palabras siguió una pausa. Pedro añadió casi en seguida:

—¡A los pies del Santo Padre es donde quiero hacer esa declaración; me comprenderá y aprobará mi conducta!

Nani no sonreía con su rostro inmóvil y como en adelante cerrado. Parecía que estudiaba con mucha curiosidad la súbita violencia del abate al que quiso tranquilizar en seguida con su acostumbrada benevolencia.

—Sin duda, sin duda... La obediencia y la humildad tienen grandes dulzuras; pero, en fin, comprendo perfectamente que ante todo queráis hablar con Su Santidad... ¿en seguida, no es así? Ya veréis... ya veréis...

—¡Eh! La idea no parece mala,—declaró al fin Nani.— ¡Sí! ¡Sí! Gamba podrá obtener la audiencia, si quiere hacerlo... Le veré y le explicaré de lo que se trata.

Además de esto dió una porción de consejos de extrema prudencia y hasta se atrevió á decir que convenía desconfiar bastante de los que rodeaban al papa. ¡Ay! ¡sí! Su Santidad era muy bueno, creía con tanta ceguera en el bien, que nunca escogió á sus familiares con el metódico cuidado que para ello debía haber empleado. Nunca se sabía á quién se dirigía uno ni en qué lazo se podía meter el pie. Hasta dió á entender que no convenía de ninguna manera dirigirse á su eminencia el secretario de Estado, porque tampoco estaba libre, sino que se hallaba en el centro de un hervidero de intrigas cuya complicación paralizaba á pesar de su buena voluntad todos sus esfuerzos. Y, á medida que se iba expresando así, con mucha dulzura, con una unción perfecta, aparecía el Vaticano como un país guardado por dragones celosos y traidores, como un terreno en el que no se debía franquear una puerta, arriesgar un paso, avanzar un miembro, sin asegurarse antes de que no se dejaría allí el cuerpo entero.

Continuaba Pedro escuchándole, cada vez más frío y cayendo otra vez en la incertidumbre.

—¡Dios mío!—exclamó.—¡No voy á saber conducirme! ¡Ah! ¡Cómo me desalentáis, monseñor!

Nani recobró su cordial sonrisa.

—¡Yo! Lo sentiría en el alma, querido hijo mío... Unicamente quiero repetiros que esperéis... que no hagáis nada. Sobre todo nada de calentura. Os juro que no hay nada que apremie, porque hasta ayer no han elegido un consultor encargado de dar su dictamen sobre vuestro libro y tenéis por delante un mes... largo. Esquivad toda compañía, vivid sin que se sepa que existís, visitad en paz á Roma y, creedme, esa es la mejor manera de adelantar en vuestros asuntos.

Y cogiendo una mano del presbítero entre sus dos manos aristocráticas, gorditas y suaves, añadió:

—Podéis figuraros que tengo mis razones para hablaros de este modo. Habíame ofrecido yo mismo y tenido á honra el acompañaros en derechura á la presencia de Su

Santidad, más no quiero mezclarme aún en el asunto porque comprendo que en estos momentos sería trabajo perdido. Más adelante ¡ya lo oís! más adelante y en el caso de que nadie lo consiga, seré yo el que os proporcione una audiencia... Me comprometo formalmente á ello... Empero, mientras tanto, evitad todo lo posible el hablar de una religión nueva, palabras que, por desgracia, figuran en vuestro libro y que ayer noche os oí pronunciar. No puede haber religión nueva, querido hijo mío, pues no hay más que una religión eterna sin componendas ni abandono posible, y es la religión católica, apostólica, romana. Es más: dejad á vuestros amigos de París en donde se hallan y sobre todo no contéis con el cardenal Berge-rot, cuya gran piedad no ha sido suficientemente apreciada en Roma... Os aseguro que os hablo como amigo.

Luego, viéndole desamparado, medio quebrantado y no sabiendo por donde debía empezar la campaña, le alentó y confortó de nuevo.

—¡Vamos! ¡Vamos! Todo se arreglará, todo terminará de la mejor manera posible para bien de la Iglesia y para el vuestro propio... Y os pido que me perdonéis, pero os abandono; no veré hoy á su eminencia porque me es imposible esperar más.

El abate Paparelli, al que Pedro se había figurado verle dar vueltas á su alrededor, acechando y procurando enterarse de lo que se hablaba, se precipitó y juró á monseñor Nani que antes que él no había más que otras dos personas esperando. El prelado, sin embargo, le aseguró sonriendo que volvería, pues el asunto de que tenía que tratar con su eminencia no era en manera alguna urgente y se retiró saludando cortesmente á todos.

Casi en seguida le tocó el turno á Narciso. Antes de entrar en la sala del trono estrechó la mano á Pedro, diciéndole:

—Es cosa convenida; mañana iré al Vaticano á ver á mi primo y en cuanto tenga alguna contestación os lo avisaré: ¡hasta la vista!

Eran más de las doce y no quedaban allí más que una de las dos señoras que parecía haberse quedado dormida. En su mesilla de escritorio seguía escribiendo *don Vigilio*

con su letra menudita en las inmensas hojas de su amarillento papel. Tan sólo de vez en cuando separaba sus ardientes miradas del papel para asegurarse, en su perpetua desconfianza, de que no le amenazaba ningún peligro.

Rodeado de pesado silencio en que todo quedó sumergido, permaneció Pedro inmóvil durante un momento aun en el gran hueco de la ventana. ¡Ah! ¡Qué ansioso estaba su pobre sér de entusiasta y de tierno! ¡Al abandonar á París había visto las cosas con tanta sencillez y naturalidad! Le acusaban injustamente y emprendía el viaje para defenderse: llegaba, se postraba de hinojos ante el papa que le escuchaba con indulgencia. ¿Era que por ventura el papa no representaba la religión viviente, la inteligencia que comprende, la justicia que hace la verdad? ¿Y no era ante todo el Padre, el delegado del infinito perdón de la misericordia divina, cuyos brazos debían tenderse siempre abiertos á todos los hijos de la Iglesia sin exceptuar á los culpables? ¿Era que no debía dejar abierta de par en par su puerta para que los más humildes, los más míseros de sus hijos, pudiesen llegar hasta él para contarle sus penas, confesarle sus faltas, explicarle su conducta y beber en la fuente de la eterna bondad? Y desde el primer día de su llegada veía que las puertas se cerraban con violencia, que había ido á parar en medio de una sociedad hostil, sembrada de emboscadas y cerrada por infranqueables abismos. Todos le gritaban ¡guarda! como, si al mover el pie, corriese los peligros más graves. Ver al papa parecía una petición tan exorbitante, un negocio de tan difícil resolución, que ponía en movimiento los intereses, las pasiones y las influencias del Vaticano. Y se sucedían los consejos sin fin, habilidades discutidas con prolija detención, tácticas de generales que conducen un ejército á la victoria, complicaciones sin cesar renacidas en medio de mil intrigas de las que se adivinaba por debajo de todo el tenebroso pulular. ¡Ah! ¡Dios Santo! ¡Qué diferente era todo eso de la esperada acogida caritativa, de la casa del pastor abierta en el camino para recibir á todas las ovejas, lo mismo á las dóciles que á las extraviadas!

Lo que empezó á asustar á Pedro era lo que él compren-

ña que había de mal intencionado entre lo que se agitaba confusamente entre la sombra. ¡El cardenal Bergerot un sospechoso, al que trataban de revolucionario y al que le aconsejaban que ni siquiera nombrase! Vea aún la mueca de desprecio hecha por el cardenal Boccanera al hablar de su colega. ¡Y monseñor Nani le aconsejaba que no pronunciase nunca las palabras «religión nueva» como si no fuese muy claro para todos, que esas palabras significaban para él el retorno del catolicismo á la pureza primitiva del cristianismo! ¿Sería ese uno de los crímenes delatados á la Congregación del Índice? Acabó por sospechar la existencia de esos delatores sentía miedo, porque, á la sazón, tenía conciencia de un ataque subterráneo á su alrededor, de un esfuerzo muy grande para abatir y suprimir su obra. Cuanto le rodeaba hacíasele sospechoso. Iba á recogerse durante algunos días para estudiar y observar aquel mundo negro de Roma, tan imprevisto para él; pero, al mismo tiempo, en la rebelión de su fe de apóstol se hizo el juramento, conforme á lo que había dicho, de no ceder nunca, de no cambiar nada, ni una página, ni una línea que sostendría á la luz del día como testimonio inquebrantable de su creencia. Aun cuando el Índice le condenase, no se sometería ni retiraría nada. Si era necesario saldría de la Iglesia yendo hasta el cisma, continuando la predicación de la nueva Iglesia y escribiendo otro libro, el de la Roma verdadera, tal cual, de una manera vaga, empezaba á entreverla.

Don Vigilio, había, sin embargo, dejado de escribir y contemplaba con una mirada tan fija á Pedro, que éste se decidió á acercarse cortesmente para despedirse de él. A pesar de sus temores y cediendo á la necesidad de la confidencia, murmuró el secretario.

—Sabed que vino tan sólo por vos; quería saber cuál había sido el resultado de vuestra entrevista con su eminencia.

No fué necesario entre ellos pronunciar el nombre de monseñor Nani.

—¿De veras lo creéis?

—¡Oh! Está fuera de duda... Y si siguiérais mi consejo, obraríais muy cuerdamente haciendo en seguida y de bue-

na voluntad lo que desea de vos, porque es seguro que más adelante lo haréis.

Esto turbó y exasperó más á Pedro que se fué haciendo un gesto de reto. Ya verían, si obedecía. Y atravesó de nuevo las tres antecámaras, que se le figuraron más oscuras, más vacías, más muertas. En la segunda saludóle el abate Paparelli con una muda reverencia y en la primera el adormilado lacayo pareció no verle. Bajo el dosel, una araña tejía su tela entre los abellotados colgantes del gran capelo rojo. ¿No habría sido preferible meter el pico demoledor en aquel pasado podrido que se convertía en polvo, para que el sol entrase libremente y devolviese al suelo purificado la fecundidad de la juventud?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

IV.

Durante la tarde de aquel mismo día, pensó Pedro, puesto que tenía tiempo sobrado, en comenzar sus correrías por Roma con una visita que deseaba de todo corazón hacer. Al parecer su libro recibió una carta procedente de la misma ciudad, que le emocionó é interesó mucho; una carta del anciano conde Orlando Prada, el héroe de la independencia italiana, que, sin conocerle, escribale impresionado por la primera lectura. Aquella carta era, en sus cuatro páginas, una inflamada protesta, un grito de patriótica fe, juvenil aun en el anciano, acusándole de haber olvidado á Italia en su obra, reclamando á Roma, á la «Nueva Roma» para la Italia unificada y libre al fin. A esa carta siguió una correspondencia sostenida, y el presbítero, sin ceder nada del ensueño que hacía el neocatolicismo el salvador del mundo, empezó á apreciar desde lejos al hombre autor de aquellas cartas en las que ardía un amor tan grande á la patria y á la libertad. Habiale avisado su viaje prometiendo ir á verle. Pero á la sazón la hospitalidad que aceptó en el palacio Boccanera, parecía que le impedía obrar con entera libertad, porque se le figuró poco correcto, después de tan cariñosa acogida de

Benedetta, dirigirse desde el primer día á visitar, sin indicárselo, la casa del padre del hombre de cuyo lado huiera ella y contra el que entabló demanda de divorcio. Y esto resaltaba tanto más, cuanto que el anciano Orlando vivía con su hijo en un pequeño palacio que éste último había mandado construir en lo alto de la calle del 20 de Septiembre.

Pedro, quiso ante todo confiar sus escrúpulos á la *contessina* en persona. Sabía por otra parte, por habérselo así manifestado el vizconde de la Choue, que Benedetta profesaba filial ternura, no exenta de admiración, al héroe. En efecto, cuando después de almorzar empezó á darle cuenta de su apuro, al oír sus primeras palabras, exclamó Benedetta:

—¡Pero, señor abate, si debéis ir en seguida! ¡Id pronto, pronto! Habéis de saber que el anciano Orlando es una de nuestras glorias nacionales y no os debe admirar el oírme expresar de esa manera y darle ese nombre, por que toda Italia se lo dá por gratitud y por cariño. En cuanto á mí crecí en una sociedad que le execraba, que le calificaba de Satanás. Más adelante le conocí, le traté y le amé, porque es el hombre más cariñoso y justo que existe sobre la tierra.

Sonrióse Benedetta, mientras que discretas lágrimas humedecían sus ojos, sin duda al recordar el año vivido allá abajo, en aquella mansión de violencia, en donde las únicas horas tranquilas que pasó fué al lado del anciano. Bajando la voz y temblando, añadió:

—Puesto que vais á verle, decidle de mi parte que le quiero y respeto siempre y que, suceda lo que quiera, jamás olvidaré sus bondades.

Mientras que se dirigía en coche á la calle del 20 de Septiembre evocó Pedro esa historia heroica del anciano Orlando, que había hecho que le contasen. En ella se encontraba en plena epopeya, en la fe, en el valor y en el desinterés de otras edades.

El conde Orlando Prada, de noble familia milanesa se enardeció desde muy joven con tal odio al extranjero, que, cuando apenas había cumplido los quince años formaba ya parte de una sociedad secreta, de una de las ramificaciones del antiguo carbonarismo. Aquel odio á la

dominación austriaca venía de muy lejos, de la época de las antiguas rebeliones contra la servidumbre, cuando los conspiradores se reunían en el fondo del bosque en cabañas abandonadas, y ese odio se exasperó aún más con el ensueño secular de la Italia libertada entregada á sí misma, volviendo á ser la gran nación soberana digna hija de los antiguos conquistadores y señores del mundo. ¡Ah! ¡Qué ensueño más ardiente y soberbio el de librar del largo oprobio á aquella tierra gloriosa de pasadas épocas, á aquella Italia desmenuzada, desmembrada y presa de una porción de tiranuelos ó continuamente invadida y poseída por las naciones vecinas! Batir al extranjero, expulsar á los déspotas, despertar al pueblo de la vil miseria de su esclavitud, proclamar la Italia libre, la Italia una, era la pasión que por entonces hacía enardecer la juventud como una llama inextinguible y que hizo estallar de entusiasmo el corazón del joven Orlando. Vivió durante su adolescencia en santa indignación y con la fiera impaciencia de dar su sangre á la patria y morir por esta si no la libraba.

Vivía Orlando retirado en el fondo del antiguo hogar de su familia, estremeciéndose bajo el yugo y perdiendo el tiempo en vanas conspiraciones. Acababa de casarse y tenía veinticinco años, cuando llegó la noticia de la huida de Pío IX y de haber estallado la revolución en Roma. De una manera brusca lo abandonó todo, hogar y esposa, para correr á Roma como llamado por la voz de su destino. Era la primera vez que iba á correr tierras para conquistar la independencia ¡y cuántas veces iba á tener que ponerse en campaña sin cansarse jamás! Entonces conoció á Mazzini y se apasionó un momento por aquella figura mística de republicano unitario. Soñando también Prada con la república universal, adoptó la divisa mazziniana: «Dio e popolo» y siguió la procesión que recorrió con gran pompa la Roma de la revuelta. Hallábanse en una época de grandes esperanzas, trabajada ya por la necesidad de una renovación del catolicismo, á la espera de un Cristo humanitario encargado de salvar al mundo por segunda vez. Pero muy pronto un hombre, un capitán de los tiempos pasados, Garibaldi, en la aurora de su gloria épica, se apoderó de él por completo y lo convirtió en un soldado

de la libertad y de la unidad italiana. Adoróle Orlando como á un dios, se batió como héroe á su lado, tomó parte en la batalla y en la victoria de Rieti sobre los napolitanos, le siguió después á su retiro de obstinado patriota cuando fué en socorro de Venecia, obligado á abandonar á Roma al ejército francés del general Audinot que fué á restablecer á Pío IX en su solio ¡y qué aventura tan extraordinaria y locamente valiente! ¡Aquella Venecia, que Manin, otro gran patriota, un mártir, había hecho republicana y que desde hacía muchos meses se resistía á los austriacos! ¡Y aquel Garibaldi que, con un puñado de hombres emprende la marcha para libertarla, y fleta luego trece barcas de pesca de las que deja ocho en un combate naval, viéndose obligado á regresar á las playas romanas perdiendo lastimosamente á su esposa Anita, cuyos ojos cierra antes de regresar á América, en donde había vivido antes esperando la hora de la insurrección! ¡Ah! ¡Aquella tierra italiana rugiente en esa época con el fuego interior de su patriotismo, que hacía brotasen en cada ciudad hombres de fe y de valor, y las continuas revueltas que estallaban en todas partes como erupciones y que en medio de los fracasos iban á pesar de todo é invenciblemente y sin desviarse al triunfo!

Orlando regresó á Milán, al lado de su esposa, y allí vivió dos años oculto, impaciente, con la esperanza del glorioso mañana, que tardaba tanto en presentarse. Le enterneció una dicha en medio de su fiebre: tuvo un hijo, Luis, más el hijo costó la vida á su madre y eso fué un duelo. Y no pudiendo permanecer en Milán, en donde la policía le vigilaba y molestaba, haciéndole sufrir demasiado la ocupación extranjera, decidióse Orlando á realizar los restos de su fortuna y después se retiró á Turín, al lado de una tía de su esposa, que se hizo cargo del niño. Como gran político, trabajaba entonces el conde de Cavour á favor de la independencia y preparaba al Piamonte para el papel decisivo que debía representar. Era la época en que el rey Víctor Manuel acogía con halagadora bondad á cuantos refugiados se le presentaban procedentes de toda Italia, aun cuando supiese que eran republicanos comprometidos y fugitivos á consecuencia de las insurrecciones populares. En aquella ruda y astuta casa de Saboya, venía

madurándose desde hacía muchísimos años el ensueño de realizar la unidad italiana en provecho de la monarquía piamontesa. Orlando no ignoraba en modo alguno bajo qué señor se alistaba; pero ya en él el republicano había cedido su lugar al patriota y no tenía fe en una Italia hecha en nombre de la república, colocada bajo la protección de un papa liberal como Mazzini la imaginara un momento, ¿no era aquella una quimera que devoraría las generaciones si mostraban testarudez en sostenerla? Por su parte se negaba á morir aún sin haber dormido en Roma, conquistándola. Dejándole la libertad, quería la patria reconstituida y erguida, viviente al fin, bajo el sol. Así se explica la fiebre venturosa con que, cuando estalló la guerra de 1859, se alistó como voluntario, ¡y cómo debió latir su corazón, que quería saltársele del pecho, en los momentos en que después de la batalla de Magenta, entró en Milán con el ejército francés, en aquel Milán del que ocho años antes saliera proscrito y con el alma desesperada! A continuación de Solferino, el tratado de Villafranca fué una amarga decepción; Venecia escapaba, Venecia continuaba cautiva, empero habíase reconquistado el Milanésado, lo mismo que la Toscana y los ducados de Parma y de Módena, que votaron su anexión. Al fin íbase formando el núcleo del astro y la patria italiana alrededor del Piamonte victorioso.

Después, al año siguiente, Orlando entró otra vez en la epopeya. Garibaldi volvió de sus estancias en América, rodeado de una leyenda, del brillo de sus hazañas en las Pampas del Uruguay, de una travesía extraordinaria de Canton á Lima, se presentó para batirse en 1859, adelantándose al ejército francés y derrotando á un mariscal austriaco, entró en Como, Bergamo y Brescia. De pronto se supo que había desembarcado sólo con mil hombres en Marsala, los Mil de Marsala, el puñado ilustre de valientes. Orlando se batió en primera fila. Palermo resistió tres días y fué vencido. Convertido en el lugarteniente favorito del dictador, le ayudó á organizar el gobierno, cruzó en seguida, en su compañía el estrecho y á su lado se halló en la entrada triunfal de Nápoles, de donde había huido el rey. Era una locura de audacia y de valentía, la explotación de lo inevitable, circulando toda clase de historia

sobrehumanas, Garibaldi invulnerable, protegiéndole su roja garibaldina más que la mejor templada de las armaduras; Garibaldi derrotando los ejércitos enemigos, nada más que con blandir en alto su flamígera espada, como un arcángel. Por su parte los piemonteses, que acababan de derrotar al general Lamoricière, invadieron los Estados Romanos. Orlando estaba á su lado cuando el dictador, dimitiendo el poder, firmó el decreto de anexión de las Dos Sicilias á la corona de Italia; del mismo modo tomó parte igualmente en la desesperada tentativa que, al grito de «Roma ó la muerte», terminó trágicamente en Aspromonte, dispersados los voluntarios por el ejército italiano, Garibaldi, herido, cayó prisionero y fué enviado á la soledad de la isla de Caprea; en donde no fué más que un labrador.

Los seis años de espera que siguieron á estos sucesos los vivió Orlando en Turín, hasta cuando eligieron á Florencia como nueva capital. El Senado aclamó á Víctor Manuel rey de Italia y en efecto, la Italia estaba hecha, no faltándole más que Roma y Venecia. En adelante parecían haberse concluido los grandes combates y haberse cerrado la era de la epopeya. Venecia iba á ser entregada por la derrota. Hallóse Orlando en la desgraciada batalla de Curtzoza, en donde recibió dos heridas que no le hicieron sufrir tanto como la pena que experimentó su corazón al creer por un momento que Austria iba á triunfar. Mas en aquel mismo momento, Austria batida en Sadowa perdió el Véneto. Orlando quiso hallarse cinco meses después en Venecia para gozar de la alegría del triunfo el día en que Víctor Manuel hizo su entrada triunfal en medio de las frenéticas aclamaciones del pueblo. Roma era la única que aun quedaba y un frenesí de impaciencia impulsaba hacia ella á Italia entera, á la que sin embargo contenía el juramento hecho por la Francia amiga de sostener al papa. Por tercera vez soñó Garibaldi renovar las legendarias proezas y se arrojó sobre Roma, libre de todo lazo, como capitán de aventuras, al que el patriotismo ilumina. Y por tercera vez Orlando tomó parte en aquella locura de heroísmo que debía estrellarse en Mentana contra los zuavos pontificios, á los que ayudaba un reducido cuerpo de ejército francés. Herido de nuevo, regresó casi

moribundo á Turín. Con el alma estremecida, tuvo que resignarse ante aquella situación al parecer insoluble. De pronto estalló el trueno en Sedán, el aplastamiento de Francia y el camino de Roma quedó libre; y Orlando, que había vuelto á formar parte del ejército italiano, figuró entre las tropas que ocuparon posiciones en la campaña romana para asegurar la seguridad de la Santa Sede, conforme á los términos de la carta que escribiera Víctor Manuel á Pío IX. No hubo por otra parte más que un simulacro de combate y los zuavos pontificios del general Kanzler, tuvieron que replegarse. Orlando fué uno de los primeros que penetró en la ciudad por la brecha de la puerta Pia. ¡Ah! Ese veinte de Septiembre fué el día en que experimentó la alegría más grande de su vida, un día de delirio, de triunfo completo en el que se realizó el sueño de tantos años de terribles luchas y por el cual había sacrificado tranquilidad, fortuna, inteligencia y carne.

A esto siguieron aún más de diez años venturosos en aquella Roma conquistada, en aquella Roma adorada, ensalzada y mimada como una mujer en la que se concentraron todas las esperanzas. ¡Esperaba de ella un tan gran vigor nacional, una tan maravillosa resurrección de fuerza y de gloria para la juvenil nación! El antiguo republicano, el soldado insurrecto que había sido, tuvo que resellarse y formar en fila como tantos otros, y aceptar un sitial senatorial; ¿no iba Garibaldi mismo, su dios, á visitar al rey y tomar asiento en el Parlamento? Sólo Mazzini con su intransigencia no quiso aceptar una Italia unida é independiente que no fuese republicana. Hubo además otra razón que decidió á Orlando, y fué ésta el porvenir de su hijo Luigi, que cumplió dieciocho años al día siguiente de la entrada en Roma. Si el padre se conformaba con las migajas de su fortuna de antaño consumida al servicio de la patria en cambio, para el hijo que adoraba, soñaba con grandes destinos. Comprendió perfectamente que la edad heroica habíase concluido y quiso hacer de aquél un gran político, un gran administrador, un hombre útil á la nación soberana del día siguiente, y por eso fué por lo que no rechazó el favor real, la recompensa de su prolongada adhesión, queriendo estar allí presente, ayudar á Luigi,

dirigirle y vigilarle. ¿Estaba él mismo tan envejecido, tan acabado, que no podía ser útil en la organización como creía haberlo sido durante la conquista? Colocó á su hijo en el ministerio de Hacienda, porque le llamó la atención la inteligencia que demostraba en la cuestión de negocios, adivinando tal vez así, por un sordo instinto, que la batalla iba á continuar entonces en el terreno financiero y económico. Y de nuevo vivió entre sueños, creyendo siempre con entusiasmo en su porvenir espléndido, desbordando una esperanza ilimitada, contemplando como Roma doblaba la población, ensanchándose con una loca vegetación de barrios nuevos para llegar á ser, ante sus ojos de amante entusiasmado, la reina del mundo.

De una manera brusca estalló el rayo. Una mañana, al bajar la escalera, sufrió Orlando un ataque de parálisis, y las dos piernas se le quedaron como muertas con la pesadez del plomo. Tuvieron que cogerle y subirle, y nunca más volvió á poner los pies en la calle. Acababa entonces de cumplir cincuenta y seis años y hacía catorce que no abandonaba su sillón al que estaba sujeto con la inmovilidad de la piedra, él, que en otros tiempos corrió con tan rudo entusiasmo todos los campos de batalla de Italia. Daba gran lástima aquel anonadamiento del héroe. Y fué lo peor el que aquel veterano soldado desde la habitación, en la que la enfermedad teníale como prisionero, asistió al lento derrumbamiento de todas sus esperanzas, dominándole horrible melancolía con el miedo inconfesado del porvenir. Desde que la embriaguez de la lucha no le cegaba y pasaba días y noches reflexionando, lo veía todo claro. Aquella Italia que deseaba tan pujante, tan triunfante con su unidad, obraba locamente, y corría á su ruina, á la bancarrota quizás. Aquella Roma, que para él fué siempre la capital necesaria, la ciudad de gloria sin igual que convenía al pueblo rey de mañana, parecía como que se negaba á desempeñar su papel de gran capital moderna é inerte, como una muerta pesaba con el peso de los siglos sobre el pecho de la juvenil nación. Tenía además á su hijo, á su Luigi, que le desesperaba, pues rebelde á toda dirección, habíase convertido en uno de los hijos devoradores de la conquista que se arremolinaban al cálido despedazamiento de esa Italia y de esa Roma, que su padre parecía haber

ambicionado únicamente para que él la saquease y engordase con sus despojos. En vano se opuso á que abandonase el ministerio, á que se lanzase al agio desenfrenado sobre terrenos é inmuebles que determinó la época de la demencia de los barrios nuevos. Le idolatraba á pesar de todo y veíase reducido al silencio, sobre todo á la sazón, que había salido con bien de las operaciones financieras más arriesgadas como le sucedió con la transformación de la antigua villa Montefiori en una verdadera villa, negocio colosal, en el que los más ricos se arruinaron y del que Luigi sacó muchos millones. Y Orlando, desesperado y mudo se empeñó en no ocupar, en el palacio que su hijo había mandado construir en la calle del 20 de Septiembre, nada más que una humilde habitación en la que, como enclaustrado, acababa sus días en compañía de un antiguo criado, no queriendo aceptar de su hijo más que aquella modesta hospitalidad y viviendo pobremente con sus menguadas rentas.

Cuando Pedro llegó á esa nueva calle del 20 de Septiembre, abierta en un costado y en la cima del Viminal, llamóle la atención la pesada suntuosidad de los nuevos palacios, en los que se revelaba el gusto hereditario de lo enorme. En aquella cálida arde de oro viejo con purpúreos matices, esa calle ancha y triunfal con sus dos filas de fachadas interminables y blancas, revelaba cuán grandes eran la orgullosa esperanza de porvenir de la Nueva Roma y el deseo de soberanía que había hecho surgir del suelo tan enormes edificios. Quedóse sobre todo asombrado ante el ministerio de Hacienda, gigantesco montón, cubo ciclópeo en el que las columnas, los frontispicios, los áticos y las esculturas abundan, se amontonan, formando un mundo desmesurado, parido en un día de orgullo por la locura de la piedra. Y era allí, enfrente, un poco más arriba, antes de llegar á la villa Bonaparte, en donde se levantaba el no muy grande palacio del conde Prada.

Después de pagar al cochero quedóse Pedro parado un momento. Estaba abierta la puerta y penetró en el vestíbulo; pero allí no se veía á nadie, ni portero ni criados. Tuvo que decidirse á subir al primer piso. La escalera, monumental y con balaustrada de mármol, reproducía en pequeño las exageradas dimensiones de la escalera de ho-

nor del palacio Boccanera. Y allí había la misma fría desnudez templada por una alfombra y unos cortinones rojos que se destacaban con violencia sobre el blanco fondo del estuco de las paredes. En el primer piso se encontraban las habitaciones destinadas á recepción, de cinco metros de elevación y de cuyos sillones apercibió la larga hilera á través de una puerta entreabierta; salones alhajados con una riqueza completamente moderna con profusión de tapices, terciopelos y rasos, de muebles dorados y de elevados espejos en los que se reflejaba el amontonamiento fastuoso de las consolas y de las mesas. Y siempre sin ver á nadie, ni un alma en aquella casa como abandonada, en la que se adivinaba la ausencia de la mujer. En el momento en que iba á volver á bajar para llamar, presentóse al fin un criado.

—¿El señor conde Prada?

El criado miró en silencio al presbítero y pareció que comprendía de lo que se trataba.

—¿El padre ó el hijo?

—El padre, el señor conde Orlando Prada.

—Subid al tercer piso.

A estas palabras se dignó añadir una explicación.

—La puertecita de la derecha en el corredor. Llamad fuerte para que os oigan y abran.

En efecto, tuvo Pedro que llamar dos veces. El que salió á abrirle, diciendo, para excusarse de no haberlo hecho en seguida, estar arreglando las piernas á su amo, fué un viejecito acartonado, de aspecto militar, un antiguo soldado del conde que se había quedado á su servicio. En seguida anunció la visita á Pedro y éste, después de atravesar una oscura y estrecha antecámara, quedóse sorprendido al ver el aspecto de la habitación en que entraba, pieza relativamente pequeña, desprovista de todo adorno, blanca y sencillamente empapelada con un papel claro con florecillas azules. Detrás de un biombo no había más que una cama de hierro, el lecho del soldado, y ningún mueble más que el sillón en que el impedido pasaba los días, una mesa de madera pintada de negro y cubierta de libros y periódicos y dos antiguas sillas de paja que servían para que se sentasen las contadas visitas que recibía. En una

de las paredes había unas cuantas tablas que hacían el servicio de biblioteca, y la ventana sin cortinas ni visillos, rasgada y ancha, se abría sobre el panorama más admirable de Roma que verse pueda.

Desapareció luego la habitación, y Pedro no vió más que al anciano Orlando, y le dominó repentina y profunda emoción. Era un viejo león encanecido, soberbio aun, muy fuerte y alto. Un bosque de pelo blanco coronaba una cabeza poderosa, de boca gruesa, nariz grande y aplastada, y grandes ojos negros y chispeantes. Tenía una larga barba blanca de un vigor de juventud y rizada como la de un dios. En aquella geta leonina adivinábanse las terribles pasiones que debieron rugir, pero todas, tanto las carnales como las intelectuales, hicieron erupción en patriotismo, en valor temerario y en un amor desordenado de independencia. Y allí estaba inmóvil el antiguo héroe, herido cual la encina por el rayo, con el busto siempre erguido y recto, inclinado en un sillón de paja, con las piernas muertas, enterradas, ocultas entre una manta negra. Solos los brazos y las manos eran los que vivían y sola la faz estallaba en fuerza é inteligencia.

Habíase vuelto Orlando hacia su servidor para decirle con dulzura:

—Puedes marcharte, Batista. Vuelve dentro de dos horas.

Después y mirando á Pedro cara á cara exclamó con su voz aun sonora, á pesar de sus setenta años:

—¡Al fin os vemos, querido señor Froment, y vamos á poder hablar á nuestras anchas! Sentáos en esa silla, ahí enfrente de mí.

Observó el conde la mirada de sorpresa que el presbítero dirigió á la desnudez de la habitación, y añadió alegremente:

—Me perdonaréis por recibirlos en mi celda. Sí, vivo aquí como un monje, como un viejo soldado retirado para siempre, separado del movimiento de la vida... Mi hijo me atormenta aún para que me instale en una de las hermosas habitaciones de abajo, ¿y para qué? No tengo ninguna necesidad, no me gustan los lechos de pluma, porque mis viejos huesos están acostumbrados á la dura tierra... Y además aquí gozo de una vista hermosísima, la

de toda Roma, que se entrega á mí, ahora que yo no puedo ir á ella!

Con un gesto hacia la ventana ocultó el embarazo, el ligero rubor que coloreaba su rostro cada vez que de aquella manera disculpaba á su hijo, sin querer decir la verdadera razón, el escrúpulo de probidad que le hacía permanecer con testarudez en su instalación de pobre.

—Pero si esto está muy bien, si es soberbio,—declaró Pedro para complacerle.—Soy tan dichoso yo también por veros al cabo! ¡Qué feliz me considero al estrechar esas valientes manos que han hecho tantas cosas grandes!

Con un nuevo gesto pareció Orlando querer apartar el pasado.

—¡Bah! Todo eso concluyó y está enterrado... Hablemos de vos mi querido amigo, de vos tan joven que sois el presente y hablemos pronto de vuestro libro que es el porvenir. ¡Ah! ¡Si supiéseis cuánto me hizo encolerizar al principio vuestro libro *Nueva Roma!*

Y entonces se refa cogiendo el libro que precisamente se hallaba al alcance de la mano, sobre la mesa, y palmeando sobre la manta con su gran mano de coloso, añadió:

—¡No! ¡No es posible que os imaginéis con qué sobresaltos de protesta lo leí! ¡El papa y vuelta con el papa, y siempre el papa! ¡La Roma nueva por el papa y para el papa! ¡La Roma triunfante de mañana gracias al papa, entregada á éste y confundiendo su gloria en la gloria del papa! ¿Y bien? ¿Y nosotros? ¿Y la Italia? ¿Y todos esos millones que hemos gastado para hacer de Roma una gran capital? ¡Ah! Es preciso ser francés, y por añadidura francés de París, para escribir semejante libro. Habéis de saber, mi querido señor, por si lo ignoráis, que Roma ha llegado á ser la capital del reino de Italia, que aquí está el rey Humberto y que están los italianos, un pueblo que cuenta, os lo aseguro, que quiere guardar para sí Roma la gloriosa, la resucitada!

Aquella fuga juvenil hizo reír á Pedro á su vez.

—Sí, sí, me habéis escrito eso,—dijo.—Solamente, ¡qué importa todo eso bajo mi punto de vista! Italia no es más

que una nación, una parte de la humanidad y yo quiero el acuerdo, la fraternidad de todas las naciones, la humanidad reconciliada, creyente y feliz. ¡Qué importa la forma de gobierno, monarquía ó república! ¡Qué importa la idea de la patria una é independiente, si no hay más que un pueblo libre que vive de justicia y de verdad!

De esos gritos de entusiasmo, Orlando no retuvo más que una palabra, y con voz más baja replicó con aire pensativo:

—¡La república! Allá en mi juventud la deseé con todo el ardor de mi alma. Por ella me batí y conspiré con Mazzini, un santo, un creyente que se estrelló contra el absolutismo. Y después, ¿qué? Ha sido necesario aceptar las necesidades prácticas y hasta los más intransigentes se han resellado, ¿nos salvaría hoy la república? En todo caso no se diferencia mucho de nuestra monarquía parlamentaria; ved lo que pasa en Francia. Entonces, ¿á qué arriesgar una revolución que haría que el poder fuese á manos de los revolucionarios extremos, de los anarquistas quizás? Tememos nosotros todo eso y he ahí explicada nuestra resignación... Sé muy bien que algunos ven la salvación en una federación republicana, todos los antiguos pequeños estados convertidos en otras tantas repúblicas que Roma presidiría. El Vaticano podría ganar quizás muchísimo con la aventura. No se puede decir que trabaje; pero sí que considera sencillamente esa eventualidad sin desagradarle; pero todo eso es un sueño, ¡nada más que un sueño!

Recobró su alegría y hasta un destello de tierna ironía.

—¿Os figuráis cuál es la causa de lo mucho que me sedujo vuestro libro? Porque, á pesar de mis protestas, os leí dos veces... Es que casi, casi, habríalo podido escribir Mazzini. ¡Sí! Encontré mi juventud, toda la loca esperanza de mis veinticinco años, la religión de Cristo y la pacificación del mundo por medio del Evangelio. ¿Sabíais que Mazzini había querido mucho tiempo antes que vos la renovación del catolicismo? Separaba el dogma y la disciplina y no dejaba más que la moral. Y era la Roma nueva, la Roma del pueblo la que daba por Sede á la Iglesia universal en la que debían fundirse todas las iglesias del

pasado. Roma, la Ciudad Eterna, la predestinada, la madre y la reina cuya dominación renacía para dicha definitiva de los hombres. ¿No es cosa curiosa que el neocatolicismo actual, el vago despertar espiritualista, el movimiento de comunidad, de caridad cristiana, conquie todo lo que se ha metido tanto ruido ahora no sea más un retorno á las ideas místicas y humanitarias de 1848? Mas ¡ay! yo he visto todo esto, he creído en ello y he combatido y sé á que lindo *batiburrillo* nos han conducido esos revoloteos hacia el azul del misterio ¡qué queréis! No tengo confianza en ello.

Y cuando Pedro iba, á su vez, á entusiasmarse y á contestar, se lo impidió.

—¡No! Dejadme concluir. Quiero que quedéis bien persuadido de la necesidad que teníamos de apoderarnos de Roma, de convertirla en la capital de Italia... Sin Roma, la nueva Italia no podría existir. Era la antigua gloria que cerraba entre su polvo la soberana potencia que queríamos restablecer y daba á quien la poseía, la fuerza, la belleza, la eternidad. En el centro del país era su corazón y debía convertirse en su vida en cuanto despertase del prolongado letargo de sus ruinas. ¡Ah! ¡Cuánto la hemos deseado en medio de las victorias como de las derrotas, durante tantos años de cruel impaciencia! Yo la he querido más que á mujer alguna, con la sangre enardecida y desesperado al envejecer. Y cuando estubo en nuestro poder fué nuestra locura la de quererla fastuosa, inmensa, dominadora é igual á las otras grandes capitales de Europa, Berlín, París, Londres... Miradla, es aun mi único amor, mi único consuelo, hoy que estoy muerto y no tengo vida más que en los ojos.

Con el mismo gesto de antes señaló la ventana; Roma, bajo el inmenso cielo, se extendía hasta lo infinito, dorada y empurpurada por el sol oblicuo. Muy á lo lejos los árboles del Janículo cerraban el horizonte con su verde cintura, de un verde límpido de esmeralda, mientras que la cúpula de San Pedro, más á la derecha, tenía la azulada palidez del zafiro, apagado en medio de una luz tan viva. Seguía después la ciudad baja, la antigua ciudad roja como recocida por siglos de ardientes estíos, tan agradable

á los ojos, tan hermosa con la vida profunda del pasado, un caos sin límites de techos, de veletas, torres, cúpulas y sus linternas. En el primer término, bajo la ventana, veíase la ciudad nueva, la que estaba construyendo hacía veinticinco años, grandes cubos de albañilería amontonados, yesosos aun, y á los que ni el sol ni la historia habían ennegrecido con su patina. Sobre todo, los techos del colosal ministerio de Hacienda, mostraban desastrosas estepas, infinitas y abotargadas, y de una fealdad cruel. Y era sobre esa desolación de las nuevas construcciones, sobre la que por último se fijaron las miradas del veterano soldado de la conquista.

Hubo un momento de silencio. Pedro acababa de sentir pasar el frío de la tristeza oculta, no confesada, y esperó con mucha cortesía.

—Os suplico me perdonéis por haberos impedido contestar,—añadió Orlando,—pero me parece que no podremos hablar con provecho de vuestro libro, mientras no hayáis estudiado más de cerca á Roma. ¿Estáis aquí desde ayer, no es así? Pues bien, recorred la ciudad, miradlo todo, examinadlo, preguntad, y creo que muchas de vuestras ideas cambiarán. Espero más que nada vuestras impresiones acerca del Vaticano, puesto que vinsteis únicamente para ver el papa y defender vuestro libro contra el Indice. ¿A qué discutir hoy, si los hechos mismos se encargarán de llevaros hacia otras ideas y lo lograrán mejor que yo aun cuando emplease los más elocuentes discursos del mundo?... Quedamos, pues, en que volveréis y sabremos entonces de lo que hablamos y tal vez nos pondremos de acuerdo.

—Sois muy bueno para mí,—contestó Pedro.—Hoy no vine con más objeto que el de daros una prueba de mi gratitud por haberos dignado leer mi libro y con el de saludar en vos á una de las glorias de Italia.

Orlando no le escuchaba, absorto y con las miradas fijadas en Roma. No quería que le hablasen de ella y á pesar suyo, dominado por su secreta inquietud continuó haciéndolo en voz baja, como impulsado á una involuntaria confesión.

—Hemos ido sin duda demasiado deprisa. Se han he-

cho gastos de utilidad indispensable, como son las carreteras, los puertos, los ferrocarriles. Y ha sido preciso también armar al país, y al principio no desaprobé los grandes gastos militares... pero en seguida ese aplastante presupuesto de la guerra, de una guerra que no ha venido, nos arruinó con su espera. ¡Ah! Siempre fui yo amigo de Francia y no la echo en cara el no comprender la situación en que nos hablan colocado la escusa vital que teníamos al aliarnos con Alemania; ¡y esos millones tragados por Roma! Y fué que aquí sopló la locura y hemos pecado por entusiasmo y por orgullo. En mis meditaciones de hombre anciano y solitario, fui uno de los primeros que ví el abismo, la tremenda crisis financiera, el déficit en que iba á hundirse la nación. Lo grité á mi hijo, á cuantos me rodeaban; pero ¿para qué? Nadie me escuchó, todos estaban locos comprando, revendiendo, construyendo entre el agio y la quimera... Ya veréis... ya veréis... Lo peor es que nosotros no tenemos aquí como vosotros en vuestro país, la población densa de los campos, una reserva de dineros y de hombres; un ahorro siempre dispuesto á tapar los agujeros causados por las catástrofes. Entre nosotros la ascensión del pueblo, nula aun, no regenera la sangre social con un contingente de hombres nuevos; ¡el país es pobre y no tiene ninguna media de lana que vaciar! Es preciso confesar que la miseria es horrible. Aquellos que tienen algún dinero, prefieren comerse modestamente en ciudades poco populosas, antes que arriesgarlo en empresas agrícolas ó industriales. Las fábricas se levantan con mucha lentitud, y la tierra sigue cultivándose en muchas partes con el mismo procedimiento bárbaro de hace dos mil años... Y ahí está Roma... Roma, que no hizo Italia, que ésta convirtió en su capital por su ardiente y único deseo, Roma que no es siempre más que la espléndida decoración de los siglos, Roma que no nos ha dado aún más que el brillo de esa decoración con su población papal degenerada, henchida de orgullo y holgazanería. ¡La amé mucho, la amo aún para que me pese el estar; pero ¡gran Dios! ¡qué locura nos contagió y cuántos millones nos cuesta! ¡Y cuán grande es su peso triunfal bajo el que nos aplasta! ¡Mirad! ¡Mirad!

Y eran los techos inmensos del ministerio de Hacienda; la inmensa desolada estepa lo que señalaba, como si hubiese visto la cosecha de la gloria segada en hierba, la horrenda desnudez de la amenazadora bancarrota. Veláronse sus ojos con lágrimas contenidas y estaba soberbio con su actitud de esperanza quebrantada, de inquietud dolorosa; con su enorme cabeza de león viejo encanecido, en adelante impotente, inmóvil en aquella habitación tan desnuda y clara, de una pobreza tan altanera que semejaba á una protesta contra la riqueza monumental de todo el barrio, ¡era allí donde estaba el que había hecho la conquista! ¡Y estaba allí anonadado é incapaz de dar de nuevo su sangre y su alma!

—¡Sí, sí!—exclamó con un grito postrero.—Se dió todo, corazón y cabeza, la vida entera, mientras que se trató de crear una patria independiente y unida; pero hoy que la patria está hecha, ¡entusiasmos para reorganizar sus negocios! ¡Eso no es un ideal, no! Y por eso sucede, que mientras se mueven los viejos, no se presenta ni un hombre nuevo que valga entre los jóvenes.

Detúvose bruscamente y un poco cortado, sonriéndose de su ardor.

—Dispensadme, me lancé otra vez, soy incorregible... Es cosa convenida, dejemos ese asunto, volveréis otro día y hablaremos cuando lo hayáis visto todo.

Desde ese momento se mostró sumamente amable, y Pedro comprendió al verse tratado con tanto cariño y seducción invasora, que le pesaba el haber hablado tanto. Le suplicó que permaneciese mucho tiempo en Roma, para que no la juzgase tan deprisa y para que se convenciese de que en el fondo Italia amaba á Francia, y deseaba que quisiesen á Italia, y experimentaba una ansiedad verdadera á la idea de que tal vez no la querían. Lo mismo que, durante la víspera, en el palacio Boccanera, adivinó el presbítero que trataban de hacer coacción sobre él para obligarle á la admiración y á la ternura. Italia, como una mujer que comprende que no es hermosa, dudando de sí misma y susceptible, inquietábase por la opinión de los que la visitaban y hacía esfuerzos para conservar, á pesar de todo, su amor.

Cuando Orlando supo que Pedro se hospedaba en el palacio Boccanera, se apasionó de nuevo, é hizo un gesto de viva contrariedad al oír llamar precisamente en aquel mismo momento á la puerta. Al mismo tiempo que ordenaba que entrasen, obligó á Pedro á quedarse.

—No, no os marchéis aún, quiero saber...

Entró en la habitación una señora que había pasado de los cuarenta, pequeñita y redonda, linda aun, con sus rasgos diminutos y sus amables sonrisas ahogadas por la gracia. Era rubia y tenía los ojos verdes, de una limpidez de agua de fuente. Vestía bastante bien, llevaba un traje color reseda, elegante y sencillo, y parecía tener un aire agradable, modesto y sencillo.

—¡Ah! ¡Eres tú, Stefana!—exclamó el anciano y dejó que le besasen.

—Sí, tío, pasaba por aquí y quise subir á ver cómo seguáis.

Era la señora Sacco, una sobrina de los Prada, nacida en Nápoles de una madre oriunda de Milán y casada con el banquero napolitano Pagani, quebrado más tarde. Después de la ruina habíase casado Stefana con Sacco, que por entonces no era más que un modesto empleado de correos. Desde aquella época Sacco, que deseaba rehabilitar la casa de banca de su padre político, se lanzó á hacer negocios terribles, complicados y bastardos, al cabo de los cuales consiguió que lo eligiesen diputado. Desde que había ido á Roma para conquistarla á su vez, habíale tenido que ayudar su esposa en su devoradora ambición, vistiendo bien y abriendo un salón, y si bien se mostraba aún un poco torpe, prestábale sin embargo servicios que no eran para desdeñados. Mostrábase muy hacendosa, económica y prudente, cuidando de todo como buena ama de casa, con todas las excelentes y sólidas cualidades de la Italia del Norte, heredadas de su madre y que maravillaban al lado de las turbulencias y abandonos de su marido, en el que la sangre del mediodía flameaba con su rabia inextinguible de apetitos.

A pesar de su desprecio hacia Sacco, conservaba el anciano Orlando algún cariño á su sobrina en la que encontraba su sangre. La dió las gracias y en seguida la habló

de la noticia que daban los periódicos de la mañana, sospechando con fundamento que el diputado le había enviado á su mujer para conocer su opinión.

—¡Y bien! ¿Qué hay? ¿Y ese ministerio?

Stefana estaba sentada y no se apresuró, mirando los periódicos que había sobre la mesa.

—¡Oh! Aun no se ha hecho nada y la prensa ha hablado demasiado deprisa. El presidente del Consejo llamó á Sacco y han hablado. Sólo que han vacilado mucho, pues teme no tener aptitud para el ministerio de Agricultura. ¡Ah! ¡si fuese en Hacienda! Y además, no habría tomado ninguna resolución sin consultaros antes ¿qué os parece, tío?

La interrumpió haciendo un gesto violento.

—¡No! ¡No me mezclo en nada de eso!

Era para él una abominación desde el principio hasta el fin el rápido encumbramiento de Sacco, de un aventurero, de un busca negocios que siempre había pescado en río revuelto. Era cierto que lo sucedido con su hijo Luigi le desconsolaba, cuando pensaba en que este ocupaba su gran inteligencia, sus cualidades buenas y aun no era nada, mientras que Sacco, aquel vividor, aquel hombre siempre ávido de goces, después de haberse metido en la Cámara, estaba en camino de apoderarse de una cartera ministerial. Un hombrecillo moreno y seco, con grandes ojos saltones, la barba prominente y cuya fuerza toda estaba en la voz, una voz admirable de potencia y de dulzura. Y además era insinuante, aprovechándose de todo, seductor y dominador.

—Oye, Stefana, dile á tu marido que el único consejo que puedo darle es que vuelva á ocupar su antiguo destino en correos, en donde podrá quizás prestar algunos servicios.

Lo que ofendía y desesperaba al veterano de la independencia, era que un hombre tal como Sacco, cayese como bandido sobre Roma, en esa Roma cuya conquista había costado tan grandes y nobles esfuerzos. Y á su vez Sacco la conquistaría, arrebatándola á aquellos que la habían ganado con tanto esfuerzo, y mientras tanto la poseía, pero para gozar, para saciar su ansia desenfadada

do poder. Bajo unas apariencias muy melosas estaba dispuesto á devorarlo todo. Después de la victoria y cuando el botín estaba allí, cálido aun, acudieron los lobos. El Norte fué el que hizo á Italia, y el Mediodía iba á echarse sobre la pieza; se apoderaba y vivía de ella como de una presa. En el fondo de la cólera del héroe anonadado, imposibilitado, había sobre todo eso: el antagonismo cada vez más pronunciado entre el Norte y el Mediodía, el Norte trabajador y ahorrador, político sagaz, sabio, entregado por completo á las ideas modernas, y el Mediodía ignorante y perezoso, entregado por completo á la alegría inmediata de la vida, con un desorden infantil en todos sus actos, con un esplendor vacío en sus sonoras palabras.

Stefana sonrió plácidamente contemplando á Pedro que se había retirado al lado de la ventana.

—¡Oh! Decís eso, tío, pero á pesar de eso nos queréis, y á mí me habéis dado más de un buen consejo, del que os doy gracias... Es algo como para la historia de Attilio...

Le hablaba de su hijo del teniente y de su aventura amorosa con Celia, la princesita Buongiovanni, de la que hablaban en todos los salones, lo mismo en los de la sociedad negra que en los de la blanca.

—Attilio es otra cosa,—replicó Orlando,—lo mismo que tú, es de mi sangre y es maravilloso cómo me veo retratado en ese muchacho. Sí, es como yo cuando tenía su edad, bravo, entusiasta y apuesto. Ya estás oyendo como yo mismo me alabo; pero en verdad que á Attilio le quiero de todo corazón, porque es el porvenir y me devuelve la esperanza... ¡Y bien! ¿qué hay de su historia?

—¡Ay, tío! Que su dichosa historia de amores nos da muchos quebraderos de cabeza. Os hablé de esto y os encogisteis de hombros, diciéndome que en esas cuestiones de amores los padres no debían de hacer más sino que los enamorados se arreglasen por sí solos y como pudiesen... No queremos de ningún modo que digan de nosotros que empujamos á nuestro hijo á apoderarse de la princesita, para que en seguida se case con su dinero y con su título.

Orlando se echó á reír.

—¡Vaya un escrúpulo! ¿Fué tu marido el que te encargó que me lo contases? Sí, ya sé que en esa cuestión quiere aparentar una gran delicadeza... En cuanto á mí, que te lo repito, me creo tan honrado como él, si tuviese un hijo como el tuyo, dotado de tanta rectitud y bondad, tan ingenuamente enamorado, le dejaría casar con quien quisiese y conforme se le antojase. ¡Los Buongiovanni! ¡Santo Dios! Los Buongiovanni con todo el dinero que aun les queda y con toda su nobleza, se considerarán muy honrados al tener por yerno á un muchacho tan apuesto y que tiene un corazón tan grande!

De nuevo Stefana adquirió su aire de plácida satisfacción. No había ido allí seguramente más que en busca de una aprobación.

—Está bien, tío, se lo repetiré á mi marido que lo tendrá todo muy presente, porque si vos sois muy severo con él, en cambio Sacco os profesa una verdadera veneración. En cuanto á ese ministerio puede muy bien suceder que no se haga nada. Sacco decidirá según las circunstancias.

Púsose Stefana en pie y se despidió besando al anciano con mucha ternura, del mismo modo que lo hiciera al llegar. Le cumplimentó además, por su buen aspecto, le dijo que le encontraba aún muy hermoso y le hizo sonreír nombrándole á una señora que estaba aún loca por él. Luego, habiendo respondido con una ligera reverencia al mudo saludo del joven presbítero, se marchó con su aire modesto y prudente.

Por un momento permaneció Orlando silencioso con las miradas fijas en la puerta, dominado por la tristeza al pensar en aquel presente tan penoso y tan distinto del glorioso pasado. Y bruscamente se volvió hacia Pedro que seguía esperando.

—De manera, amigo mío, que os hospedásteis en el palacio Boccanera. ¡Ah! ¡Qué desastre también por ese lado!

Pero cuando el presbítero le relató su conversación con Benedetta y la frase que ella le dijera de que le quería como siempre y que, sucediese lo que sucediese, jamás olvidaría sus bondades, se enterneció y su voz se hizo un tanto temblona.

—Sí, tiene un alma muy hermosa y no es mala; pero ¿qué queréis? No amaba á Luigi y éste quizás se mostró algo violento... como estas cosas no son un misterio para nadie, porque, con gran disgusto mío, todo el mundo está enterado, os hablo con entera libertad.

Abandonándose por completo á sus recuerdos, manifestó Orlando cuan inmensa fué su alegría la víspera del casamiento al pensar que tan hermosa joven sería su hija y que esparciría su juventud y encanto alrededor de su sillón de impedido. Había profesado siempre el culto de la belleza, un culto apasionado de amante, cuyo amor único habría sido la mujer, si la patria no se hubiese apoderado de lo mejor de todo su sér. Benedetta, en efecto, le adoró, le veneró, subiendo sin cesar á pasar horas enteras á su lado, viviendo en su pobre humilde celda que resplandecía en esas ocasiones con el esplendor de la gracia divina que ella aportaba. Revivió el impedido con su aliento fresco, con el aroma puro y la acariciadora ternura de mujer con que le rodeaba, consagrándole sin cesar los más asiduos cuidados. Mas en seguida ¡qué drama tan horrible! ¡Cuánto sangró su corazón al no poder reconciliar á los esposos! No podía ponerse en contra de su hijo por querer éste ser el marido aceptado y amado. Al principio, después de la primera y desastrosa noche, y de ese choque entre dos seres aferrados testarudamente cada uno á su idea, había confiado en convencer á Benedetta echándola en brazos de Luigi. Cuando más tarde, y llorando, aquella le hizo confidencias confesándole su antiguo amor á Darío, diciéndole cuál había sido la rebelión ante el acto; ante la entrega del don de virginidad á otro hombre, comprendió que Benedetta no cedería jamás. Y pasó un año entero, y un año vivió él clavado en su sillón con aquel doloroso drama que pasaba bajo sus pies, en aquellas habitaciones lujosamente alhajadas y cuyos ruidos ni siquiera llegaban á sus oídos. ¡Cuántas veces intentó escuchar temeroso de que se suscitase alguna disputa y desesperado al ver que no podía intervenir para hacerlos felices! No sabía nada por su hijo, que se callaba, y si algún detalle tenía, era por Benedetta cuando su enternecimiento la dejaba sin defensa. Y ese casamiento en el que

por un momento entrevió la tan deseada alianza entre la Roma antigua y la nueva; ese matrimonio no consumado, le desesperaba, como si fuese el fracaso de todas sus esperanzas, el aborto final del ensueño que llenó su vida. El mismo acabó por desear el divorcio, de tal manera se hizo insostenible el sufrimiento que originaba semejante situación.

—¡Ah! No he comprendido, amigo mío, nunca tan bien como ahora la fatalidad de ciertos antagonismos, ni de qué manera con el corazón más noble y la razón más recta, se puede labrar la propia desdicha y la de los demás.

Abrióse de nuevo la puerta, pero esta vez sin que nadie llamase, y entró en conde Prada. En seguida, y después de cambiar un rápido saludo con el visitante, que se había puesto en pie, cogió con dulzura las manos de su padre y las palpó teniendo encontrarlas demasiado frías ó calientes con exceso.

—Hace un momento que llegué de Frascati, en donde tuve que hacer noche, de tal modo me hacen cavilar esas construcciones interrumpidas, y me han dicho que pasasteis muy mala noche.

—¡Oh! ¡No! ¡Te aseguro que no!

—No me lo negaréis ¿por qué os obstináis en vivir encerrado aquí sin ninguna comodidad? Esto no es para vuestra edad. ¡No sabéis cuánta alegría me daríais si aceptáseis otra habitación más cómoda en la que podríais dormir mejor!

—¡No! ¡No! Sé que me quieres mucho, mi buen Luigi, pero, te lo suplico, déjame obrar como se le antoje á mi vieja cabeza. Esta es la única manera de hacerme dichoso.

A Pedro le impresionó mucho el ardiente cariño que se revelaba en las miradas de aquellos dos hombres, mientras se contemplaban con los ojos del uno, fijos en los del otro. Aquello le pareció infinitamente conmovedor, de grande y hermosa ternura en medio de tantas ideas encontradas, actos contrarios y rupturas morales como los separaban.

Y le interesó el compararlos. El conde Prada, más bajo,  
*Roma - Tomo I - 10*

más rechoncho, tenía efectivamente la misma cabeza enérgica y fuerte, cubierta de abundante y rudo cabello negro, los mismos ojos francos, un poco duros en una faz de color claro, cortada por poblado bigote negro. La boca diferenciábase, pues era una boca con dentadura de lobo, boca sensual y voraz, de presa, hecha para las noches que siguen á la batalla cuando no se trata más que de morder lo que los otros conquistaron. Eso era lo que hacía dijese de él cuando elogiaban su franca mirada. «Sí, es verdad, pero su boca no me agrada.» Los pies eran grandes, las manos gruesas, largas y hermosas.

A Pedro le maravilló encontrarle tal cual había imaginado que era. Conocía bastante íntimamente su historia para reconstituir en él al hijo del héroe, al que la conquista echó á perder y que se comió á dos carrillos la cosecha cortada por la espada gloriosa del padre: Estudió sobre todo de qué manera las virtudes del padre se habían desviado transformándose en el hijo en vicios: las cualidades más nobles se pervertían, convirtiéndose la energía heroica y desinteresada, en feroz apetito de goces; el hombre de las batallas, en el hombre que va en busca del botín, y que desde que no se inspiraba en los grandes sentimientos de entusiasmo, que ya no alentaban, desde que no se combatía, se estaba allí entregándose al descanso entre los despojos amontonados y pillando, y devorando. Y el héroe, el padre paráltico, inmovilizado, asistía á todo eso, á esa degeneración del hijo, del busca negocios, atiborrado de millones.

Orlando presentó á Pedro.

—El señor abate Pedro Froment de que te hablé ya y cuyo libro te hice leer.

Prada se mostró muy amable y habló en seguida de Roma con pasión inteligente, como hombre que quisiera convertirla en una gran capital moderna. Había visto á París transformarse bajo el segundo imperio, á Berlín, ensanchado y embellecido después de las victorias de Alemania, y, en su concepto, si Roma no seguía el movimiento, si no se convertía en la ciudad habitable de un gran pueblo, estaba amenazada con una muerte rápida. O un museo que se derrumba ó una ciudad rehecha, resucitada.

Muy admirado Pedro, y ya casi convencido, escuchó á aquel hombre hábil cuyo espíritu firme y claro le encantaba. Sabía con cuanta habilidad había maniobrado en la empresa de la villa Montefiori en la que se enriqueció mientras tantos otros se arruinaron, habiendo sin duda previsto la catástrofe final en el momento en que la rabia del agio enloquecía á la nación entera. No obstante, sorprendió en él señales de cansancio, arrugas precoces, los labios caídos en aquel rostro de voluntad y energía; como si el hombre se fatigase en aquella lucha continua entre los derrumbamientos inmediatos que minaban el suelo, amenazando arrastrar con el contra golpe las fortunas mejor cimentadas. Se contaba que Prada, en los últimos tiempos, había pasado serias inquietudes y en donde nada era sólido, todo podía desaparecer en medio de la crisis financiera que se agravaba de día en día. En aquel rudo hijo de la Italia del Norte, era una especie de decaimiento, un lento pudrimiento bajo la influencia muelle y pervertidora de Roma. Todos sus apetitos se habían saciado á su completa satisfacción y se agotaba para contentarlos, lo mismo apetitos de dinero que de mujeres. Y de ahí procedía la gran tristeza muda de Orlando cuando observaba esa rápida decadencia de su raza de conquistador, mientras que Sacco, el italiano del mediodía, como auxiliado por el clima, hecho á aquel aire voluptuoso, á esas ciudades de antiguo polvo y abrasadas por el sol, florecía lo mismo que la vegetación natural del suelo saturado por los crímenes de la historia, y se iba apoderando poco á poco de todo, incluso de la riqueza y del poder.

Habiéndose pronunciado el nombre de Sacco, Orlando dijo unas cuantas palabras á su hijo respecto á la visita de Stefana. Sin decir ni una palabra más, miráronse ambos sonriendo. Circulaba el rumor de que al difunto ministro de Agricultura no le reemplazarían en seguida, y que mientras tanto otro ministro se encargaría interinamente de su cartera, esperando así á que las cámaras reanudasen sus sesiones.

Hablóse después del palacio Boccanera, y Pedro con gran curiosidad redobló su atención.

—¡Ah!—exclamó el conde;—¡os hospedáis en la vía Ju-

lial Toda la Roma antigua duerme allí en el silencio del olvido.

Muy sobre sí habló del cardenal y hasta de Benedetta, de la condesa, como decía hablando de su esposa. Se estudiaba para no demostrar ninguna cólera; empero Pedro adivinóle estremecido, sangrando siempre y guardando rencor. En el conde la pasión de la mujer, el deseo, estaba con la violencia de una necesidad que debía satisfacerse en el acto; y en esto había sin duda una de las virtudes del padre, pero degenerada, transformada: el ensueño entusiasta, yendo derecho al objeto, pasando del dicho á la acción en el acto. Por eso, después de sus relaciones con la princesa Flavia, cuando quiso á Benedetta, la divina sobrina de una tía que aun se conservaba tan hermosa, se resignó y pasó por todo, por el casamiento, por la lucha con aquella joven que no le amaba y esto corriendo el riesgo de echar á perder su vida entera. Antes que ceder y no poseerla, habría incendiado á Roma. Y lo que sufría sin esperanzas de curación, la herida sin cesar abierta que llevaba en el costado, no era más que por no haberla poseído, por decirse que siendo suya se había negado á entregarse. No debía perdonar nunca la injuria, la herida que permanecía en el fondo de su carne no saciada y en la que, al menor soplo, se renovaba el escozor. Bajo su apariencia de hombre correcto, el hombre sensual deliraba entonces, celoso, vengativo y capaz de cometer un crimen.

—El señor abate está enterado de todo,—dijo Orlando con su voz triste.

Hizo Prada un gesto como queriendo decir que todo el mundo lo estaba.

—¡Ah! ¡Si no os hubiese obedecido, padre mío, jamás me prestara á consentir en ese pleito de anulación del matrimonio! La condesa no habría tenido más recurso que volver al domicilio conyugal y no se estaría hoy día burlando de nosotros con su amante, con ese Darío, con el primo.

Hizo un gesto Orlando y quiso protestar.

—Pero en verdad, padre mío, ¿por qué creéis que huyó de aquí sino para irse á vivir á su casa y en brazos de

su amante? Y hasta me parece que el palacio de la vía Julia, con su cardenal, sirve de refugio á cosas bastante sucias.

Ese era el rumor que él esparcía, la acusación que en todas partes lanzaba contra su esposa, esas relaciones adúlteras y, según él, públicas y desvergonzadas. En el fondo, sin embargo, no creía el conde lo que decía conociendo la serena razón de Benedetta y la idea supersticiosa y hasta mística á que relacionaba su virginidad y la firme voluntad que tenía de no entregarse más que al hombre al que amase y que fuese su marido ante Dios; pero á Prada le parecía que semejante acusación era un buen ardid de guerra y además muy eficaz.

—¡Y á propósito! ¿Sabéis, padre, que me han notificado la memoria de Morano,—dijo bruscamente,—y que es cosa que aseguran, que si el matrimonio no pudo consumarse fué á consecuencia de la impotencia del marido?

Y lanzó una carcajada como deseando demostrar que todo aquello le parecía el colmo de lo cómico. Sólo que una sorda exasperación había hecho palidecer y su boca relase con dureza, con excesiva crueldad y era indudable que esa sola y falsa acusación de impotencia, tan insultante y depresiva para un hombre de su virilidad, era lo que decidió á defenderse en aquel pleito, del que al principio no quería hacer ningún caso. Pleitearía, pues, convencido de que su esposa no obtendría la anulación del matrimonio. Riéndose dió detalles un poco libres de aquel acto, explicando que no era cosa tan sencilla el tener que habérselas con una mujer que se resiste, que araña y muere y que además no estaba seguro de no haberlo realizado. En todo caso estaba dispuesto á pedir la prueba, el juicio de Dios, como decía, riéndose con más fuerza de su broma, y ante los cardenales todos reunidos, si llevaban los escrúpulos de su conciencia hasta querer asegurarse de la cosa por sí mismos.

—Luigi!—dijo Orlando con mucha dulzura señalando á Pedro Froment con la mirada.

—Sí, sí, me callo; tenéis razón, padre mío, pero en verdad la cosa es de tal manera abominable y ridícula... Ya sabéis lo que dice Lisbeth: «¡Ah! ¡Pobre amigo mío, es pues de un pequeño Jesús por el que yo voy á parir!»

De nuevo pareció que Orlando no estaba satisfecho por que no le agradaba, cuando había allí alguna visita, que su hijo hiciese gala en su presencia de aquellas relaciones. Lisbeth Kauffmann, que apenas tenía treinta años y era muy rubia, sonrosada y de una alegría siempre riente, pertenecía á la colonia extranjera. Era viuda desde hacía dos años, los mismos que llevaba en Roma, á donde había ido su marido en busca de alivio para una enfermedad del pecho. Estaba libre y era lo suficientemente rica para no necesitar á nadie y se había quedado allí por gusto, apasionada por el arte y hasta pintando un poco. Compró en la calle del príncipe Amadeo, en un barrio nuevo, un palacio pequeño cuyo gran salón del segundo piso, transformado en taller, lleno de flores en todas las estaciones y cubiertas sus paredes con antiguos tapices, era muy conocido de la sociedad amable é inteligente. Allí se la encontraba con su continua alegría, vistiendo largas blusas; algo amuchachada, pronunciando frases terribles, pero dando pruebas de ser buena amiga y no habiéndose comprometido hasta entonces más que con Prada. Sin duda la agradó éste y se entregó sencillamente á él cuando hacía cuatro meses que su esposo le había abandonado y estaba embarazada de siete meses, y esa preñez no la ocultaba á nadie con un aire tan tranquilo y tan feliz, que sus numerosas relaciones seguían visitándola como si nada hubiese sucedido, y así vivía con esa vida fácil y libre de las grandes ciudades cosmopolitas. Aquel embarazo, en medio de las circunstancias en que se hallaba el conde, le embelesaba y se convertía á sus ojos en el mejor de los argumentos contra la acusación que tanto hacía sufrir su orgullo de hombre. Mas en el fondo, sin que lo confesase, la herida incurable seguía manando sangre, porque ni esa paternidad próxima ni la posesión alegre y halagüeña de Lisbeth, eran bastantes á compensar la negativa de Benedetto; á ésta era á la que ardía en deseos de poseer y á la que habría querido castigar trágicamente por no haberla podido conseguir.

No estando al corriente de todo aquello, no podía Pedro comprenderlo. Como le pareció que había cierto embarazo y deseoso de no molestar buscó una manera de estar allí,

cogió de encima de la mesa y de entre los periódicos, un grueso volumen admirándole encontrar allí una obra francesa clásica, uno de esos manuales para el bachillerato, en los que se encuentran compendiadas las materias exigidas por los programas. No era más que un libro humilde y práctico de primera instrucción, pero forzosamente trataba de ciencias matemáticas, de ciencias físicas, químicas y naturales de manera que resumía á gran nivel las conquistas del siglo, el estado actual de la inteligencia humana.

—¡Ah!—exclamó Orlando, alegre al hallar el pretexto para cambiar de conversación.—Estáis mirando la obra de mi antiguo amigo Teófilo Morin. Sabed que fué uno de los Mil de Marsala y que conquistó la Sicilia y Nápoles con nosotros ¡un héroe! Y después de pasar más de treinta años volviéndose á Francia á ocupar su puesto de humilde profesor, lo que no le ha enriquecido mucho. Ha publicado ese libro cuya venta, según parece, marcha tan bien, que se le ocurrió la idea de aumentar los productos haciendo algunas traducciones del libro, una de ellas al italiano... Hemos seguido siendo hermanos y pensó en utilizar mi influencia que creyó era decisiva; pero ¡ay! se equivocó y temo mucho que no conseguiré que declaren de texto su libro.

Prada, que había vuelto á mostrarse muy correcto y amable, hizo un movimiento encogiéndose ligeramente de hombros, lleno de excepticismo hacia su generación y deseoso únicamente de sostener todo lo existente para sacar de ello el mejor partido posible.

—¿Y para qué?—murmuró.—¡Basta de libros! ¡Basta de libros!

—¡No!—replicó con vehemencia el anciano.—¡Jamás hay bastantes libros! ¡Se necesitan ahora y siempre! ¡En adelante será con el libro y no con la espada como la humanidad vencerá á la injusticia y á la mentira y conquistará la paz final de la fraternidad entre los pueblos!... Sí, sonrías; sé que llamas á eso mis viejas ideas del 48, de barba vieja, como decís en Francia, ¿no es verdad, señor Froment? Pero no es menos cierto que Italia está muerta sino se toma el problema desde abajo, quiero decir, si no

se hace el pueblo, y no hay más que una manera de crear éste, de crear hombres y es instruyéndolos, desenvolviendo por medio de la instrucción esa fuerza inmensa y perdida que parece corrompida hoy entre la miseria, la ignorancia y la pereza... ¡Sí! ¡Sí! ¡Hemos hecho á Italia! ¡Hagamos á los italianos! ¡Libros, más libros aun! ¡Y marchemos siempre más adelante, con más ciencia, con más claridad si es que queremos vivir, estar sanos y ser buenos y fuertes!

La actitud del anciano Orlando era soberbia, medio incorporado y con su poderosa cabeza leonina toda resplandeciente con la blancura espléndida de la cabellera y la barba. Y en aquella humilde habitación tan conmovedora, con su pobreza impuesta voluntariamente, lanzó un grito de esperanza con una fiebre tal de fe, que Pedro vió evocarse ante él otra figura, la del cardenal Bocanera, erguida y negra, con sus níveos cabellos, admirable también con su belleza heroica en medio de su palacio en ruinas y cuyos dorados artesonados amenazaban derrumbarse sobre sus miembros. ¡Ah! ¡Los testarudos insignes, los creyentes, los viejos que siguen demostrando más virilidad y más pasión que los jóvenes! Aquellos eran los dos extremos opuestos de las creencias, no teniendo ni una idea ni una ternura común y en aquella antigua Roma, en la que todo volaba en polvo, parecía que sólo ellos dos protestaban indestructibles y por cima de la ciudad, como dos hermanos separados é inmóviles en el horizonte. Con haberlos visto así, al uno después del otro, tan grandes, tan solos, tan desinteresados de la cotidiana bajeza, se llenaba un día con un ensueño de eternidad.

En seguida cogió Prada las manos del anciano para tranquilizarle estrechándose las con acendrada filial ternura.

—¡Sí! ¡Sí! Tenéis razón, padre, sois vos quien siempre la tiene y soy un imbécil al contradeciros. Os suplico que no os mováis de esa manera porque os ví descubrir, y vuestras piernas se van á enfriar.

Se puso de rodillas, arregló la manta con infinito cuidado y luego permaneció en aquella postura como un niño, á pesar de sus cuarenta y dos años cumplidos, fa-

lando en su padre sus ojos húmedos, suplicantes, con muda adoración, mientras que el anciano, más tranquilo, pero conmovido, acariciábale el cabello con mano temblona.

Hacía más de dos horas que Pedro se hallaba allí, cuando al cabo se despidió admirándole y conmoviéndole cuanto había visto y oído. Tuvo que prometer una vez más volver para hablar largo y tendido. Una vez en la calle echó á andar á la casualidad. Hacía muy poco que habían dado las cuatro y su idea era la de atravesar Roma sin itinerario fijo ni pensando de antemano, á aquella hora deliciosa, en que el sol se ponía y el aire había refrescado, el cielo estaba inmensamente azul. Pero casi en seguida se encontró en la calle Nazionale, por la que había bajado en coche la víspera de su llegada; reconoció el Banco abotargado y desmesurado, los verdes jardines que subían hasta el Quirinal y los pinos en pleno cielo de la villa Aldobrandini. Luego, y en el momento en que se detenía en la revuelta para volver á contemplar la columna de Trajano, que á la sazón se destacaba en la sombra en el fondo de la plaza baja invadida ya por el crepúsculo, se quedó sorprendido al ver la brusca parada de una victoria, desde la que un joven le llamaba cortesmente haciéndole señas con la mano.

—¡Señor abate Froment! ¡Señor abate!

Era el joven príncipe Darío Bocanera que iba á dar su paseo diario al Corso. No vivía más que de las liberalidades de su tío el cardenal, casi siempre escaso de dinero; pero, lo mismo que todos los romanos, antes habría vivido á pan y agua, á ser preciso, que pasar sin caballo, coche y cochero. En Roma el carruaje es un lujo indispensable.

—Si queréis subir, señor abate Froment, tendré muchísimo gusto en enseñaros algo de nuestra ciudad.

Por lo visto deseaba complacer á Benedetta mostrándose amable con su protegido. Además, en medio de su ociosidad, le agradaba iniciar al joven presbítero, que decía era muy inteligente, en lo que él creía era la flor de Roma, en la vida inimitable.

Tuvo Pedro que aceptar la oferta por más que habría

preferido su paseo solitario. Sin embargo, le interesaba el joven, aquel último nacido de una raza agotada y que comprendía era un sér incapaz de pensamiento y acción, por otra parte de trato muy agradable aun con su orgullo y su indolencia. Mucho más romano que patriota, no había experimentado deseos ni veleidades para resellarse, satisfecho con vivir aparte y no hacer nada y, por muy apasionado que fuese, no cometía locuras, pues era muy práctico en el fondo, muy razonable, como lo son todos los de su ciudad bajo su aparente vehemencia. En cuanto el coche, después de atravesar la plaza de Venecia, se internó en el Corso, dió rienda suelta á su infantil vanidad, su amor á la vida exterior alegre y venturosa y bajo el hermoso cielo azul. Y todo eso apareció con mucha claridad en el sencillo gesto que hizo al decir:

—¡El Corso!

Lo mismo que la víspera experimentó Pedro un sobrecogimiento de asombro. La larga y estrecha vía se extendía de nuevo hacia la plaza del Popolo, blanca de luz, con la única diferencia que eran las casas de la derecha las que iluminaban el sol, mientras que las de la izquierda aparecían envueltas en la sombra. ¡Cómo! ¡Aquello era el Corso! ¡Aquella trinchera medio oscura ahogada entre fachadas pesadas y de gran elevación! ¡Aquella vía mezquina, por la que á lo sumo podían pasar tres coches de frente y que numerosas tiendas limitaban con sus escaparates de relumbrón! ¡No había allí ni espacio libre, ni vastos horizontes, ni refrescante verdor! ¡No había más que los empellones, el amontonamiento, el ahogo á lo largo de las mezquinas aceras bajo una estrecha faja de cielo! En vano Darío le fué nombrando los palacios históricos y fastuosos, el palacio Bonaparte, el palacio Doria, el palacio Adelscachi, el palacio Sciarra, el palacio Chigi; en vano le enseñó la plaza Colonna con el obelisco de Marco Aurelio, la plaza más animada de toda la ciudad en la que patalea continuamente una gran masa del pueblo en pie, charlando y mirándolo todo; en vano le mostró hasta llegar á la plaza del Popolo, haciéndoselas admirar, las iglesias, las casas, las calles transversales, la de los Condotti al extremo de la que se elevaba con toda la gloria del

sol ponente la aparición de la Trinidad de los Montes, toda dorada, purpúrea, en lo alto de la escalera de España, y fué en vano todo, porque Pedro conservaba la ilusión que le había producido aquella vía estrecha y sin aire, en la que los palacios le parecían hospitales ó tristes cuarteles; la plaza de Colonna carecía de árboles que la alegrasen y únicamente le había seducido la Trinidad de los Montes con sus lejanos esplendores de apoteosis.

Fué preciso volver desde la plaza del Popolo á la de Venecia y pasar y repasar dos, tres, cuatro veces dando la vuelta sin cansancio. Darío, satisfecho, hacía porque le viesen; miraba, le saludaban y correspondía á los saludos. Por las dos aceras desfilaba una compacta multitud cuyas miradas penetraban hasta el fondo de los carruajes, habiendo podido, á querer, estrechar la mano á los que los ocupaban. Poco á poco el número de carruajes aumentó de tal manera que la doble fila no tuvo interrupción alguna, hubo de apretarse y seguir el paseo al paso. Se tocaban, se examinaban en ese perpetuo roce de los que subían y bajaban. Aquella era la promiscuidad al aire libre, toda Roma amontonada en el menor espacio posible, viéndose allí á personas que se conocían, que se encontraban, como en la intimidad de un salón; personas que no se hablaban pertenecientes á antagónicas sociedades, á las más adversas, pero que se codeaban mirándose y escudriñándose hasta el fondo del alma. Entonces fué cuando Pedro tuvo la revelación, comprendió lo que era el Corso, la antigua costumbre, la pasión y la gloria de la ciudad. Precisamente el placer estaba en eso, en lo estrecho de la vía, en aquel forzoso codeamiento que permitía los encuentros esperados, las curiosidades satisfechas, la exhibición de las vanidades felices y la provisión de habillitas sin fin. Allí se veía todos los días la ciudad entera, se mostraba, se espiaba, dándose un espectáculo á sí misma y con una necesidad tan indispensable á la larga de verse de ese modo, que una persona bien nacida que dejaba de ir al Corso era como un hombre pasado de moda, sin periódicos y que vivía á lo salvaje. El aire tenía una dulzura extraordinaria y la estrecha faja de cielo, que se veía por entre los techos de los pesados y enrojecidos palacios, un azul de una pureza infinita,

Darío no dejó de sonreír y de inclinar á cada momento la cabeza nombrando á príncipes y princesas, duques y duquesas, nombres retumbantes que habian llenado la historia, cuyas sílabas sonoras evocaban el choque de las armaduras en las batallas, los desfiles de la pompa papal, las ropas de púrpura, las tiaras de oro, las vestiduras sagradas cubiertas de pedrería y Pedro se desesperaba al ver gruesas señoras, caballeros particulares, seres abotargados ó entecos á los que afeaba aún más el traje á la moderna. Pasaron sin embargo algunas mujeres hermosas, sobre todo jóvenes silenciosas y con rasgados ojos claros. En el momento en que Darío acababa de enseñarle el palacio Buongiovanni, con su inmensa fachada del siglo xvii, con ventanas encuadradas por esculpidos follajes, y una pesadez de gusto poco agradable, añadió con acento jovial:

—¡Ah! ¡Mirad, ahí tenéis á Attilio, en la acera... al joven teniente Sacco! ¿no sabéis?

Con un signo respondió Pedro que estaba al corriente. Attilio, de uniforme, le sedujo en seguida por su juventud, su aire vivo y animoso, con su rostro franco en el que brillaban los ojos azules de su madre. Era verdaderamente la personificación de la juventud y el amor con toda su entusiástica y desinteresada esperanza en el porvenir.

—Dentro de un momento vais á ver otra cosa cuando pasemos por delante del palacio,—añadió Darío.—Estará aún Attilio ahí y yo os enseñaré algo curioso.

Y se puso á hablar con mucha alegría de aquellas princesitas y duquesitas educadas tan discretamente en el Sagrado Corazón y, en su inmensa mayoría tan ignorantes, acabando después su educación entre las faldas de sus madres y no haciendo con estas más que dar el obligado paseo por el Corso, viviendo interminables días enclaustradas, aprisionadas en el fondo de sombríos palacios; pero ¡qué de tempestades en aquellas almas mudas en las que nadie penetraba! ¡Qué lento empuje á las veces de voluntad, bajo aquella obediencia pasiva, tras aquella aparente inconsciencia de lo que las rodeaba! ¡Cuántas querían obstinadamente formarse la vida á su manera escogiendo

al hombre que las agradase y obtenerlo aún cuando se opusiese el mundo entero! Y era el amante escogido entre la oleada de jóvenes en el Corso, era el amante pescador con la mirada durante el paseo, con los cándidos ojos que hablaban, que bastaban para la confesión, al don total, sin siquiera menear los labios castamente cerrados, y á esto seguían amorosas caritas entregadas furtivamente en la iglesia, la doncella comprada con regalos, para facilitar las entrevistas al principio inocentes. Al final, con mucha frecuencia, solía acabarse todo con un casamiento.

En cuanto á Celia había querido á Attilio desde que se cruzaron sus miradas, el día del mortal aburrimiento en que por la primera vez le vió desde una ventana del palacio Buongiovanni. Levantó él la cabeza y ella se apoderó para siempre de él, entregándose con sus grandes ojos puros fijos en los suyos. No era más que una enamorada y no otra cosa; le gustaba y quería á ese y no á otro. Habría esperado veinte años, pero esperaba conquistarle en seguida con la tranquila obstinación de su voluntad. Se contaban escenas terribles en que todos los temibles furios del príncipe, su padre, se estrellaban contra su silencio respetuoso. El príncipe, de sangre mezclada, hijo de una americana y que había casado con una inglesa, sólo luchaba para conservar intactos su apellido y su fortuna en medio de los hundimientos vecinos, y circulaba el rumor de que á consecuencia de una disputa, en la que había querido emprenderla con su esposa, á la que acusaba de no haber velado por su hija, habíase revelado la princesa con el orgullo y el egoísmo de una extranjera que había aportado cinco millones: ¿no era bastante el haberle dado además cinco hijos? Pasaba los días adorándose á sí misma, abandonando á Celia y no cuidándose para nada de la casa en la que soplaba la tempestad.

El coche iba á pasar otra vez por delante del palacio y Darío se lo previno á Pedro.

—Ahí tenéis á Attilio que ha vuelto... y ahora mirad hacia arriba, á la tercera ventana del primer piso.

Fué una visión rápida y encantadora. Pedro observó que la punta de una cortina se apartaba un poco, apareciendo durante un momento el rostro de Celia; un lirio

cándido y lozano. No sonrió, no se movió siquiera. En aquella boca pura, en aquellos ojos claros y sin fondo, no se leía nada y sin embargo tomaba á Attilio y se entregaba á éste sin reserva; la cortina volvió á su sitio.

—¡Ah! ¡Pequeña máscara!—murmuró Darío.—¿Se sabe nunca lo que hay detrás de tanta inocencia?

Volvióse Pedro y pudo ver aún á Attilio con la cabeza levantada, inmóvil el rostro y pálido también, con la boca cerrada y los ojos desmesuradamente abiertos. El espectáculo le conmovió de una manera extraordinaria, el amor absoluto en todo su brusco poderío, el amor verdadero, eterno y joven, apartado completamente de las ambiciones y de los cálculos de los que rodean á los amantes.

Después de esto dió Darío orden al cochero para que subiese al Pincio, antes ó después del Corso aquel era el paseo obligado en las hermosas y despejadas tardes. Y fué al principio la plaza del Popolo, la más aireada y regular de Roma con el atractivo de sus calles y sus cuatro iglesias simétricas, su obelisco central, sus dos macizos de árboles, que forman pareja á los lados del blanco pavimento entre las graves obras arquitectónicas doradas por el sol. A la derecha internóse en seguida el carruaje en las rampas del Pincio, en un camino en espiral, magnífico, adornado con bajos relieves, estatuas, fuentes, toda una especie de apoteosis en mármol, algo como una memoria de la Roma antigua que se elevaba entre el verdor de las plantas; pero arriba halló Pedro pequeño el jardín, apenas como una gran plaza, un cuadro con los cuatro paseos necesarios para que los carruajes pudiesen dar vuelta indefinidamente. Las imágenes de los hombres ilustres de la Italia antigua y de la nueva adornan esos paseos con una fila inacabable de bustos. Admiró sobre todo los árboles, de las especies más variadas y de las más raras, escogidos y cuidados con un esmero infinito y casi todos de hoja perenne, lo que hacía se perpetuasen allí, lo mismo en verano que en invierno, unas umbras admirables matizadas con todos los verdes imaginables. Y el carruaje se puso á dar vueltas por aquellos frescos paseos, tras de otros carruajes, en una ola continua jamás interrumpida.

Fijóse Pedro en una señora que iba sola en una victoria azul oscura y guiada con mucha corrección. Era muy linda, pequeña, tenía el pelo castaño mate, la tez y ojos grandes, de mirada dulce, siendo en conjunto de aire modesto y de una sencillez seductora. El vestido era severo y de seda, color hoja seca, y el sombrero, en cambio, grande y un tanto llamativo. Preguntó Pedro quién era, al observar que Darío se fijaba en ella. Esto hizo sonreír al joven príncipe. ¡Oh! No era nadie, la Tonietta, una de las contadas *demi mondaines* que llamaban la atención en Roma. Después, con esa libertad propia de la raza al tratarse de las cosas de amor, continuó hablando y dando detalles. Se trataba de una mujer cuyo origen estaba envuelto en la obscuridad, pues unos lo hacían muy bajo, diciendo era hija de un tabernero de Tivoli, otros decían nació en Nápoles y lo era de un banquero; pero en todo caso había demostrado ser muy inteligente, pues se educó y recibía admirablemente en un pequeño palacio de la calle de los Mil, regla que le hiciera el anciano marqués de Manfredi, muerto á la sazón. No se prodigaba mucho en público, no tenía nunca más que un solo amante, y las princesas y duquesas que se interesaban por ella y la examinaban curiosamente en el Corso todos los días, les parecía muy bien. Una particularidad sobre todo era lo que la había hecho célebre, las corazonadas que á veces experimentaba, que la hacían entregarse por nada al preferido, del que no aceptaba por la mañana más que estrictamente un ramo de rosas blancas; de manera que cuando la veían en el Pincio, con frecuencia durante semanas enteras con esos ramos de puras rosas, con ese ramo de blanca desposada, sonreíanse todos con aire de tierna condescendencia.

Interrumpió Darío la conversación para saludar ceremoniosamente á una señora que pasaba en un landó inmenso en compañía de un señor, y decir con sencillez á Pedro:

—Mi madre.

A ésta la conocía Pedro, ó al menos, sabía su historia por el vizconde de la Choue; su segundo casamiento, á los cincuenta años después de la muerte del príncipe Onofrio Boccanera; la manera cómo, dotada aún de soberbia belle-

za, había pescado con los ojos, y lo mismo que si se tratase de una jovencita, á un hombre apuesto y á su gusto, pero quince años más joven que ella. Sabía Pedro también quien era ese hombre, ese Julio Laporte, antiguo sargento de la Guardia Suiza, según decían, antiguo comisionista, viajante de reliquias, comprometido en una extraordinaria historia de reliquias falsas, y no ignoraba tampoco de qué manera había ella convertido en un marqués de Montefiori, de hermosa presencia, al último de los aventureros afortunados y triunfante en el país legendario en el que los pastores se casan con reinas.

Al dar otra vuelta y cuando el landó pasó por su lado, los miró Pedro á los dos. La marquesa estaba aún hermosa con toda la clásica belleza en su apogeo, alta, cenicienta, muy morena, con cabeza de diosa, de rasgos regulares, un poco macizos y que no revelaba su edad más que por el bozo de que estaba cubierto su labio superior. Y el marqués, aquel suizo de Ginebra romanizado, tenía en verdad muy buen aspecto, con sus hombros cuadrados de oficial sólido y sus mostachos al viento y, según decían, no tenía nada de tonto y era muy alegre, dúctil y amable con las damas. La marquesa estaba satisfecha con él, que le llevaba consigo y lo enseñaba, habiendo recomenzado la existencia con él lo mismo que si tuviese veinte años, y comiéndose agarrada de su cuello la fortuna salvada del desastre de la villa Montefiori, y tan olvidada de su hijo, que sólo le veía de vez en cuando en el paseo, en donde le saludaba como á cualquier conocido de esos que proporcionan la casualidad.

—Vamos á ver cómo se pone el sol detrás de San Pedro,—dijo Darío desempeñando el papel de hombre concurrido que enseña todo lo curioso.

El carruaje volvió hacia la terraza, en la que una música militar tocaba con terribles estrépitos de metal. Para oírlos muchos carruajes habíanse ido agrupando alrededor, mientras que una multitud de peatones, de simples paseantes, sin cesar en aumento, formaban nutrido grupo alrededor. Y desde aquella admirable terraza, muy alta y amplia, se disfrutaba de una de las vistas más maravillosas de Roma. A la otra parte del Tíber, por cima del con-

junto abigarrado del nuevo barrio inmediato al Castillo, elevábase San Pedro entre los verdores del Monte Mario y del Janículo. Después era hacia la izquierda por donde se extendía la antigua ciudad, una extensión sin límites de techos, una mar rodeada de edificios hasta perderse de vista. Las miradas, no obstante, volvíanse siempre hacia San Pedro, entronizándose en el azul del cielo con una grandeza pura y soberana. Y desde la terraza, en el fondo del cielo inmenso, las lentas puestas de sol tras el coloso eran sublimes.

Unas veces son como derrumbamientos de sangrientas nubes, batallas de gigantes que luchan arrojándose montañas, sucumbiendo bajo las ruinas monstruosas de incendiadas ciudades. Otras, en un lago sombrío no se destacan más que rojas hendiduras como si hubieren arrojado una red luminosa para pescar entre las algas al astro desaparecido. Alguna vez es como una niebla rosa, todo un delicado polvillo que cae rayado de perlas por una lejana racha de lluvia. A veces es un triunfo, un cortejo de púrpura y de oro, de carros de nubes que ruedan sobre una vía de fuego, de galeras que flotan sobre un mar de azul ó pompas fastuosas y extravagantes que desaparecen poco á poco en el abismo insondable del crepúsculo.

Pero aquel atardecer disfrutó Pedro del espectáculo sublime de tranquila y deslumbradora grandiosidad. Al principio y precisamente encima de la cúpula de San Pedro, el sol tenía aún tal resplandor, al descender por un cielo sin mancha, de profunda limpidez, que los ojos no podían resistir su fulgor. Con ese resplandecimiento, la cúpula parecía haberse puesto incandescente, ser una cúpula de plata líquida, mientras que en el barrio inmediato los techos del Borgo estaban como cambiados en un lago de brasas. Después, á medida que el sol iba declinando con majestuosa lentitud, perdió su fulgor y se le pudo contemplar, y pronto con majestuosa calma deslizóse tras la cúpula, que se recortó completamente sobre el azul sombrío cuando, enteramente ocultó el astro, no fué más que alrededor una aureola, una gloria que se esparcía en una corona de rayos centelleantes. Y entonces comenzó el ensueño, la iluminación extraña de la hilera de ventanas

que hay en lo alto de la cúpula y que la luz atravesó de parte á parte, convirtiéndolas en ardientes bocas de horno, de tal manera, que se habría podido creer que la cúpula estaba colocada sobre un inmenso brasero, aislado en el aire y levantado y llevado por la fuerza del fuego. Esto apenas duró tres minutos. En la parte baja, los techos confusos del Borgo se inundaban de violáceos vapores, mientras que el horizonte, desde el Janículo al Monte Mario, recortaba una línea precisa y negra, y fué luego el cielo el que á su vez volvióse de púrpura y oro, con una calma infinita de claridad sobrehumana por cima de la tierra que se reducía á la nada. Por último, apagóse la luz de las ventanas, apagóse el cielo y no quedó en la noche invasora más que la vaga redondez cada vez más difundida de la cúpula de San Pedro.

Por sordo enlace de ideas, vió Pedro en aquel momento evocarse ante él, una vez más, las elevadas y á la par tristes y declinantes figuras del cardenal Bocanera y del conde Orlando. En la tarde de aquel día, en que los había conocido al uno tras otro, tan grandes en la obstinación de su esperanza, hallábanse allí ambos en pie, en el horizonte, sobre una ciudad reducida á la nada, en la orilla del cielo de que la muerte parecía apoderarse. ¿Era que todo iba á derrumbarse con ellos, que todo iba á desaparecer y apagar-se en la noche de los tiempos concluidos?

V

Al día siguiente se presentó Narciso, para decir desconsolado á Pedro, que su primo monseñor Gamba del Zoppo, el camarero secreto, alegaba que estaba delicado de salud y pedía dos ó tres días antes de recibir al presbítero y ocuparse de su audiencia. Encontróse, pues, inmobilizado, no atreviéndose á intentar nada por otra parte para ver al papa porque, de tal manera le habían asustado, que tenía miedo de comprometerlo todo, con un paso mal dado. Y sin tener nada que hacer empezó á recorrer Roma para pasar en algo el tiempo.

Su primera visita fué para las ruinas del Palatino. A las ocho, y una mañana de cielo puro, se marchó solo y se presentó en la entrada que se encuentra en la calle de Santa Teodora, en una verja que flanquean los pabellones de los guardianes. Y en el acto se destacó uno de éstos, y se ofreció para prestarle sus servicios como guía. Habría preferido Pedro vagar á su antojo, andar errante á la casualidad del descubrimiento y de la meditación, pero le dió pena el rechazar la oferta de un hombre que hablaba el francés bastante correctamente y que tenía además una

Buena y complaciente sonrisa. Era un hombrecillo rechoncho antiguo soldado, de unos sesenta años, rostro cuadrado y rugoso, que cortaban grandes bigotes blancos.

—Si el señor abate quiere seguirme... Por lo que veo el señor abate es francés, yo soy piemontés, y conozco bien á los franceses con los que estuve en Solferino... Sí, sí, dígan lo que quieran no se puede olvidar cuando se ha sido hermanos... Mirad, subid por aquí... á la derecha.

Al levantar los ojos, vió Pedro la línea de cipreses que bordea la meseta del Palatino por la parte del Tíber, y que él había divisado antes desde el Janículo, el día de su llegada. En el aire delicadamente azul, el verde intenso de aquellos árboles, se destacaba como una faja negra. No se veía otra cosa que esos árboles, pues la pendiente se extendía desnuda y devastada, con un color gris de polvo, y con algunos matorrales en medio de los cuales aparecían los extremos de antiguos muros. Era aquello el estrago, la tristeza leprosa de los terrenos de excavaciones en los que sólo se entusiasman los sabios.

—Los palacios de Tiberio, Calígula y los Flavios, están allá arriba,—dijo el guía,—pero los dejaremos para luego; ahora es preciso que demos la vuelta.

Sin embargo de esto, se dirigió hacia la izquierda y se detuvo ante una excavación, una especie de gruta abierta en el costado del monte.

—Era el antro Iupercal (1), en donde la loba amamantó á Rómulo y Remo. En otro tiempo, se veía allí á la entrada, la higuera Ruminial que abrigó á los dos gemelos.

No pudo Pedro contener una sonrisa, de tal manera le pareció era sencillo y estaba convencido de sus relatos el soldado que le acompañaba, muy orgulloso por otra parte con toda aquella gloria antigua que era suya. Pero cuando, muy cerca de la gruta, el digno veterano le enseñó los vestigios de la *Roma cuadrata*, restos de murallas que efectivamente parecían remontarse á la fundación de la ciudad se interesó más, y una primera emoción hizo latir el corazón. Y lo cierto era que el espectáculo no tenía nada

(1) Sitio en que estuvo emplazado posteriormente el templo dedicado al dios Pan.

admirable pues se trataba de algunos sillares de piedra, puestos unos sobre otros sin cemento ni argamasa de ninguna clase. Sólo que lo que allí había era que se evocaba un pasado de veintisiete siglos, y aquellas piedras mohosas y ennegrecidas adquirían una majestad extraordinaria, porque sirvieron para soportar un tan colosal edificio de esplendor y de poderío sin límites.

Continuó la visita y volvieron hacia la derecha flanqueando siempre el costado del monte. Los anejos del palacio debían haber llegado hasta allí; restos de pórticos, de salas hundidas, de columnas y de frisos colocados derechos, bordeaban el sendero tortuoso que daba vueltas entre las hierbas del cementerio. El guía, recitando de memoria lo que tan bien aprendido tenía por hacer diez años que lo decía á diario, siguió afirmando las hipótesis menos seguras, dando á cada resto un nombre, un empleo, una historia.

—La casa de Augusto,—dijo al cabo, al mismo tiempo que con un ademán señalaba unas tierras removidas.

Aquella vez, como no viese nada, se atrevió Pedro á preguntar:

—¿En dónde?

—¡Ah! Parece, señor abate, que en el siglo pasado se veía aún la fachada y se entraba por el otro lado, por la Vía Sacra. Por esta parte había un gran balcón que dominaba el gran Circo Máximo y desde el que se presenciaban los juegos. Además, como vos mismo podéis verlo, el palacio se encuentra aún casi totalmente debajo de ese gran jardín que hay en lo alto, el jardín de la Villa Mills, y cuando haya dinero para continuar las excavaciones, lo encontrarán, y es tan seguro esto como encontraron los templos de Apolo y de Vesta que le acompañaban.

Volvió hacia la izquierda y entró en el *Stadium*, circo pequeño que se usaba para las carreras entre peatones, que se extendía en el costado mismo de la casa de Augusto, y aquella vez el presbítero, enagenado, empezó á apasionarse. No era ni mucho menos que hubiese allí una ruina suficientemente conservada y de aspecto monumental, pues no quedaba ninguna columna en su sitio, y únicamente las murallas de la derecha eran las que estaban

en pie; pero habían hallado todo el trazado, con los mojones en cada extremo, el pórtico alrededor de la pista y el colosal palco del emperador, que en la casa de Augusto estaba á la izquierda y que se abrió después en seguida á la derecha embutido en el palacio de Septimio Severo. Y el guía seguía cruzando por entre aquellos esparcidos despojos, dando explicaciones abundantes y precisas y asegurando que los señores de la Dirección de las excavaciones, tenían el plano del *Stadium* con sus más pequeños detalles hasta el extremo de que podían fijarlo todo con exactitud con los órdenes de columnas, las estatuas con sus nichos y la naturaleza de los mármoles que cubrían las paredes.

—¡Ah! Lo que es esos señores están muy satisfechos,— declaró al cabo, con un aire sumamente complacido.— Los alemanes no tendrán por qué morder, y aquí no vendrán á revolverlo todo como han hecho en el *Forum*, que no lo conoce nadie desde que ellos han pasado por allí con su ciencia.

Pedro se sonrió y el interés fué en aumento cuando siguió al guía pasando por escaleras rotas y puentes de madera, echados sobre los hoyos y agujeros en las gigantes cas ruinas del palacio de Septimio Severo. El palacio se elevaba en el extremo meridional del Palatino, dominando toda la vía Appia y toda la campiña á lo lejos hasta perderse de vista. No quedan de él más que las obras de fábrica y las salas subterráneas construídas bajo las arcadas de las terrazas con que habían ensanchado la meseta del monte, que había llegado á ser demasiado estrecha, y esas obras de fábrica gigantes cas y subterráneas, descoronadas, pues les faltaba el remate, bastan para dar idea del palacio que sustentaban, de tal manera conservan aún su enormidad y potencia con su masa indestructible. Allí se elevaba la jamosa *Septizonium*, la torre de siete pisos que se conservó hasta el siglo xiv. Una terraza avanza aún sostenida por arcadas ciclópeas y cuya vista es admirable. Después de esto no hay más que un amontonamiento de gruesas murallas medio derruídas, de abismos abiertos á través de techos hundidos, de hileras de corredores sin fin y de salas inmensas cuyo uso se ignora. Todas esas

ruínas, muy bien conservadas por la administración actual, barridas y desembarazadas de plantas parásitas, perdieron su aspecto selvático y romántico para adquirir una grandeza desnuda y pesada. Pero los haces de rayos del sol viviente doraban las antiguas murallas, penetraban por las brechas hasta el fondo de las tenebrosas salas y animaban con su esplendoroso polvillo la muda melancolía de aquella soberanía muerta, exhumada de la tierra, bajo la que durmiera durante tantos siglos. Sobre las antiguas y enrojecidas obras de albañilería, hechas con ladrillos cubiertos de cemento y despojadas de su fastuoso revestimiento de mármol, el manto purpúreo del sol extendía de nuevo toda una gloria imperial.

Hacía cerca de hora y media que Pedro recorría aquellos lugares y le faltaba aún visitar el montón de los palacios anteriores, en la meseta misma, al Norte y al Este.

—Tenemos que desandar lo andado,—dijo el guía;— pues como véis, los jardines de la villa Mills y el convento de San Buenaventura no nos dejan seguir adelante. No se podrá pasar hasta que las excavaciones hayan desembarazado todo eso. ¡Ah! ¡Si hace apenas cincuenta años os hubieseis paseado por aquí, señor abate! He visto los planos de aquella época y no había ahí más que viñas y huertecitos, separados por setos, una verdadera campiña, un desierto verdadero en el que no se encontraba un alma, ¡y pensar que todos esos palacios dormían debajo!

Seguíóle Pedro y volviósse á pasar por delante de la casa de Augusto, subieron y fueron á desembocar al palacio de los Flavios, inmenso y medio sepultado aún bajo las tierras de la villa vecina. Componíase de un gran número de salas grandes y pequeñas acerca de cuyo empleo se está discutiendo aún. La sala de justicia, la sala del trono, el comedor y el peristilo parece que se sabe, sin duda, cuales son; pero con todo lo demás no hay otra cosa que fantasía, sobre todo tratándose de las habitaciones pequeñas de los departamentos privados. Y, á parte de esto, ni una sola pared está entera, no hay más que cimientos que asomaban al ras del suelo y basamentos truncados que dibujaban en la tierra el plan del edificio. La única ruina con-

servada como por milagro en la parte de hacia abajo, es la casa que dicen haber pertenecido á Livia, casa pequeña al lado de aquellos palacios inmensos y de la que se conservan aún intactas tres salas con sus pinturas murales, escenas mitológicas, flores y frutas de singular frescura. En cuanto á la casa de Tiberio no parece ni una sola piedra y sus restos están ocultos bajo un precioso jardín público que es continuación, sobre la mesa, de los antiguos jardines Farnesio y de la casa de Calígula, al lado, no existen más, y lo mismo sucede con la Septimio Severo, que unos cimientos enormes, contrafuertes, pisos superpuestos y elevadas arcadas sobre las que se levantaba el palacio, formando una especie de sótanos en los que vivían hartos y repletos y en continua francachela los criados y cuerpos de guardia. Toda aquella alta cima, desde la que se dominaba la ciudad, no presentaba más que vestigios que apenas se podían reconocer, grandes terrenos grises y desnudos ahondados por la piqueta y el azadón y erizados con los restos de algún antiguo muro; se necesitaba un erudito esfuerzo de imaginación para reconstituir el antiguo esplendor imperial que había triunfado allí.

No por eso dejó el guía de continuar sus explicaciones con tranquila convicción, señalando el vacío, como si los monumentos se levantasen ante sus ojos.

—Aquí estamos en la plaza Palatina. Ved ahí, la fachada del palacio de Domiciano está á la izquierda, la del de Calígula á la derecha y volviéndoos tendréis enfrente el templo de Júpiter Stator... La Vía Sacra llegaba hasta esta plaza y pasaba por la puerta Mugonia, una de las tres antiguas puertas de la Roma primitiva.

Interrumpióse señalando con el gesto la parte noroeste del monte.

—Como observaréis, los Césares no han construído nada por esta parte é indudablemente se debe á que tuvieron que respetar muy antiguos monumentos anteriores á la fundación de la ciudad y muy venerados del pueblo. Ahí estaban el templo de la Victoria construído por Evandro y sus arcadíos, el Antro Lupercal, que os enseñé, la humilde cabaña de Rómulo hecha con abrojos y tierras... Todo esto se ha ido encontrando, señor abate, y á pesar

de cuanto digan los alemanes, no puede haber ninguna duda.

Pero de pronto, y como un hombre á quien se le olvidó algo muy importante, exclamó:

—¡Ah! Para concluir, vamos á visitar el subterráneo en que asesinaron á Calígula.

Y bajaron á una larga galería cubierta, en la que el sol penetra hoy por algunas brechas iluminándola alegremente. Se conservan aún en algunos sitios el revestimiento de estuco y varios trozos de mosaico. El lugar es de los más tristes y desiertos y á propósito para el horror trágico. La voz del veterano soldado se había tornado sombría y contó de qué manera Calígula, que regresaba de presenciar los juegos palatinos, tuvo el capricho de bajar á aquel corredor para asistir á las danzas sagradas que aquel día estaban ensayando unos jóvenes llegados del Asia. Y fué allí, en la sombra, donde Chereas, el jefe de los conjurados, pudo herirle el primero en el vientre. El emperador quiso huir gritando, pero entonces los asesinos, hechuras y amigos suyos todos, los más queridos, se arrojaron sobre él, le derribaron y le acribillaron á puñaladas mientras que, loco de rabia y de miedo, llenaba el oscuro y sordo corredor con aullidos de bestia á la que degüellan. Cuando murió todo quedó en silencio y los asesinos asustados huyeron.

La visita clásica á las ruinas del Palatino estaba terminada y cuando Pedro subió no experimentó más que un deseo, el de desembarazarse de su guía para quedarse solo en aquel jardín tan desierto, tan propio para la meditación, que coronaba la cima del monte dominando á Roma. Pronto haría tres horas que andaba dando vueltas por allí, oyendo aquella voz gruesa y monótona que zumbaba en sus oídos sin perdonarle ni la descripción de una piedra. A la sazón el buen hombre la había emprendido otra vez con su cariño á Francia y se entretenía dando largos detalles de la batalla de Magenta. Tomó, sonriendo cariñosamente, la moneda de plata que le dió el presbítero, y á continuación púsose á hablar de la batalla de Solferino. Aquello tenía trazas de no acabar nunca, cuando la suerte quiso que se presentase una señora que necesitaba hacer una pregunta. El guía se apresuró á acompañarla,

—Adiós, señor abate, podéis bajar por el palacio de Caffarella. Ya sabéis que una escalera secreta practicada en el suelo iba á parar de ese palacio á la casa de las Vestales, abajo, en el Foro. No la han encontrado, pero debe estar.

¡Ah! ¡Qué desahogo más agradable experimentó Pedro, que solo, al cabo, pudo sentarse en uno de aquellos bancos de mármol del jardín! No había en éste más que unos cuantos grupos de árboles, bojés, cipreses y palmeras y unas hermosas encinas verdes, á cuyo pie encontrábase el banco, tenían una sombra de una frescura exquisita. Y el encanto procedía también de aquella soledad que convidaba á meditar, del silencio estremecedor que parecía salir del viejo suelo saturado de historia; de la historia más resonante, en el estallido de un orgullo sobrehumano. Antiguamente los jardines Farnesio habían convertido esa parte del monte en un lugar ameno, lleno de florestas y los edificios de la villa, aunque bastante estropeados conservábase todavía; y sin duda como una gracia persiste aún, el soplo del Renacimiento que pasa siempre como una caricia por las relucientes hojas de las añosas encinas verdes. Allí está en plena alma del pasado, en medio de un vaporoso pueblo de visiones bajo los alientos errantes de generaciones sin número, adormecidas bajo las hierbas.

Pero Roma esparcida á lo lejos, alrededor de aquel augusto monte, llamó tan vivamente la atención á Pedro, que no le fué posible continuar sentado. Se levantó y acercó á la baranda de una terraza y á sus pies vió desarrollarse el Foro y en el extremo se le apareció el Monte del Capitolio.

Todo aquello no era más que un amontonamiento de construcciones grises sin grandeza ni hermosura. Dominando el monte no se veía más que la fachada trasera del palacio de los Senadores, una fachada lisa, de estrechas ventanas y coronada por elevada torre cuadrada. Aquel gran muro desnudo, de un color mohoso, ocultaba la iglesia de Araceli, el remate en donde, en otros tiempos, resplandecía el templo de Júpiter Capitolino con su realeza de sobrehumana protección. Después á la izquierda, en la pendiente del Caprinus, en donde pacían las cabras en la

Edad Media, veíanse algunas feas casas, mientras que algunos hermosos árboles del palacio Caffarelli, ocupado por la embajada de Inglaterra, reverdecían lo alto de la antigua roca Tarpeya, casi inencontrable hoy, perdida, ahogada bajo los muros hechos para cimentar. Y allí se veía aquel monte del Capitolio, la más gloriosa de las siete colinas, con su fortaleza, su templo, al que estaba prometido el imperio del mundo, el San Pedro de la Roma antigua; aquel monte escarpado por la parte del Forum, cortado á pico por la del Campo de Marte y con aspecto formidable. Aquel era el monte que el rayo visitaba y al que el Bosque del Asilo con sus sagradas encinas, en las edades más lejanas, hacía tenebroso, estremecedor y de un misterio bravío. Más tarde, la grandeza romana tuvo allí las tablas de su estado civil; subieron los triunfadores, los emperadores se convirtieron en dioses, en pie con sus estatuas de mármol. Y los ojos al contemplarlo, buscan con asombro como tanta historia, tanta gloria han podido encerrarse en tan poco espacio, en un islote montuoso y confuso, con sus mezquinos techos, una topinera no mucho más grande ni más elevada que un pueblecillo edificado entre dos valles.

La otra sorpresa fué después para Pedro, el Forum, saliendo del Capitolio y alargándose hasta debajo del Palatino, una plaza estrechada entre las colinas inmediatas; un fondo bajo, en el que Roma, al engrandecerse, tuvo que amontonar los edificios, ahogándose y faltándoles el espacio. Ha sido preciso ahondar mucho para encontrar el suelo venerable de la República bajo los quince metros de aluvión amontonados por los siglos, y el espectáculo no es ahora más que una gran fosa sin color, conservada con esmero, sin matorrales ni hiedras, en la que aparecen restos de huesos, fragmentos del pavimento, los zócalos de las columnas y los macizos de los cimientos. En el suelo, la basílica Julia, reconstituida por completo, es como la proyección del plano de un arquitecto. Sólo, por esa parte, el arco de Septimio Severo ha conservado su anchura intacta, mientras que algunas columnas que quedan del templo de Vespasiano, aisladas y en pie por un milagro en medio de tanto hundimiento, han adquirido una ele-

gancia altiva, una audacia soberana de equilibrio, elevándose finas y doradas por el sol hacia el cielo azul. La columna de Phocas está allí también de pie y en cuanto á la *rostra* (1) al lado se ve que la han ido restableciendo con trozos encontrados en los alrededores. Pero es preciso ir más lejos de las tres columnas del templo de Castor y Polux, más lejos que los vestigios de la casa de las Vestales; más allá del templo de Faustino, en el que la iglesia cristiana de San Lorenzo se instaló; más lejos aún del templo redondo de Rómulo, para experimentar la extraordinaria sensación de enormidad que produce la basílica de Constantino con sus tres colosales cúpulas abiertas. Vistas desde el Palatino se diría que son pórticos abiertos para un mundo de gigantes, y de tal espesor su obra de albañilería, que un fragmento que se desprendió de una arcada yace en el suelo semejante á un bloque caído de una montaña. Y allí en ese Forum ilustre, tan estrecho y desbordante, se desarrolló la historia del más grande de los pueblos desde la leyenda de las Sabinas, reconciliando á romanos y sabinos hasta la proclamación de las libertades públicas lentamente conquistadas por los plebeyos y arrancadas al patriciado. ¿No era á la vez el Mercado, la Bolsa, el Tribunal, la sala de las Asambleas políticas abierta al aire libre? Los Gracos defendieron allí la causa de los humildes, Syla puso de manifiesto sus listas de proscripción, Cicerón habló, y allí, en aquella tribuna, colgaron su ensangrentada cabeza. Más tarde los emperadores obscurecieron su antiguo brillo; los siglos ocultaron bajo el polvo los monumentos y los templos hasta el punto de que la Edad Media sólo halló terreno para instalar un mercado de bueyes. Ha vuelto el respeto; pero es un respeto violador de tumbas, una fiebre de curiosidad y de ciencia que se irrita con las hipótesis y se extravía en ese suelo histórico en que las generaciones se sobreponen, dividiéndose la opinión entre las quince ó veinte reconstituciones que se han hecho del Forum y tan plausibles las unas como las otras. Para un simple curioso, que no sea ni erudito ni

(1) Tribuna desde la que se arengaba al pueblo en Roma y que estaba adornada s de espolones de las naves apresadas al enemigo.

literato de profesión, que no haya leído la antigua historia de Roma, desaparecen los detalles y no queda, en aquel terreno socavado por todas partes, más que un cementerio de la ciudad en el que blanquean las antiguas piedras descubiertas, y del que se desprende la gran melancolía de los pueblos muertos. De sitio en sitio veía Pedro la Vía Sacra que reaparece, da la vuelta, baja, sube con su embaldosado en el que el rodar de los carros produjo surcos y pensó en el triunfo, en la subida del triunfador al que su carro debía imprimir rudos vaivenes sobre aquel áspero camino de la gloria.

Hacia el Sudeste el horizonte se prolongaba aún y veía la gran masa del Coliseo, más allá del Arco de Tito y del de Constantino. ¡Ah! ¡Ese coloso del que los siglos no han cortado más que la mitad como con un inmenso golpe dado con una hoz y que permanece con su enormidad, con su majestad, lo mismo que un encaje de piedra, con sus centenares de huecos vacíos y abiertos á la claridad del cielo! Aquello es un mundo de vestibulos, escaleras, corredores y pasillos, un mundo en el que uno se pierde en medio de una soledad y de un silencio de muerte, y en el interior las escaleras medio derruidas, carcomidas por el aire, parecen los escalones informes de algún cráter apagado, una especie de circo natural fallado por la fuerza de los elementos en plena roca indestructible. Los grandes soles de mil ochocientos años han recogido y tostado aquella ruina que ha vuelto al estado de naturaleza, desnuda y dorada como el costado de una montaña, desde que la despojaron de la vegetación y de toda la flora que la había convertido en un bosque virgen. Y ahora, qué evocación, cuando sobre aquella osamenta muerta, la imaginación coloca la carne, la sangre y la vida, y llena el Circo con los noventa mil espectadores que podía contener, desarrolla los juegos y los combates en la arena, coloca allí una civilización desde el emperador y su corte hasta la oleada de la plebe con la agitación y el esplendor de todo un pueblo inflamado de pasión, bajo el rojo reflejo del gigantesco *velum* (1) de púrpura. Después, más á lo lejos, en el

(1) Toldo que cubría el Circo.

horizonte, veíase otra ruina ciclópea, las *thermas* de Caracalla, dejadas allí como los vestigios de una raza de gigantes desaparecida de la tierra; salas de una amplitud y de una altura extravagante é inexplicable; dos vestibulos capaces de recibir la población de una ciudad; un *frigidarium* (1) en el que la piscina podía contener á la vez quinientos bañistas; un *tepidarium* (2), un *caldarium* (3) todo del mismo tamaño y nacido de la locura de lo enorme. La masa grandiosa del monumento, el espesor de sus macizos muros, tales como no los empleó jamás ningún fuerte castillo y toda esa inmensidad que hace que los visitantes que cruzan por allí tengan el aspecto de hormigas extrañadas. Hay allí un tan extraordinario derroche de cemento y de ladrillos, que uno se pregunta para qué hombres, para qué multitudes inmensas se construyó aquel edificio. Al ver aquellos escombros, diríase hoy que son rocas sin labrar, materiales derrumbados desde cualquier cima y allí amontonados para la construcción de una vivienda de Titanes.

Estaba Pedro como aturrido por aquel pasado desmenuzado, en cuyo centro se hallaba. Por todas partes, desde los cuatro puntos cardinales del vasto horizonte, resucitaba la Historia y subía hasta él con una ola desbordante. Al Norte y al Oeste, aquellas azuladas llanuras que se veían hasta lo infinito, eran las de la Etruria antigua; las montañas de la Sabina recortaban hacia el Este sus dentadas crestas, mientras que hacia el Sur, los montes Albanos y del Lacio extendíanse bajo una lluvia del dorado polvillo del sol. Y Alba Longa estaba allí, lo mismo que el Monte Cave, coronado de encinas con su convento que reemplazó al antiguo templo de Júpiter. Después á sus pies, al otro lado del Foro, más allá del Capitolio, extendíase Roma entera con el Esquilino enfrente, el Celio y el Aventino á la derecha, los demás montes que no podía ver desde allí, el Quirinal y el Viminal á su izquierda. De

(1) Lugar frío en que estaban los baños con agua á la temperatura natural.

(2) Baños de agua templada.

(3) Estufa de los baños.

trás, en las orillas del Tíber estaba el Janículo, y la ciudad entera, adquiriendo voz, contábase su grandeza muerta.

Verificóse entonces en él una evocación involuntaria, una resurrección viviente: aquel Palatino que acababa de visitar, aquel Palatino grisiento, solitario, arrasado como ciudad maldita y sembrado de muros que se tambaleaban amenazando desplomarse, se animó de pronto, se pobló y retoñó otra vez con sus palacios y sus templos. Era la cuna misma de Roma; Rómulo fundó á Roma sobre aquella meseta, dominando el Tíber, mientras que los Sabinos enfrente ocupaban el Capitolio. Los siete reyes de los dos siglos y medio de monarquía vivieron allí, indudablemente allí encerrados, en aquel recinto de elevadas murallas que sólo tenía acceso por tres puertas. En seguida desarrolláronse los cinco siglos de República, los más grandes, los más gloriosos, durante los cuales se sometió primero á la península itálica y después al mundo entero á la dominación romana. Durante esos años gloriosos de luchas sociales y guerreras, Roma, al engrandecerse, ocupó las siete colinas, y el Palatino no fué entonces más que la cuna venerable con sus templos legendarios que, después, se vió invadido poco á poco por casas particulares; pero César, en el que se encarnaba todo el poderío de la raza, acababa de vencer, en nombre del pueblo romano entero á los Galos, y en Farsalia de triunfar como dictador y emperador, terminó la colosal faena de que los nuevos cinco siglos de imperio iban á aprovecharse fastuosamente con el galope desenfrenado de todos los apetitos. Y Augusto podía apoderarse del poder, la gloria había llegado á su colmo, los millares de millones esperaban en el fondo de las provincias á que fuesen á robarlos, comenzó la gala imperial en la capital del mundo, á los ojos de las naciones lejanas, deslumbradas y vencidas. Augusto nació en el Palatino y su orgullo, después de que la victoria de Actium le dió el imperio, fué el de reinar desde lo alto de aquel monte sagrado, venerado del pueblo. Compró las casas particulares, las derribó, edificó su palacio con un esplendor de lujo hasta entonces desconocido; un atrio sostenido por cuatro pilastras y ocho columnas; un peristilo al que rodeaban cincuenta y seis columnas de orden jónico; habitaciones

particulares alrededor, todo ello de mármol. Además una profusión de mármoles, llevados hasta allí á costa de gastos enormes desde puntos distintos del extranjero, de los colores más vivos y semejantes por su brillo á piedras preciosas. Se alojó con los dioses; elevó su palacio cerca del gran templo de Apolo y del de Vesta para asegurarse así la realeza divina y eterna. Desde aquel momento habíase arrojado allí la simiente de los palacios imperiales é iban á crecer, á pulular, cubriendo el Palatino entero.

¡Ah! ¡Aquella omnipotencia de Augusto, aquellos cuarenta y cuatro años de un poder total, absoluto, sobrehumano tal cual no lo conoció jamás, ni aun en la locura de los ensueños ningún tirano, no ha tenido nunca igual! Hízose dar todos los títulos y reunió en su persona todas las magistraturas. Imperator y cónsul, tenía el mando de todos los ejércitos y ejercía el poder ejecutivo; procónsul, tenía la supremacía sobre todas las provincias; censor perpetuo y príncipe, reinaba sobre el senado, y tribuno, era el amo del pueblo. Hizo además que le proclamasen Augusto, sagrado dios entre los hombres, teniendo sus templos, sus sacerdotes, siendo adorado en vida como una divinidad de paso por la tierra. Quiso por último ser gran pontífice, uniendo el poder civil al poder religioso, realizando de ese modo, y con un golpe de genio, la totalidad de la dominación suprema á que se puede aspirar. El gran pontífice no podía vivir en una casa privada y declaró la suya propiedad del Estado. El gran pontífice no se podía alejar del templo de Vesta é instaló en su palacio un templo de esa diosa dejando á las Vestales, al pie del Palatino, la custodia del antiguo altar. Nada se le oponía, porque comprendía perfectamente que la soberanía humana, la mano puesta sobre los hombres y la sociedad, estaba ahí en ese doble poderío en una persona, en ser á la vez rey y sacerdote, emperador y papa. Toda la savia de una raza fuerte, todas las victorias amasadas y todas las fortunas aun esparcidas, florecieron bajo Augusto con un esplendor único, que nunca más debían tener. Fué en realidad de verdad el amo de la tierra, que apoyó el pie sobre la frente de los pueblos conquistados y pacificados, rodeándole una gloria inmortal de arte y de literatura. Parece que en

Augusto quedó satisfecha la antigua y codiciosa ambición de su pueblo, los siglos de paciente conquista que empleó para ser el pueblo rey. Es la sangre romana, la sangre de Augusto, la que al cabo enrojeció al sol convertido en púrpura. Es la sangre de Augusto, divino, triunfante, soberano absoluto de almas y cuerpos, esa sangre de un hombre al que fué á parar la larga herencia de siete siglos de orgullo nacional y del que una posteridad de orgullo universal incommensurable y sin fin descenderá á través de las edades. Porque desde entonces estaba hecho, y era la sangre de Augusto la que debía renacer y latir en las venas de todos los amos de Roma, persiguiéndoles con el sueño eternamente reproducido, de la posesión del mundo. Por un momento se realizó el ensueño. Augusto, emperador y pontífice, poseyó á la humanidad, la tuvo toda entera en su mano sin reserva y como á cosa propia. Y luego, después de la decadencia, cuando el poder se dividió de nuevo y ha sido repartido otra vez entre reyes y sacerdotes, los papas no tuvieron deseo más apasionado que ese ni otra política secular, que la de querer reconquistar el poder civil, la totalidad de la dominación, abrasándoles el corazón la sangre atávica, la bocanada roja y devoradora de la sangre del antepasado.

Después de muerto Augusto, cerrado su palacio, consagrado y convertido en un templo, veía Pedro surgir del suelo el palacio de Tiberio. Era en aquel mismo sitio, bajo sus pies, bajo aquellas frondosas y verdes encinas que le daban sombra á él. Lo soñó grande y sólido, con patios, pórticos, salas, á pesar del humor sombrío del emperador que vivió lejos de Roma, en medio de una muchedumbre de delatores y de gentes estragadas por los vicios, y con el cerebro y el corazón envenenados por el poder, con el que llegó hasta el crimen, hasta los accesos de las más extraordinarias demencias.

Después de éste era el palacio de Calígula el que surgía, como un ensanche del palacio de Tiberio, con grandes arcadas para alargar sobre ellas las construcciones, un puente arrojado sobre el Foro y que iba á parar al Capitolio á donde el príncipe quería ir con facilidad para hablar con Júpiter, del que decía que era hijo, y el trono le volvió á

éste también tan feroz que le convirtió en un loco furioso suelto en su omnipotencia.

Después de Claudio, Nerón, que con más orgullo y desdén, consideró pequeño para él el Palatino exigiendo, necesitando un palacio inmenso, y se apoderó de los deliciosos jardines que llegaban hasta la cumbre del Esquilino para instalar su palacio de Oro, un ensueño de la enormidad dentro de la suntuosidad, ensueño que no pudo realizarse hasta el fin y cuyas ruinas tardaron poco en desaparecer, durante las turbulencias que siguieron á su vida y á su muerte de monstruo cegado por el orgullo. Después en dieciocho meses Galba, Oton y Vitelio cayeron el uno sobre el otro, en el fango y en la sangre, vueltos á su vez por la púrpura en monstruos y en imbéciles, atiborrados de goces en la gamella imperial y semejantes á bestias inmundas.

A éstos suceden los Flavios, con un reposo al principio de la razón y de la bondad humanas; Vespasiano y Tito, que construyeron muy poco en el Palatino y Domiciano con quien empieza otra vez la locura sombría de la omnipotencia, bajo el régimen del miedo y de la delación, de las atrocidades absurdas, crímenes, desórdenes fuera de lo natural, construcciones de una vanidad loca, cuyo fausto competía con el de los templos elevados á los dioses; tal era aquel palacio de Domiciano, separado únicamente por estrecha callejuela del de Tiberio y que se elevaba colosal, como un palacio de apoteosis, con su sala de audiencias con trono de oro, con dieciséis columnas de mármoles fríos y húmedas, ocho nichos adornados con admirables estatuas, con su sala de justicia, un comedor inmenso, su peristilo, sus habitaciones particulares en las que el granito, el pórfido y el alabastro se emplearon sin medida, trabajados por artistas famosos y se prodigaron para deslumbramiento del mundo.

Algunos años más tarde se añadía otro palacio á la enorme masa de todos los demás, el palacio de Septimio Severo, construcción engendradora también por su orgullo, con elevadas arcadas que soportaban altas salas, pisos que se elevaban sobre terrazas, torres que dominaban los techos, un amontonamiento babilónico, construido allí en el ex-

fremo del monte, enfrente de la vía Appia; para que, decían los compatriotas del emperador, los provincianos idos desde el Africa, en donde él había nacido, pudiesen, desde el horizonte, maravillarse de su fortuna y adorarle en su gloria.

Y entonces veía Pedro todo aquello en pie y resplandeciente de lujo y de riqueza; tenía delante y á su alrededor todos aquellos palacios evocados y resucitados á la luz del sol. Estaban como pegados los unos á los otros y separados apenas por estrechos pasadizos. Con el deseo de no perder ni una pulgada de terreno en aquel monte sagrado, habían crecido en una masa compacta, lo mismo que la eflorescencia de la fuerza, del poderío y del orgullo más desordenados, satisfaciéndose con montones de millones y sangrando al mundo entero para que uno gozase de todo, y, á la verdad, no había hecho allí más que un palacio único, sin cesar agrandado á medida que el emperador difunto pasaba á ser dios y que el nuevo, decretando la divinización de la mansión consagrada, convertida quizás en templo ó en la que quizás le espantaba la sombra de la muerte, experimentaba la imperiosa necesidad de construir un palacio para él, detallar en la eternidad de la piedra el indestructible recuerdo de su reino. Todos experimentaron ese furor de la construcción, que parecía provenir del suelo, del trono que ocupaban y que renacía en cada uno de ellos con creciente intensidad devorándoles con la necesidad de luchar, de exceder con la altura y espesor de los muros á los que les habían precedido, sobrepujándolos con aquellos extraordinarios amontonamientos de mármoles, de columnas y de estatuas. Y el pensamiento de esa supervivencia gloriosa era la misma en todos, dejar á las generaciones asombradas el testimonio de su grandeza, perpetuarse con las maravillas que no debían perecer, pasar para siempre sobre la tierra con todo su peso de colosos cuando ya el viento se hubiese llevado sus ligeras cenizas.

Por esto la meseta del Palatino no fué más que base venerable de un momento prodigioso, una vegetación feroz de edificios superpuestos, apilados, en los que cada nuevo edificio añadido era como un abceso eruptivo de la fiebre

del orgullo, y cuya masa, con el brillo de nieve de los blancos mármoles, con los tonos más vivos de los mármoles de color, acabó por coronar á Roma entera, y hasta á la tierra, con la casa soberana, palacio, templo, basílica ó catedral, lo más insolente, la más extraordinaria que jamás se haya elevado bajo la capa del cielo.

Pero la muerte estaba en ese exceso de fuerza y de gloria. Siete siglos y medio de monarquía y de república hicieron la grandeza de Roma y cinco siglos de imperio iban á comerse hasta el último músculo del pueblo rey. Fué también lo que contribuyó el inmenso territorio, las provincias más lejanas saqueadas poco á poco, agotadas, el fisco devorándolo todo y abriendo la sima de la bancarrota inevitable y el pueblo bastardeado, envilecido, envenenado con el tósigo de los espectáculos y luchas públicas y degenerado hasta llegar á la holgazanería desordenada de los Césares, mientras los mercenarios se batían y cultivaban el suelo. Desde Constantino, tuvo Roma una rival, Bizancio, y el desmembramiento se llevó á cabo con Honorio y doce emperadores bastaron entonces para acabar la obra de descomposición, con la presa moribunda que había que despedazar, hasta llegar al último, á Rómulo Angústulo, el miserable enteco cuyo nombre es como una irrisión de toda aquella gloriosa historia, una doble bofetada dada al fundador de Roma y al fundador del imperio. En el desierto Palatino los palacios y el colosal amontonamiento de murallas, de pisos, de terrazas, de elevados techos, seguía triunfando. Y sin embargo ya habían arrancado adornos y quitado estatuas para llevárselas á Bizancio. El imperio, convertido al Cristianismo cerró los templos, apagó el fuego de Vesta, respetando aún el antiguo *Paladium*, (1) la estatua de oro de la Victoria, símbolo de la Roma eterna que había estado religiosamente guardada en la propia habitación del emperador. Hasta el siglo cuarto conservó su culto; pero al llegar al quinto, los bárbaros lo invaden todo, saquean ó incendian á Roma, llevándose á carros llenos los despojos que respetaron las llamas. Mientras que la ciudad dependió de Bizancio, vi-

(1) Templo de Palas.

vió allí un superintendente de los palacios reales custodiando del Palatino; luego todo se anega, todo se hunde en la negra noche de la Edad Media. Parece ser que desde entonces los papas ocuparon lentamente el puesto de los Césares sucediéndoles en sus abandonados palacios de mármol y en su voluntad siempre viva de dominación. Con seguridad habitaron en el palacio de Septimio Severo, y se verificó un concilio en la Septizonium de la misma manera que más tarde á Gelasio II eligieronle en el monasterio de una colina inmediata y en aquel monte de apoteosis. Era aún Augusto, saliendo de su tumba y haciéndose de nuevo dueño del mundo con su Sacro Colegio que iba á renovar el antiguo Senado romano. En el siglo XII la torre de Septizonium pertenecía á los monjes camaldulenses los cuales la cedieron á la poderosa familia de los Frangipani que la fortificaron como lo habían hecho también con el Coliseo, los arcos de Constantino y de Tito, convirtiéndolo todo en una vasta fortaleza que engloba el monte venerable, la cuna, casi por completo. Y las violencias, de las guerras civiles, los estragos de las invasiones pasaron como los huracanes, derribaron las murallas y arrasaron palacios y torres. Más tarde vinieron generaciones que invadieron las ruinas y se establecieron en ellas con el derecho del hallazgo y de la conquista, y construyeron graneros, cuevas, depósitos de forraje ó cuerdas para el ganado. En las tierras de acarreo que cubrieron los mosaicos de las salas imperiales, creáronse huertos ó se sembraron vides. Por todas partes crecieron las ortigas obstruyeron aquellos campos desiertos y los matorrales y las hiedras acabaron de destrozar los pórticos caídos. Y llegó un día en que el colosal amontonamiento de palacios y de templos, y la triunfal habitación de los emperadores, que el mármol debía hacer imperecedera, pareció como que se hundía en el polvo del suelo, desaparecía bajo la oleada de tierra y de vegetación que la impasible Naturaleza, hizo rodar sobre ella. Cuando el sol ardiente iluminaba todo aquello entre las flores silvestres, no se veían más que enjambres de grandes moscas zumbadoras, mientras que los rebaños de cabras vagaban en libertad á través de la sala del trono de Domiciano y del hundido santuario de Apolo.

Sintió Pedro un gran estremecimiento ¡tanfa fuerza, tanto orgullo y grandeza! ¡Y qué ruina tan rápida! ¡Un mundo barrido para siempre! ¡Qué aliento nuevo, bárbaro y vengador debió soplar sobre aquella brillante civilización para apagarla así, y en qué noche reparadora, en qué ignorancia de criatura salvaje, debió caer para anonadarse de una vez con su fausto y sus obras maestras! Preguntábase, Pedro, cómo palacios enteros poblados aun por sus admirables esculturas, sus columnas y sus estatuas habían podido irse enterrando poco á poco, desapareciendo sin que á nadie se le ocurriese la idea de acudir en su auxilio para salvarlos. A tales obras maestras, que más tarde debían desenterrarse entre gritos universales de admiración ¿no fué una catástrofe que se las tragó como si le ahogasen, cogiéndoles primero las piernas, después la cintura, más tarde el cuello hasta que llegó un día en que la cabeza desapareció bajo la olla ascendente? ¿Y cómo explicar que las generaciones que habían asistido á eso con indiferencia, no tendieron una mano? Dijérase que sobre el mundo se había corrido bruscamente negra cortina y que era otra humanidad la que comenzaba con un nuevo cerebro, que es preciso rellenar y amueblar, Roma se quedó vacía; no se reparó aquello que las llamas ó la espada desmocharon; una incuria extraordinaria dejaba que se hundiesen los edificios demasiado grandes, ya inútiles; esto sin contar con que la nueva religión iba á los alcances á la antigua, se apoderaba de sus templos y derrocaba sus dioses. Sin duda los terraplenes contribuyeron al desastre, porque el suelo iba subiendo siempre; los aluviones del juvenil mundo cristiano, recubrían y nivelaban la antigua sociedad pagana. Al saqueo de los templos siguió el de los techos de bronce y de las columnas de mármol y el bolmo fué más tarde el saqueo de las piedras arrancadas al Coliseo y al Teatro de Marcelo, las estatuas y los bajos relieves hechos pedazos á martillazos para arrojarlos al horno y emplearlos en la fabricación de la cal necesaria á los nuevos monumentos de la Roma católica.

Era cerca de la una cuando Pedro se despertó como de un sueño; el sol caía como una lluvia de oro á través de

las relucientes hojas de las verdes encinas, y Roma había blase aletargado á sus pies bajo aquel gran calor. Decidióse á abandonar el jardín dándose poca maña para pisar el desigual pavimento del camino de la Victoria y lleno aún el espíritu de cegadoras visiones. Para que el día fuese completo habíase propuesto ir á visitar por la tarde la antigua vía Appia. No quiso volver á la vía Julia y comió en una hostería del arrabal, en una vasta sala medio á oscuras, completamente solo, oyendo zumbas las moscas, y allí pasó en el olvido más de dos horas esperando á que declinase el sol.

¡Ah! ¡Aquella vía Appia, antigua reina de las carreteras que atravesaba la campiña con su interminable línea recta, con la doble hilera de sus orgullosas tumbas, no fué para él más que una continuación triunfal del Palatino! Era la misma voluntad del esplendor y de dominación; igual necesidad de eternizar bajo el sol y en el mármol la grandeza romana. El olvido estaba vencido; los muertos no consentían en el descanso, si no que permanecían erguidos para toda una eternidad entre los vivientes, en las dos orillas de ese camino, por el que pasaban las multitudes del mundo entero y las imágenes deificadas de aquellos que ya no eran más que polvo, siguen mirando aún hoy á los que pasan con sus ojos vacíos y las inscripciones, que todavía hablan, dicen bien alto sus nombres y sus títulos. Desde la tumba de Cecilia Metella á la que hay en Casal Rotondo, en esos dos kilómetros de carretera llana y directa, la doble hilera no se interrumpía antaño, siendo como una especie de cementerio á lo largo, en el cual los ricos y los poderosos luchaban en vanidad á quien dejaría el mausoleo más grande, decorado con más prodigalidad y con más lujo; pasión de la supervivencia, deseo pomposo de inmortalidad, necesidad de divinizar la muerte alojándola en los templos de los que la magnificencia del Campo Santo de Génova y del Campo Verano de Roma, no son más que como lejana herencia. ¡Y qué evocación de tumbas desmesuradas á derecha é izquierda del pavimento glorioso que las legiones romanas hollaron al regresar de la conquista de la tierra! Esa tumba de Cecilia Metella con sus bloques enormes, tenía los muros

lo bastante espesos para que durante la Edad Media la convirtiesen en el torreón almenado de una fortaleza. Después todas las que la siguen; las construcciones modernas llevadas á cabo para poner en su sitio los fragmentos de mármol descubiertos en los alrededores; los antiguos macizos de cemento y de ladrillos, despojados de sus esculturas y que aun permanecen en pie como rocas medio carcomidas; los sillares desnudos, indicando aún ciertas formas, los edículos á manera de templo, las columnas truncadas y los sarcófagos colocados sobre altos zócalos. Una admirable sucesión de altos relieves representaba los retratos de los muertos por series de tres y de cinco, de estatuas en pie en las que revivían los muertos en una apoteosis, de bancos en los nichos para que los transeuntes pudiesen descansar bendiciendo la hospitalidad de los muertos, de laudatarios epitafios celebrando á estos, conocidos y desconocidos, á los hijos de Sixto Pompeyo Justo, los Marcos Servilios Quartos, los Hilarios Fuscus, los Rabirios Hermodoros, sin contar las sepulturas atribuidas al azar á determinados personajes, como sucede con la de Séneca y la de los Horacios y Curiaecos, y, por último, al extremo la más extraordinaria, la más gigante, la que se designa con el nombre de Casal Rotondo, tan grande, que bajo las arcadas que la sustentaban y encima de las que había una doble rotonda, adornada con pilastras corintias grandes candelabros y máscaras escénicas, ha podido establecerse una granja con su bosquecillo de olivos.

Mandó Pedro que le llevase el carruaje hasta la tumba de Cecilia Metella y desde allí continuó el viaje á pie y con mucha lentitud hasta Casal Rotondo. En algunos parajes aparecía el antiguo pavimento con sus grandes losas cuadradas y pedazos de lava cuarteados por el tiempo y que hacían dar fuertes vaivenes hasta á los coches mejor contruidos. A derecha é izquierda hay dos bandas de hierba en donde se alinean las ruinas de las tumbas, pero es una hierba abundante de cementerio, agostada por los soles del verano y entre la que crecen grandes cardos violáceos y elevados hinojos. Un sencillo muro, de no mucha elevación y hecho de tapial sin argamasa, cierra de cada parte esos márgenes rojizos llenos de enjambres de salta-

montes, y al otro lado de esto extiéndese la campiña romana inmensa y árida. Apenas, y cerca de las orillas, y á bastante distancia unos de otros, véase un gran pino parasol, un eucaliptus, olivares, higueras, todo ello blanqueado por el polvo. A la izquierda los restos de Acqua Claudia se destacan con su color de hierro oxidado, recostándose sus arcadas sobre el fondo de los prados; escasos cultivos se extienden á lo lejos y viñedos con granjas pequeñas llegando todo ello hasta los montes de la Sabina y de Alba de un azul violáceo en el que las manchas más claras de Frascati, de Roca di Papa y de Albano, se engrandecen y blanquean á medida que uno se acerca; mientras que á la izquierda, por la parte de mar, la llanura se extiende y se prolonga con vastas ondulaciones sin una casa, sin un árbol, con una grandeza sencilla y extraordinaria formando una línea única, plana en todo, desde un extremo á otro y que la separa del cielo. Durante la fuerza del verano todo abrasa, la ilimitada pradera flamea con los tonos oscuros de la brasa. Desde Septiembre, aquel océano de hierba empieza á reverdecer y se pierde á lo lejos entre el rosa y el amarillado hasta llegar al azul brillante rayado de oro de las hermosas puestas de sol.

Y Pedro, paseando sus meditaciones, iba solo, avanzando con lento paso, á lo largo de la llana carretera, cuya melancólica majestad está formada de soledad y de silencio, árida, recta hasta lo infinito en lo último de la campiña. En su mente empezaba otra vez la resurrección del Palatino, las tumbas de las orillas del camino levantábanse otra vez con la blancura deslumbradora de sus mármoles. ¿No sería allí, al pie de aquel macizo de cemento y de ladrillos, que afectaba la extraña forma de un gran vaso, en donde habían encontrado la cabeza de una estatua colosal mezclada con los restos de esfinges enormes? Y figurábase ver en pie la enorme estatua entre colosales esfinges sentadas. Más lejos, en la celdita de una sepultura, fué una hermosa estatua de mujer la que encontraron, pero sin cabeza, y la veía entera, con un rostro de gracia y de fuerza que sonreía á la vida. De un extremo á otro las inscripciones se completaban, inscripciones que Pedro leía y

comprendía perfectamente, reviviendo como hermano con aquellos muertos de hacia dos mil años. Y el camino se poblaba también, rodando con estrépito los carros, desfilando los ejércitos con paso pesado, el pueblo de la inmediata Roma le codeaba con esa febril agitación de las poblaciones grandes. Estaban bajo los reinados de los Flavios, de los Antoninos, en los años más grandes del imperio, cuando la vía Appia llegó al apogeo de todo el fausto de sus tumbas gigantes, esculpidas y decoradas como templos. ¡Qué carretera monumental de la muerte! ¡Qué legado á Roma por ese recio camino en que los muertos os acogían introduciéndose entre los vivos con la extraordinaria pompa de un orgullo que sobrevivía á sus cenizas! ¡En qué pueblo soberano, dominador del mundo, se iba á entrar así, para que se hubiese confiado á sus muertos al cuidado de decir al extranjero que en él nada acababa, ni aun los muertos eternamente glorificados con desmesurados monumentos? ¡Unos subterráneos dignos de una ciudadela, una torre de veinte metros de diámetro para enterrar á una mujer sola! Y habiéndose vuelto Pedro vió con claridad, al extremo de la soberbia carretera resplandeciente, bordeada con los mármoles de sus fúnebres palacios, el Palatino, que se elevaba á lo lejos con los mármoles no menos brillantes de los palacios de los emperadores, enorme amontonamiento de edificios cuya supremacía dominaba toda la tierra.

Estremeciése de pronto ligeramente; dos carabineros, á los que no había visto en aquella desierta llanura, salieron de repente de entre las ruinas. El sitio no era de los más seguros y la autoridad velaba discretamente por los curiosos hasta en plena tarde. Y mucho más allá tuvo otro encuentro que le emocionó; fué de un eclesiástico, el de un anciano de alta estatura que vestía negra sotana ribeteada de rojo y ceñida con una faja del mismo color, en el cual reconoció con sorpresa al cardenal Boccanera. Este se había salido del camino y paseaba lentamente por la banda de hierba de uno de los costados, pasando por en medio de los altos hinojos y de los ásperos cardos silvestres, y con la cabeza baja cruzaba por entre los restos de las sepulturas que hollaban sus pies y absorto de tal manera

en sus meditaciones que ni siquiera se fijó en el joven presbítero. Este se apartó cortesmente admirándole al verle solo y tan lejos; después comprendió lo que era al descubrir, tras una construcción inmediata, una soberbia carroza tirada por dos caballos negros, al lado de la cual aguardaba inmóvil un lacayo con librea oscura, mientras que el cochero continuaba en su sitio en el pescante. Y entonces recordó que no pudiendo los cardenales andar á pie por Roma tenían que salir en coche al campo si querían hacer algún ejercicio. Pero, que altanera tristeza, que grandeza solitaria y como puesta aparte, la de aquel anciano meditabundo, doblemente príncipe, entre los hombres y en religión, obligado á marcharse así al desierto y á pasear por entre las tumbas para poder respirar un poco el aire fresco de la tarde.

Pedro se había entretenido durante algunas horas; el crepúsculo se echó encima y pudo asistir á una admirable puesta de sol. Hacia la izquierda la campiña tornábase de color de pizarra, confusa, cortada por las amarillentas arcadas de los acueductos, cerrada á lo lejos por los montes Albanos que se evaporaban con rosados matices; mientras que á la derecha, hacia el mar, el astro se bajaba entre nubecillas, entre todo un archipiélago sembrado en un océano de áscuas á medio apagar. Y nada más, nada más que ese cielo de zafiro estriado de rubís, encima de la inmensa línea recia de la plana campiña; nada más, ni un monteculo, ni un árbol, ni un rebaño. Nada más que la negra silueta del cardenal Boccanera, de pie entre las tumbas y que se destacaba engrandecido bajo la púrpura postrera del sol.

Al día siguiente muy temprano, dominado Pedro por la fiebre de verlo todo, volvió á la vía Appia para visitar las catacumbas de San Calixto, que es el más vasto y el más notable de los cementerios cristianos y aquel en que fueron enterrados muchos de los primeros papas. Se sube á través de un jardín medio arrasado, cruzando por entre olivos y cipreses; se llega á una casucha de tablas y de yeso, en la que han establecido un pequeño comercio de objetos religiosos, y allí es en donde, por una escalera moderna y relativamente cómoda, se puede bajar. Pedro

se consideró dichoso al encontrar allí trapenses franceses encargados de guardar y de enseñar á los forasteros aquellas catacumbas. Precisamente en aquel momento un hermano iba á bajar acompañando á dos señoras, dos francesas, madre é hija, la una adorable por su juventud y la otra muy hermosa aun. Y ambas sonreían, un poco apuradas, sin embargo, mientras el trapense encendía las largas y delgadas velillas. El hermano tenía una frente abombada, una fuerte y desarrollada mandíbula, propia del creyente testarudo, y sus pálidos ojos claros revelaban cuan grande era la infantil ingenuidad de su alma.

—¡Ah! Llegáis á tiempo, señor abate... Si estas señoras no tienen en ello inconveniente os reuniréis con nosotros, porque abajo hay ya tres hermanos que acompañan á varios forasteros, y tendríais que esperar muchísimo tiempo... Esta es la estación en que más abundan los forasteros.

Las señoras inclinaron cortesmente la cabeza y el hermano entregó á Pedro una de las delgadas velillas. Ni la madre ni la hija debían ser devotas porque dirigieron una mirada oblicua á la sotana de su acompañante y se pusieron serias. Bajaron y llegaron á una especie de corredor muy estrecho.

—Tened cuidado, señoras,—dijo el religioso alumbrando el suelo con su vela,—y no vayáis deprisa porque aquí hay muchos altos y bajos.

Y dió principio á la explicación con una voz aguda y con una fuerza de certitud extraordinaria. Pedro había bajado en silencio, con la garganta oprimida y muy emocionado latándole con fuerza el corazón. ¡Ah! ¡Cuántas veces, en la época inocente en que se hallaba en el Seminario, había soñado con aquellas catacumbas de los primeros cristianos! Y en época posterior, mientras escribía su libro ¡cuántas y cuántas veces no pensó en ellas como en el más antiguo y venerable vestigio de aquella comunidad de los pequeños y de los sencillos á que él predicaba debía volverse! Pero tenía el cerebro lleno con las páginas que han escrito poetas y grandes prosistas acerca de las catacumbas. Las veía á través de ese engrandecimiento de la imaginación y las creía muy vastas, semejantes á

ciudades subterráneas con largas calles, con amplias salas capaces de contener muchedumbres ¡y en qué realidad más pobre y humilde casa!

—Sí, señora, es cierto,—decía el religioso respondiendo á las preguntas de la madre y de la hija,—esto no tiene mucho más de un metro y dos personas no podrían pasar de frente. ¿Y cómo lo han ahondado? Pues de la manera más sencilla. Una familia, ó una corporación fúnebre, abría una sepultura ¿no es esto? Pues bien, con el pico empezaban ahondando una primera galería en este terreno que estaba formada por una toba granular, una tierra rojiza como véis á la vez blanda y resistente, muy fácil de trabajar y absolutamente impermeable, una tierra hecha expreso y que conservó maravillosamente los cuerpos.

Interrumpióse para enseñar á la débil luz de su vela los huecos ahondados á derecha é izquierda en las paredes.

—Mirad, esto son los *loculi*... Abrían, como decíamos una galería subterránea, en la cual, á los dos lados, practicaban huecos superpuestos en los que depositaban los cuerpos las más de las veces envueltos en un sencillo sudario, cerrando luego la abertura con una plancha de madera que cubrían con mucho esmero con cemento... Desde luego ¿no es esto así? Todo se explica. Si otras familias se unían á la primera, si la corporación se extendía, iban prolongando la galería á medida que se llenaba y entonces abrían otras á derecha é izquierda, en todos sentidos y llegaban hasta ahondar otro piso debajo de la primera. Mirad; aquí hay una galería que muy bien tiene cuatro metros de alto. Naturalmente se hace una pregunta de cómo podían levantar los cuerpos hasta esa altura; pero no los izaban, sino por el contrario los bajaban, pues continuaban ahondando el suelo en cuanto la hilera de nichos de abajo estaba llena... Y de esta manera es como aquí, en menos de cuatro siglos, abrieron más de dieciséis kilómetros de galerías en las que han debido enterrar á más de un millón de cristianos. Y las catacumbas existen á docenas; toda la campiña romana está llena de ellas. Pensad en ello y haced el cálculo.

Escuchaba Pedro sobrecogido. En otros tiempos había

visitado una mina de carbón en Bélgica y encontraba en la catacumba, los mismos corredores ahogados, la misma pesadez asfixiante y un vacío de obscuridad y de silencio. Las velillas eran lo único que brillaba como estrellitas en las tinieblas que no disipaban. Y al cabo comprendió ese trabajo de termitas funerarios, aquellos agujeros de topo abiertos al azar á impulso de la necesidad, agrandados pero sin arte alguno, sin alineación, sin simetría y al capricho de la herramienta. El suelo desigual, subía y bajaba á cada paso, las paredes estaban al biés y allí no se había hecho nada con el auxilio de la plomada, ni de la escuadra. Aquello no era más que una obra de la necesidad y de la caridad, llevada á cabo por inocentes sepultureros de buena voluntad, de trabajadores sin práctica, caídos en la poca habilidad de la mano y en la decadencia. Esto se notaba más que en nada, en las inscripciones y en los emblemas grabados en las placas de mármol. Al verlo dijérase que se trataba de esos dibujos pueriles que los chiquillos de la calle trazan en las paredes.

—Fijáos y veréis que las más de las veces no hay más que un nombre... otra ni esto y sí únicamente las palabras *in pace*... Otras veces hay un emblema, la paloma de la pureza, la palma del martirio ó bien el pescado, cuyo nombre griego está compuesto de cinco letras griegas que son las iniciales de las cinco palabras: Jesu-Cristo Hijo de Dios, Salvador de los hombres.

Acercaba la vela y se veía la palma con un solo rasgo central erizado con otros más pequeños á los lados; la paloma ó el pescado hechos con un trazo de contorno, con la cola figurada por un zig zag y los ojos por un punto redondo. Las letras de las lacónicas inscripciones, iban de través, siendo desiguales, sin forma, la tosca escultura de los ignorantes ó de los sencillos.

Pero llegaron á una cripta, á una especie de sala, en la que se habían hallado las sepulturas de muchos papas, entre otras varias la de Sixto II, un santo mártir, en honor del cual lefase una inscripción métrica, soberbia, colocada allí por el papa Dámaso y más adelante, en una sala tan pequeña como la otra, veíase la tumba de una familia, decorada más modernamente con inocentes pin-

turas murales y enseñaban el sitio en que se había descubierto el cuerpo de Santa Cecilia. Continuaba la explicación, comentando el religioso las pinturas, sacando de allí á la fuerza la confirmación irrefutable de todos los sacramentos y de todos los dogmas, el bautismo, la eucaristía, la resurrección, Lázaro saliendo de la tumba, Jonás arrojado á la playa por la ballena, Daniel en el foso de los leones, Moisés haciendo brotar agua de la peña y el Cristo sin barba de las primeras edades haciendo milagros.

—Ya lo estáis viendo, todo esto es auténtico,—repetía,—no hay nada que lo sea más; no se preparó nada.

A una pregunta de Pedro, cuya admiración iba en aumento, convino en que las catacumbas eran primitivamente sencillos cementerios en los que no se celebraba ninguna ceremonia religiosa. Más tarde únicamente, al llegar el siglo iv, cuando se honró á los mártires, se utilizaron las criptas para el culto. Sólo fueron un lugar de refugio durante las persecuciones en las épocas en que los cristianos tuvieron que ocultar las entradas. Hasta entonces habían permanecido abiertas pero de una manera legal. Y esa era la historia verdadera; cementerios de los cuatro primeros siglos, convertidos en lugares de asilo, y asolados durante las persecuciones; venerados en seguida hasta el siglo viii en que las despojaron de sus sagradas reliquias hasta que cayeron en el olvido cegadas por las tierras, ocultas bajo éstas durante más de setecientos años y, en tal olvido, que los primeros trabajos que se hicieron para buscarlas en el siglo xv las pusieron de manifiesto como un hallazgo extraordinario, un verdadero problema histórico acerca del cual no se ha dicho la última palabra más que en nuestros días.

—Tened la amabilidad de inclinaros un poco, señoras,—dijo complacientemente el religioso.—Ved en este nicho un esqueleto al que nadie ha tocado. Está ahí desde hace mil seiscientos ó mil setecientos años y eso permite comprender cómo colocaban los cuerpos... Los sabios dicen que es una mujer... mejor aun una joven... El esqueleto estaba aún intacto el año pasado; pero ya lo véis el cráneo está roto... Fué un norteamericano el que lo hizo

con la punta del bastón para asegurarse de que la cabeza no estaba falsificada.

Inclináronse las señoras y sus rostros pálidos iluminados por la luz débil é incierta de las velillas, revelaron una piedad no exenta de horror. La hija sobre todo tan exuberante de vida; con su boca de rojos labios, sus grandes ojos negros, presentóse durante un momento lastimosa y doliente. Y todo cayó en la sombra, cuando se levantaron las velas y continuaron atravesando las espesas tinieblas á lo largo de las galerías. Durante una hora siguió aún la visita, porque el guía no perdonó ni un detalle, teniendo preferencias por ciertos sitios y excitado por el celo como si trabajase en favor de los viajeros.

Y Pedro siguió examinando todo, mientras que en él se operaba una transformación profunda. Poco á poco, y á medida que veía y comprendía, su estupor, su asombro de los primeros momentos al encontrar la realidad tan distinta del embellecimiento con que la adornaran narradores y poetas; su desilusión al haber ido á parar á aquellos agujeros de topo, tan pobre y groseramente labrados en el fondo de aquella tierra rojiza, cambiáronse en una emoción fraternal, en un enternecimiento que le trastornaba el corazón. Y no le sucedía esto al pensar en aquellos mil quinientos mártires, cuyas sagradas osamentas descansaban allí, si no al recordar á aquella humanidad dulce, resignada y alentada por la esperanza en la muerte. Para los cristianos, aquellas oscuras y profundas galerías, no eran más que un lugar temporal de sueño. Si no quemaban los cuerpos, como los paganos, y si los enterraban, era porque habían aprendido de los judíos su creencia en la resurrección de la carne; y esa idea venturosa del sueño, del buen descanso, después de una vida honrada, esperando las recompensas celestes, hacía que considerasen como una dicha la paz inmensa, el encanto infinito de la ciudad subterránea. Todo hablaba allí de noche negra y silenciosa; todo dormía en una inmovilidad enagenada, esperando pacientemente hasta el lejano despertar. ¿Había algo más conmovedor que aquellas lápidas de mármol ó de arcilla recocida que ni siquiera llevaban un nombre y en las que únicamente estaban grabadas las palabras *in pace*, en paz?

¡Estar al fin en paz, dormir en paz y esperar en paz el cielo futuro después de haber llevado á cabo la misión impuesta! ¡Esa paz parecía tanto más deliciosa cuanto la gozaban con una humildad perfecta! Indudablemente los sepultureros trabajaban al azar con irregularidades de obreros poco diestros; los artistas no sabían grabar un nombre ni esculpir una palma ni una paloma. Todo el arte desaparecido. Pero ¡qué humanidad joven se elevaba de aquella pobreza, de aquella humildad y de aquella ignorancia! Los pobres, los pequeños, los míseros, el pueblo pululando echado, adormecido bajo la tierra, mientras que allá arriba el sol continuaba su obra. Una caridad y una fraternidad en la muerte; el esposo y la esposa con frecuencia reposando juntos y con el niño á sus pies, la oleada desbordante de los desconocidos que hacía desapareciese el personaje, el obispo, el mártir, la más conmovedora de todas las igualdades, la de la modestia en el fondo de aquel polvo, los nichos iguales, las lápidas sin un adorno, la misma discreción y la misma ingenuidad confundiendo las hileras sin fin de adormecidas cabezas. Era muy raro que aquellas inscripciones se permitiesen ninguna alabanza y si las había, cuán prudentes, cuán delicadas eran; los hombres muy piadosos y muy dignos, las mujeres cariñosas, castas, bellas. De todo ello desprendíase un perfume infantil, una ilimitada ternura y ampliamente humana; la de la muerte en la primitiva comunidad cristiana, de esa muerte que se ocultaba para revivir y que no soñaba con el imperio del mundo.

De una manera brusca vió Pedro evocarse ante su memoria el recuerdo de las tumbas de la víspera, aquellos suntuosos sepulcros que había evocado en las dos orillas de la vía Appia y que hacían gala á la luz del sol del orgullo dominador de todo un pueblo. Relumbraban con soberbia ostentación, con sus dimensiones colosales, su amontonamiento de mármoles, sus inscripciones indiscretas, sus obras maestras de la escultura, frisos, bajos y altos relieves, estatuas. ¡Ah! ¡Qué avenida más pomposa de la muerte en pleno campo raso, conduciendo, como en una vía triunfal, á la ciudad eterna y reina, y qué contraste más extraordinario cuando se la comparaba á la ciudad

subterránea de los cristianos, á esa ciudad de la muerte oculta, tan dulce, tan hermosa y tan casta! En esta no había más que sueño, una noche apetecida y aceptada, una serena resignación á la que no costaba ningún esfuerzo entregarse al buen descanso de la sombra, esperando las dichas del cielo: y no se encontraba, hasta que se hallaba moribundo el paganismo y perdía su belleza, esa falta de habilidad de los ingenuos obreros que contribuía á dar cierto encanto á esos cementerios, ahondados en lo profundo del suelo, lejos del sol, en la noche profunda de la tierra. Tal vez descansaban en aquellas humildes tumbas millones de seres acostados en aquellas sepulturas ahondadas en la tierra horadada como por prudentes hormigas. Habrían dormido su sueño durante siglos y seguirían durmiéndolo, misteriosos, mecidos por el silencio y la obscuridad, si los hombres no hubiesen turbado su deseo de olvido antes de que las trompetas del juicio final les llamasen á resurrección. La muerte habló entonces de la vida, pues no se había encontrado nada más viviente, de una vida más íntima y más conmovedora que aquellas ciudades de muertos sin nombre, ignorados é incontables. En otros tiempos salió de ellas un soplo inmenso, el aliento de una humanidad nueva que iba á renovar el mundo. Con la humildad, con el desprecio de la carne, con el rencor aterrado de la naturaleza, el abandono de los goces ferrestres y la pasión de la muerte que abre y cierra el paraíso, empezaba otro mundo. Y la sangre de Augusto, tan orgulloso al mostrar su púrpura al sol, tan relumbrante de soberano dominio, pareció como que se ocultaba durante un momento, como si la tierra nueva la hubiese absorbido en el fondo de sus tinieblas sepulcrales.

El religioso insistió en su empeño de enseñar á aquellas señoras la escalera de Diocleciano y les contó la leyenda.

—Sí, un milagro... Bajo ese emperador, los soldados perseguían á los cristianos que se refugiaron en estas catacumbas y cuando aquellos entraron siguiéndolos, se rompió la escalera y se cayeron todos... Los escalones están hundidos aún hoy en día. Venidlo á ver, pues es á dos pasos de aquí.

Pero aquellas señoras estaban muy cansadas, dominadas por un malestar muy grande producido por la obscuridad de aquellos lugares y por haber oído tantas historias de muertos, y se empeñaron en subir. Aparte de esto las delgadas velillas estaban acabándose y todos experimentaron como un deslumbramiento cuando llegaron á lo alto y se detuvieron ante la tiendecita de objetos piadosos. La señora joven, compró un pisa-papeles, un pedazo de mármol en el que estaba grabado el pez, el símbolo de Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador de los hombres.

La tarde de aquel mismo día tuvo empeño Pedro en visitar la basílica de San Pedro. Hasta entonces no conocía más que la grandiosa plaza que había atravesado en coche, viendo su obelisco, sus dos fuentes en el gran cuadro de la columnata de Bernin, esa cuadruple hilera de columnas y de pilastras que hace á la plaza como una cintura de monumental majestad. En el fondo se eleva la basílica, encogida y achaparrada por su fachada, pero llenando el cielo con su cúpula soberana.

Bajo el sol ardiente extendíanse pendientes empedradas, desiertas; sucedíanse los escalones bajos, carcomidos y blanqueados por el uso y Pedro entró. Eran las tres de la tarde, grandes haces de rayos luminosos caían desde las elevadas cuadradas ventanas, mientras que se celebraba una ceremonia, vísperas sin duda, que comenzaban en la capilla Clementina á la izquierda; pero no pudo oír, pues le impresionó nada más que la inmensidad de la nave. A pasos lentos, con los ojos al aire, recorrió aquellas desmesuradas distancias. Todo era grande desde la entrada: gigantescas pilas de agua bendita con sus ángeles regordetes como amorcillos; la nave central, la colosal bóveda redonda, adornada con artesonados; lo eran sobre todo en el crucero los cuatro pilares ciclópeos que sostienen la cúpula, como también los altares laterales que forman los brazos de la cruz y el ábside, cada uno de los cuales es por sí solo tan grande como una de nuestras iglesias. Le impresionaron también la pompa orgullosa, el fausto esplendente, aplastante; la cúpula que, semejante á un astro, resplandecía con tonos vivos y combinados de los mosaicos; el suntuoso solio, cuyos bronce se sacaron del Pan-

theon, y que corona el altar mayor erigido sobre la tumba misma de San Pedro, y desde cuyo altar baja la doble escalera de la Confesión, que iluminan las ochenta y siete lámparas continuamente encendidas; por último los mármoles, una profusión, una prodigalidad de ellos extraordinaria; de mármoles blancos, de mármoles de color, puestos de muestra, amontonados ¡ah! ¡Esos mármoles poderíamos decir que Bernin tuvo la locura lujosa; el espléndido enlosado en que todo el edificio se refleja; el revestimiento de los pilares adornados con medallones que representan papas y alternan con otros en que están grabadas la tiara y las llaves y que sostienen mofletudos ángeles; los muros cargados de atributos, entre los cuales se repite por todas partes la paloma de Inocencio X; los nichos con sus colosales estatuas de un gusto barroco; las tribunas y sus barandas, la balaustrada de la doble escalera de la Confesión, y los altares ricos y los sepulcros más ricos aún! Todo, la gran nave, las bajas, las laterales, el ábside, era de mármol, sudaban el mármol, resplandecían con la riqueza del mármol sin que se pudiese descubrir un rincón del tamaño de la palma de la mano que no estuviese cubierto y no hiciese la insolente ostentación del mármol. Y la Basílica triunfaba sin discusión, reconocida y admirada por ser la iglesia más grande y más opulenta del mundo, la enormidad en la magnificencia.

Pedro seguía andando, vagaba errante por las naves, mirando abrumado por todas partes y sin distinguir nada. Se detuvo un momento ante el San Pedro de bronce, de rígida y hierática postura sobre su gran zócalo de mármol. Algunos fieles se acercaban para besarle el pulgar del pie derecho, lo que hacían unos limpiándolo antes, y otros sin enjugarlo lo besaban, apoyaban la frente y después lo volvían á besar. Volvióse en seguida al altar lateral de la izquierda, el que formaba el brazo de la cruz, en el que se hallan los confesionarios y en los que hay constantemente presbíteros prontos á confesar en todas las lenguas mientras que otros esperan armados con una larga varita con la que golpean ligeramente en la cabeza á los fieles que se arrodillan ante ellos, y á los que, con ese golpecito, se conceden treinta días de indulgencias. Había, sin embargo,

poca concurrencia y los curas confesores pasaban el tiempo escribiendo ó leyendo, lo mismo que si dentro de los estrechos confesionarios estuviesen en su casa. Y volvió á encontrarse ante la confesión llamándole la atención las ochenta y siete lámparas tan brillantes como estrellas. El altar mayor, en el cual sólo puede officiar el papa, parecía tener una altanera melancolía de soledad bajo el florido y gigantesco solio de bronce, cuya mano de obra y dorado habían costado más de medio millón. Acordóse después de la ceremonia que se estaba celebrando en la capilla Clementina, y se asombró porque no oía absolutamente nada. Creyó que la habrían terminado y quiso asegurarse de ello, y entonces, á medida que se iba acercando, se apercibió de un soplo ligero, como una tocata de flauta que viniese de muy lejos. Esto fué aumentando y no se conoció que se trataba de órgano hasta que estuvo delante de la capilla. Rojas cortinas corridas delante de las ventanas tamizaban el sol y la capilla estaba enrojecida con una claridad de horno y llena de la sonoridad de una música grave; pero ¡cuánto se perdía, cuánto se reducía en la inmensidad de aquella nave hasta el extremo de que á sesenta pasos de la capilla no se oían ni las voces ni el sonoro resonar de los órganos!

Al entrar creyó Pedro que la iglesia estaba completamente vacía, inmensa y muerta; después se apercibió de la presencia de algunos seres, adivinados á lo lejos. Había allí gente, pero tan espaciada, tan contada, que aquello era como si no hubiese nadie. Los viajeros ansiosos se perdían allí fatigando sus piernas y llevando en la mano la guía. En medio de la gran nave un pintor con su caballete tomaba una vista del templo con tanta tranquilidad como si se hubiese hallado en un museo público. Desfiló en seguida todo un seminario francés, guiado por un prelado que les explicaba los monumentos; pero esas cincuenta, esas cien personas, no eran nada, apenas causaban aún más efecto en aquella extensión tan grande que el de unas cuantas hormigas negras extraviadas, buscando azoradas su camino. Y desde luego la sensación neta que experimentó fué la de que se hallaba en un gigantesco salón de gala, en una verdadera sala de pasos.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1005 MONTERREY, MEXICO

palacio de dimensiones desmesuradas. Las grandes manchas de luz que se proyectaban en el suelo, y que entraban por las cuadradas ventanas sin cristales de color, iluminabanlo todo con cegadora claridad y la atravesaban de parte á parte con su gloria. Allí no había ni un banco ni una silla, nada más se veía que un enlosado soberbio y desnudo hasta el infinito, un enlosado de museo, que hacía espejismos bajo la lluvia movediza de los haces de rayos de luz. No había ningún rincón para el recogimiento, ni un sitio con sombra y misterio para arrodillarse y rezar. Por todas partes la claridad viva, el deslumbramiento de una soberanía y de una suntuosidad de pleno día. Y á él le impresionó aquella sala de ópera, tan desierta, iluminada con tales fulgores de oro y de púrpura porque llegaba allí con el sobrecogimiento de nuestras catedrales góticas, en las que obscuras muchedumbres rezan y sollozan entre un bosque de pilares. ¡Y él que llevaba el dolorido recuerdo de la arquitectura y de la estatuaria expresiva y demacrada de la Edad Media, que toda es alma, se halló en medio de aquella majestad aparatosa, de una pompa enorme y vacía que era todo cuerpo! En vano buscó una pobre mujer arrodillada, un sér que tuviese fe ó sufriese y que en una media claridad pudorosa se abandonase á lo desconocido y hablase con la boca cerrada con lo invisible. Allí no había otra cosa más que el fatigoso ir y venir de los curiosos viajeros; el aire atareado de los prelados acompañando á los presbíteros jóvenes á las estaciones obligatorias; mientras tanto que continuaban las vísperas en la capilla de la izquierda sin que el ruido llegase á oídos de los que visitaban la iglesia más que como una onda confusa, el tañido de una campana colocada fuera y lejos y que bajase á través de las bóvedas.

Comprendió Pedro que allí estaba el espléndido esqueleto de un coloso monumental, cuya vida se iba retirando. Eran precisas para llenarlo y para animarlo con su alma verdadera, las magnificencias todas de las pompas religiosas. Se necesitaban allí los ochenta mil fieles que puede contener la nave, las grandes ceremonias pontificales, el esplendor de las fiestas de Navidad y de Pascua, desfiles y cortejos que desarrollasen el lujo sagrado, con decora-

ciones y escena de grande ópera. Evocó lo que sabía de la magnificencia de ayer: la basílica llena de bote en bote desbordándose de ella una multitud idólatra, el cortejo sobrehumano desfilando en medio de las frentes prosternadas; la cruz y la espada abriendo la marcha; los cardenales desfilando de dos en dos como dioses de pléyade, revestidos con roquete de encaje, con sotana y manto de moaré rojo y del que los caudatarios llevaban la larga collar; por último, el papa, como Júpiter todopoderoso, llevado en andas de rojo terciopelo, sentado en un sillón rojo y oro y vestido de blanco con capa pluvial de tisú de oro, la estola dorada y la tiara cubierta de pedrería de gran valor.

Los portadores de la «silla gestatoria» espléndidamente vestidos con sus túnicas rojas bordadas con seda. Los *flabelli* agitando por cima de la cabeza del pontífice único y soberano, los grandes abanicos de costosas plumas semejantes á los que en tiempos lejanos agitaron el aire ante los ídolos de la antigua Roma ¡y qué corte más espléndida, gloriosa y deslumbrante alrededor de la triunfal silla gestatorial! Figuraba allí toda la familia pontifical, la oleada de los prelados asistentes, patriarcas, arzobispos, obispos vestidos de oro y cubiertas las cabezas con áureas mitras; los camareros secretos participantes con sus trajes color violeta; los camareros de capa y espada participantes llevando el traje de terciopelo negro con gorguera y cadena de oro, y tras estos el inacabable séquito eclesiástico y laico, que necesita más de cien páginas de la *Jerarquía* para ser enumerado; los protonotarios, los capellanes, los prelados de todas clases y grados, sin contar con la casa militar; los gendarmes con gorra de pelo; los guardias suizos con coraza de plata y calzas rayadas de amarillo, negro y rojo; los guardias nobles soberbios con su lujosa vestimenta, sus altas botas, su calzón de piel blanca, levita bordada de oro y las sardinetas, cordones y casco de oro.

Pero desde que Roma era capital de Italia, las puertas no se abrían de par en par, si no que por el contrario, las cerraban con celoso cuidado; y en las contadas ocasiones en que bajaba el papa á oficiar, á mostrarse como el su-

premo elegido, Dios encarnado sobre la tierra, la basílica no se llenaba más que de convidados que, para entrar, tenían que presentar la esquila de invitación. Aquello ya no era el pueblo, los cincuenta, los sesenta mil cristianos corriendo, agolpándose, amontonándose al azar de la oleada; era la elección, la concurrencia amiga, escogida para solemnidades particulares y á puerta cerrada, y hasta en aquellos casos en que se llegaban á reunir algunos millares, no había más que un público limitado, convidado al espectáculo de un concierto monstruo.

Y cada vez más, y á medida que recorría ese museo frío y majestuoso, en medio del brillo duro de los mármoles, estaba Pedro penetrado de la sensación de que se hallaba en un templo pagano, levantado al dios de la pompa y de la luz. Un templo de la Roma antigua hubiera sido enteramente igual, con las paredes revestidas con los mismos mármoles policromos, iguales preciosas columnas é idénticas bóvedas con dorados artesonados. Esa misma sensación debía experimentarla con mayor intensidad al visitar las otras basílicas que iban á concluir por hacer que conociese la verdad indiscutible. Fué al principio la iglesia cristiana instalándose con toda audacia y tranquilidad en el templo pagano: San Lorenzo *in Miranda*, que se instaló como en su casa en el templo de Antonino y de Faustino, del que conservó el lujoso pórtico de mármol cipolino y el hermoso cornisamiento de mármol blanco; ó bien la iglesia cristiana que retoñaba de un tronco caído, del antiguo edificio destruido, como el San Clemente actual, por ejemplo, bajo el que hay siglos de creencias contrarias estratificadas, un monumento muy antiguo del tiempo de la república, otro de la época del imperio, en el que se reconoció recientemente un templo de Mithra, en fin, una basílica de la primitiva fe. Seguía en seguida la iglesia cristiana, como Santa Ana del Campo, construyéndose bajo el mismo modelo de la basílica civil de los romanos, del tribunal y de la bolsa que acompañan á todo Foro, y era más que nada la iglesia cristiana construída con los materiales sacados de los templos paganos en ruinas; las dieciséis columnas de esa misma Santa Ana, de distintos mármoles y cogidas indudablemente en diversos templos;

las veintiuna columnas de Santa María del Transfere, de todos los órdenes, arrancadas de los templos de Isis y Serapis, y en cuyos capiteles consérvanse aún por cierto las figuras con que se las adornaron; las treinta y seis columnas de Santa María la Mayor, de orden jónico, procedentes del templo de Juno Lucinia; las veintidos columnas de Santa María de Araceli, todas de materias distintas, lo mismo que es desigual su procedencia, dimensión y trabajo, y que la leyenda quiere que algunas hayan sido quitadas al mismo Júpiter, al templo de Júpiter Capitolino que se elevaba en el mismo sitio en la sagrada cima. Aun hoy los templos de la rica época imperial renacen en las basílicas suntuosas, en San Juan de Letrán y en San Pablo de fuera de los muros.

La basílica de San Juan de Letrán, madre y cabeza de todas las iglesias, desenvolviendo sus cinco naves, divididas por cuatro hileras de columnas, alineando sus doce estatuas de los Apóstoles, como un doble alineamiento de dioses conduciendo al maestro de los dioses, prodigando los bajo relieves, los frisos y las cornisas ¿no era el palacio de honor de una divinidad pagana cuyo opulento reinado pertenecía á este mundo? Y, en San Pedro sobre todo, tal y conforme lo han terminado con sus esplendores de los mármoles nuevos ¿no se encuentra la mansión de los Inmortales del Olimpo, el templo tipo, la majestuosa columnata bajo el techo plano, con dorados artesonados, el pavimento de mármol de una belleza de materiales y de trabajo incomparables, las pilastras con los zócalos violeta y los capiteles blancos, el cornisamiento blanco con friso violeta y por todas partes la combinación de esos dos colores de una armonía divinamente carnal, que hacía pensar en los cuerpos soberanos de las grandes diosas bañadas por la aurora?

En ninguna parte, ni más ni menos que en San Pedro, no había ni un rincón de sombra, ni un rincón misterioso, abriéndose sobre lo invisible. Y al menos San Pedro seguía siendo el monstruo por su derecho de coloso, grande entre los más grandes, testimonio desmesurado de lo que puede la locura de lo enorme cuando el orgullo humano sueña en alojar á Dios, á fuerza de derrochar millo-

nes, en una mansión de piedras, demasiado grande y demasiado opulenta en la que el hombre triunfa en su nombre.

Era pues á ese coloso de la opulencia á donde había ido á parar después de muchos siglos el fervor de la fe primitiva. Allí se veía una muestra de esa savia romana que retofió en monumentos poco razonables, exagerados. Parece que los amos absolutos que sucesivamente han reinado, aportaron con ellos esa pasión de la construcción ciclópea y la implantaron en la tierra en que crecieron porque se la han transmitido sin traba, de generación en generación.

Es una vegetación continua de la vanidad humana, la necesidad de inscribir su nombre en un muro, de dejar tras sí, después de haber sido el amo de la tierra, una huella indestructible, la huella tangible de toda esa gloria de un día, el edificio eterno de bronce y de mármol que dará testimonio de todo, hasta el fin de las edades. En el fondo no hay en todo esto más que el espíritu de conquista, la orgullosa ambición de la raza, siempre deseando dominar al mundo, y cuando todo se ha derrumbado, cuando una nueva sociedad renace de las ruinas y se puede creer que curó del orgullo, impregnándose de humildad se comete un error, porque en sus venas tiene la sangre vieja, cede de nuevo á la insensata insolente locura de los antepasados, presa de toda la violencia de la herencia, en cuanto se hace grande y fuerte.

No hay un solo papa ilustre que no haya querido construir, que no haya reanudado la tradición de los Césares, eternizando su reinado sobre la tierra, haciéndose levantar templos á su muerte para pasar al rango de los dioses. Estalla el mismo deseo de inmortalidad y existe la lucha de quién será el que deje el monumento más grande, más sólido y magnífico, y es tan aguda la enfermedad que, aquellos que, menos afortunados, no han podido construir y se han tenido que limitar á reparar, se han apresurado á transmitir á la posteridad la memoria de sus modestos trabajos, mandando colocar lujosas lápidas de mármol en las que se graban pomposas inscripciones; de ahí el continuo hallazgo de esas placas y el que no haya ni una pared

reforzada sin que un papa no la haya fimbreado con sus armas, ni una ruina restaurada, ni un palacio arreglado, ni una fuente limpiada, sin que el papa reinante no firme la obra con su título romano de Pontífice Máximo.

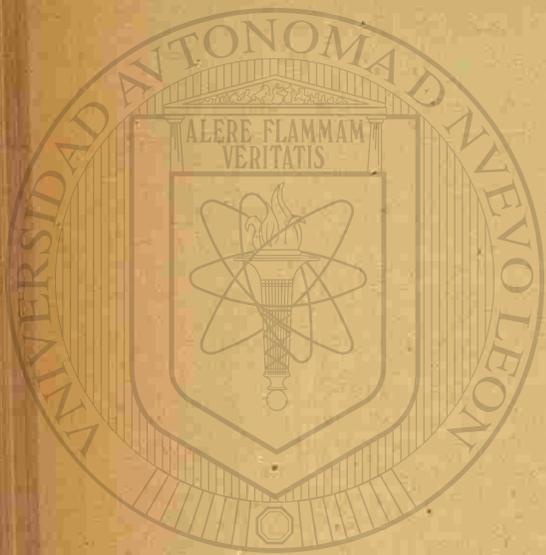
Es esto con una frecuencia grande, un involuntario derroche, la florescencia fatal de ese terreno formado desde hace dos mil años por escombros. Los monumentos surgen sin cesar de ese polvo de monumentos. Y se pregunta uno si Roma ha sido jamás cristiana dada esa perversión con que el antiguo suelo romano ha contaminado en seguida la doctrina de Jesús con esa voluntad de dominación, con ese deseo de la gloria terrestre que constituyeron el triunfo del catolicismo, con desprecio de los humildes y los puros, de los fraternales y de los sencillos del cristianismo primitivo.

Entonces, de pronto, y á impulsos de brusca iluminación, vió Pedro resplandecer la verdad y resumirse en él, en el momento en que, por segunda vez, daba la vuelta á la basílica inmensa, admirando las tumbas de los papas. ¡Ah! ¡Esas tumbas! Allí abajo en el campo raso, bajo el pleno sol, en las dos lindes de la Vía Appia, que era algo como la entrada triunfal de Roma que conducía al extranjero al Palatino augusto, ceñido con una diadema, se elevaban las gigantescas tumbas de los poderosos y los ricos, de un esplendor de arte, de sin igual magnificencia, que eternizaban en el mármol el orgullo y la pompa de una raza fuerte y dominadora del mundo. Cerca de esas tumbas, en el fondo de la tierra, en plena noche discreta, en miserables agujeros de topo, ocultábanse otras sepulturas, las de los pequeños, de los pobres, de los humildes y de los que sufren, tumbas sin arte ni riqueza, y cuya humildad decía claramente que un soplo de ternura y de fraternidad pasó por allí; que un hombre vino á predicar la fraternidad y el amor, el abandono de los bienes de esta vida por las bienaventuranzas de la vida futura confiando á la nueva tierra la buena semilla de su Evangelio, sembrando la nueva humanidad que iba á transformar el mundo. Y he aquí que de esa semilla hundida en el suelo durante los siglos; he aquí que de esas tumbas tan humildes, tan desconocidas, en las que los mártires dormían dulce

eterno sueño, esperando el glorioso despertar, nacieron otras tumbas tan gigantescas y fastuosas con las antiguas y destruidas de los idólatras, elevando sus mármoles entre los esplendores paganos de un templo, dando muestras del mismo orgullo sobrehumano, de la misma desmedida y loca pasión de la dominación universal. En el Renacimiento volvióse Roma pagana; la vieja sangre imperial vuelve á subir y arrastra al cristianismo bajo el ataque más rudo que haya podido sufrir nunca. ¡Ah! ¡Esas tumbas de los papas en San Pedro, con su glorificación insolente, con su enormidad carnal y lujosa, desafiando la muerte y colocando la inmortalidad sobre la tierra! Son papas de bronce desmesurados, son figuras alegóricas, ángeles equívocos, hermosos como muchachas, mujeres deseables con gargantas, pechos y caderas de diosas. Pablo III está sentado sobre elevado pedestal y teniendo á la Justicia y la Prudencia medio echadas á sus pies; Urbano VIII está entre la Prudencia y la Religión; Inocente XI entre la Religión y la Justicia; Inocente XII entre la Justicia y la Caridad; Gregorio VIII entre la Religión y la Fuerza; Alejandro VII de rodillas, acompañado de la Prudencia y de la Justicia, tiene delante á la Caridad y á la Verdad y un esqueleto que se levanta mostrando un reloj de arena vacío. Arrodillado también triunfa Clemente XIII encima de un sarcófago monumental en el que se apoya la Religión sosteniendo la cruz, mientras que el genio de la Muerte, que se halla en el ángulo de la derecha, tiene á sus pies dos leones enormes símbolo de la supremacía. El bronce revela la eternidad de las figuras; los mármoles blancos muestran bellas opulentas carnes y los de color se envuelven en ricos paños notables por su plegado, elevándose los monumentos en plena apoteosis bajo la luz viva y dorada de las inmensas naves.

Y Pedro pasó del uno al otro y continuó andando á través de la Basílica llena de luz, soberbia y desierta. Sí, esas tumbas de imperial ostentación, se unían con aquellas otras de la Vía Appia. Era con seguridad Roma, la tierra de Roma, esa tierra en la que el orgullo y la dominación crecían como la hierba en el campo, que hizo del humilde cristianismo primitivo el catolicismo victorioso, aliado de

los ricos y de los poderosos, gigantesca máquina de la gobernación preparada para la conquista de los pueblos. Los papas se despertaron césares. Y la lejana herencia obraba, la sangre de Augusto había brotado otra vez, corriendo por sus venas y abrasándoles el cráneo con desmesuradas ambiciones. Sólo fué Augusto el que realizó el imperio del mundo, siendo á la vez emperador y gran pontífice, dueño de los cuerpos y de las almas. De ahí el eterno sueño de los papas, desesperados al no poder obtener más que el poder espiritual, obstinándose en no ceder nada del temporal con la esperanza secular, jamás abandonada, de que ese sueño, realizándose aún, hará del Vaticano otro Palatino, desde el que ellos reinarán como déspotas absolutos sobre las naciones conquistadas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL

VI

Hacia quince días que Pedro estaba en Roma y el asunto para el cual había ido allí, la defensa de su libro, no adelantaba nada. Dominábale aún el ardiente deseo de ver al papa, sin prever ni cómo ni cuándo lo satisfaría, en medio de continuos retrasos y con el miedo que monseñor Nani le había inspirado al aconsejarle que no diese ningún paso imprudente. Comprendiendo que su permanencia se podía prolongar indefinidamente, se decidió á ir á que avisasen sus licencias de celebrar en el Vicariato, y todas las mañanas decía su misa en Santa Brígida, en la iglesia de la plaza de Farnesio, en donde fué objeto de una benévola acogida por parte del abate Pisoni, antiguo confesor de Benedetta.

Aquel lunes decidió bajar muy temprano á la recepción íntima de *donna* Serafina, con la esperanza de adquirir alguna noticia y de apresurar su asunto. Tal vez monseñor Nani se hallaría allí ó bien tendría la suerte de encontrar algún cardenal ó prelado que le ayudasen. En vano había tratado de utilizar á *don* Vigilio ó al menos de conseguir que le diese algunas noticias ciertas. Como dominado por el miedo y la desconfianza, después de haberse mostrado muy servicial, el secretario del cardenal Bocca-nera parecía querer evitar su encuentro, ó se ocultaba de

cido á no tomar parte en una aventura seguramente poco clara y peligrosa. A parte de esto, desde la antevíspera, era víctima de un tremendo acceso de calentura que le obligaba á permanecer en su cuarto.

Y no quedaba para alentar y animar á Pedro, más que Victorina Bosquet, la antigua camarera ascendida al rango de ama de gobierno, la hauceron, que conservaba su corazón francés á pesar de llevar viviendo treinta años en esa Roma que no conocía; le hablaba de Anneau, como si lo hubiese abandonado la víspera; pero aquel día no conservaba nada de su alegría vivaracha, de su acostumbrada viveza y cuando se enteró de que Pedro pensaba bajar por la noche á saludar á sus amas, meneó la cabeza.

—¡Ah! Dudó mucho de que las encontréis muy satisfechas... Mi pobre Benedetta tiene grandes penas; parece que su pleito de divorcio no va muy bien.

Todo Roma hablaba de aquel asunto y era un reextrano de hablillas que emocionaban á la sociedad negra y á la blanca; por esto Victorina no tenía que andarse con inútiles discreciones, sobre todo tratándose de un compatriota. En respuesta al escrito presentado por el abogado consistorial Morano, que apoyándose en testimonios y en pruebas escritas, demostraba que el matrimonio no se había podido consumir á consecuencia de la impotencia del marido, monseñor Palma, teólogo, nombrado por la Congregación del Concilio como defensor del matrimonio, acababa de presentar á su vez un escrito tremendo de réplica. Desde luego ponía en duda el estado de virginidad de la demandante, discutiendo los términos científicos del certificado de las dos comadronas, y exigía un reconocimiento más concienzudo practicado por dos médicos, formalidad ante la que retrocedió el pudor de Benedetta. En apoyo de su tesis, citaba casos fisiológicos perfectamente comprobados en que se probaba que había habido jóvenes que tuvieron comercio con hombres, sin que por eso apareciesen desfloradas. Sacaba un gran partido del escrito presentado por el conde Prada, el que, con mucha sinceridad, vacilaba antes de declarar si el casamiento se había consumado ó no de tal manera se resistió la condesa; desde luego él imaginó que el acto se había llevado á cabo hasta el

fin, y en sus condiciones normales; pero, después de meditarlo, no se atrevía á afirmarlo y llegaba á admitir que cediendo á la violencia de su deseo había podido ilusionarse con una posesión incompleta. Y monseñor Palma, hacia hincapie en esa duda, la agravaba con cuantos sutiles argumentos permitía tan delicada materia y llegaba hasta el extremo de volver contra la esposa violentada la declaración de una doncella, presentada como testigo por la condesa, y que había oído el ruido de la lucha, y afirmaba que su señor y su señora, á consecuencia de lo ocurrido esa primera noche, habían dispuesto después siempre cama aparte. En seguida el argumento decisivo del escrito era, que aun cuando la demandante presentaba una prueba completa de su virginidad, no por eso sería menos cierta su sola negativa, con la que impedía se hubiese consumado el matrimonio, siendo la condición primera y esencial de éste, la obediencia de la esposa. Y por último, á consecuencia de un cuarto escrito, el del relator en que éste discutía y analizaba los tres anteriores, la congregación votó acordando la anulación del matrimonio, pero tan solo por un voto de mayoría, solución tan precaria que, sin esperar y haciendo uso de su derecho, monseñor Palma, se apresuró á pedir un suplemento de información, lo que ponía en tela de juicio todo lo actuado hasta entonces, y hacia necesaria una nueva votación.

—¡Ah! ¡Pobre *contessina* mía!—exclamó Victorina.—Se morirá de pena, porque esa querida niña se abrasa á fuego lento bajo su aparente tranquilidad... Parece que ese monseñor Palma es el amo de la situación, y que puede hacer durar el pleito cuanto se le antoje. Con eso habrá que gastar mucho dinero además del que se consumió ya. Al abate Pisoni, al que ahora ya conocéis, se le ocurrió una buena idea el día que pensó en este casamiento, y no es para hablar mal de la memoria de mi buena ama, la condesa Ernesta, que era una santa, pero hizo con seguridad la desdicha de su hija cuando la entregó al conde Prada.

Interrumpióse, y después, dejándose llevar por el espíritu de justicia innato en ella, añadió.

—Y la verdad es que el conde Prada tiene razón al no

estar contento... Por todas partes se burlan de él... Pues bien, sabed que eso, no me impide decir que mi Benedetta se anda con demasiados remilgos. Si eso sólo dependiese de mí, esta misma noche tendríais á su Darío en su cuarto, puesto que le tiene tanto cariño, que se aman desde hace tanto tiempo y se quieren tanto... ¡Sí, á fe mía! ¡Sin cura y sin alcalde! Nada más que por la alegría de ser jóvenes, hermosos y gozar juntos de la dicha. ¡La dicha, Dios mío, la dicha que es tan rara!

Y observando que Pedro la miraba con sorpresa, se echó á reír con su risa sana, franca, con ese tranquilo equilibrio del pueblo bajo de Francia, que no cree apenas más que en una vida venturosa llevada honradamente.

Después de esto, y de una manera más discreta, lamentó otro disgusto que tenían en la casa, una consecuencia más de ese malhadado pleito de divorcio. Había habido un choque entre *donna* Serafina y el abogado Morano, muy resentido á consecuencia del semifracaso que sufriera el escrito por él presentado á la Congregación, y acusaba al padre Lorenzo, confesor de la tía y la sobrina, de haberlas aconsejado incoasen un pleito muy enojoso en que no habría más que escándalo para todos. Y no se volvió á presentar en el palacio Boccanera; aquella era la ruptura de unas relaciones de treinta años, de que se enteraron con asombro en todos los salones de Roma, que no aprobaban lo hecho por Morano. *Donna* Serafina estaba mucho más resentida, porque sospechaba que había buscado esa querrela y la abandonaba por una causa muy distinta, por un brusco deseo inconfesable, criminal en un hombre de su posición y de su piedad, por la pasión que le había inspirado y atizado en él, una burguesa joven, una intrigante.

Cuando Pedro, por la noche entró en aquel salón, tapizado de brocatel amarillo, con grandes flores estilo Luis XIV, se convenció de que, en efecto, reinaba allí una gran melancolía bajo la claridad más opaca de las lámparas, cuya luz velaban pantallas de encaje. No estaban allí más que Benedetta y Celia, sentadas en un sofá y hablando con Darío, mientras que el cardenal Sarno, embutido en el fondo de un sillón, escuchaba sin decir una palabra la charla inagotable de la parienta que todos los lunes acom-

pañaba á la princesita. *Donna* Serafina estaba sola en su sitio acostumbrado, al lado derecho de la chimenea, dominada por la secreta rabia de ver que el sitio de la derecha, que durante treinta años de fidelidad ocupara Morano, estaba vacío. Y para Pedro, no pasó desapercibida la mirada, primero ansiosa y después desesperada, con que acogió su llegada, pues acechaba la puerta esperando aún sin duda al fugitivo. Por otra parte, permanecía muy derecha y orgullosa con su talle fino, más apretado que nunca dentro del corsé, con su faz dura de solterona, su cabello blanco como la nieve y las cejas muy negras.

Después de presentarle sus respetos, manifestó Pedro su inquietud preguntando si no habían visto á monseñor Nani aquella noche, á lo que *donna* Serafina se apresuró á contestar:

—¡Oh! ¡Monseñor Nani nos abandona como los demás! Cuando se necesita á las personas, es cuando éstas desaparecen.

Guardaba cierto rencor al prelado porque había recomendado poco eficazmente el asunto del divorcio después de haber prometido mucho. Sin duda, como sucedía siempre, bajo su aparente y extremada benevolencia llena de caricias, se ocultaba algún otro proyecto propio suyo. Pronto, sin embargo, la pesó la confesión que la cólera la arrancara, y añadió:

—Tal vez venga ¡es tan bueno y nos quiere tanto!

A pesar de la vivacidad de su sangre quería ser política para vencer á la adversidad. Su hermano, el cardenal, había manifestado cuánto le irritaba la actitud de la Congregación del Concilio, porque no dudaba que la fría acogida que obtuvo la demanda de su sobrina se debiese en parte al deseo que tenían algunos cardenales, colegas suyos, de hacer algo que le fuese desagradable. Deseaba también el divorcio, único medio de perpetuar la continuación de la raza, puesto que Darío se mostraba muy reacio á casarse con otra que no fuese su prima. Y aquello era un concurso de desastres, toda la familia herida, él lastimado en su orgullo, su hermana compartiendo ese sufrimiento y ofendida además de rechazo en su corazón y los dos enamorados desesperados al ver que tenían que aplazar una vez más sus esperanzas.

Al acercarse, Pedro, al sofá, en que sentados hablaban los jóvenes, oyó que se ocupaban, en voz baja, de la catástrofe.

—¿A qué desalentaros?—decía Celia.—En resumen; la anulación del matrimonio está acordada aunque sólo sea por un voto de mayoría... El pleito está aplazado; esto no es más que un retraso.

Pero Benedetta meneó la cabeza.

—¡No! ¡no! Si monseñor Palma se empeña, Su Santidad no dará nunca su aprobación. Esto ha terminado.

—¡Ah! ¡Si fuese rico, muy rico!—murmuró Dartó con un aire de convencimiento que no hizo sonreír á nadie. En voz baja y encarándose con su prima, dijo:

—Es preciso que te hable; no podemos vivir de esta manera.

Y ella respondió de la misma manera con voz tenue, como un soplo:

—Baja mañana á las cuatro de la tarde. Estaré sola aquí.

La velada se eternizó en seguida. A Pedro le conmovió sobremanera el aspecto de abatimiento que tenía Benedetta, tan tranquila y razonable de costumbre. Sus ojos profundos, en su rostro puro, y de una delicadeza de niña, estaban como turbados por las lágrimas. Experimentaba ya por ella verdadera ternura al verla siempre con un humor tan igual, un poco indolente, ocultando bajo aquella apariencia de gran prudencia, la pasión de su alma de fuego. Trataba sin embargo de sonreír, escuchando las alegres confidencias de Celia, cuyos amores marchaban mejor que los suyos. No hubo más que un momento de conversación general, cuando la anciana parienta de la princesita, levantando la voz, habló de la actitud indigna de la prensa italiana para con el Santo Padre. Nunca, al parecer, habían sido tan malas las relaciones entre el Vaticano y el Quirinal.

El cardenal Sarno, tan mudo por lo general, anunció que, con motivo de las sacrílegas fiestas del 20 de Septiembre celebrando la toma de Roma, el papa pensaba escribir una carta protesta dirigida á todos los Estados cristianos, cómplices del hecho por su indiferencia.

—¡Intentar unir al papa y al rey!—exclamó *donna Serafina* con acento amargo, haciendo alusión al deplorable casamiento de su sobrina.

Parecía fuera de sí; era muy tarde ya y no esperaban ni á monseñor Nani ni á nadie. Oyóse no obstante, inesperado ruido de pasos; ilumináronse los ojos de la solterona que miró con ansia ardiente hacia la puerta, y experimentó la última decepción al ver entrar á Narciso Habert que se acercó á ella para rogarla le dispensase su tardía visita. Su tío por alianza, el cardenal Sarno, le había presentado en aquel salón tan poco concurrido, en el que era bien recibido á causa de sus ideas religiosas que se decía eran intransigentes.

Aquella noche, á pesar de lo avanzado de la hora, no había ido más que para hallar á Pedro al que tardó muy poco en llevarse á un lado.

—Estaba seguro de encontraros aquí,—dijo.—Hace poco he podido ver á mi primo, á monseñor Gamba del Zoppo, y tengo que daros una buena noticia... Mañana por la mañana nos recibirá á eso de las once en las habitaciones que ocupa en el Vaticano.

Y bajando aún más la voz, añadió:

—Creo que hará lo posible para que veáis al Santo Padre... En fin, me parece cosa segura lo de la audiencia.

Tuvo una alegría muy grande Pedro al oír hablar de esa certidumbre que le llegaba en medio de la tristeza del salón en el que, desde hacía dos horas se apenaba y casi se entregaba á la desesperación.

¡Al cabo iba á obtener una solución! Después de estrechar la mano á Dartó, saludó Narciso á Benedetta y á Celia, y se acercó á su tío el cardenal que, al verse libre de la anciana parienta de Celia, se decidía á hablar, pero se limitó á hacerlo ocupándose de su salud, del tiempo que hacía, de las anécdotas insignificantes que le habían contado sin aventurar jamás ni una sola palabra acerca de los mil asuntos interesantes y complicados de que se ocupaba en la Propaganda. Era fuera de su despacho de viejo en donde descansaba del cuidado de gobernar la tierra, y lo hacía aparentando medianía y deseos de pasar desapercibido.

[ Todo el mundo se puso en pie y se despidió.

—No os olvidéis,—dijo Narciso á Pedro,—de que mañana á las diez me encontraréis en la capilla Sixtina. Y mientras llega la hora de la cita me encontraréis dispuesto á enseñaros los Boticelli.

A las nueve y media del siguiente día, Pedro que había hecho á pie la caminata, se encontraba en la vasta plaza y antes de dirigirse hacia la izquierda, hacia la puerta de bronce en el ángulo de la columnata, levantó la cabeza y se detuvo algunos minutos para contemplar el Vaticano. Nada le pareció tan poco monumental como aquel amontonamiento de construcciones crecidas á la sombra de la cúpula de San Pedro, sin orden arquitectónico alguno, ni regularidad de ninguna clase. Los techos se sobreponían, las fachadas se extendían largas y planas al capricho de las alas añadidas ó aumentadas de piso. Los tres lados del patio de San Dámaso, simétricos, eran los únicos que aparecían por cima de la columnata, con los grandes cristales de colores de las antiguas lógias, cerradas hoy día, que los hacían asemejarse á tres inmensos cuerpos de un invernadero, brillando al sol con tono rojizo de la piedra. Allí estaba el más hermoso palacio de la tierra, el más vasto, con sus once mil salas (1) y el que contiene las más admirables obras maestras del genio humano. En su desilusión Pedro no se interesó más que por la fachada de la derecha, que da sobre la plaza y en la que sabía se hallaban las ventanas de las habitaciones particulares del papa en las del segundo piso.

Contempló largo rato aquellas ventanas de las que le

(1) Bonanni, en su *Templi Vaticani Historia*, pretende que el Vaticano contiene, comprendiendo los subterráneos, trece mil habitaciones. Es el Capitolio de la Roma moderna y más bien que un palacio es una reunión de ellos, y de edificios irregulares en los cuales trabajaron los arquitectos más célebres, como Bouronnati, Ligorio, Fontana, Bernini y otros. Tiene tres pisos, encierra infinidad de salas, galerías, capillas, corredores, una biblioteca, un museo inmenso, un jardín. Tiene ocho patios, ocho escaleras de honor y doscientas de servicio. Lo que falta á todo ese conjunto, es una fachada regular, pues por el lado en que tiene la entrada lo oculta la columnata de San Pedro.—(N. del T.)

habían dicho que la quinta de la derecha era la del dormitorio y en la que hasta hora muy avanzada de la noche se veía arder una lámpara.

¿Qué había tras aquella puerta de bronce que veía allí, delante de él y que era el dintel sagrado, la comunicación entre todos los reinos de la tierra y el reino de Dios, cuyo augusto representante estaba encerrado tras aquellas mudas y elevadas murallas?

Las examinaba de lejos con sus cuarterones de metal adornados con gruesos clavos de cuadrada cabeza y se preguntaba qué era lo que defendían, lo que ocultaban, lo que muraba con su aspecto rudo de antigua puerta de fortaleza.

¿Qué mundo iba á encontrar detrás? ¿Qué tesoro de caridad humana conservado celosamente entre la sombra? ¿Qué esperanza de resurrección para los pueblos nuevos, ávidos de fraternidad y de justicia? Le complacía aquel ensueño; el pastor único y sagrado velando en el fondo de aquel palacio cerrado, preparando el reinado de Jesús, mientras que se desplomaban las viejas podridas civilizaciones y en vísperas, al fin, de proclamar ese reinado, formando con nuestras democracias la gran comunidad cristiana que el Salvador había prometido. Era el porvenir lo que se elaboraba tras aquella puerta de bronce, y el porvenir lo que de allí saldría.

Pedro experimentó de pronto la brusca sorpresa de encontrarse cara á cara con monseñor Nani, que precisamente en aquel instante salía del Vaticano, para dirigirse á pie á dos pasos de allí, al palacio del Santo Oficio, en el que, por su calidad de asesor, tenía habitación.

—¡Ah! ¡Qué dichoso soy monseñor! Mi amigo, el señor Habert, me va á presentar á su primo, á monseñor Gamba de Zoppo y creo que por fin voy á obtener esa audiencia por mí tan deseada.

Con aire amable y fino, sonreíase monseñor Nani.

—Sí, sí, ya lo sé,—dijo.

Se contuvo y añadió:

—Estoy satisfecho como vos, hijo mío, y únicamente os recomiendo que seáis prudente.

Temiendo empero, que su confesión no hubiese hecho

comprender al presbítero que salía de ver á monseñor Gamba del Zoppo, al prelado más fácil de asustar de toda la discreta familia pontifical, contó que desde por la mañana andaba haciendo diligencias en obsequio de dos señoras francesas que también deseaban ver al papa, y que tenían grandes temores de no conseguirlo.

—Os confesaré, monseñor, que empezaba á desalentarme; si ya era tiempo de que repusiese un poco mi ánimo decaído; porque mi permanencia aquí no es la más á propósito para que mi alma recobre la tranquilidad.

Continuó y dejó traslucir cuánto acababa Roma de quebrantar su fe. De aquellos días, el que pasara en el Palatino y en la vía Appia, después el que pasó en las Catacumbas y San Pedro, no habían sido buenos más que para echar á perder su sueño de un cristianismo rejuvenecido y triunfante. Salía de esos lugares dominado por la duda, invadido por un principio de cansancio, habiendo perdido algo de su entusiasmo siempre pronto á la rebelión.

Sin dejar de sonreír, escuchóle monseñor Nani, aprobando con ligeros movimientos de cabeza. Evidentemente aquello estaba muy bien y las cosas debían suceder de esa manera. Parecía que lo había previsto todo y que estaba satisfecho.

—En fin, hijo mío, que todo marcha bien desde el momento en que tenéis la seguridad de ver al Santo Padre.

—Es verdad, monseñor, y puse mi única esperanza en el muy justo y clarividente León XIII. Sólo él puede juzgarme, pues en mi libro él sólo reconocerá su pensamiento, que, con mucha fidelidad creo haber reproducido. ¡Ah! ¡Si quiere, en nombre de Jesús, con la democracia y con la ciencia salvará el mundo antiguo!

El entusiasmo se apoderaba otra vez de él y Nani, cada vez más afable con su mirada penetrante y sus delgados labios, aprobó de nuevo.

—Eso está muy bien, hijo mío, ya hablaréis y veréis. Luego, y en el momento en que ambos levantaban la cabeza para mirar hacia el Vaticano, llevó su amarillez hasta desengañarle. No, la ventana en que todas las noches veían la luz, no era la del dormitorio del papa,

era sí, la de un descansillo de la escalera que estaba iluminada toda la noche con gas. La ventana del papa estaba más allá, había dos entremedio. Volviéronse á quedar silenciosos y siguieron contemplando la fachada, muy graves el uno y el otro.

—Pues bien, hasta la vista, hijo mío, me contaréis lo que resulte de vuestra entrevista ¿no es verdad?

En cuanto Pedro se quedó solo, franqueó la puerta de bronce, dándole tan fuertes latidos el corazón, como si entrase en el lugar sagrado y temible, en donde se elaboraba la dicha futura.

Había allí un cuerpo de guardia y un suizo hacía centinela, paseando lentamente, envuelto en un abrigo gris azul, que dejaba únicamente al descubierto sólo una parte pequeña de las calzas rayadas de negro, rojo y amarillo. Y parecía que habían arrojado aquel abrigo sobre un disfraz para disimular lo extraño del traje que se había hecho molesto. En seguida empezaba la escalera cubierta que conduce al patio de San Dámaso; pero para ir antes á la capilla Sixtina se necesitaba seguir la larga galería entre doble hilera de columnas y subir la escalera Real. Y Pedro, en aquel mundo gigante, en el que se exageraban todas las dimensiones con aplastante majestad, respiraba con esfuerzo al subir los anchos escalones.

Cuando entró en la capilla Sixtina, experimentó al principio una sorpresa. Le pareció pequeña, una especie de sala rectangular, muy elevada, con su fina balaustrada de mármol que la divide en los dos tercios, señalando la parte que han de ocupar los invitados en los días de gran ceremonia, y el coro, en el que los cardenales se sientan en sencillos bancos de encina, mientras que los prelados permanecen en pie y detrás de aquellos. El trono pontifical, colocado sobre un estrado hajo, está á la derecha y es de sóbria riqueza. En la izquierda se abre la estrecha *Loggia*, con balcón de mármol, destinada á los cantores. Y es preciso levantar la cabeza, es necesario que las miradas suban desde el inmenso fresco del Juicio Final, que llena por completo la pared del fondo, y contemplar las pinturas de la bóveda que bajan hasta la cornisa, entre las doce ventanas claras, seis de cada lado, para que se vea que,

bruscamente todo se agranda, se separa y vuela en pleno infinito.

No había allí afortunadamente más que unos cuantos viajeros curiosos que metían poca algazara y Pedro pudo ver en seguida á Narciso Habert, en uno de los bancos de los cardenales, encima del escalón en que se sientan los caudatarios. El joven, inmóvil, y con la cabeza echada atrás, parecía hallarse en éxtasis. Pero no era la obra de Miguel Angel la que contemplaba, si no que no separaba la vista de uno de los frescos de debajo de la cornisa y anterior á los otros, y cuando reconoció al presbítero se limitó á murmurar sin mover los ojos.

—¡Oh! ¡Ved, amigo mío, á Boticelli!

Y de nuevo volvió á caer en su embeleso.

Pedro, recibiendo un gran golpe en pleno cerebro y en pleno corazón, se sintió dominado de pronto por el genio sobrehumano de Miguel Angel. El resto desapareció y para él no hubo más allá arriba que como un cielo ilimitado y aquella extraordinaria creación del arte.

Lo inesperado al principio, lo que le asombró más fue que el pintor había aceptado la condición de ser el único artesano de su obra en que no le ayudaron ni marmolistas, bronceistas, ni doradores, ni oficial alguno de ningún oficio. El pintor con su pincel, se bastó para las pilastras, las columnas, las cornisas de mármol, para las estatuas y adornos de bronce, para los florones y rosetones de oro para toda aquella riqueza de ornamentación que servía de marco á los frescos. Y Pedro se imaginó la bóveda tal como se la entregaron un día al pintor, desnuda sin que hubiese más que blanco yeso en las paredes y en el techo y centenares de metros que pintar. Y le veía ante aquella página inmensa, no queriendo ayuda ninguna, echando de allí á los curiosos, encerrándose á solas con su gigantesca tarea, entregándose á ella celoso, violentamente pasando cuatro años y medio en una soledad esquivada con su pasto diario de coloso. ¡Ah! ¡Esa obra enorme, hecha para llenar una vida, esa obra que debió empezar con tranquila confianza en su voluntad y en su fuerza, todo un mundo sacado de su cerebro y arrojado allí con el empuje continuo de la virilidad creadora y en pleno florecimiento de toda su omnipotencia!

En seguida experimentó Pedro un sobrecogimiento cuando empezó el examen de aquella humanidad agrandada por el visionario, desbordándose en páginas de desmesurada síntesis, de ciclópeo simbolismo. Y semejantes á florecencias naturales resplandecían todas las bellezas, la gracia y la nobleza real, la paz y la dominación soberanas. Y la ciencia perfecta; los escorzos más violentos intentados con la certidumbre del éxito y la perpetua victoria técnica sobre las dificultades que las superficies curvas presentaban. Y sobre todo una ingenuidad increíble de medios; la materia reducida casi á nada, algunos colores empleados con largueza sin ningún efecto rebuscado de destreza ni de esplendor y esto bastaba y la sangre clamaba con ardor, los músculos se marcaban bajo la piel, las figuras se animaban y salían del cuadro con un arranque tan enérgico que una llama pasaba por allá arriba dando á aquel pueblo una vida sobrehumana, inmortal. La vida, esta; la vida era lo que allí resplandecía, triunfaba, una vida enorme y pululante; un milagro de vida realizado por una mano única, que llevaba en sí el supremo don, la sencillez en la fuerza.

Que han visto una filosofía; que hayan querido encontrar todo el destino, la creación del mundo, del hombre y de la mujer, la falta, el castigo, después la redención y en fin la justicia de Dios en el último día del mundo; no bastaba para que Pedro se detuviese, para que lo recordase en esa primera visita, dominado por el estupor maravilloso que le produjo semejante obra de arte. ¡Qué exaltación del cuerpo humano, de su belleza, de su poderío y de su gracia! ¡Ah! ¡Qué Jehová, viejo, de aspecto regio, terrible y paternal, arrastrado por el huracán de su creación, los brazos extendidos y creando mundos! ¡Qué Adán más soberbio, de líneas tan nobles y con la mano extendida al que Jehová anima con el dedo, pero sin tocarle, gesto admirable, espacio sagrado entre ese dedo del Creador, y el de la criatura, pequeño espacio en el que se encierra el infinito de lo invisible y del misterio! ¡Y aquella Eva poderosa y adorable, aquella Eva de robustas caderas, capaces de encerrar la futura humanidad, con la gracia orgullosa y tierna de mujer que quiere ser amada hasta la perdi-

ción, mujer toda, en una palabra, con su fecundidad, seducción é imperio! Después sucedía lo mismo con las cuatro figuras decorativas que sentadas en las pilastras, en las cuatro esquinas de los frisos, celebraban el triunfo de la carne; los veinte jóvenes, dichosos al verse desnudos, con un esplendor de torso y de miembros incomparable, con una intensidad tal de vida, que los arrastra una locura de movimiento, los dobla y echa hacia atrás con soberbias actitudes. Y entre las ventanas eran los gigantes los que llamaban la atención, los Profetas y las Sibilas, el hombre y la mujer convertidos en dioses; desmesurados en la fuerza de su musculatura, y en la grandeza de la expresión intelectual; Jeremías, con el codo apoyado en la rodilla, la barba descansando en la mano y reflexionando en el fondo mismo de la visión y del ensueño: La Sibila de Eritirea, con un perfil tan puro, tan joven, con su opulencia, y un dedo sobre el libro abierto del destino; Isafas, con su boca enérgica, acostumbrada á la verdad, hinchada bajo el carbón ardiente, altanero, la cabeza medio vuelta y levantando una mano en señal de mando: la Sibila de Cumas, aterradora, con su ciencia y su vejez, con su solidez de roca, su arrugado rostro, su nariz de ave de presa y su barba cuadrada que avanza y se obstina; Jonás, vomitado por la ballena, arrojado allí con un escorzo extraordinario, el torso retorcido, los brazos replegados, la cabeza inclinada, la boca abierta y voceando y los otros, todos los demás de la misma familia amplia y majestuosa, reinando con la soberanía de la eterna salud y de la eterna inteligencia, realizando el sueño de una humanidad indestructible, más alta, más fuerte. Aparte de esto en las cimbras de las ventanas, en los agujeros todos, figuras bellísimas con su fuerza y su gracia, naciendo, apresurándose y abundando; allí veíanse los antepasados de Cristo, las madres contemplando hermosísimos niños desnudos, los hombres fijando la mirada á lo lejos en el porvenir; la raza castigada, cansada, deseosa de la venida del Salvador prometido; mientras que en las conchas de los cuatro ángulos se evocaban vivientes escenas bíblicas, las victorias de Israel sobre el espíritu del mal. Y por último el colosal fresco de fondo, el del Juicio Final, con su pueblo hormigueando de

figuras que son tantas y tan numerosas que se necesitan días y más días para verlas, una multitud trastornada, arrastrada por un ardiente soplo de vida desde los muertos, á los que despiertan las trompetas de los ángeles del Apocalipsis, hasta á los réprobos á los que los demonios arrojan al infierno en racimos de seres aterrados; desde el Jesús Justiciero rodeado de apóstoles y de santos, hasta los elegidos, radiantes, que suben sostenidos por ángeles, mientras que más arriba, otros ángeles, llevando los emblemas de la Pasión, triunfan en plena gloria y sin embargo, encima de esa página gigantesca, pintada treinta años más tarde que el techo, y cuando el artista estaba en toda la madurez de su edad, las pinturas conservan su mérito, su innegable superioridad, porque allí era donde el artista había hecho su esfuerzo virgen, y dejado con su juventud, la llama primera de su genio.

Pedro no encontró más que una frase para calificarlo; Miguel Angel era el monstruo que lo dominaba y aplastaba todo. Y no había para qué ver, bajo la inmensidad de su obra, las obras de Perugino, Pinturichio, Rosselli, Signorelli y Boticelli, los frescos anteriores y admirables que se extendían debajo de la cornisa, y alrededor de la capilla. Narciso no había levantado la cabeza hacia el esplendor glorioso de la bóveda; sumido en su éxtasis no separaba la vista de las pinturas de Boticelli que tiene allí tres frescos. Al fin se decidió á hablar y lo hizo con voz semejante á un murmullo.

—¡Ah! ¡Boticelli! ¡Boticelli! ¡La elegancia y la gracia de la pasión que sufre! ¡El profundo sentimiento de la tristeza en la voluptuosidad! ¡Nuestra alma moderna adivinada y revelada con el encanto más penetrante que haya salido jamás de una creación de artista!

Contemplóle Pedro con asombro, y luego volvió á preguntarle.

—¿Y venís aquí para contemplar los frescos de Boticelli?

—Sí, por cierto,—respondió Narciso con mucha calma:—no vengo más que por él, durante algunas horas todas las semanas y no contemplo absolutamente nada más que sus obras. ¡Mirad! Fijáos en ese pasaje. «Moisés y las hijas

de Jethro. ¿No es eso lo más penetrante que han producido la ternura y la melancolía humanas?

Y con un leve temblor devoto en la voz, continuó hablando con el tono del sacerdote que penetra en el estremecimiento delicioso é inquietante del Santuario. ¡Ah! ¡Boticelli! ¡Boticelli! ¡Las mujeres de Boticelli! Con su larga faz, sensual y á la par cándida, con un vientre un tanto pronunciado bajo los finos paños, con su manera de andar, alta, esbelta, volante y de la que participa todo el cuerpo. ¡Los jóvenes y los ángeles de Boticelli tan reales, tan hermosos como mujeres, de un sexo equívoco, en la cual se mezcla la sabia solidez de los músculos á la infinita delicadeza de los contornos y todos empujados por la llama del deseo de la que se lleva la quemadura! ¡Ah! ¡Y las bocas de Botceilli, esas bocas carnales, duras como frutos, irónicas y dolorosas, enigmáticas con sus pliegues sinuosos y sin que se pueda saber si ocultan purezas ó abominaciones! Los ojos de Boticelli, esos ojos de languidez, de un dolor tan profundo en medio de su alegría, que no los hay en el mundo más insondables y abiertos sobre el vacío humano. ¡Las manos de Boticelli, esas manos tan trabajadas, tan cuidadas, y que tienen como una vida intensa, moviéndose en el aire libre, uniéndose las unas á las otras, besándose y hablándose con un cuidado tal de la gracia, que en algunas ocasiones aparecen amaneradas, pero cada una tiene su expresión, todas las expresiones del goce y del sufrimiento de tocar. ¡Y no obstante nada de afeminado ni de mentido, por todas partes una especie de fiereza viril, un movimiento apasionado, y soberbio alentado, empujando las figuras; unido todo á un gran cuidado de la verdad, al estudio directo, la conciencia, á un verdadero realismo que corrige y revela lo extrañamente genial del sentimiento del carácter, dando á la misma fealdad, la inolvidable transfiguración del encanto!

El asombro de Pedro fué en aumento y escuchaba á Narciso fijándose por la primera vez en su distinción un poco estudiada, en el cabello rizado, recortado á la florentina y en los ojos azules, casi oscuros, que palidecían con entusiasmo.

—No hay duda,—dijo Pedro como conclusión,—que Bo-

ticelli es un artista maravilloso... Sólo que me parece que aquí Miguel Angel...

Interrumpióle Narciso con un gesto casi violento.

—¡Ah! ¡No! ¡No me habléis de ese hombre que todo lo echó á perder, lo estropeó! ¡Un hombre que se unció al trabajo como un buey, que hacía el trabajo como un albañil á tantos metros por día! Y un hombre sin misterio, un desconocido, que gozaba esbozando la belleza, pintando cuerpos de hombres semejantes á troncos de árbol, mujeres semejantes á gigantescas leñadoras, masas estúpidas de carne sin más allá de almas divinas ó infernales... Un albañil, si queréis, sí, un albañil colosal ¡y nada más que eso!

Inconscientemente, en el ánimo de Narciso, en su cerebro á la moderna, cansado, complicado, echado á perder por el afán de buscar lo original y lo raro, estallaba el rencor fatal á la salud, á la fuerza, á la potencia. El enemigo era aquel Miguel Angel que engendraba sin esfuerzo, que había dejado la creación la más prodigiosa que artista alguno haya podido dar á luz. El crimen estaba en eso, en crear, en «hacer vida» pero de una manera tal, que las pequeñas creaciones de los demás, hasta las más deliciosas, se anegaban, desaparecían arrastradas por esa ola desbordante de seres á los que arrojaba llenos de vida bajo el sol.

—A fe mía, que no soy de vuestra opinión,—dijo animosamente Pedro,—pues acabo de comprender que en arte, la vida es todo y que la inmortalidad no es en realidad más que de las criaturas. El caso de Miguel Angel me parece decisivo, porque no es más que el maestro sobrehumano, el monstruo que aplasta á los demás, gracias á esa extraordinaria creación de carne viviente y magnífica con la que se lastima vuestra delicadeza. Comprendo que los curiosos, ciertos espíritus, y los intelectuales penetrantes, busquen un refinamiento sobre el equívoco y lo invisible, que ponen en la salsa del arte entre la elección del rasgo precioso y en semiobscuridad del símbolo. A pesar de todo eso Miguel Angel sigue siendo el Todopoderoso, el Hacedor de hombres, el Maestro de la claridad, de la sencillez y de la salud, tan eternas como la misma vida.

Contentóse entonces Narciso con sonreír con un aire de desdén indulgente y cortés. Todo el mundo no iba á pasar horas enteras á la Capilla Sixtina para sentarse ante un fresco de Boticeili, sin levantar nunca la cabeza para contemplar los de Miguel Angel. Y cortó la conversación diciendo:

—Ya son las once; mi primo había quedado en mandarme recado aquí en cuanto pudiese recibirnos, y me choca no haber visto aún á nadie. ¿Queréis que mientras tanto subamos á las salas de Rafael?

Y una vez en esas salas se mostró correcto, muy lúcido y apreciando con mucha justicia las obras, recobrando toda su clara inteligencia desde que no se excitaba con su horror á las dimensiones colosales y á las genialidades del pintor.

Desgraciadamente para Pedro salía de la capilla Sixtina y hablóle sido necesario escapar á la presión del monstruo, olvidar lo que acababa de ver, habituarse á lo que veía allí para paladear toda aquella belleza pura. Sucédiale lo mismo que si al principio hubiese bebido un vino demasiado fuerte que le aturdió y que le impedía saborear á continuación ese otro vino más ligero y de delicado aroma. En esas salas la admiración no deslumbra como el relámpago; pero en cambio el encanto opérase de una manera lenta é irresistible.

Es Racine al lado de Corneille, Lamartine al de Víctor Hugo; la eterna pareja, la unión del macho y de la hembra en los siglos de gloria. Con Rafael triunfan la nobleza, la gracia, la línea exquisita y correcta de una armonía divina y no es tan sólo el símbolo material tan soberbiamente arrojado por Miguel Angel, sino que es un análisis fisiológico de una profunda penetración llevado á la pintura. El hombre está más depurado, más idealizado; visto ante todo por dentro. Y no obstante si hay allí un sentimentalismo, un femenino, del que se siente el estremecimiento de ternura, es también de una solidez de factura admirable, muy grande y fuerte. Pedro íbase poco á poco abandonando á esa soberana maestría conquistándole la elegancia viril del gallardo pintor; conmoviáale también hasta el fondo del corazón esa visión de la suprema belle-

za en la perfección suprema; pero si la *Disputa del Santo Sacramento* y la *Escuela de Atenas*, anteriores á las pinturas de la Capilla Sixtina le parecieron las obras maestras de Rafael, se figuró en el *Incendio de Bourg* y más aun en *Heliodoro arrojado del templo* y en *Atila detenido á las puertas de Roma*, que el artista había perdido la flor de su gracia divina impresionado por la aplastante grandeza de Miguel Angel. ¡Qué abatimiento cuando se abrió la Capilla Sixtina y los rivales penetraron en ella! El monstruo había procreado abajo y el más grande entre los humanos, dejó allí un alma sin que ya jamás pudiese librarse de la influencia sufrida.

Después acompañó Narciso á Pedro á las *logias*, á esa galería de cristales tan clara y de un decorado tan delicioso. Rafael había muerto y en los cartones que dejó no se veía más que un trabajo de discípulos. Era una caída brusca, total. Nunca comprendió Pedro tan perfectamente que el genio lo es todo y que cuando desaparece, la escuela se hunde. El hombre de genio resume una época, produce, en una hora dada de la civilización, toda la savia del suelo social, que queda en seguida agotado y á veces por siglos.

Y se interesó mucho más con la vista admirable que se disfruta desde las logias, cuando observó que tenía enfrente de él, y al otro lado del patio de San Dámaso, el piso habitado por el papa. Abajo, el patio, con su pórtico, su fuente, su blanco pavimento, que estaba claro y desnudo bajo el sol ardiente. Aquello decididamente no tenía nada de la sombra, del misterio discreto y religioso que los alrededores de las catedrales del Norte le hicieran soñar.

A derecha é izquierda de una escalinata que conducía á las habitaciones del papa y á las del cardenal secretario, veíanse alineados cinco coches, los cocheros erguidos, tiesos en sus pescantes, los caballos inmóviles en medio de aquella luz tan viva. Y ni un alma poblaba el desierto del vasto patio cuadrado, con tres pisos con galerías de cristales, el rojo tono de la piedra parecía como que doraban la desnudez del pavimento y de las fachadas con una especie de

grave majestad de templo pagano, consagrado al dios del sol.

Lo que llamó más la atención á Pedro, fué el magnífico panorama de Roma que desde allí se disfrutaba y que se desarrolla bajo esas ventanas del Vaticano. No había creído siquiera que aquello debía ser así y de pronto sobrecogió el pensamiento de que el papa, desde sus ventanas veía de ese modo á Roma completa, extendida delante de él, amontonada allí como si no tuviese que hacer más que alargar la mano para volverla á tener. Y se llenó los ojos y el corazón con aquel espectáculo inaudito, porque quería llevárselo, guardarlo todo él, estremecido por el fin de ensueños que evocaba.

Distrajóle de su contemplación un rumor de voces que le hizo volver la cabeza y vió á un criado de librea negra que, después de haber dado un recado á Narciso Habert, le saludaba con mucho respeto.

El agregado se acercó al presbítero con aire de visible contrariedad.

—Mi primo, monseñor Gamba del Zoppo, me manda un recado diciéndome que no puede recibir esta mañana. A lo que parece, se lo impide el tener que prestar un servicio inesperado.

Su embarazo, al decirlo, revelaba que no creía mucho en aquella excusa y que empezaba á sospechar que su pariente tenía miedo de comprometerse, advertido y aterrado por alguna alma caritativa. Esto le indignó por otra parte, pues era servicial y demasiado animoso. Al cabo se sonrió, añadiendo:

—Escuchadme, hay un medio de forzar las puertas. Si es que podéis disponer de la tarde, almorzaremos juntos y después volveremos á visitar el Museo de Antigüedades y al fin conseguiré reunirme con mi primo sin contar con la venturosa eventualidad que tenemos de encontrarnos al papa en persona, si es que baja á los jardines.

Al principio y al oír hablar de aquel nuevo entorpecimiento á su audiencia, experimentó Pedro la más viva decepción. Por esto y pudiendo además disponer libremente de la tarde, aceptó la oferta de Narciso.

—Sois muy amable y temo mucho abusar... os doy un millón de gracias.

Almorzaron frente mismo á San Pedro, en un modesto restaurant del Borgo, que contaba entre su parroquia á la mayoría de los peregrinos y en donde, por cierto, se comía muy mal.

Después, á eso de las dos, dieron la vuelta á la basílica por la plaza de la Sacristía y por la plaza de Santa Marta, para ir desde allí, por la parte de atrás, á buscar la entrada del Museo. Era un barrio claro, desierto y caluroso, en el que el joven presbítero encontró otra vez, pero duplicada, la sensación de majestad desnuda y rojiza, como recocida al sol, que hallara al visitar el palacio de San Dámaso; pero sobre todo, cuando dió la vuelta al ábside gigantesco del coloso, comprendió mucho más su enormidad; una porción de arquitecturas, con florescencia de ellas puestas en montón que bordean los espacios vacíos del pavimento en el que crece una hierba menuda, fina. En aquella muda inmensidad no había más que dos niños que jugaban á la sombra de una pared. La antigua casa de moneda de los papas, la *Zecca*, á la sazón italiana y custodiada por soldados del rey, encuéntrase á la izquierda del pasaje que conduce al Museo; mientras que enfrente á la derecha se halla una puerta de honor del Vaticano, en el que vigila un retén de la guardia suiza y por esa puerta es por la que entran los coches de dos caballos, que, según las prescripciones de etiqueta, llevan al patio de San Dámaso á los que van á visitar al cardenal secretario y á Su Santidad.

Siguieron el largo pasaje, la calle que sube entre una ala del palacio y las tapias de los jardines pontificales y al cabo llegaron al Museo de Antigüedades. ¡Ah! ¡Museo inmenso compuesto de salas sin fin, museo en el que se encierran tres; el antiguo Museo Pío Clementino, Museo Chiaramonti y el Braaccio Nuovo, todo un mundo hallado bajo la tierra, exhumado, glorificado sobre la misma y en pleno día.

Durante más de dos horas lo recorrió el joven presbítero, yendo de una á otra sala, deslumbrándole aquellas obras maestras, aturdiéndole tanto genio y tanta belleza. No eran sólo los trozos ó restos célebres los que le admiraban, el Laocoon y el Apolo, de los gabinetes de Belvedere,

ni el Meleagro, ni el torso de Hércules; sino que le sorprendía, le dominaba más la cantidad incontable de Venus, de Bacos, de emperadores y emperatrices deificados; por todas partes aquella exhuberancia soberbia de hermosas carnes, de carnes augustas, celebrando la inmortalidad de la vida. Tres días antes, había visitado el Museo del Capitolio, en el que pudo admirar la Venus, el Galo moribundo, los centauros maravillosos de mármol negro y la colección extraordinaria de bustos.

Pero en el Museo Vaticano, encontró otra vez esa admiración, pero duplicada hasta el estupor por la inagotable riqueza de aquellas salas. Y más ansioso quizás de la vida que del arte, ensimismóse otra vez ante los bustos, en los que resucita tan real la Roma antigua; que si ciertamente fué incapaz de crear la belleza ideal de Grecia, dió, sin embargo, á luz la vida. Allí están todos, emperadores, filósofos, sabios poetas, viviendo todos ellos con una prodigiosa intensidad, tales cuales eran estudiados y reproducidos con artístico escrúpulo por el artista, con sus deformidades, sus tachas y hasta las menores particularidades de sus rostros y de ese extremado cuidado de la verdad, salva el carácter, una evocación de una potencia extraordinaria. Nada hay en suma, nada más alto, son los hombres mismos los que reviven, que rehacen la historia, esa historia falsa cuya enseñanza basta para que execren la antigüedad, generaciones de alumnos.

¡Desde entonces, cómo se comprende, cómo se simpatiza! Y era por esto el porqué los menores pedazos de mármol, las estatuas truncadas, los bajo relieves en pedazos, hasta un solo miembro, brazo divino de ninfa ó nerviosa pierna de sátiro, evocaban el resplandecimiento de una civilización de luz, de grandeza y de fuerza.

Acompañó Narciso á Pedro á la galería de los Candelabros, que tenía cinco metros de largo y en la que se hallan reunidos muy hermosos trozos de escultura.

—Escuchadme, querido abate, no son apenas más que las cuatro,—dijo,—y vamos á sentarnos un momento aquí, porque suele suceder, según me han dicho, que el papa pasa por estos sitios para bajar á los jardines. Sería una verdadera suerte, si pudieseis verle ó hablarle, ¿quién sa-

be? de todos modos descansaréis porque debéis tener tronchadas las piernas.

Conociante todos los celadores por su parentesco con monseñor Gamba del Zoppo, pues éste abría todas las puertas del Vaticano á donde le agradaba ir á pasar días enteros.

Había dos sillas allí, y en ellas se instalaron poniéndose inmediatamente á hablar del arte.

¡Qué Roma aquella con su soberana realeza propia y ajena! No parece si no que es un centro en el que el mundo entero converge y va á parar allí, pero en el que nada crece en el suelo herido de esterilidad desde el principio.

Es preciso aclimatar las artes, trasplantar el genio de los pueblos vecinos que desde luego florece espléndidamente.

Bajo los emperadores y cuando es la reina de la tierra, es de Grecia de donde procede la belleza de sus monumentos y de sus esculturas; más tarde, cuando nace el cristianismo, quédase allí impregnado todo él de paganismo y es fuera de allí, en otro terreno, en donde se produce el arte gótico, el arte cristiano por excelencia.

Más tarde, durante el Renacimiento, es Roma la que resplandece en el siglo de Julio II y de León X, pero son artistas de Toscana y de la Umbría los que preparan el movimiento, los que la llevan á tan prodigiosa altura. Por segunda vez el arte va á ella desde fuera, la da la soberanía del mundo, adquiriendo en su seno una amplitud triunfal. Verifícase entonces el extraordinario despertar de la antigüedad; son Venus y Apolo que resucitan adorados por los mismo papas que, desde Nicolás V, sueñan en igualar la Roma papal á la Roma imperial.

Después de los precursores tan sencillos, tan fieros y fuertes, Fra Angélico, Perugino, Boticcelli y otros, aparecen las dos soberanías: Miguel Angel y Rafael, lo sobrehumano y lo divino; después la caída es brusca, es preciso esperar ciento cincuenta años para llegar al Caravaggio, á todo lo que la ciencia de la pintura ha podido conquistar y en ausencia del genio al color y al modelado poderosos.

Continúa en seguida la decadencia hasta Bernin, que es

el transformador, el verdadero creador de la Roma de los papas actuales, el hijo pródigo engendrando desde su año vigésimo toda una línea de jóvenes de piedra colosales, el arquitecto cuya aterradora actividad terminó la fachada de San Pedro, elevó la columnata, decoró el interior de la basílica y levantó fuentes, iglesias y palacios sin número.

Y esto fué el fin de todo, porque después de eso Roma fué apartándose poco á poco de la vida, se eliminó cada día más y más del mundo moderno, del mismo modo que si ella, que ha vivido siempre á costa de otras ciudades, se muriese por no poderlas arrebatarse nada para formar su gloria.

—¡Ah! ¡Bernín! ¡El delicioso Bernín!—siguió diciendo en voz baja Narciso, con aire desfallecido.—Es poderoso y á la par exquisito, con una palabra siempre preparada, una ingeniosidad sin cesar en acecho y una fecundidad llena de gracia y de magnificencia. ¡Bramantel! ¡Su dichoso Bramantel! con su obra maestra, su correcta y fría cancelería ¡y bien! admitamos que ha sido el Miguel Angel y el Rafael de la arquitectura y no hablemos más de él... Pero Bernín, eso Bernín exquisito, cuyo pretendido mal gusto está formado con más delicadeza y refinamiento que la enormidad y perfección de los demás! ¡El alma de Bernín, variada y profunda en la que toda nuestra época actual debería encontrarse, es de un amaneramiento tan triunfal, de un afán de buscar lo artificial y lo turbador, y tan despreciado de las bajezas de la realidad!... Id á visitar la villa Borghese y allí veréis el grupo de Apolo y Dafné que hizo cuando no tenía más que dieciocho años, y sobre todo id á ver su Santa Teresa en éxtasis, que se halla en Santa María de la Victoria. ¡Ah! ¡Esa Santa Teresa! ¡El cielo abierto; el estremecimiento que el divino goce puede poner en el cuerpo de la mujer, la voluptuosidad de la fe llevada hasta el espasmo; la criatura perdiendo el aliento, muriéndose de placer en brazos de su Dios!... He pasado delante de ella horas y más horas sin poder agotar jamás lo infinitamente precioso y devorante del símbolo.

Apagóse su voz y Pedro, al que no admiraba ya su rencor sordo, inconsciente, contra la salud, la sencillez y la

potencia, escuchábase apenas, entregado por completo, á la idea que cada vez se arraigaba más en él, de que la Roma pagana resucitando en la Roma cristiana hacia de ésta la Roma católica, el nuevo centro político, gerárquico y dominador del gobierno de los pueblos. ¿Había sido Roma misma cristiana nunca, fuera de la época de las Catacumbas? Esto era en Pedro una prolongación, una afirmación más y más evidente de los pensamientos que le vinieran á la mente en el Palatino, en la vía Appia y más tarde en San Pedro.

Y aquella misma mañana en la Capilla Sixtina y en la sala de la Signatura, en medio del aturdimiento producido por la admiración, comprendió perfectamente cuál era la nueva prueba que el genio le presentaba.

Sin duda en Miguel Angel y en Rafael, el paganismo no aparecía más que transformado en espíritu cristiano; pero ¿acaso no se hallaba en la base misma? ¿Las gigantes cas desnudeces del uno, no venían del terrible cielo de Jehová, visto á través del Olimpo? ¿Y las ideales figuras del otro, no enseñaban, bajo los castos velos de la Virgen, las carnes soberbias, deseables de Venus? Ahora tenía conciencia de ello Pedro; entraba algo de cortedad en su abatimiento, porque aquella prodigalidad de hermosos cuerpos, aquellas desnudeces, glorificando la ardiente pasión de la vida, iban en contra de lo que había soñado en su libro: el cristianismo rejuvenecido dando la paz al mundo; el retorno á la pureza de los tiempos primitivos.

De pronto quedóse muy sorprendido al oír á Narciso, que, sin que pudiese saber por qué transición, se había puesto á enterarle de la existencia diaria de León XIII.

—Habéis de saber, querido abate, que á los ochenta y cuatro años lleva una vida de voluntad y de trabajo como ni vos ni yo quisiéramos vivirla. A las seis ya está levantado, dice su misa en la capilla particular y se desayuna luego con un poco de leche. Después, desde las ocho á las doce, en un desfile continuo de cardenales, de prelados que le van á enterar de los asuntos todos de las congregaciones; todo pasa por sus ojos y os aseguro que no hay cosa más complicada ni más numerosa. Al mediodía, con gran frecuencia, recibe en audiencia particular ó colectiva

vamente. A las dos come; tras la comida, la siesta, que en verdad ha bien ganado ó el paseo por los jardines hasta las seis. Algunas veces á continuación las audiencias particulares le entretienen durante una ó dos horas. Cena á las nueve y apenas come, se sostiene con muy poca cosa. Come siempre en su mesita. ¡Eh! ¿Y qué os parece la etiqueta que le obliga á esa soledad? ¡Un hombre que, desde hace dieciocho años no ha tenido jamás un convidado y que vive eternamente á solas con su grandeza! Y á las diez, después de haber rezado el Rosario con sus familiares, se encierra en su habitación; pero si se acuesta duerme poco, porque padece frecuentes insomnios y se levanta llamando á un secretario para dictarle cartas ó notas. Cuando le preocupa un asunto interesante se consagra por completo y piensa sin cesar en él. En eso está su vida, hasta su salud; es una inteligencia siempre despierta, trabajando continuamente, una fuerza y una autoridad que tienen necesidad de usarse... Ya sabéis que durante mucho tiempo cultivó con éxito y ternura la poesía latina. Creo también saber que un tiempo, en las horas de lucha, tuvo la pasión del periodismo, hasta el punto de inspirar los artículos de los periódicos adictos y hasta, según dicen, llegando al extremo de dictar algunos cuando sus ideas más queridas estaban en juego.

Quedáronse ambos silenciosos. A cada momento, y en aquella galería de los Candelabros, inmensa, desierta y solemne en medio de los inmóviles mármoles con blancuras de aparición, alargaba Narciso la cabeza para ver si el corto cortejo del papa no iba á desembocar por la Galería de los Tapices para desfilar ante ellos dirigiéndose hacia los jardines.

—No ignoráis que le bajan en una silla pequeña lo bastante estrecha para que pueda pasar por todas las puerias ¡y qué viaje! Cerca de dos kilómetros á través de las logias, de las salas de Rafael, de las galerías de pintura y de escultura, un paseo interminable antes de llegar abajo en donde le dejan en un paseo en el que espera un carruaje de dos caballos... Esta tarde hace un tiempo delicioso; con seguridad que saldrá, esperemos y tengamos un poco de paciencia.

Y mientras que Narciso le daba todos esos detalles, veía Pedro revivir delante de él toda la extraordinaria historia. Al principio eran los papas mundanos y fastuosos del Renacimiento los que habían resucitado apasionadamente la antigüedad, soñando envolver la Santa Sede con la púrpura imperial; Pablo II, el magnífico veneciano que mandó construir el gran palacio de Venecia; Sixto IV, al que se debe la Capilla Sixtina, y Julio II y León X, que convirtieron á Roma en una ciudad de pompa teatral, de fiestas prodigiosas, de torneos, de bailes, cacerías, mascaradas y festines.

El papado había hallado el Olimpo bajo la tierra, envuelto en el polvo de las ruinas y como embriagado por aquella oleada de vida que subía desde el vetusto suelo, creó museos, restauró los soberbios templos del paganismo devueltos al culto de la universal admiración. Jamás la Iglesia corrió peligro más mortal que aquel, porque si Cristo continuaba siendo honrado en San Pedro, Júpiter y todos los dioses, todas las diosas de mármol, de hermosas triunfantes carnes, reinaban en las salas del Vaticano.

Pasó después otra visión; la de los papas modernos antes de la ocupación de Roma por los italianos. Pío IX libre aún y saliendo con mucha frecuencia á recorrer su ciudad de Roma. Su gran carroza roja y oro arrastrábalas seis caballos, rodeábalas un piquete de la guardia suiza y la escoltaba un pelotón de guardias nobles. Algunas veces el papa se apeaba del carruaje en el Corso y seguía su paseo, y entonces los guardias de á caballo se adelantaban avisando y mandando detener todo movimiento. En seguida poníanse en hilera todos los coches de los que se apeaban los hombres para arrodillarse en el empedrado, mientras que las mujeres se ponían únicamente en pie inclinando devotamente la cabeza al pasar el Santo Padre, que con un paso lento iba así hasta la plaza del Pópolo seguido de su corte, sonriendo y bendiciendo. Y luego seguía á Pío IX, León XIII, el prisionero voluntario encerrado en Roma desde hacía dieciocho años, habiendo adquirido una majestad mucho más alta, una especie de misterio sagrado y temible tras las gruesas y silenciosas murallas en el fondo de aquel desconocido país en donde se deslizaba la vida discreta de cada uno de sus días.

¡Ah! ¡Ese papa al que no se le encuentra, al que no se le ve jamás, ese papa oculto á la mayoría de los hombres lo mismo que una de esas divinidades terribles á las que sólo sus sacerdotes se atreven á mirar la cara! Y se encerró en ese suntuoso Vaticano que sus antepasados del Renacimiento edificaron y adornaron para dar gigantescas fiestas; y vive allí aprisionado con los hombres hermosos y las mujeres hermosas de Miguel Angel y Rafael, con los dioses y diosas de mármol, el esplendoroso Olimpo celebrando á su alrededor la religión de la luz y de la vida. Todo el papado bañado allí con él en el paganismo.

¡Qué espectáculo, cuando aquel anciano débil, de una blancura pura, sigue esas galerías! A derecha é izquierda míranle pasar las estatuas con toda la desnudez de sus carnes al descubierto, y le contemplan Júpiter, Apolo, y Venus la dominadora y es Pan, el dios universal en cuya risa suenan las alegrías de la tierra. Son también las nereidas que se bañan en la ola transparente, las bacantes que, sin velo, se revuelcan entre las hierbas cálidas y centauros que galopan llevándose á sus humeantes reinos desmayadas jóvenes; Arina sorprendida por Baco, Ganímedes acariciando el águila, Adonis inflamando las parejas con su llama.

Y el blanco anciano sigue su camino balanceándose sobre la sillita baja, atravesando por entre todo ese triunfo de la carne, de esa desnudez al descubierto, glorificada y que aclama la supremacía de la Naturaleza, la materia eterna.

Desde que la encontraron, exhumaron y honraron, reina de nuevo la materia imperecedora, y en vano han puesto hojas de parra á las estatuas, lo mismo que vistieron las grandes figuras de Miguel Angel, porque el sexo flamea, desbórdase la vida y la savia circula á torrentes por las venas del mundo.

Allí cerca, en la Biblioteca Vaticana, de incomparable riqueza y en la que duerme toda la ciencia humana, hay un peligro mucho mayor aun, podría haber una explosión que se llevase al Vaticano y hasta á San Pedro si un día los libros se despertasen á su vez hablando alto, como hablaba la belleza de las Venus y la virilidad de los Apo-

los. Pero el blanco anciano, tan diáfano, parece que no ve, que no oye nada y las colosales cabezas de Júpiter, los hombros de Hércules y las equivocadas caderas de Antinoo, siguen viéndole pasar.

Lleno de impaciencia decidióse Narciso á interrogar á uno de los guardas del Museo, que le dijo que su Santidad había ya pasado. Y efectivamente, muchas veces para atajar pasaban por una galería cubierta, que desembocaba delante de la Moneda.

—Bajemos también,—dijo Narciso á Pedro,—¿queréis? Deseo que veais los jardines.

Al llegar abajo, al vestíbulo, se puso á hablar con otro guarda, con un antiguo soldado pontificio al que conocía personalmente. Inmediatamente le dejó pasar con su acompañante; pero no pudo asegurarle si monseñor Gamba del Zoppo acompañaba ó no aquel día á Su Santidad.

—No importa,—añadió Narciso cuando se encontraron los dos solos en el paseo,—pues no desespero aún de que tengamos un buen encuentro... Mirad, estos son los famosos jardines del Vaticano.

Son muy vastos y el Papa puede recorrer cuatro kilómetros por caminos abiertos en el bosque y pasando por la viña y el huerto. Esos jardines ocupan la meseta de la colina Vaticana que el antiguo muro de León IV, rodea aún por todas partes, lo que le aísla de los valles inmediatos, lo mismo que si fuese la cima de un recinto fortificado. En otros tiempos ese muro llegaba hasta el castillo de Santángelo y formaba lo que se llama la Ciudad Leonina.

No domina nada ni nadie ve esos jardines, en los que no puede penetrar ninguna mirada indiscreta como no sea desde la gigantesca cúpula de San Pedro, cuya enormidad es la única que lo alcanza con su sombra en los ardientes días del estío. Forman por otra parte, un mundo, un conjunto completo y variado que todos los papas embellecieron á porfía; un gran parterre con simétricos musgos en el que se destacan dos hermosísimas palmeras, y adornado con naranjos y limoneros, colocados en grandes macetas; un jardín más libre, más sombrío, en el que en medio de espesos setos de ojaranzos, se encuentra el Aquilón, la

fuentes de Juan Vesancio y el antiguo casino de Pío IV, y en seguida vienen los bosques con soberbias encinas verdes, bosquecillos de plátanos, acacias y pinos, cortados por espaciosos caminos de encantadora dulzura, para dar largos y lentos paseos, y por último, hacia la izquierda, y tras unos cuantos árboles, el huerto y una viña con unas vides admirablemente cuidadas.

Sin dejar de andar á través del bosque, dió Narciso muchos detalles á Pedro acerca de la vida del Santo Padre en aquellos jardines. Cuando el tiempo lo permitía, se paseaba un día sí y otro no. Antiguamente, al llegar el mes de Mayo, los papas abandonaban el Vaticano por el Quirinal, ó se iban á pasar los grandes calores á Castelgandolfo, en las orillas del lago Albano. Hoy el papa no tiene más para residencia de verano, que una antigua torre del recinto de León IV poco menos que intacta. Y allí es á donde se va á vivir durante los días más calurosos. Y es más, ha mandado construir á su lado un pabellón para que se instale en él su servidumbre en caso necesario.

Narciso, como familiar de la casa, entró con toda libertad y consiguió que Pedro pudiese echar una ojeada á la única habitación que ocupaba Su Santidad, vasta pieza redonda con techo semiesférico, y con el cielo raso pintado con las figuras simbólicas de las constelaciones, de las que una, el León, tiene dos estrellas por ojos que un sistema especial de alumbrado hace brillar durante la noche. Las paredes tienen tal espesor, que tapiando una de las ventanas se ha podido formar como un cuartito en un hueco, en el que se ha colocado un gran sillón. El mobiliario no se compone más que de la gran mesa para el trabajo, otra pequeñita, móvil, para comer, y un amplio y cómodo sillón todo él dorado y que, por cierto, es uno de los regalos del jubileo episcopal.

Y medita en los días de soledad, de silencio absoluto, en la sala baja del torreón, fresca como un sepulcro cuando los ardorosos soles de Julio y de Agosto abrasan á lo lejos á Roma abrumada bajo el calor.

Después venían algunos detalles más. En otra torre habían instalado un observatorio astronómico que se veía

por entre las copas verdes de los árboles, con su blanca cúpula. Hay también entre los árboles un pequeño chalet suizo en el que á León XIII le agrada descansar. Algunas veces llega hasta el huerto; pero lo que interesa más es la viña que visita con frecuencia para ver si maduran las uvas y si será buena la cosecha. Pero lo que le llamó más la atención al joven presbítero, fué el saber que el Padre Santo era un cazador acérrimo cuando la edad aun no le había debilitado. Cazaba con *roccolo*, pero de una manera apasionada. En las lindes de los matorrales colocaban las redes de malla ancha á lo largo de un paseo que orillan y de ese modo cierran por los dos lados.

En medio, en el suelo colocan las jaulas con el reclamo y los cimbeles cuyo canto no tarda en atraer á los pajarillos de los alrededores, como jilgueros, pardillos, ruiseñores y otros de varias clases, y cuando una bandada estaba ya allí León XIII, sentado aparte y al acecho, palmoteaba con las manos y asustaba á los pajarillos que echaban bruscamente á volar enredándose sus alas en las anchas mallas de la red. No quedaba que hacer más que recogerlos y matarlos con una ligera uñada. El becafigo asado es un bocado exquisito.

Cuando volvían por el bosque, tuvo Pedro otra sorpresa; de pronto tropezó con una gruta de Lourdes, con una imitación en pequeño, reproducida con el auxilio de rocas y piedras de cemento. Su emoción fué tan grande, que no pudo ocultársela á su compañero.

—¿De modo que es verdad? Me lo habían dicho, pero no quise creerlo, porque suponía que el Padre Santo era más intelectual y estaba desprendido de esas bajas supersticiones.

—¡Oh!—respondió Narciso.—Creo que esa gruta data de Pío IX, que profesaba particular devoción á Nuestra Señora de Lourdes. En todo caso, debe ser algún regalo y que León XIII ha dado sencillamente orden para que lo conserven.

Durante algunos minutos permaneció Pedro mudo é inmóvil ante aquella reproducción, ante aquel juguete infantil de la fe. Algunos visitantes habían pasado por aquellos sitios con devoto celo y dejado sus tarjetas metidas

entre las hendiduras de cemento. Esto fué para Pedro origen de una gran tristeza y echó á andar tras de su compañero con la cabeza inclinada y entregándose á sus cavilaciones desoladas acerca de la imbecil miseria del mundo. Después, al salir del bosque y hallarse de nuevo enfrente del parterre, levantó los ojos.

¡Dios santo! ¡Qué final más hermoso de un día sereno y qué encanto victorioso se desprendía de la tierra en aquella parte adorable de los jardines! Más aun que bajo las agradables sombras del bosque, más aun que entre las viñas fecundas, sentía allí toda la fuerza de la poderosa naturaleza, en medio de aquel parterre desnudo, desierto, noble y agostado. Apenas se veían por encima de los entecos musgos, que adornaban con simetría los compartimientos geométricos dibujados por los paseos, algunos arbustos no muy elevados, rosales enanos, aloes, contados macizos de flores medio secas y, preparadas con el gusto barroco de épocas pasadas, algunas plantas verdes dibujando en el suelo las armas de Pío IX.

El rumor cristalino del agua del surtidor, una continua lluvia de gotas que caían en el tizón de mármol central, era lo único que turbaba el ardoroso silencio de aquellos parajes. Roma entera, con su cielo ardiente, su gracia soberana, su conquistadora voluptuosidad, parecía que animaba con su alma aquella cuadrada decoración, vasto mosaico de verdura, cuyo semiabandono y rojiza ruina tenían algo de melancólica fiereza, con el estremecimiento muy antiguo de una pasión de fuego que no podía morir. Y dominando el aroma de los pinos y de los eucaliptus, más fuerte aun que el de los naranjos en la madurez de su fruto, elevábase otro olor, el de los grandes bojes amargos, tan cargado de vida violenta, tanto que turbaba al pasar como el olor mismo de la virilidad de aquel vetusto suelo saturado de polvo humano.

—Es muy extraordinario que no hayamos encontrado á Su Santidad,—dijo Narciso,—y sin duda su coche se internó en el otro paseo del bosque, mientras nos deteníamos en la torre de León IV.

Y volvió á ocuparse de su primo, de monseñor Gamba del Zoppo, explicando cuáles eran sus funciones como

*copiere*, escanciadador del papa, que aquel tenía que desempeñar como uno de sus cuatro camareros secretos participantes y no constituían más que un cargo puramente honorífico, sobre todo, desde que las comidas diplomáticas y las dadas en honor de la consagración de algún obispo se verificaban en la secretaría del Estado, en el domicilio del cardenal secretario.

Monseñor Gamba del Zoppo, cuya insignificante nulidad era legendaria, parecía no tener que desempeñar más papel que el de recrear á León XIII que le estimaba mucho por sus continuas adulaciones y por las anécdotas que contaba, sacadas de todas partes, lo mismo de la sociedad blanca que de la negra. Aquel hombre grueso y amable condescendiente y hasta servicial, cuando no entraba en su interés, era una gaceta viviente que se hallaba al corriente de todo y que no desdeñaba las habillitas de las cocinas; de esta manera se encaminaba tranquilamente hacia el cardenalato, seguro de obtener el capelo, sin tomarse más molestias que la de llevar noticias y cuentos para las horas agradables del paseo. Y Dios sólo sabe si podía hacer grandes cosechas en ese cerrado Vaticano en el que se agita semejante pululamiento de prelados de todas clases, en esa familia pontifical sin mujeres, compuesta de solterones con sotana, sordamente trabajados por desmedidas ambiciones, por luchas sordas y abominables, por rencores feroces que, según dicen, llegan á veces hasta á apelar al bueno y viejo veneno de los tiempos antiguos.

De pronto detúvose bruscamente Narciso.

—¡Mirad!—exclamó.—Bien lo sabía yo... ahí tenéis al Padre Santo... pero hemos tenido poca suerte puesto que ni siquiera nos verá. Va á subir al coche.

Y en efecto, la carretela se acercó á la linde del bosque y un grupo formado por unas cuantas personas, y que salió de un sendero, se encaminó hacia aquel lugar.

A Pedro se le figuró que había recibido un gran golpe en el corazón. Inmóvil como su compañero, medio oculto tras la elevada maceta de un limonero no pudo ver más que de lejos al blanco anciano, tan delicado entré los pliegues de su sotana de nivea blancura y moviéndose lenta-

mente con un paso menudito, con el que más que andar parecía como que se deslizaba sobre la arena. Apenas pudo ver el demacrado rostro de color de antiguo marfil diáfano, acentuado por su gran nariz sobre los delgados labios; pero los negros ojos relucían con una sonrisa y con la curiosidad, mientras que la cabeza se inclinaba á la derecha, hacia monseñor Gamba del Zoppo, grueso, reluciente y digno, y que por lo visto estaba acabando de contar alguna historia. Al otro lado, á la izquierda, iba un guardia noble y otros dos prelados los seguían.

No fué aquello más que una aparición familiar, pues León XIII subía al carruaje, una carretela cerrada. Y Pedro, en medio de aquel jardín, caluroso y oloroso, volvió á experimentar la misma singular emoción que experimentara en la galería de los Candelabros cuando evocó el paso del papa por delante de los Apolos y de las Venus haciendo gala de su triunfal desnudez. Allí no era más que el arte pagano el que celebraba la eternidad de la vida, las fuerzas soberbias y todopoderosas de la Naturaleza. Y de ahí que allí le viera bañarse en la Naturaleza misma, en la más hermosa, la más voluptuosa y la más apasionada.

¡Ah! ¡Ese papa, aquel blanco anciano, que paseaba su Dios de dolor, de humildad, de renuncia á todo lo mundano por los paseos de ese jardín de amor, durante las lánguidas tardes de los ardorosos días de estío bajo las caricias de los olores, de los penetrantes aromas de los pinos y de los eucaliptos, de los naranjos en su madurez y de los grandes hojes amargos! Pan, todo él, le envolvía con los soberanos efluvios de su virilidad. ¡Qué bien se debía vivir allí entre las magnificencias del cielo y de la tierra y amar la belleza de la mujer y gozar entre la fecundidad universal!

Bruscamente se revelaba esa verdad decisiva; la de que en aquel país de luz y de alegría, no había podido surgir más que una religión temporal de conquistista, de dominación política y no la religión mística y sufrida del Norte, una religión del alma.

Narciso se llevó al presbítero contándole aún historias; la bondad de que daba prueba á veces León XIII, deta-

niéndose á hablar con los jardineros, preguntándoles acerca del estado de los árboles y la venta de las naranjas. Y también le contó el cariño que había tomado á dos gacelas, regalo que le enviaron desde Africa, lindos animales finos á los que le gustaba acariciar y cuya muerte deploró. Por otra parte Pedro no le escuchaba y cuando llegaron ambos á la plaza de San Pedro se volvió y contempló una vez más el Vaticano.

Fijáronse sus miradas en la puerta de bronce, y se acordó de que por la mañana se había preguntado qué se ocultaba tras de aquellos cuarterones de metal, adornados con gruesos clavos de cabeza cuadrada. Y no se atrevió á responderse aún; no se atrevió á decidirse sobre si los pueblos nuevos, ávidos de fraternidad y de justicia encontrarían allí la religión esperada por las democracias de mañana, porque no llevaba más que una impresión primera; pero ¡qué viva era esa impresión! ¡y qué comienzos de desastre para su ensueño!

Una puerta de bronce ¡sí! dura é inexpugnable, cerrando el Vaticano tras sus antiguas hojas, separándolo del resto de la tierra y de una manera tan completa que hacía tres siglos que allí no había entrado nada. Detrás de ella acababa de ver renacer los siglos antiguos, hasta el XVI, inmutables. Allí habíanse como detenido los tiempos para siempre y nada se movía; conservándose todo hasta los trajes de los guardias suizos, de los guardias nobles y de los prelados que no habían sufrido ninguna alteración, y allí se encontraba el mundo tal cual era, hacía trescientos años, con su etiqueta, sus vestimentas y sus ideas.

Si desde hace veinticinco años los papas, para protestar altaneramente, se encierran voluntariamente en su palacio, ese aislamiento, ese secular encierro en el pasado, en la tradición, data desde mucho mucho más lejos y presentaba otro peligro mucho más grave.

Todo el catolicismo acabó por encerrarse como ellos, obstinándose en sus dogmas, no viviendo ya, inmóvil y erguido, más que gracias á la fuerza que tiene su vasta organización jerárquica. ¡Era entonces que á pesar de su aparente ductibilidad, el catolicismo no podía ceder en

nada so pena de ser arrasado? ¡Y qué mundo tan terrible, tan orgulloso, tan ambicioso y lleno de rencores y de luchas! ¡Y qué prisión más extraña, qué aproximaciones bajo los cerrojos; Cristo en compañía de Júpiter Capitolino, toda la antigüedad pagana fraternizando con los Apóstoles; todos los esplendores del Renacimiento rodeando al pastor del Evangelio, al que reina en nombre de los sencillos y de los pobres!

En la plaza de San Pedro declinaba el sol, la dulce voluptuosidad romana caía del cielo límpido, y el joven presbítero quedó trastornado después de tan hermoso día pasado con Miguel Angel, Rafael, las antigüedades y el papa en el palacio más grande del mundo.

—Dispensadme, querido abate,—dijo Narciso,—pero ahora os lo confieso; temo mucho que mi primo no se quiera comprometer con vuestro asunto... Le veré... pero haréis muy bien en no confiar mucho en él.

Eran cerca de las seis cuando aquella tarde volvió Pedro al palacio Boccanera; por costumbre y por modestia entraba por la puertecilla de la escalera de servicio cuyo llavín tenía en su poder; pero aquella mañana había recibido una carta del vizconde Filiberto de la Choue que quería enseñar á Benedetta, y subió por la escalera principal, admirándole mucho no encontrar á nadie en la antecámara.

Generalmente, cuando el criado tenía que salir, se instalaba allí Victorina y se ponía á coser con toda tranquilidad. Su silla estaba efectivamente, y hasta encima de una mesa se veía la costura abandonada que había allí olvidado; indudablemente se había marchado y Pedro se permitió entrar en el primer salón.

Era casi de noche y el crepúsculo se apagaba con moribunda dulzura y el presbítero se quedó sobrecogido y sin atreverse á seguir adelante porque, procedente del salón vecino, del gran salón amarillo, oyó rumor de voces ahogadas, empujones, tropezones, una lucha en fin. Eran súplicas ardientes y después ruidos sordos, respiraciones entrecortadas, anhelosas. Y, bruscamente, no vaciló más, se sintió como impulsado á su pesar por la certidumbre de que alguno se defendía en aquella habitación y que iba á sucumbir.

Cuando se precipitó, fué grande su estupor. Darío estaba allí, enloquecido, trastornado por el deseo desenfrenado en el que se revelaba la ardiente sangre de los Bocca, nera, en su agotamiento elegante del fin de la raza y sujetaba á Benedetta por los hombros, habiéndola derribado en un sofá violentándola, queriéndola hacer suya y abrasándola el rostro con sus palabras.

—¡Por el amor de Dios! ¡Por el amor de Dios no quieras que yo muera y tú también! Puesto que tú misma dices que todo ha concluido y que jamás se anulará ese matrimonio, no seamos más desgraciados de lo que somos ¡ámame como me amas y déjame que te ame! ¡Déjame que te ame!

Pero con los brazos extendidos, llorosa, con el rostro de ternura y de indecible sufrimiento, rechazábale la *contessina*, animada también por una fiera energía repitiendo:

—¡No, no! ¡Te amo, pero no quiero! ¡No quiero!

En ese instante, y á pesar de lo trastornado que se hallaba, experimentó Darío la sensación de que entraba alguien. Se irguió con violencia y miró á Pedro con un aire de alelada demencia y sin reconocerle. Pasóse después las manos por el rostro; tenía húmedas las mejillas y ensangrentados los ojos, y huyó exhalando un suspiro, un gemido terrible y doloroso en el que su deseo no saciado luchaba con las lágrimas y el arrepentimiento.

Benedetta se quedó sentada en el sofá, sufriendo y agotada sus fuerzas y su valor; pero al ver el movimiento que hizo Pedro para retirarse á su vez, muy embarazado con el papel que desempeñaba allí y no sabiendo qué decir, con voz que se iba calmando le dijo:

—No, no, señor abate, no os vayáis... os lo suplico, sentaos, pues deseo hablaros un momento.

Creyó no obstante que debía excusarse por su brusca entrada y explicó cómo había encontrado abierta la puerta del primer salón y que únicamente había hallado en la antecámara el trabajo de Victorina abandonado sobre una mesa.

—¡Pues es cierto, Victorina debía estar allí!—exclamó la *contessina*.—Hacia poco que la había yo visto. La llamé cuando mi pobre Darío perdió la cabeza ¿por qué no ha venido?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1025 MONTAGNEY, MEXICO

Obedeciendo después á un movimiento de expansión, inclinándose á medias y con la faz aun encendida por la lucha, añadió:

—Escuchadme, señor abate, voy á explicaros todo lo que hay para que no forméis mala opinión de mi pobre Dario, pues esto me causa mucha pena... para que veáis lo que son las cosas. De lo que ha sucedido tengo yo la mayor parte de la culpa. Ayer noche me pidió una cita para que pudiésemos hablar tranquilamente, y como sabía que mi tía no se hallaría aquí á esas horas le dije que viniese. ¿No es verdad que esto es muy natural? Después de la gran pena que nos causó la noticia que hemos recibido de que mi casamiento no se anulará jamás, debíamos hablar para ponernos de acuerdo... Sufríamos mucho y era necesario tomar una resolución. Y entonces cuando estuvo aquí nos echamos los dos á llorar y hemos permanecido largo rato abrazados, acariciándonos y mezclando nuestras lágrimas. Le besé mil veces, repitiéndole que le adoraba, que estaba desesperada al causar su desgracia y que me moriría seguramente de pena al verle tan desgraciado. Tal vez ha podido creerse que yo le alentaba, no es un ángel, no debí haberle tenido abrazado durante tanto tiempo... ya lo comprendéis, señor abate; se puso al fin como un loco por querer la cosa que, delante de la *Madonna*, he jurado no entregar nunca más que á mi marido.

Dijo Benedetta esto sencillamente, sin cortedad alguna, con su aire de joven razonable y práctica. Una débil sonrisa apareció en sus labios cuando continuó:

—Le conozco muy bien á mi pobre Dario y eso no me impide que le ame, al contrario. Tiene el aire delicado, hasta un poco enfermizo, pero en el fondo es un apasionado, un hombre que tiene necesidad del placer. ¡Sí! Es la antigua sangre que hierve en sus venas y sé algo de eso, porque he tenido siendo pequeña, accesos de cólera que me han hecho revolver por el suelo y aun hoy, cuando el gran soplo pasa, es preciso que me violente, que me torture para no cometer las tonterías más grandes... ¡Pobre Dario! ¡Qué poco sabe sufrir! Es como un niño cuyos caprichos deben ser satisfechos en el acto, pero, sin embar-

go, en el fondo tiene mucha razón, y me espera, porque dice que la felicidad formal está conmigo que le adoro.

Vió entonces Pedro precisarse para él esa figura del joven príncipe que hasta entonces había visto con vaguedad. Muriéndose de amor por su prima no había dejado de divertirse. Un fondo de perfecto egoísmo; pero á pesar de todo un buen muchacho. Sobre todo tenía una incapacidad absoluta para sufrir, un horror muy grande hacia el sufrimiento, la fealdad y la pobreza tanto para sí como para los demás. Su carne y su alma eran para la alegría, el esplendor, la apariencia y la vida á la luz del sol.

Y acabado, agotado, no tenía fuerza más que para esa vida de ocioso no sabiendo ni pensar ni querer, hasta el punto de que no se le había siquiera ocurrido la idea de formar al lado del nuevo régimen.

Con esto y con un orgullo desmesurado de romano, la pereza mezclada con una sagacidad y un sentido práctico de la realidad, siempre dispuesta, tenía además el elemento final de su raza que se acababa, con su continuo de mujer, con acceso de frenético deseo y una sensualidad fiera que á veces se manifestaba de una manera imprevista.

—Que mi pobre Dario se vaya á ver á otra, yo se lo permito,—añadió Benedetta bajando la voz y con hermosa sonrisa.—¿No es verdad? No hay que pedir imposibles á un hombre y yo no quiero que se muera.

Y como Pedro la mirase con asombro, porque aquello trastornaba sus ideas acerca de los celos de los italianos, exclamó Benedetta, ardiendo con su apasionada adoración:

—No, no, por eso no tengo celos. Es para su placer y no me da pena. Sé muy bien que volverá siempre á mi lado y que no será más que mío, pero sólo mío, el día en que yo quiera ó pueda.

Quedáronse silenciosos, el salón se fué llenando de sombra, el oro de las grandes consolas perdiendo su fulgor, y una melancolía infinita caía del alto y obscuro artesonado y de las antiguas tapicerías de color de otoño.

De pronto, y por una de esas casualidades que produce la luz, se destacó un cuadro, colocado encima del sofá en

que se hallaba la *contessina*; el cuadro era el retrato de la joven del turbante, de la hermosa Cassia Boceanera, la antepasada enamorada y justiciera. De nuevo llamóle la atención el parecido al presbítero, que, pensando en alta voz, dijo:

—La tentación es la más fuerte, y llega un momento en que se sucumbe, y hace un momento si yo no hubiese entrado...

Interrumpióle Benedetta con violencia:

—¡Yo! ¡A mí no! No me conocéis, antes habría muerto. Y con una extraordinaria y exaltada devoción, animada toda ella por el amor, y como si la fe supersticiosa hubiese encendido la pasión hasta el éxtasis, añadió con vehemencia:

—He jurado á la *Madonna* no dar mi virginidad más que al hombre que amase, pero únicamente el día en que sea mi marido, y ese juramento lo he cumplido á costa de mi dicha, y lo sostendré á costa de mi vida si es preciso... Sí, Darío y yo moriremos si es preciso, pero la Virgen santa tiene mi palabra y los ángeles no llorarán en el cielo.

En esto estaba retratada por completo, con una sencillez que al principio podía parecer complicada é inexplicable.

Sin duda obedecía á esa singular idea de nobleza humana que el cristianismo ha puesto en la dominación de la carne y la pureza, toda una protesta contra la eterna materia, las fuerzas de la naturaleza, la fecundidad sin fin de la vida.

Pero en ella, había mucho más aun, un precio de amor inestimable dado á la virginidad, un regalo exquisito, de una alegría infinita, que quería ser el amante elegido, escogido por su corazón, convertido en señor absoluto de su cuerpo en cuanto Dios los hubiese unido. Para Benedetta, fuera del ministro del Señor y del casamiento religioso, no había más que pecado mortal y abominación. Y entonces se comprendía su larga resistencia á Prada, al que no amaba, y su resistencia desesperada y dolorosa á Darío, al que adoraba, pero al que no quería entregarse más que en legítima unión. ¡Y qué tortura para aquel alma

enamorada, la de tener que resistir á su amor! ¡Qué continuo combate entre el deber, el juramento hecho á la Virgen, y la pasión, esa pasión de su raza que, á veces, como ella misma lo confesaba, soplabla tempestuosamente! Por muy ignorante é indolente que fuese, capaz de una eterna fidelidad de ternura, exigía aparte de eso, lo material del amor. Ninguna mujer no estaba tan poco entregada como ella al desvarío.

Contemplóla Pedro á la luz del crepúsculo moribundo y se le figuró que la veía y comprendía por primera vez. Su dualidad revelábase en sus labios un poco gruesos y carnosos, en sus ojos inmensos, negros y sin fondo y en su rostro tan tranquilo, tan razonable y de una delicadeza infantil.

Con eso, detrás de sus ojos de fuego, bajo aquel cutis tan puro, tan terso, adivinábase la tensión interior de la supersticiosa, de la orgullosa y voluntariosa, la mujer que se conservaba obstinadamente para su amor, no obrando más que para gozar de él, siempre dispuesta, con su despierta razón á evitar cualquier locura que pudiese arrastrarla. ¡Ah! ¡cómo se explicó que la amasen! ¡Cómo comprendió que una criatura tan adorable, con su hermosa sinceridad, su deseo de reservarse para entregarse mejor, debía llenar la existencia de un hombre! Y se le presentó como la hermana menor de aquella Cassia, deliciosa y trágica, que no había querido vivir con su virginidad, en adelante inútil, y que se arrojó al Tíber arrastrando á su hermano y el cadáver de su amante Flavio.

Impulsada por un movimiento de simpatía, Benedetta esió las manos de Pedro.

—Hace quince días, señor abate, que estáis aquí y os aprecio mucho, porque comprendo que sois mi amigo. Si nos comprendéis en el primer momento, no por eso debéis juzgarnos mal. Os juro que, por muy poco sabia que sea, procuro siempre obrar de la mejor manera posible.

Conmovióle mucho con su benévola gracia y la dió las gracias, conservando un momento entre las suyas las hermosas manos de Benedetta, porque también se apoderaba de él una gran ternura. Se apoderó de él un nuevo ensueño, el de ser su educador, si para ello tenía tiempo, y no

marcharse sin haber, al menos, conquistado aquel alma para las ideas de caridad y fraternidad futuras que eran las suyas. ¿No representaba á la Italia de ayer esa criatura admirable, indolente, ignorante, desocupada, que sólo sabía defender su amor?

La Italia de ayer, tan hermosa y adormecida, con su gracia acabada, encantadora en su adormecimiento y que guardaba tanto desconocido en el fondo de sus negros ojos, ardientes de pasión. ¡Y qué papel el de despertarla, instruírla, conquistarla para la verdad, el pueblo de los que sufren y de los pobres, la Italia rejuvenecida de mañana y tal cual él la soñaba!

Hasta en aquel desastroso casamiento con el conde Prada y en su ruptura, quería Pedro ver una tentativa abortada, la Italia moderna del Norte queriendo apresurar demasiado el trabajo, demasiado brutal para amar y para transformar á la dulce Roma tan atrasada, grande aun y perezosa. Pero ¿no podía reanudar el trabajo, no había observado que su libro, después de la impresión producida por la primera lectura, había quedado en ella como una preocupación, un interés en medio del vacío de sus días, llenos solos con sus penas? ¿Cómo! ¿No era posible interesarse por los demás, por los pequeños de este mundo, en la dicha de los mismos, y no había en todo esto un alivio de la propia miseria? Estaba ya conmovida y él se prometió hacerla derramar lágrimas, estremeciéndose él mismo á su lado, al pensamiento del infinito amor que daría el día que ella amase.

Hízose por completo de noche y Benedetta habíase levantado para pedir una lámpara. En el momento en que Pedro se despedía de ella, detúvose entre la semiobscuridad. No la veía, y la oyó únicamente decir con su voz grave:

—¿No es verdad, señor abate, que no formaréis mala opinión de nosotros? Darío y yo nos amamos y esto no es un pecado cuando se es prudente... ¡Ah! ¡Sí! ¡Le amo y desde hace mucho tiempo! Figúroslo; tenía yo apenas trece años y él dieciocho y nos queríamos, nos amábamos como locos, en ese gran jardín de la villa Montefiori que han destrizado. ¡Ah! ¡Cuántos días hemos pasado allí, tan

des enteras, perdidos entre los árboles, vivido horas y más horas en el fondo de enmarañados escondites besándonos como querubines! Cuando llegaba el tiempo de la madurez de las naranjas había allí perfumes que nos embriagaban. ¡Y los grandes bojes amargos cómo nos envolvían, y con su olor penetrante, cómo hacían latir nuestros corazones! Ahora no puedo respirar esos olores sin desfallecer.

Entró un criado con la lámpara y Pedro subió á su cuarto. En la escalerilla encontró á Victorina que experimentó un ligero estremecimiento como si se hallase allí á propósito acechando su salida del salón. Le siguió y habló informándose, y de pronto tuvo el presbítero conciencia de todo lo ocurrido.

—¿Por qué no acudisteis cuando os llamó vuestra ama ya que estabais cosiendo en la antesala?

Al principio quiso hacerse la ignorante y que no había oído nada, pero su cara franca y leal no podía mentir y refase á pesar de todo. Y al fin lo confesó con su aire animoso y alegre:

—¡Diantre! ¿Es que acaso me tocaba á mí intervenir entre enamorados? Y después de todo estaba bien tranquila porque sabía que el príncipe ama demasiado á Benedetta para hacerla daño.

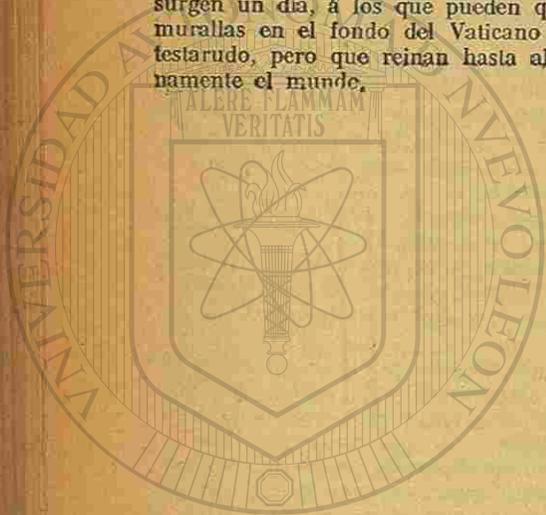
La verdad era que, comprendiendo de lo que se trataba, al oír el primer llamamiento de angustia dejó sin hacer ruido la labor sobre la mesa y se marchó á paso de lobo para no estorbar á sus queridos hijos como los llamaba.

—¡Ah! ¡Pobre niña!—exclamó.—¡Qué mal hace en martirizarse con esas ideas del otro mundo! Puesto que se aman tanto ¿en dónde estaría, Dios mío, el mal, si gozasen algo de la dicha? La vida no es tan buena que se deba despreciar la ocasión ¡y qué pesar más grande, más adelante, el día en que no sea ya tiempo!

Al quedarse solo en su cuarto sintióse Pedro de pronto trastornado, vacilante ¡los grandes bojes amargos! ¡Los grandes bojes amargos! Como él habíase ella estremecido con su violento aroma de virilidad y volvían y evocaban los de los jardines pontificales, de los voluptuosos jardi-

ñes romanos, desiertos y ardientes bajo el augusto sol.

El día entero que había pasado se resumía y tomaba con toda claridad su total significación. Era el despertar fecundo, la eterna protesta de la naturaleza y de la vida, la Venus y el Hércules, á los que pueden ocultar durante siglos enteros bajo la tierra pero que, á pesar de todo, surgen un día, á los que pueden querer encerrar tras las murallas en el fondo del Vaticano dominador, inmóvil y testarudo, pero que reinan hasta allí y gobiernan soberanamente el mundo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

## VII

Al día siguiente, y después de un largo paseo, hallóse Pedro delante del Vaticano, sitio al que por una especie de obsesión iba á parar siempre y se encontró de nuevo con monseñor Nani. Era un miércoles por la tarde y el asesor del Santo Oficio salía de su audiencia semanal con el papa, al que había dado cuenta de la sesión celebrada por la mañana por la sagrada congregación.

—¡Qué venturosa casualidad, hijo mío! Precisamente me esaba acordando de vos. ¿Deseáis ver en público á Su Santidad antes de que os reciba en audiencia particular?

Tenía, al decir esto, su gran aire de sonriente amabilidad, en la que apenas se traslucía la ligera ironía del hombre superior que lo sabía todo, que lo podía todo y preparaba todo.

—Sin duda alguna, monseñor,—respondió Pedro un poco admirado por lo brusco de la oferta.—Toda distracción es bienvenida cuando se pierden días esperando.

—No, no perdéis vuestros días,—replicó el prelado con mucha viveza,—pues miráis, reflexionáis y os instruíis... En fin he aquí lo que hay. Sin duda no ignoráis que la gran peregrinación del dinero de San Pedro llega el viernes á Roma y será recibida el sábado por Su Santidad. Al

día siguiente, domingo, se verificará otra ceremonia; Su Santidad dirá misa en la basílica. Me quedan aún algunas tarjetas; he aquí dos con sitios muy buenos para esos días.

Sacó del bolsillo una cartera muy elegante y adornada con cifra de oro, y de ella dos tarjetas, una verde y otra rosa que entregó al joven presbítero.

—¡Ah! ¡Si supiéseis con qué afán las buscan! Ya recordaréis á esas dos señoras que tantos deseos tienen de ver al Santo Padre; pues bien, no he querido insistir demasiado para obtenerlas una audiencia y han tenido que contentarse con las tarjetas que las he dado... Sí, el Padre Santo está un poco cansado... Acabo de verle y le encontré febril y pálido, pero tiene tanta fuerza de voluntad, que sólo vive para el alma.

Reapareció su sonrisa, con su ironía apenas perceptible.

—Ahí se encuentra un gran ejemplo para los impacientes, querido hijo mío. He sabido que el excelente monseñor Gamba del Zoppo no ha podido hacer nada en vuestro obsequio; pero no conviene que os aflijáis de una manera extraordinaria. Permitidme que os repita que esta larga espera es seguramente una gracia que os hizo la Providencia, para que os informéis obligándoos á comprender cosas que vosotros, clérigos franceses, no acertáis, por desgracia, á explicaros cuando venís á Roma... Y todo eso tal vez evitará que cometáis alguna falta... Vamos, calmaos, pensad que los acontecimientos dependen de la mano de Dios y sólo se verificarán en la hora fijada por su divina sabiduría.

Tendióle la mano bien cuidada, flexible y gordita, mano fina de señora, pero cuya presión tenía la fuerza de un torno de hierro y subió á su coche que le estaba esperando.

Precisamente la carta que había recibido del vizconde Filiberto de la Choue era una prolongada exclamación de rencor y de desconsuelo con motivo de la gran peregrinación internacional del dinero de San Pedro.

Escribía en la cama, en la que le tenía postrado un fuerte ataque de gota que le impedía ir con la peregrina-

ción; pero lo que hacía que llegase al colmo su pena, era que el presidente del comité, encargado naturalmente de presentar la peregrinación al papa, resultaba ser el barón de Fouras, uno de sus más encarnizados adversarios del antiguo partido católico conservador.

Y no dudaba ni un momento que el barón aprovecharía aquella ocasión tan propicia para influir en el ánimo del papa para que triunfase su teoría de las corporaciones libres, mientras que el vizconde no creía posible la salvación del catolicismo y del mundo, más que con el sistema de corporaciones cerradas, obligatorias. Por esto suplicaba á Pedro que trabajase con los cardenales que le eran favorables y hasta que intentase ver al Santo Padre, y no se fuese de Roma sin llevarle la augusta protección, que era la única que podía dirimir la contienda.

La carta daba además interesantes pormenores acerca de la peregrinación; tres mil peregrinos procedentes de todos los países y que los obispos y superiores de distintas congregaciones acompañaban desde Francia, Bélgica, España, Austria y hasta desde Alemania. Francia era la que estaba más ampliamente representada, por un grupo de cerca de dos mil peregrinos.

En París había funcionado un comité internacional para organizarlo todo, y fué una tarea muy delicada, porque se hizo á propósito una mezcla de miembros de la aristocracia, de cofradías formadas por señoras de la clase media, de asociaciones obreras, y en ese comité estaban confundidas clases, sexos y edades, fraternizando con la misma fe. Y el vizconde añadía que la peregrinación, que llevaba millones al papa, había escogido la fecha de su presentación de tal modo, que resultaba una protesta del catolicismo universal contra las fiestas del 20 de Septiembre con que el Quirinal celebraba el glorioso aniversario de la Roma capital.

Pedro no desconfió y creyó que no tenía que apresurarse, y para presenciar la solemnidad que debía verificarse á las doce, fué á las once.

El local señalado era el salón de las Beatificaciones, grande y hermosa sala, que se halla situada encima del pórtico de San Pedro y que han convertido en capilla con

posterioridad á 1890. Una de sus ventanas se abre sobre la logia central, desde la que en otros tiempos el papa recién elegido bendecía al pueblo, á Roma y al mundo. Le preceden otras dos salas: la Real y la Ducal. Y cuando Pedro quiso dirigirse á ocupar el puesto á que le daba derecho su tarjeta verde, dentro de la sala misma de las beatificaciones, encontré con que las tres estaban de tal modo ocupadas por una multitud compacta, que tropezó con los obstáculos más grandes para abrirse camino.

Hacia una hora que se estaban ahogando de esa manera, con la fiebre ardiente y la emoción, que iba por momentos en aumento, de las tres ó cuatro mil personas encerradas en aquellas salas. Pudo al cabo llegar hasta la puerta de la tercera sala, pero se desalentó al ver el extraordinario amontonamiento de cabezas y no intentó ir más allá.

Esa sala de las Beatificaciones que, poniéndose de puntillas podía abarcar con una sola mirada, era de gran riqueza, y estaba dorada y pintada bajo el elevado y severo artesonado.

Enfrente de la entrada y en el sitio que de ordinario ocupaba el altar, habían colocado en un estrado no muy alto el trono pontifical, un gran sillón de terciopelo rojo, cuyo respaldo y brazos dorados resplandecían con extraordinario brillo. Los cortinajes del solio, también de terciopelo rojo, caían detrás en pliegues, como dos grandes alas de púrpura.

Lo que le interesó más, lo que más le pasmó fué aquella multitud, una multitud de desenfrenada pasión, tal cual no la había visto jamás, de cuyos corazones oía los grandes latidos y cuyos ojos engañaban el ansia febril de la espera, contemplando, adorando el trono vacío.

¡Ah! Aquel trono los deslumbraba, los turbaba, llegando hasta el éxtasis de las almas devotas, tanto como el Viril en que Dios en persona iba á dignarse á ocupar un sitio.

Había allí obreros endomingados, con ingenuas miradas de niño y rudos rostros de éxtasis, señoras burguesas, con el traje negro reglamentario empalidecidas por una especie de terror sagrado en el exceso de su deseo, caballe-

ros con frac y corbata blanca, gloriosos y envanecidos por la convicción de que salvaban á la Iglesia y á los pueblos.

Un grupo de éstos llamaba la atención en un sitio de preferencia delante del trono, todo un pelotón de fracs negros, los miembros del comité internacional, á cuya cabeza figuraba triunfalmente el barón de Fouras, hombre de unos cincuenta años, muy alto, muy grueso y rubio, que se movía y agitaba sin cesar dando órdenes como un general en la mañana de una victoria decisiva.

Después, en medio de la masa gris y neutra de los trajes, resaltaba acá y acullá la seda violeta de la ropa talar de algún obispo, porque cada pastor había querido quedarse con sus ovejas; mientras que los regulares, padres ó superiores, con sus hábitos oscuros, negros ó blancos, dominaban con sus cabezas barbudas ó afeitadas.

A derecha é izquierda flotaban algunas banderas que las congregaciones ó asociaciones llevaban al papa.

Y la ola subía oyéndose un ruido de mar que se henchía, y tal amor impaciente se exhalaba de aquellos rostros humedecidos por el sudor, de los ojos ardientes, de las hambrientas bocas, que el aire estaba como espesado y obscurecido con el olor pesado de aquel pueblo allí amontonado.

De pronto vió Pedro cerca del trono á monseñor Nani quien, habiéndole reconocido desde lejos le hacía señales para que se acercase, y como respondiese con un signo lleno de modestia que prefería quedarse en donde estaba, el prelado se obstinó á pesar de todo y envió un hujier en su busca con orden de que le abriese paso.

Cuando el hujier le hubo acompañado á su lado, le dijo:

—¿Por qué no venís á ocupar vuestro sitio? La tarjeta que tenéis os da derecho á estar aquí á la izquierda del trono.

—A la verdad,—respondió el presbítero,—como tenía que molestar á tanta gente no he querido pasar. Y además este es demasiado honor para mí.

—No, no, y si os la di, fué para que ocupáseis el sitio en ella designado. Deseo que estéis en primera fila para

que lo podáis ver todo, para que no perdáis ni el menor detalle de la ceremonia.

Pedro no pudo hacer otra cosa más que darle las gracias.

Vió entonces que muchos cardenales y prelados de la familia pontifical esperaban á los dos lados del trono. En vano buscó al cardenal Boccanera que no se presentaba en San Pedro ó en el Vaticano, más que en los días en que su servicio le obligaba á hacerlo. Pero reconoció al cardenal Sanguinetti, alto y fuerte y con el rostro coloreado por la sangre, que estaba hablando en voz bastante alta con el barón Fouras.

Un momento después se le unió monseñor Nani el que, con su acostumbrada amabilidad le enseñó otras dos eminencias que tenían la importancia de altos y elevados personajes: el cardenal Vicario, hombre pequeño y obeso, de rostro calenturiento, abrasado por la ambición, y el cardenal Secretario, robusto, huesoso, hecho á hachazos, tipo romántico del bandido siciliano que hubiese decidido dedicarse á la discreta y sonriente diplomacia eclesiástica. A pocos pasos y apartado, hallábase el gran Penitenciario, silencioso, de aspecto enfermizo y dolorido del que sufre y de un perfil delgado y grisiento de asceta.

Dieron las doce. Hubo una explosión de falsa alegría, una emoción procedente de las otras salas y que fué como una oleada profunda. Ese movimiento debíase tan sólo á que los hujieres hacían abrir paso á la multitud para que pudiese cruzar por allí el cortejo. Y de pronto, en el fondo de la primera sala oyéronse aclamaciones que salieron de allí, se aumentaron y acercaron.

Aquella vez era el cortejo.

A la cabeza de éste marchaba un pelotón de guardias suizos, con uniforme de diario, mandado por un sargento; después los portadores de la silla gestatoria con sus trajes rojos, luego seguían los prelados de la corte pontificia entre los que figuraban los cuatro camareros secretos participantes. Por último entre dos pelotones de guardias nobles de media gala, iba el Padre Santo á pie, solo, sonriendo con pálida sonrisa, bendiciendo con lentitud á derecha é izquierda. Con él los clamores de las salas vecinas

se engolfaron en la de las Beatificaciones con una violencia de amor convertida en locura, y bajo la débil y blanca mano que bendecía todos aquellos seres trastornados por la emoción, cayeron de rodillas y no había por el suelo más que un aplastamiento de ese pueblo devoto como anonadado por la aparición del dios.

Pedro, sobrecogido, estremeciése y se arrodilló como los demás. ¡Ah! ¡Esa supremacía, ese contagio irresistible de la fe, del temido soplo del más allá, duplicándose en medio de una decoración y de una pompa de soberana grandeza! Reinó entonces un profundo silencio cuando León XIII se sentó en el trono rodeándole los cardenales y su corte, y desde luego empezó la ceremonia con arreglo al rito y á la costumbre.

El primero que habló y para hacerlo se arrodilló, fué un obispo, para poner á los pies de Su Santidad la ofrenda de la cristiandad entera. Siguióle el presidente del comité, barón de Fouras que, en pie, leyó un largo discurso en el cual presentó la peregrinación, explicando su objeto dándole toda la gravedad y alcance de una protesta á la vez política y religiosa. Aquel hombre tan grueso tenía una voz chillona, penetrante, y las frases se le escapaban como el chirrido de una barrena.

Manifestaba cuan grande era el dolor del mundo católico ante la expoliación de que era víctima desde hacía un cuarto de siglo la Santa Sede; la voluntad de todos los pueblos, representados allí por peregrinos, de consolar al Jefe supremo y venerado de la Iglesia, llevándole el óbolo de los ricos y de los pobres, el dinero de los más humildes, para que el papado pudiese vivir orgulloso, independiente y despreciando á sus adversarios.

Habló también de Francia, deplorando sus errores y profetizando su retorno á las sanas tradiciones y dando á entender orgullosamente que era la más opulenta, la más generosa, cuyos regalos aflúan á Roma en un río no interrumpido.

Levantóse al fin León XIII, y respondió al obispo y al barón. Su voz era gruesa, pronunciadamente nasal, una voz que sorprendía al oír salir de su cuerpo tan endeble. En pocas frases dijo cuan grande era su gratitud y cuanto

se conmovía su corazón con aquella adhesión de las naciones al papado.

En vano los tiempos eran y tal vez serían malos porque el triunfo final estaba cercano. Signos evidentes revelaban que el pueblo volvía á la fe, que muy pronto habían de cesar las iniquidades volviendo en breve bajo el universal reinado de Cristo. En cuanto á Francia ¿no era la hija predilecta, la primogénita de la Iglesia, que había dado tantas pruebas de afecto á la misma y que por esto no podía nunca dejar de amarla?

Levantando después el brazo, bendijo á todos los peregrinos presentes, á las sociedades y congregaciones que representaban, á sus familias y á sus amigos, á Francia y á todas las naciones católicas, para agradecerles el precioso auxilio que le enviaban.

En el momento en que volvió á sentarse estallaron salvas de aplausos, pero salvas frenéticas, que duraron más de diez minutos, mezclándose con vítores, con gritos inarticulados, con un desencadenamiento de tempestad que hacía retemblar la sala.

Y bajo el viento de aquella furiosa adoración, contempló Pedro á León XIII, que se había quedado inmóvil en su trono. Ceñida la tiara, con los hombros cubiertos con el rojo manto adornado de armiño; tenía, con su amplia sotana blanca, la hierática rigidez del ídolo que veneran doscientos cincuenta millones de cristianos.

Sobre el fondo rojo de la púrpura de los cortinajes del solio, entre aquel apartamiento alado de las tapicerías, en los que ardía como una hoguera de gloria, tenía aquella figura verdadera majestad. No era el anciano caduco de paso entrecortado y vacilante y de cuello inclinado de pobre pájaro enfermo. La pronunciada fealdad del rostro, la nariz demasiado grande y la boca hendida con exceso, los rasgos borrosos y secos, desaparecía todo ello.

En aquella faz de cera no se distinguían más que unos ojos admirables, negros y profundos, ojos de eterna juventud, de una inteligencia y de una penetración extraordinarias.

Además, todo eso era un erguimiento voluntario de toda la persona, una conciencia de la eternidad que represen-

taba, una nobleza y realeza que procedía de no ser más que un soplo, un alma pura en un cuerpo de marfil y tan transparente que ya se veía aquel alma como libertada de los lazos de la tierra.

Y entonces recapacitó Pedro lo que semejante hombre, el pontífice soberano, el rey obedecido por doscientos cincuenta millones de súbditos debía ser para las devotas y dolientes criaturas que iban á adorarle desde tan lejos, deslumbradas á sus pies por el resplandor de los poderes que representaba.

A su espalda, en la encendida púrpura de los cortinajes ¡qué brusca abertura sobre el más allá, qué infinito de ideal y de gloria cegadora!

En un solo sér, el Elegido, el Único, el Sobrehumano; cuantos siglos de historia se reunían desde el apóstol San Pedro, y cuanta fuerza, genio, luchas y triunfos. ¡Y qué milagro sin cesar reproducido, el cielo dignándose bajar á aquella carne humana, Dios habitando en aquel servidor que El escogió, al que pone aparte, al que consagra por cima de la inmensa multitud de los otros vivientes, dándole todo poder y toda ciencia!

¡Qué sagrada turbación, qué emoción de acendrada ternura al ver á Dios en un hombre, al ver á Dios allí sin cesar en el fondo de los ojos, hablando con su voz y emanando de cada uno de sus gestos de bendición!

¿Se puede imaginar nada como ese absolutismo exorbitante y de un monarca infalible, la autoridad total en este mundo y la salvación en el otro, Dios visible?

¡Y cómo se comprendía el vuelo que hacia él tomaban las almas devoradas por la necesidad de creer, el aniquilamiento en él de las almas que encontraban al cabo la certidumbre tan buscada y el consuelo de entregarse y de desaparecer en el mismo Dios!

La ceremonia se terminaba y el barón de Fouras presentó al papa los miembros del comité, así como á otros personajes importantes que acompañaban á la peregrinación. Fué un lento desfile de temblorosas genuflexiones acompañadas del beso voraz al anillo y al pie.

Después siguió el ofrecimiento de las banderas y estandartes y á Pedro se le oprimió dolorosamente el corazón.

al reconocer que el más rico y sumuoso era el de Lourdes, enviado por los padres de la Inmaculada Concepción.

Sobre la blanca seda bordada, estaba á un lado y pintada la Virgen de Lourdes y al otro el retrato de León XIII.

Vióle sonreír á su imagen y tuvo una pena muy grande, como si todo su ensueño de un papa intelectual, evangélico y libre de vulgarísimas supersticiones, desapareciese. Y fué en ese momento cuando su mirada se cruzó otra vez con la de monseñor Nani, que no dejó de mirarle ni un solo instante desde que dió principio la ceremonia, estudiando todas sus impresiones con el aire curioso de un hombre que se propone hacer un experimento.

Monseñor Nani se le acercó diciéndole:

—Es soberbio ese estandarte y qué alegría para Su Santidad al ver que han reproducido tan bien su imagen al lado de esa Santa Virgen.

Observando que el presbítero, que se había puesto muy pálido, no respondía, añadió:

—Queremos mucho á Lourdes en Roma ¡es tan deliciosa la historia de esa Bernadetta! (1)

Y lo que pasó á continuación fué tan extraordinario que Pedro se quedó durante mucho tiempo trastornado. Había presenciado en Lourdes espectáculos de inolvidable idolatría, escenas de fe ingenua, de exasperada pasión religiosa, que le hacían estremecer aún de inquietud y de dolor; pero ni las multitudes que se agolpaban en la Gruta, ni los enfermos que expiraban de amor delante de la estatua de la Virgen, todo un pueblo en fin, delirante por el contagio del milagro, nada, nada se aproximaba al viento de la locura que levantó, arrastró á los peregrinos hasta los pies del papa.

Los obispos, los superiores de las congregaciones y de las órdenes, los delegados de todas clases se adelantaron para depositar al pie del trono las ofrendas que llevaban del mundo católico entero, la colecta universal del dinero de San Pedro.

Era el impuesto voluntario de un pueblo á su soberano, plata, oro, billetes de Banco, encerrados en bolsas, porta-

(1) Véase la obra «Lourdes», publicada por esta casa.—N. del E.

monedas y carteras. Tras ellos fueron las señoras las que se postraron de rodillas para presentar los bolsillos de seda ó de terciopelo que habían bordado ellas mismas. Y otras habían mandado hacer con diamantes en las carteras, las iniciales de León XIII.

La exaltación llegó en un momento á tal grado, que algunas mujeres se despojaron de todo y arrojaron su portamonedas y cuanto dinero llevaban encima.

Una, muy hermosa, morena, delgada y alta, se arrancó cadena y reloj del cuello, se quitó las sortijas, echándolo todo en la alfombra del estrado. Habríanse todas arrancado su carne para que saliese su corazón ardiendo en amor y arrojárlas también, y hasta ellas enteras sin guardar nada de sí.

Fué aquello una lluvia de presentes, el don total, la pasión que se despoja en obsequio del objeto de su culto, considerándose dichosa al no traer nada que no sea de él también.

Y esto sucedió en medio de un clamor creciente, de vivas, que se habían reanudado otra vez, de agudos gritos de adoración, mientras que se producían cada vez empujones más violentos, afanándose todos y cediendo á la irresistible necesidad de besar al ídolo.

Dióse una señal y León XIII se apresuró á bajar del trono y á ocupar un sitio en el cortejo para dirigirse á sus habitaciones.

La guardia suiza contenía enérgicamente á la multitud, tratando de abrir paso á través de las tres salas; pero al ver que Su Santidad se disponía á marcharse, levantóse un clamor de desesperación que fué en aumento, lo mismo que si el cielo se hubiese cerrado bruscamente ante aquellos que aun no habían podido acercarse.

¡Qué decepción más cruel, haber tenido visible á Dios, y perderle antes de ganar su salvación, nada más que tocándole!

Los empujones fueron tan terribles, que estalló una confusión espantosa que barrió á los guardias suizos.

Allí se vió á mujeres precipitarse tras el papa, arrastrándose á gatas por el rico enlosado de mármol, para besar sus huellas y beber el polvo de sus pasos.

La hermosa señora morena, caída al pie del trono, había desmayado lanzando un gran grito y dos individuos del comité la sujetaban con el objeto de impedir que se lastimase con el fuerte ataque de nervios que la convulsionaba.

Otra, una rubia gruesa, se encarnizaba comiéndose con los labios, y presa como de un delirio, los brazos del dorado sillón en donde se había apoyado el pobre codo del débil anciano.

Notáronlo otras, y fueron á disputárselo, apoderándose de los dos brazos, del terciopelo, pegando sus bocas á la madera y á la tela, mientras que sus cuerpos se agitaban con convulsivos sollozos. Fué preciso emplear la fuerza para arrancarlas de allí.

Cuando terminó todo aquello, á Pedro le pasó lo que al que despierta de una pesadilla penosa; tenía el corazón oprimido y en rebelión la razón. Y encontróse con la mirada de monseñor Nani que no la apartaba de él ni un momento.

—¿No es verdad que ha sido una ceremonia soberbia? —preguntó el prelado.—Esto consuela de muchas iniquidades.

—Sí, no hay duda, ¡pero qué idolatría!—no pudo por menos de murmurar el presbítero.

Limitóse monseñor Nani á sonreír sin hacer caso de las palabras, como si no las hubiese oído. En aquel momento las dos señoras francesas, á las que diera tarjetas, se acercaron para manifestarle su agradecimiento y Pedro se quedó sorprendido al reconocer en ellas á las que le habían acompañado en la visita á las Catacumbas, la madre y la hija, tan hermosas, alegres y sanas.

No estaban muy entusiasmadas con el espectáculo; pero declararon que estaban muy satisfechas por haberlo contemplado, por ser una cosa asombrosa, única en el mundo.

Bruscamente y en medio de la muchedumbre que se retiraba sin prisa, sintió Pedro que le tocaban en el hombro, y al volverse vió á Narciso Habert muy entusiasmado también.

—Os estuve haciendo señas, pero no me visteis señor abate. ¡Eh! ¡Esa mujer morena que cayó rígida con los bra-

zos en cruz tenía una expresión admirable! ¡Una obra maestra de los tiempos primitivos, un Cimabue, un Giotto, un Fra Angélico! ¿Y las otras? Esas que se confían á besos el sillón ¡qué grupo de suavidad, belleza y amor! Nunca faltó á estas ceremonias, porque en ellas siempre hay cuadros, espectáculos de almas.

Con gran lentitud iba deslizándose la enorme oleada de peregrinos, bajando la escalera, dominándoles la fiebre ardiente cuyo estremecimiento persistía aún. Y Pedro, seguido de monseñor Nani y de Narciso que sostenían animada conversación, reflexionaba bajo el tumulto de las ideas que golpeaban su cráneo.

¡Ah! Ciertamente, era muy grande y hermoso aquel papa que se había encerrado en el fondo de su Vaticano, que aumentó en la adoración y en el terror sagrado de los hombres á medida que desaparecía más, que se convertía en un espíritu puro, en una pura autoridad moral desprendida de todo cuidado material.

Había allí una espiritualidad, un vuelo hacia el pleno ideal, que le removió profundamente, porque su ensueño del cristianismo rejuvenecido, reposaba en ese poder purificado y únicamente espiritual del jefe supremo y acababa de asegurarse de cuanto ganaba en majestad y supremacía, ese soberano pontífice del más allá, á los pies del que se desmayaban las mujeres que tras él veían á Dios. Pero al mismo tiempo, en el mismo minuto, había visto presentarse la cuestión de dinero, echando á perder su alegría, haciéndole pensar en que debía estudiar el problema.

Si el abandono forzado del poder temporal había engrandecido al papa, librándole de las miserias de rey zue-lo siempre amenazado, la necesidad de dinero seguía como una bala atada á sus pies, y que le sujetaba al suelo.

Puesto que no podía aceptar la subvención del reino de Italia, la idea verdaderamente conmovedora del dinero de San Pedro, debía haber librado á la Santa Sede de todo cuidado material, con la condición de que ese dinero, fuesen los cinco céntimos del católico, el óbolo de cada fiel, tomando el pan cotidiano, enviado directamente á Roma, yendo desde la humilde mano del que lo daba, á

la augusta mano del que lo recibía; sin contar conque semejante impuesto voluntario pagado por el rebaño á su pastor, bastaría para el sostenimiento de la Iglesia, si cada cabeza de los doscientos cincuenta millones de católicos daba sencillamente sus cinco céntimos por semana.

De este modo el papa debiendo á todos, á cada uno de sus hijos, no debería nada á nadie; ¡es tan poca cosa ese sueldo, esos cinco céntimos, y una cosa tan fácil, tan enternecedora!

Por desgracia las cosas no pasaban así, el mayor número de los católicos no daban nada, los más ricos enviaban grandes cantidades por pasión política, y sobre todo esos dones se concentraban entre las manos de los obispos y de ciertas congregaciones, de tal modo, que los verdaderos donantes parece que son esos obispos, esas poderosas congregaciones que se convertían en los bienhechores del papado, en las cajas indispensables de que éste sacaba su vida.

Los pequeños y los humildes, cuyo óbolo formaba el tronco, estaban como suprimidos; era de los intermedios, de los grandes señores regulares ó seculares de los que dependía el papa, forzado desde luego á contemporizar con ellos, á escuchar sus quejas y deseos, obedeciendo á veces á sus pasiones, si no quería quedarse sin sus limosnas.

Aliviado del peso del poder temporal, no podía considerarse libre del todo, si no hasta cierto punto tributario de su clero, teniendo que contar á su alrededor con demasiados apetitos é intereses para ser el amo altanero, puro, todo alma, el señor capaz de salvar al mundo.

Y Pedro recordaba la gruta de Lourdes que había visto en los jardines del Vaticano, el estandarte de Lourdes que acababa de ver, y sabía además que los padres de Lourdes separaban todos los años una suma de doscientos mil francos de lo que recogían para la Virgen para enviarlos como regalo al Santo Padre; ¿no sería esta la razón de su gran influencia?

Se estremeció y tuvo conciencia de pronto de que, á pesar de su presencia en Roma, á pesar del apoyo del

cardenal Bergerot, sería derrotado y condenado su libro.

Por último, cuando desembocaba en la plaza de San Pedro, entre el último pelotón de peregrinos oyó á Narciso que preguntaba:

—¿Es de veras que creéis que los dones de hoy han excedido de esa suma?

—¡Oh! Sí, más de tres millones, estoy convencido de ello,—respondió monseñor Nani.

Los tres detuviéronse un momento bajo la columnata de la derecha, contemplando la inmensa plaza iluminada por el sol en que se esparcían tres mil peregrinos, semejantes á manchitas negras, á un hormiguero en revolución.

¡Tres millones!

Esa cifra resonó en los oídos de Pedro que levantó la cabeza y contempló, al otro lado de la plaza las fachadas del Vaticano doradas todas por el sol, bajo el infinito de aquel cielo azul, como si hubiese querido seguir, á través de las paredes, el paso de León XIII, dirigiéndose á sus habitaciones, cruzando por galerías y salas; desde abajo veía las ventanas de esas habitaciones.

Imaginaba verle cargado con los tres millones, llevándose encima, entre sus débiles brazos cruzados sobre el pecho esos billetes, oro, plata y hasta las alhajas que las mujeres habían echado á sus pies.

De pronto, de una manera inconsciente, habló en alta voz.

—¿Y qué va á hacer con esos tres millones? ¿A dónde se va con ellos?

Narciso, y hasta el mismo monseñor Nani, no pudieron por menos de echarse á reír ante una curiosidad formulada de aquella manera. Fué el primero quien respondió:

—Pues Su Santidad se los lleva á su cuarto ó al menos hace que los lleven delante de él: ¿no os fijásteis en dos personas del séquito que lo recogían todo y que tenían los bolsillos llenos lo mismo que las manos?

Y ahora Su Santidad está encerrado á solas, pues despidió á todo el mundo y corrió con mucho cuidado los cerrojos de las puertas.

Y si fuese posible que vuestra vista penetrase á través de esa fachada, le veríais contar y recontar su tesoro con satisfecha atención, poniendo á un lado los cartuchos de oro, metiendo en sobres los billetes de Banco, haciendo de todo paquetitos iguales para colocarlo todo luego ordenadamente en el fondo de escondrijos que él sólo conoce.

Mientras que hablaba su compañero levantó Pedro la cabeza fijando sus miradas en las ventanas del papa como ssi pudiese presenciar la escena.

Narciso, entretanto continuaba sus explicaciones diciendo que, en la habitación y junto á la pared de la derecha, había cierto mueble en donde se guardaba el dinero.

Algunos otros hablaban también de los profundos cajones de una mesa escritorio y otros, en fin, aseguraban que en el fondo de la alcoba que era muy grande, el dinero dormía en grandes maletas encadenadas.

Había además efectivamente á la izquierda del corredor que conducía al Archivo una gran pieza en la que estaba el cajero general con una monumental caja de caudales de tres departamentos; pero allí estaba el dinero del Patrimonio de San Pedro, los tributos administrativos cobrados en Roma, mientras que el caudal del dinero de San Pedro, las limosnas de la cristiandad entera, quedábanse entre las manos de León XIII que era el único que sabía á cuanto ascendía y que vivía á solas con aquellos millones de los que disponía como dueño absoluto, sin dar cuentas á nadie.

Así que no salía nunca de su cuarto mientras que los criados lo limpiaban y arreglaban y apenas consentía en permanecer en el dintel de la habitación inmediata para evitar el polvo. Y cuando debía ausentarse durante algunas horas para bajar á los jardines ó ir á cualquier ceremonia cerraba las puertas con doble vuelta de llaves y se llevaba estas en el bolsillo sin que jamás las confiase á nadie.

Narciso calló un momento y encarándose con monseñor Nani, añadió:

—¿No es cierto monseñor? Estos son hechos de que todo Roma está al corriente.

El prelado que sonreía y meneaba la cabeza, sin apro-

bar ni desaprobar, se había puesto á observar con mucha atención en el rostro de Pedro la impresión que á éste producían semejantes historias.

—Sin duda... sin duda, pues se dicen tantas cosas. No lo sé por mí, pero puesto que vos, señor Habert, lo sabéis...

—¡Ah!—exclamó éste.—Conste que no acuso á Su Santidad de sórdida avaricia como suelen hacerlo por ahí.

Circulan por esas calles muchos rumores de que tiene cofres llenos de oro en los que se pasa las horas metiendo las manos y que posee tesoros amontonados en los rincones, sólo para tener el gusto de contarlos y recontarlos sin cesar...

Sólo que, se puede admitir que á Su Santidad le gusta un poco el dinero porque lo es, por el placer de tocarlo, de ordenarlo, cuando está solo.

Es esto una manía muy excusable en un viejo que no tiene otra distracción. Y me apresuro á añadir que tiene afición al dinero más aun que por nada, por la fuerza social que lleva en sí, por el apoyo decisivo que puede proporcionar mañana al papado si quiere vencer.

Entonces se elevó muy alta la figura de ese papa, prudente y sagaz, que teniendo conciencia de lo que son las necesidades modernas, se inclina á usar los medios poderosos del siglo para conquistarle, haciendo negocios, y habiendo hasta corrido el riesgo de perder en un desastre el tesoro dejado por Pío IX y queriendo reparar la brecha, reconstituir ese tesoro, con objeto de legarlo sólido y acrecentado á su sucesor.

¡Económico, ahorrador!

Sí, pero económico y ahorrador para las necesidades de la Iglesia que sabía cuán inmensas son, más grandes cada día y de una importancia vital si quiere combatir el ateísmo en el terreno de las escuelas, de las instituciones y de las asociaciones de todas clases. Sin dinero, la Iglesia no era más que una vasalla, á la merced de los poderes civiles del reino de Italia y de otras naciones católicas.

Y era de esta manera como aun siendo caritativo y sosteniendo con largueza las obras útiles, las que ayudan al triunfo de la Fe, sentía un gran desprecio hacia los gastos

sin objeto, mostrando una gran dureza en ese punto, no sólo para con los otros sino hasta con él mismo. Personalmente no tenía necesidades.

Al principio de su pontificado separó con toda claridad su pequeño patrimonio privado, del rico patrimonio de San Pedro, negándose rotundamente á distraer nada de éste para auxiliar á los suyos.

Nunca ha habido un soberano pontífice que haya cedido menos á los impulsos del nepotismo; hasta el extremo de que sus tres sobrinos y dos sobrinas, seguían siendo pobres y pasando por grandes apuros pecuniarios. Respecto á este punto no oía ni las habillitas ni las quejas, ni le hacían mella las acusaciones, pues seguía siendo intratable y recto, defendiendo con ruda energía los millones del papado contra tantas y tantas encarnizadas codicias, lo mismo contra los que le rodeaban que contra su familia, animándole el orgullo de dejar á los papas futuros el arma invencible el dinero que le da la vida.

—Pero en resumen, ¿cuáles son los ingresos y cuáles los gastos de la Santa Sede?—preguntó Pedro.

Apresuróse monseñor Nani á responder con un ligero gesto evasivo:

—Confieso que en esa materia mi ignorancia es grande. Diríjase al señor Habert que está tan bien enterado.

—¡Dios Santo! No sé ni más ni menos,—declaró éste,—que lo que se sabe en todas las embajadas, eso que se repite corrientemente... Es preciso distinguir en cuanto á los ingresos... Antes había el tesoro dejado por Pío IX, una veintena de millones, colocados en distintos negocios y que producían poco más ó menos un millón; pero, como ya os dije antes, hubo un desastre, por más que, según dicen lo repararon inmediatamente.

Después, aparte de las rentas fijas que producen los capitales colocados, hay unos cuantos centenares de miles de francos que producen, año bueno con año malo, los derechos de cancellería de todas clases, los títulos nobiliarios y esos mil pequeños gastos que perciben las congregaciones... Sólo que como el presupuesto de gastos pasa de siete millones, ya veis que es necesario buscar seis millones todos los años, y con seguridad que es el dinero de

San Pedro el que los proporciona, no diré los seis, pero sí lo menos tres ó cuatro con los cuales se ha especulado para poder doblarlos y unir los dos extremos.

Sería muy larga de contar esa historia de las especulaciones de la Santa Sede, desde hace quince años.

Los primeros fueron de ganancias enormes hasta que vino la catástrofe que, á poco más, lo hace desaparecer todo, y por último, la obstinación en los negocios que á la postre logró tapar poco á poco todos los agujeros. Algún día os la contaré si tenéis mucho interés en conocerla.

Escuchábase Pedro con mucha atención.

—¡Seis millones!—exclamó.—¡Hasta cuatro! ¿Cuánto es lo que produce el dinero de San Pedro?

—¡Oh! Lo que es en cuanto á eso os repito que nadie lo ha podido saber con exactitud. En otros tiempos los periódicos católicos publicaban listas con las cifras de las ofrendas, y por aproximación, se podía calcular lo que aquello producía.

Pero á la cuenta creyeron que ese sistema no daba buenos resultados, porque no ha vuelto á publicarse ninguna relación de esa clase, y es radicalmente imposible formarse una idea, ni aun remota, de lo que el papa recibe.

Vuelvo á decir que él solo es el que recibe ese dinero, lo guarda, y dispone de él como soberano.

Es de creer que los años buenos, esos donativos producen de cuatro á cinco millones.

En otros tiempos Francia sola aportaba cerca de la mitad de esa suma, pero hoy da muchísimo menos. América también da bastante. Vienen después Bélgica, Austria, Inglaterra y Alemania. En cuanto á España é Italia... ¡Ah! Italia...

Sonrióse Narciso mirando á monseñor Nani, que, con gran beatitud meneaba suavemente la cabeza, con el aire de un hombre al que encantan las cosas curiosas que oye contar por primera vez.

—¡Ah! ¡Seguid, hijo mío, seguid!

—¡Ah! Italia se distingue muy poco en eso. Si el papa no tuviese para vivir más que los donativos de los italianos estoy seguro de que el hambre pronto reinaría en el Vaticano.

Es más, se puede decir que en vez de acudir en su ayuda la nobleza romana, le cuesta muy cara al papa, porque una de las causas de sus pérdidas ha sido el dinero que prestó á los príncipes que especulaban... En realidad no hay más que Francia é Inglaterra en donde particulares muy ricos ó grandes señores, han hecho al papa prisionero y mártir, regias limosnas.

Se cita á un duque inglés, que todos los años traía una ofrenda considerable á consecuencia de un voto hecho para obtener del cielo una curación de un mísero hijo suyo, víctima de imbecilidad... Y no tengo para qué hablar de la singular cosecha realizada durante el jubileo episcopal y de los cuarenta millones que cayeron entonces á los pies del papa.

—¿Y los gastos?—preguntó Pedro.

—Ya os dije que ascienden á unos siete millones poco más ó menos. Se pueden contar unos dos millones para las pensiones pagadas á los antiguos servidores del gobierno pontifical que no han querido servir á Italia, pero hay que añadir que esa cifra disminuye todos los años, á consecuencia de las extinciones naturales... En seguida, y por lo alto, calculemos un millón para las diócesis italianas; un millón para la Secretaría y nunciaturas, y otro millón para el Vaticano.

En este último artículo comprendo los gastos de la corte pontifical, guardias militares, museos y sostenimiento y conservación del palacio y de la basílica...

Hemos llegado á cinco millones, ¿no es así? ¿Sí? Pues bien, poned los otros dos millones para las distintas corporaciones subvencionadas, para la Propaganda y sobre todo para las escuelas que León XII, con su gran sentido práctico, subvenciona con mucha largueza con el acertado pensamiento de que la lucha y el triunfo de la religión están ahí, en los niños que serán los hombres de mañana, y que defenderán á su madre la Iglesia si han sabido inspirarles horror hacia las abominables doctrinas del siglo.

A estas palabras siguió una pausa de silencio; los tres detuviéronse bajo la majestuosa columnata por debajo de la cual pasáronse muy despacio.

Poco á poco fué vaciándose la plaza de la multitud bu-

lliciosa que la llenaba, no quedando más que el obelisco y las dos fuentes aisladas en el deseo ardiente del simétrico pavimento; mientras que en pleno sol y bajo la cornisa de los pórticos de enfrente se destacaban las estatuas en noble é inmóvil hilera.

Por un momento y levantando de nuevo los ojos hacia las ventanas del papa, se figuró Pedro verle de nuevo en medio de ese arroyo de oro de que le hablaban, bañando toda su persona blanca y pura, todo su pobre cuerpo de transparente cera en medio de aquellos millones que ocultaba, y que contaba para gastarlos en la sola gloria de Dios.

—Entonces,—murmuró,—está libre de inquietudes ¿no tiene apuros?

—¡Apuros!... ¡Apuros!...—exclamó monseñor Nani, al que esa palabra puso fuera de sí, hasta el extremo de hacerle olvidar su diplomática discreción.—¡Ah, querido hijo!... todos los meses cuando el tesorero, cardenal Mocecin, va á ver al Santo Padre, éste le entrega la cantidad que le pide y se la daría por muy considerable que fuese. Es cierto que tuvo la prudencia de hacer grandes economías, y que el tesoro de San Pedro, es más rico que nunca.

¡Apurado!... ¡Apurado!... ¡Dios mío!... Pues habéis de saber que si mañana el papado, por hallarse en desgraciadas ó difíciles circunstancias, hiciese un llamamiento directo á la caridad de los católicos del mundo entero, de sus hijos, caería á sus pies un millar de millones, lo mismo que ese oro, que esas alhajas que hace poco caían como lluvia en las gradas de su trono.

Calmándose de pronto y recobrando su acostumbrada sonrisa, siguió diciendo:

—Al menos es esto lo que he oído decir varias veces porque yo no sé nada, absolutamente nada, y es una suerte que se haya hallado precisamente aquí el señor Habert para informaros... ¡Ah! ¡Señor Habert! ¡señor Habert! Y yo que os creía tan alejado de todo esto, tan consagrado al arte ó desvanecido por éste, y tan ajeno á esas bajas cuestiones de los intereses terrestres!

En verdad que entendéis tanto de esas cosas como

banquero ó un notario... No desconfiéis nada... nada... ¡Estoy maravillado!

Debió comprender Narciso la ironía de aquellas frases, porque, en efecto, había en el fondo de su sér, bajo la apariencia de florentino ó de angélico joven, con el largo cabello en bucles, de ojos oscuros que velaban contemplando las obras de Botticelli un mozo práctico, muy acostumbrado á los negocios que administraba su fortuna con mucha cordura, y hasta con un poco de avaricia. Se contentó, con entornar un poco los ojos, con aire de languidez.

—¡Oh!—murmuró,—todo eso son conversaciones y mi alma está en otra parte.

—Sea como quiera,—dijo monseñor Nani encarándose con Pedro,—me considero muy dichoso porque hayáis podido asistir á este espectáculo tan hermoso.

Unas cuantas ocasiones más y habréis visto y comprendido sin ajena ayuda, lo que valdrá más que todas las explicaciones del mundo.

Mañana no faltéis á la gran ceremonia de San Pedro. Será magnífica y de ella deduciréis excelentes reflexiones, estoy seguro de ello...

Ahora permitidme que os abandone haciéndolo muy satisfecho de las condiciones en que os dejo.

Sus ojos inquisitivos, en una postrera mirada, parecía como que se enteraban con alegría del cansancio y de la incertidumbre que hacían palidecer el rostro de Pedro, y, cuando el prelado no estuvo ya allí y cuando hasta Narciso se marchó después de cambiar ligero apretón de manos, el joven presbítero, al quedarse solo, sintió que una sorda cólera de protesta se apoderaba de él. ¡Las buenas disposiciones en que se hallaba!

¿Cuáles eran esas buenas disposiciones? ¿Esperaba Nani fatigarle, desesperarle, haciéndole tropezar con obstáculos de manera que pudiese vencerle en seguida con gran facilidad?

Por segunda vez tuvo repentina y breve conciencia del sordo trabajo que se practicaba á su alrededor para reducirle y quebrantarle. Y una oleada de orgullo hizole desdefioso con la confianza que tenía en su fuerza de resistencia.

De nuevo se juró no ceder jamás ni retirar sus libros fuesen los que quisiesen los acontecimientos.

¡Cuando uno se entera en una resolución, se es inexpugnable, y qué importan las decepciones y las amarguras!

Antes de atravesar la plaza fijó aún sus miradas en las ventanas del Vaticano y todo se resumió: no quedaba más que el dinero cuya pesada necesidad sujetaba á la tierra, con sus últimas trabas, al papa libre hoy por otra parte de los bajos cuidados del poder temporal; ese dinero que le ataba y que le hacía malo, sobre todo por la manera como era dado.

Entonces, á pesar de todo, tuvo una alegría al pensar que, si solo se trataba allí de la cuestión de encontrar una forma de percepción, su sueño de un papa todo él alma, ley de amor, jefe espiritual del mundo, no había sufrido grandes quebrantos.

Y no quiso más que esperar, con la emoción dichosa del extraordinario espectáculo que había presenciado, de ese viejo débil resplandeciente como símbolo del rescate humano, obedecido y adorado por las muchedumbres y teniendo sólo en la mano la supremacía moral necesaria para hacer, que reinasen sobre la tierra, la caridad y la paz.

Por su suerte, tenía Pedro una tarjeta de color de rosa para la ceremonia del día siguiente, lo que le aseguraba un puesto en una tribuna reservada, porque el atropello, en las puertas de la basílica, fué grande, terrible, desde las seis de la mañana, hora á la que habían tenido la precaución de abrir las verjas, y la misa que el papa debía decir en persona, no debía verificarse hasta las diez.

La misa de los tres mil fieles que componían la peregrinación internacional del dinero de San Pedro, iba á duplicarse con todos los viajeros que recorrían la Italia y que acudieron á Roma deseosos de presenciar una de esas grandes ceremonias pontificias, tan contadas á la sazón; esto sin contar con la misma Roma, con los partidarios y devotos de la Santa Sede que también figuraban allí lo mismo que los de otras ciudades del reino y que se apre-

suraban á manifestarse en cuanto tenían una ocasión para hacerlo.

Se quería, á juzgar por el número de tarjetas repartidas, que la concurrencia no bajara de cuarenta mil asistentes.

Cuando á eso de las nueve atravesó Pedro la plaza para dirigirse á la calle de Santa Marta, en donde estaba la puerta Canónica, y por la que entraban los que tenían tarjeta de color de rosa, vió aún, bajo el pórtico de la fachada, la cola sin fin que penetraba lentamente en la basílica mientras que algunos señores de frac negro, miembros de un círculo católico, se agitaban y movían al sol para que se conservase el orden, ayudándoles en esa tarea un destacamento de gendarmes pontificios.

A veces estallaban violentas disputas entre la multitud, y hasta se cambiaban algunos puñetazos en medio de involuntarios empujones. Se ahogaban entre aquellas apreturas y tuvieron que llevarse de allí á dos mujeres medio aplastadas.

Al entrar en la basílica tuvo Pedro una desagradable sorpresa.

A la inmensa nave habíanla revestido con fundas de antiguo damasco rojo con galones de oro que cubrían las columnas y las pilastras de veinticinco metros de altura, mientras que todo el contorno de las naves laterales estaba tapizado con la misma tela: aquello era en realidad de un gusto extraño, de un humillo de vanidad de adorno afectado y pobre, distinto de aquellos mármoles pomposos, de aquella decoración esplendente y soberbia, así ocultada, bajo el adorno de una seda antigua ajada por la edad.

Asombróse aún más empero, cuando vió que la estatua de San Pedro estaba también revestida, lo mismo que si fuese un papa viviente, con suntuosos hábitos pontificales y la tiara colocada sobre su cabeza de metal.

Nunca se le había ocurrido á Pedro que se pudiesen vestir las estatuas de aquella manera, para glorificarlas ó para alegrar la vista, y el resultado, le pareció funesto.

El Santo Padre debía decir la misa en el altar papal de la Confesión, en el altar mayor y bajo el solio. A la entra-

da del altar lateral que formaba el lado izquierdo de la cruz, sobre un estrado, encontrábase el trono al que iría en seguida á ocupar su lugar.

Además, á los dos lados de la nave central habían construido tribunas, la de los cantores de la capilla Sixtina, la del cuerpo diplomático, la de los caballeros de Malta, la de la nobleza romana, y la de los invitados de todas clases.

Y por último no había delante del altar y en el centro, más que tres hileras de bancos cubiertos con rojos tapices, de los que estaban destinados, el primero para los cardenales, el segundo y tercero para los obispos y para todos los prelados de la corte pontificia. El resto de la concurrencia debía permanecer en pie.

¡Ah! ¡Esa multitud enorme de concierto monstruo, esos treinta ó cuarenta mil fieles que acudían desde todas partes, inflamados por la curiosidad, la pasión y la fe, y se agitaban, movían y ponían de puntillas para ver mejor, y esto en medio de un rumor muy grande de marea humana, familiar y alegre con Dios, lo mismo que si se hubiese encontrado en cualquier teatro divino en el que estaba honestamente permitido el hablar alto y recrearse con el espectáculo de las pompas devotas!

Quedóse Pedro asombrado al principio, porque no conocía más que el acto de arrodillarse inquieto y silencioso en el fondo de sombrías catedrales ni estaba tampoco acostumbrado á esa religión de luz cuyo esplendor convertía una sagrada ceremonia en una fiesta en pleno día.

En la tribuna en que se hallaba tenía á su alrededor una porción de caballeros con frac y señoras con traje negro que llevaban en la mano los gemelos, lo mismo que si estuviesen en la ópera; había allí muchedumbre de señoras extranjeras, alemanas, inglesas, y sobre todo americanas, encantadoras y con la gracia de los pájaros aturdidos y parleros.

A su derecha, en la tribuna de la nobleza romana, reconoció á Benedetta y á su tía *donna Serafina*, y allí, recortándose sobre la sencillez reglamentaria del traje, luchaban los grandes velos de encaje en elegancia y riqueza.

Después, á su derecha hallábase la tribuna de los caba-

llos de Malta, en la que se veía al gran maestro de la orden rodeado por un grupo de comendadores; mientras que al otro lado de la nave, y enfrente de él, en la tribuna diplomática, pudo ver á los embajadores de todas las naciones católicas de gran uniforme cubiertos de resplandecientes bordados.

Pero, á pesar de todo ese esplendor, sus miradas volvían á fijarse en la multitud, en esa muchedumbre inmensa y movediza semejante á una ola, entre la que los peregrinos parecían haberse perdido ahogados entre millares de otros fieles.

La basílica, que podía contener con facilidad ochenta mil personas, apenas aparecía llena más que en una mitad por aquella muchedumbre á la que veía circular libremente á lo largo de las naves laterales, amontonarse entre las columnatas desde donde debía presenciarse con más comodidad el espectáculo.

Había allí quien gesticulaba, llamaba al amigo y se oía esto dominando el murmullo continuo de las conversaciones.

Por las elevadas y claras ventanas entraba la luz con entera libertad, reflejándose en el suelo en grandes extensiones ó ensangrentaba los tapices de damasco rojo, iluminando con fulgores de incendio las caras tumultuosas, febriles de impaciencia.

Las luces, las ochenta y siete lámparas de la Confesión palidecían, haciéndose semejantes á luces de lamparilla en medio de aquella cegadora claridad del día; y aquello no era más que la gala mundana del dios imperial de la pompa romana.

De pronto estalló una falsa alegría, una alarma. Corrió de boca en boca una voz que repitió de un extremo á otro toda aquella muchedumbre:

«Eccolo! ¡Eccolo! ¡Ahí está! ¡Ahí está!»

Y empezaron los empujones, las apreturas y los remolinos agitaron aquella ola humana y todos alargaron el cuello, procuraron crecer, se amontonaron con el frenesí de ver á Su Santidad y á su séquito.

Pero todo se redujo á la llegada de un destacamento de guardias nobles que iban á dar guardia al altar, colocán-

dose á derecha é izquierda. Se les admiró no obstante y los siguió un murmullo adulator por su hermosa apostura, lujoso uniforme, impasibilidad y una rigidez militar exagerada.

Una americana declaró que eran soberbios y una romana dió á una amiga suya inglesa algunos detalles acerca de ese cuerpo tan escogido, diciendo que en otros tiempos los jóvenes de la aristocracia tenían á orgullo formar parte de él por la riqueza del uniforme y para poder hacer caracollear su caballo delante de las hermosas, mientras que ahora el reclutamiento se hacía cada día más difícil, hasta el extremo de tener que admitir á jóvenes de buena presencia, pero de dudosa nobleza y arruinados, que se consideraban dichosos al poder conseguir la escasa paga para ir de ese modo viviendo.

Durante un cuarto de hora siguieron aún las conversaciones particulares, llenando las elevadas naves con su murmullo de concurrencia impaciente, que distrae la espera mirando á todas partes y á las personas que hay alrededor y se entretiene contando su historia mientras aguarda á que empiece el espectáculo.

Al cabo desfiló el séquito y esa era la gran curiosidad esperada, la pompa cuyo paso aguardaban con ansia ardiente para aclamarla. Entonces, lo mismo que en el teatro, cuando apareció estallaron furiosas salvas de aplausos, subieron y rodaron bajo las bóvedas, haciéndole una entrada semejante á la de un primer actor favorito del público, cuyo corazón trastorna.

Aparte de esto, y también de igual modo que en el teatro, habían preparado sabiamente la entrada, la aparición, de manera que produjese todo su efecto en medio de la decoración magnífica en que iba á presentarse.

El séquito se formó entre bastidores en el fondo de la capilla de la *Pietà*, que es la primera entrando por la derecha. Y para dirigirse allí, el Padre Santo que había ido desde sus habitaciones inmediatas por la capilla del Santo Sacramento, tuvo que ocultarse pasando por detrás de las tapicerías de la nave lateral utilizadas de este modo como si fuese un telón de fondo. Cardenales, arzobispos, todos los prelados pontificios esperaban allí clasificados, agrupados, según su jerarquía y prontos á ponerse en marcha,

Y lo mismo que á una señal dada por el director del cuerpo de baile, púsose en marcha el séquito haciendo su entrada dirigiéndose á la gran nave recorriéndola toda entera en triunfo, desde la puerta central al altar de la Confesión, entre las dobles hileras de fieles cuyos aplausos redoblaban delante de tanta magnificencia y á medida que subía el delirio del entusiasmo.

Era aquel el séquito de las antiguas solemnidades, precediale la cruz y la espada, la guardia suiza de gran uniforme, la servidumbre con librea encarnada, los caballeros de capa y espada con trajes de la época de Enrique II, los canónigos con roquete de encaje, los superiores de las comunidades religiosas, los protonotarios apostólicos, los arzobispos y obispos, toda la prelación pontificia con sus trajes de seda morada, los cardenales con *cappa magna*, adornados con la púrpura, yendo de dos en dos espaciados por grandes distancias y con gran prosopopeya.

Por último, alrededor de Su Santidad se agrupaban los oficiales de su cuarto militar, los prelados de la cámara secreta, monseñor mayordomo, monseñor maestresala, todos los elevados funcionarios del Vaticano, el príncipe romano asistente al trono, tradicional y simbólico defensor de la fe.

En la silla gestatoria, que los *flavelli* resguardaban con las altas plumas triunfales y que se balanceaba con el paso de los portadores de las andas, vestidos con sus rojas dalmáticas bordadas de seda, iba el Padre Santo revestido con los ornamentos sagrados que se había puesto en la capilla del Santo Sacramento, el amito, el alba, la estola, la casulla blanca y la mitra blanca, adornadas con ricos bordados de oro, las dos últimas, regalo que le enviaran desde Francia y que eran de una magnificencia extraordinaria.

Al acercarse el séquito levantábanse las manos ó palmoteaban con más fuerza bajo las ondas del espléndido sol que penetraba por las ventanas.

Pedro tuvo entonces una nueva visión de León XIII; no era ya el anciano de aspecto familiar, cansado y curioso paseándose del brazo de un prelado charlatán por el jardín más hermoso del mundo; no era tampoco el Santo

Padre con roja mucefa, que recibía paternalmente á una peregrinación que iba á llevarle una fortuna; no, no era nada de eso, y sí el Soberano Pontífice, el Maestro todopoderoso, el Dios, al que adoraba la cristiandad.

Lo mismo que si se hallase dentro de una urna de platería, parecía que su figura encogida y delgado cuerpo de cera habíanse puesto rígidos dentro de su blanca vestidura pesadamente bordada de oro. Tenía una inmovilidad hierática y altanera, la de un ídolo desecado, dorado desde hacía muchos siglos entre el humo de los sacrificios.

Eran los ojos los únicos que vivían en medio de la muerte rígida de su rostro, ojos de diamante negro y centelleante, fijos en la lontananza, fuera de la tierra, en lo infinito.

No tuvo ni una sola mirada para la multitud, ni bajó los ojos ni á derecha ni izquierda, permaneció en pleno cielo ignorando lo que sucedía á sus pies.

Y ese ídolo así paseado, como embalsamado, ciego y sordo, no obstante el brillo irresistible de sus ojos, en medio de aquella multitud frenética que parecía que no veía ni oía, adquiría una majestad terrible, una grandeza inquietante, toda la rigidez del dogma, la inmovilidad toda de la tradición exhumana con sus fajas (1), que eran las únicas que hacían se sostuviese derecho.

Creyó, sin embargo, Pedro, que el papa estaba delicado de salud, causado sin duda, por ese acceso de fiebre de que monseñor Nani le había hablado la víspera, haciéndose lenguas del ánimo, glorificando el alma grande de ese anciano de ochenta y cuatro años, al que la voluntad hacía vivir para la soberanía de su misión.

Dió principio la ceremonia. Bajóse de la silla gestatoria en el altar de la Confesión, celebró lentamente el papa una misa rezada asistiéndole cuatro prelados y el protoprefecto de ceremonias.

En el lavatorio, monseñor mayordomo y monseñor el maestresala, á los que acompañaban dos cardenales, echaron el agua sobre las augustas manos del oficiante y poco antes de alzar, todos los prelados de la corte pon-

(1) Alude á las fajas ó cintas en que están envueltas las momias egipcias.

tificia, llevando en la mano un cirio encendido, fuéronse á arrodillar alrededor del altar.

Fué un instante solemne aquel en que los cuarenta mil fieles, reunidos allí, se estremecieron, sintieron pasar sobre ellos el soplo terrible y delicioso de lo invisible, cuando, mientras alzaban, los clarines de plata tocaron el famoso coro de los ángeles que todas las veces hace que se desmaye alguna mujer.

Casi en el mismo instante un canto aéreo descendió desde la cúpula, desde la galería superior en la que se hallaban ocultos ciento veinte coristas y fué aquello una maravilla, lo mismo que si al llamamiento de los clarines hubiesen respondido los ángeles en persona.

Las voces bajaban, volaban bajo las bóvedas con la ligereza de la música de celestes harpas: desvaneciéronse después con un acorde suave y remontaron á los cielos con un tenue ruido de alas que se apagó lentamente.

Terminada la misa el Santo Padre, de pie aun ante el altar, entonó el *Te Deum* que los cantores de la capilla Sixtina y los coros continuaron cantando cada uno de ellos un versículo alternativamente.

Aquella multitud enorme, se unió muy pronto á ellos elevándose las cuarenta mil voces que entonaron el canto de gloria y de alegría que resonó en la nave inmensa, con una brillantez incomparable.

Adquirió entonces el espectáculo, una magnificencia extraordinaria con aquel altar rematado por el labrado y cincelado solio de Bernín, rodeado por la corte pontificia, cuyos encendidos cirios, parecían convertirse en constelaciones de estrellas; con ese soberano pontífice en su centro y esplendoroso como un astro, con su casulla cubierta de dorados bordados, alzándose delante de los bancos de los cardenales con sus purpúreos ropones, de los arzobispos y obispos con sus sotanas de seda violeta, de aquellas tribunas en que se veían los trajes de ceremonias, las casacas bordadas del cuerpo diplomático, los uniformes de los oficiales extranjeros, de aquella multitud que afluía de todas partes, moviéndose como una oleada de cabezas desde las lejanas profundidades de la basílica.

Y eran las proporciones desmesuradas de ésta, las que

sobrecogían, con sus naves laterales en que podía colocarse toda una parroquia, con sus cruceros tan vastos como iglesias de ciudad populosa, un templo que millares y millares de fieles no podían apenas llenar.

El himno de ese pueblo hacíase colosal, y subía á lo alto con gigantesco soplo de tempestad entre las grandes tumbas de mármol, entre las estatuas sobrehumanas, á lo largo de las macizas columnas, llenando hasta las bóvedas que formaban el inmenso cielo de piedra, y hasta el firmamento de la cúpula, en el que se abría el infinito con el resplandecimiento del oro de los mosaicos.

Al *Te Deum*, siguió un prolongado rumor mientras que León XIII cambiando la mitra por la tiara, y la casulla por la capa pontifical, iba á ocupar su trono colocado sobre el estrado que se elevaba á la entrada del crucero de la izquierda.

Desde aquel sitio dominaba toda la concurrencia, y qué sensación hizo estremecer á ésta, como con un soplo venido de lo invisible, cuando se levantó después de terminadas las preces de ritual!

Apareció engrandecido, bajo la triple corona simbólica, y con la envoltura de oro de la capa.

En medio de brusco y profundo silencio, que sólo turbaba el latir de los corazones, levantó el brazo con un gesto lleno de nobleza, y dió lentamente la bendición papal, con una voz alta y fuerte, que parecía ser en él la voz del mismo Dios, de tal manera sorprendía al oírle salir de aquellos labios de cera, de aquel cuerpo exangüe y sin vida.

Y el efecto fué instantáneo, estallaron de nuevo los aplausos, en cuanto se organizó otra vez la procesión para retirarse por el sitio mismo que había ido; el frenesí del entusiasmo llegó á tal paroxismo, que no bastando el palmo-tear de las manos, mezcláronse las aclamaciones y los gritos que poco á poco fueron aumentando entre la multitud.

Esto empezó cerca de la estatua de San Pedro en un grupo ardiente: ¡Evviva il papa re! ¡Evviva il papa re! ¡Viva el papa rey! ¡Viva el papa rey!

Muy luego, al pasar la procesión papal, corrió ese viva como la llama de un incendio inflamando los corazones,

y pasando de uno á otro, y acabó saliendo de millares de bocas en estruendosa protesta contra la expoliación de los Estados de la Iglesia. Toda la fe, todo el amor de los fieles, sobreexcitados ante el regio espectáculo de tan hermosa ceremonia, retornaban al ensueño, al deseo exasperado del papa rey y pontífice, señor de los cuerpos como señor era de las almas, soberano absoluto de la tierra.

La única verdad estaba allí, la única felicidad, la única salvación, ¡que le diesen toda la humanidad y el mundo! «¡Evviva il papa re! ¡Evviva il papa re!» ¡Viva el papa rey! ¡Viva el papa rey!

¡Ah! ¡Ese grito! ¡Ese grito de abandono y de ceguera cuyo voto al realizarse, hubiera sido la vuelta á los años de sufrimiento! Ese grito hizo que Pedro se rebelase y se decidiese á abandonar la tribuna en que se hallaba, como para escapar al contagio de la idolatría.

Después, mientras que el séquito seguía desfilando aún, siguió á lo largo de la nave lateral de la izquierda entre las aperturas y el ensordecedor clamor, que continuaba de la multitud delirante.

Temiendo no poder llegar á la calle, y queriendo evitar el barullo de la salida, tuvo la inspiración de aprovechar la coyuntura de encontrar una puerta abierta y se refugió en un vestíbulo en que empezaba una escalera que iba á parar á la cúpula.

Un sacristán que estaba en pie delante de esa puerta, azorado y admirado con la manifestación, mirólo un momento, y vaciló entre detenerle ó no; pero, la vista de la sotana ó mejor aun la profunda emoción que le dominaba, hicieronle tolerante.

Con un ademán, permitió la entrada á Pedro que en seguida empezó á subir la escalera, pero rápidamente, para huir, subir más arriba, más aun, en busca de la paz y del silencio.

Y, bruscamente, hízose éste profundo, las paredes ahogaron los gritos de los que dijérase que sólo conservaban el estremecimiento.

Era una escalera cómoda y clara, de anchos escalones embaldosados, dando la vuelta en una especie de torrecilla. Cuando desembocó sobre los techos de las naves, sin-

tió una gran alegría al encontrarse al sol esplendente y en medio del aire puro y vivo que soplabá allí como en campo raso.

Asombrado recorrió con la vista aquel inmenso desenvolvimiento de plomo, zinc y piedra, toda una ciudad viéndose de su propia existencia bajo el cielo azul. Vió cúpulas, campanarios, terrazas, hasta casas y jardines, las casas adornadas con flores de algunos obreros que viven de asiento en la basílica, en la que están encargados de continuos trabajos de conservación.

Allí se mueve una pequeña población que trabaja, ama, come y duerme; quiso acercarse á la balaustrada impulsado por la curiosidad, para examinar de cerca las colosales estatuas del Salvador y de los Apóstoles que rematan la fachada encima de la plaza de San Pedro, gigantes de seis metros, á los que hay que estar constantemente reparando, y cuyos brazos, piernas y cabezas, corroídos por la intemperie, sólo se sostienen con ayuda de cemento, barras y grapas.

En el momento en que se inclinaba para contemplar aquel amontonamiento rojo, formado por los techos del Vaticano, se le figuró que el grito del que iba huyendo, se elevaba desde la plaza. Apresuradamente continuó su ascensión por el pilar que conducía á la cúpula.

Era al principio, una escalera, después corredores ahogados y oblicuos, rampas cortadas por algunos escalones, entre las dos paredes de la cúpula doble, la exterior y la interior.

Una vez impulsado por la curiosidad, empujó una puerta y se volvió á hallar en la basílica, pero á unos sesenta metros del suelo, y en una estrecha galería que daba la vuelta interiormente á la cúpula, precisamente encima del friso, en el que con letras de siete pies de altura se leía esta inscripción: *Tu est Petrus et super hanc petram...* y habiéndose echado de bruces sobre la barandilla para contemplar el enorme agujero que se abría á sus pies, y que tenía enormes hendiduras hacía la parte de las naves y de los cruceros, recibió violentamente en el rostro el grito, aquel grito delirante de la multitud que bullía á sus pies con un clamor incesante.

Más arriba, halló una segunda puerta que empujó, y se encontró en otra galería, pero esta vez encima de las ventanas, y en donde comenzaban los resplandecientes mosaicos.

Desde allí, la multitud le pareció achicada, alejada y perdida entre el vértigo del abismo en el fondo del que, las estatuas gigantes, el altar de la Confesión, el solio triunfal de Bernín, no eran más que juguetes, y no obstante, el grito se oyó otra vez, llegó hasta él abofeteándole con rudeza de huracán, cuya fuerza se aumenta con la carrera.

Tuvo que subir aún más arriba, seguir subiendo hasta llegar á la galería exterior de la torrecilla de la cúpula, elevándose en pleno cielo para dejar de oírlo.

¡En aquel baño de aire y de sol, en aquel baño de lo infinito, qué sensación de alivio, de consuelo, experimentó desde luego!

Encima de él no había nada más que la bola de bronce dorado, hasta la cual han subido emperadores y reínas, como lo atestiguan las pomposas inscripciones de los corredores; la bola está hueca, y en ella resuena la voz con el estruendo del trueno y se oyen allí todos los ruidos del espacio.

Había salido por la parte del ábside y paseó primero sus miradas por los jardines pontificios, cuyos macizos de árboles parecíanle desde aquella altura, matorrales á ras del suelo. Reconstituyó su reciente paseo, el vasto parterre semejante á una alfombra de Smirna de colores ya marchitos, el gran bosque de un verde profundo y blancuzco de charca de agua estancada, y el huerto y la viña más familiares y cuidados con gran esmero.

Las fuentes, la torre del Observatorio, el Casino, en que el papa pasaba los calurosos días del estío, no eran más que otras tantas manchitas blancas que se destacaban en medio de aquellos terrenos irregulares cerrados burguesamente por el terrible murallón de León XIV, que conservaba su aspecto de antigua fortaleza.

Dió después la vuelta á la torrecilla á lo largo de la estrecha galería, y se encontró bruscamente ante Roma, una inmensidad que se desarrollaba de golpe; el mar allá á lo

lejos en el Oeste, las cadenas de montañas sin interrupción, al Este y al Mediodía, la campiña romana llenando todo el horizonte y semejante á un desierto uniforme y verdoso, y la ciudad, la Ciudad Eterna á sus pies. Jamás había experimentado una sensación tan grande de extensión. Roma estaba allí, reunida, bajo la mirada á vista de pájaro con la claridad de un plano geográfico en relieve.

¡Un pasado, tal y tal historia, tanta grandeza y una Roma tan encogida por la distancia, casitas liliputienses y lindas como juguetes, apenas una mancha de moho sobre la tierra!

Y lo que más le apasionó fué el comprender claramente, con una sola ojeada las divisiones de la ciudad; la ciudad antigua allá abajo, el Capitolio, el Foro, el Palatino, la ciudad papal en ese Borgo que dominaba con San Pedro y el Vaticano, que contemplaban á la ciudad moderna, al Quirinal italiano, por cima de la ciudad de la Edad Media, apilada en el fondo del ángulo recto, que forma el Tiber rodando sus aguas amarillentas y espesas.

Acabóle de impresionar una observación que hizo; la cintura yesosa que formaban los barrios nuevos al núcleo central de antiguos barrios enrojados abrasados por el sol, un verdadero símbolo del rejuvenecimiento intentado; el corazón viejo resistiéndose á las lentas reparaciones, mientras que los miembros extremos, se renovaban como por milagro.

Con el ardiente sol del mediodía, no encontró empero, Pedro á Roma tan clara, tan pura como la vió la mañana de su llegada, bajo la deliciosa dulzura del astro, al levantarse sobre el horizonte.

No era la Roma sonriente y discreta, velada á medias por una dorada bruma y como volando en su sueño de infancia. Se le presentaba á la sazón inundada de claridad cruda, con una inmóvil dureza y con un silencio de muerte.

Los fondos aparecían como comidos por una llama muy viva, ó inundados por una polvareda luminosa, en la que desaparecían.

Y la ciudad entera se recostaba con violencia sobre

aquellas lontananzas descoloridas, en grandes masas de luz y de sombra, con brutales aristas. Habríase dicho que aquello era una antigua cantera abandonada, iluminada á plomo, y que algunos grupos de árboles, eran los únicos que la manchaban de verde en algunos sitios.

De la ciudad antigua se veía la torre retostada del Capitolio, los negros cipreses del Palatino, las ruinas del palacio de Septimio Severo, semejantes á huesos blanqueados, á un esqueleto de un monstruo fósil llevado allí por los diluvios.

Enfrente hallábase la ciudad moderna, con las grandes alas del Quirinal restauradas de nuevo, cubiertas con un revoco, cuya corteza amarilla resaltaba de una manera extraordinaria entre las cimas vigorosas del jardín; y más allá, en las alturas del Viminal, á derecha é izquierda, extendíanse los nuevos barrios con una blancura de yeso, una ciudad de yeso rayada por las mil pequeñas líneas de tinta de las ventanas.

Después, por acá y acullá, á la casualidad, veíanse la charca de agua estancada del Pincio, la villa Médicis, llevando al aire sus dobles torres; el fuerte de Santángelo con su color de hierro oxidado, el campanario de Santa María la Mayor, ardiendo como un cirio; las tres iglesias del Aventino adormecidas entre las ramas, el palacio Farnesio con sus tejas de oro viejo, recocidas por los estíos, las cúpulas de Jesús, de San Andrés del Valle, de San Juan de los Florentinos, y cúpulas y torres, y más cúpulas y más torres, todo en fusión é incandescente bajo la brasa del cielo.

Y entonces Pedro sintió que de nuevo se le oprimía su corazón ante aquella Roma violenta, dura, tan poco semejante á la Roma de sus ensueños, la Roma del rejuvenecimiento y de la esperanza que creyó hallar la primera mañana, y que á la sazón se desvanecía para ceder su puesto á la inmutable ciudad del orgullo y de la dominación, obstinándose bajo el sol hasta la muerte.

De pronto y sólo allí arriba comprendió Pedro; fué como una llamarada que le deslumbró en el espacio libre, ilimitado en donde él se hallaba ¿era acaso la ceremonia á la que acababa de asistir, el grito fanático de servidum-

bre que seguía aún zumbando en sus oídos? ¿no sería más bien la vista de aquella ciudad tendida á sus pies como reina embalsamada que sigue reinando entre el polvo de su sepulcro?

No habría podido decirlo, pero indudablemente obraban las dos causas. La claridad fué grande y completa, y comprendió que el catolicismo no podría existir sin ese poder temporal y que desaparecería fatalmente el día en que dejase de ser rey sobre esta tierra.

Desde luego eran el atavismo, las fuerzas de la historia, la larga serie de herederos de los Césares, los papas, los grandes pontífices, en cuyas venas no había dejado de circular la sangre de Augusto que exigía el imperio del mundo.

En vano vivían en el Vaticano porque procedían de los palacios del Palatino, del de Septimio Severo, y su política, á través de tantos siglos, no tuvo nunca más objetivo ni más ensueño que la dominación romana; todos los pueblos sometidos, vencidos, obedeciendo á Roma.

Fuera de esa realeza universal, de la posesión total de los cuerpos y de las almas al catolicismo perdía su razón de ser, porque la Iglesia no puede reconocer la existencia de un imperio ó de un reino en que políticamente el emperador y el rey no sean sencillos delegados temporales, encargados de administrar los pueblos, mientras llega el momento de devolvérselos.

Todas las naciones, la humanidad con la tierra entera, pertenecen á la Iglesia, que las recibió de Dios.

Si no tiene hoy la posesión real, es que cede ante la fuerza, obligada á aceptar los hechos consumados, pero bajo la reserva formal de que hay usurpación culpable, que detentan injustamente su propiedad y, esperando la realización de las promesas de Cristo que, en el día fijado, la devolverá para siempre la tierra, y los hombres la su-  
premacía.

Tal es la verdadera ciudad futura, la Roma católica soberana una segunda vez. Roma formaba parte del sueño; es á Roma también á la que predijeron la eternidad, el suelo mismo de Roma que dió al catolicismo la sed inextinguible del poder absoluto.

Era por esto por lo que el destino de Roma estaba unido al del pasado hasta el extremo que un papa fuera de Roma no sería un papa católico.

Y Pedro, apoyado en la delgada barandilla de hierro, inclinado á tanta altura encima del abismo, en el que la ciudad vetusta y dura acababa de desmigarse bajo el ardiente sol, se asustó y sintió de pronto pasar por sus huesos el gran estremecimiento de las cosas y de los seres.

Hízose claramente la evidencia. Si Pío IX, si León XIII habían resuelto encerrarse en el Vaticano, era porque una necesidad ineludible les obligaba á permanecer en Roma. Un papa no es dueño de salir de allí, de ser en otra parte el jefe de la Iglesia.

Del mismo modo un papa, por mucha que sea su inteligencia y por muy modernizado que esté, no sabría hallar en sí el derecho para renunciar al poder temporal. Hay en esto una herencia inalienable que tiene que defender; es por otra parte una cuestión de vida que se impone, pero sin discusión posible.

Por eso León XIII ha conservado el título de señor y rey del dominio temporal de la Iglesia, tanto más cuanto que, como cardenal, y al igual que todos los demás miembros del Sacro Colegio, había, al ser elegido, jurado conservar ese dominio intacto.

Si Italia durante un siglo guarda á Roma como capital, los papas que se sucedan durante ese siglo, no dejarán de protestar violentamente, reclamando su reino. Y si algún día se llegaba á un acuerdo, sería sobre la base de la cesión de un girón de territorio.

¿No se dijo, cuando circularon los rumores de reconciliación, que el papa reinante ponía como condición formal la posesión, al menos, de la Ciudad Leonina con la neutralización de un camino que llegase hasta el mar?

Nada de todo, no es bastante, y no se puede empezar por no tener nada para llegarlo á tener todo. Mientras que la Ciudad Leonina, ese rincón de ciudad tan estrecho, ya es algo, un poco de tierra leal y no hay más que reconquistar el resto, Roma y después Italia, más tarde las naciones vecinas y por último el mundo.

Nunca desesperó la Iglesia, ni aun en aquellos días en

que abatida, decaída y despojada, estaba como moribunda.

No abdicará jamás, no renunciará á las promesas de Cristo, porque tiene fe en su ilimitado porvenir y se dice que es indestructible y eterna. Que la concedan un canto para apoyar la cabeza y confía en que muy pronto se apoderará del campo en que está el canto y del imperio en que está enclavado éste.

Si un papa no puede llevar á buen término la empresa de recobrar la herencia, otro la intentará y si es preciso otros diez, veinte papas, seguirán el mismo camino. Los siglos no se cuentan para nada.

Esto es lo que hacía que un anciano de ochenta y cuatro años intentase empresas colosales que exigían la vida de muchos hombres, con la certidumbre de que le sucederían otros, y que las empresas se seguirían y concluirían á pesar de todo.

Y Pedro se creyó un imbécil con su sueño de un papa puramente espiritual, enfrente de aquella antigua ciudad de gloria y de dominación, tan obstinada con su púrpura.

Le pareció aquello tan diferente, tan fuera de su lugar, que experimentó una especie de vergonzosa desesperación. El nuevo papa evangélico, que sería un papa puramente espiritual, que reinaría tan sólo sobre las almas, no podía, por cierto, caber dentro de la imaginación de un prelado romano.

El horror de eso, la repugnancia, por así decirlo, física, se le presentó de pronto al recordar aquella corte papal, estancada en los ritos, en el orgullo y en la autoridad.

¡Ah! ¡Qué llenos de admiración y de desdén ante aquella singular elucubración del Norte, un papa sin territorio y sin súbditos, sin cuarto militar y sin honores reales, espíritu puro, autoridad puramente moral, encerrada en el fondo del templo y no gobernando el mundo más que con su gesto de bendición por la bondad y el amor! Esto no era más que una invención gótica, hecha entre brumas y nieblas, para ese clero latino, sacerdotes de la luz y de la ostentación, ciertamente piadosos y hasta supersticiosos, pero que dejaban á Dios bien abrigado en su tabernáculo

para gobernar en su nombre ó más bien de los intereses del cielo, convirtiéndose desde luego en simples políticos, viviendo de expedientes en medio de la batalla de los apetitos humanos y siguiendo, con el paso discreto de los diplomáticos, el camino de la victoria terrestre y definitiva de Cristo, que debía triunfar y reinar sobre los pueblos, representándole el papa.

¡Y qué estupor para un prelado francés, para un monseñor Bergerot, para ese santo prelado que renunciaba á todo y vivía haciendo caridad, cuando caía en medio de esa sociedad del Vaticano! ¡Qué dificultad de comprender desde luego y la de ponerse al diapason y qué dolor en seguida al no poder estar de acuerdo con aquellos sin patria, con aquellos internacionales, siempre inclinados sobre el mapa de los dos mundos y haciendo siempre combinaciones que debían asegurarles el imperio.

Se necesitaban días y más días, era necesario vivir en Roma y él mismo no había comprendido de repente las cosas hasta después de llevar un mes en ella y al experimentar la violenta crisis producida por las regias pompas de San Pedro, ante la antigua ciudad que dormía al sol su pesado sueño y soñaba con su ensueño de eternidad.

Bajó sus miradas á la plaza y, abajo, delante de la basílica vió la oleada de gente, los cuarenta mil fieles que salían semeándose á una irrupción de insectos, un hormigueo negro encima de las blancas losas. Figuróse entonces que empezaba de nuevo el grito: «¡Evviva il papa re! ¡Evviva il papa re!» ¡Viva el papa rey! ¡Viva el papa rey!

Hacia un momento, y mientras subía las escaleras sin fin, habíasele imaginado que el coloso de piedra se estremeaba á consecuencia de aquel grito lanzado bajo sus bóvedas. Y entonces, cuando había ascendido hasta las nubes, creía volver oírlo allí arriba á través del espacio. Si el coloso vibraba aún á sus pies ¿no era eso como una última subida de savia á lo largo de aquellos vetustos muros, una renovación de la sangre católica que lo había querido tan desmesurado semejante al rey de los templos y que hoy intentaba devolverle un soplo poderoso de vida á la hora en que la muerte comenzaba para sus naves vastas y desiertas?

La multitud seguía saliendo; la plaza estaba llena y una tristeza inmensa le oprimió el corazón, porque esa multitud, con sus gritos, acababa de barrer sus postreras esperanzas.

Aun durante la víspera, después de la recepción de los peregrinos en la sala de las Beatificaciones, pudo ilusionarse, olvidando la necesidad de dinero que sujeta al papa á la tierra para no ver más que á aquel anciano débil, todo el alma, resplandeciente como el símbolo de la autoridad moral. Pero á la sazón había concluido se fe en aquel pastor del Evangelio, desprendido de los bienes terrestres, rey del solo reino de los cielos.

El dinero de San Pedro no sólo imponía una dura esclavitud á León XIII, sino que era además el prisionero de la tradición, el eterno rey de Roma, sujeto á ese suelo, no pudiendo abandonar la ciudad ni renunciar al poder temporal.

Al final era fatalmente la muerte en el mismo sitio, la bóveda de San Pedro derrumbándose como se había derrumbado la cúpula del templo de Júpiter Capitolino, el catolicismo sembrando el campo con sus ruinas, mientras que el cisma estallaba fuera y se presentaba una nueva fe para los pueblos nuevos.

Tuvo esa grandiosa y trágica visión; vió su sueño desvanecido, su libro arrastrado por el grito que se extendía, se alargaba, como si hubiese volado á los cuatro puntos cardinales del mundo católico:

«¡Evviva il papa re! ¡Evviva il papa re!» ¡Viva el papa rey! ¡Viva el papa rey! Y bajo sus pies le pareció que vacilaba, que temblaba, que oscilaba el gigante de mármol y de oro con el temblor de las antiguas podridas sociedades.

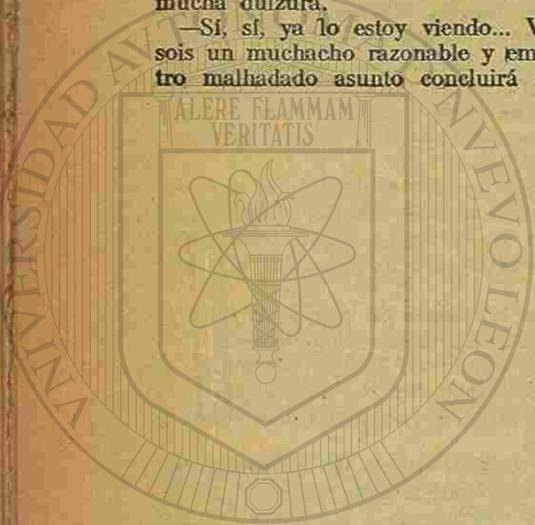
Bajaba Pedro, cuando experimentó otra vez la emoción de encontrar á monseñor Nani, bajo los techos de las naves, en aquella inmensa extensión soleada y lo suficientemente grande para poderse instalar en ella un pueblo.

El prelado acompañaba á las dos señoras francesas, á la madre y á la hija, tan dichosas y contentas, y á las que sin duda había ofrecido, con su acostumbrada amabilidad, acompañarlas hasta la cúpula. En cuanto le reconoció, abordó el prelado.

—Y bien! ¿Estáis contento, querido hijo? ¿Os habéis enterado?

Con miradas inquisitivas procuró penetrar hasta el fondo de su alma y averiguar hasta donde había llegado el experimento. Satisfecho luego con el examen, rióse con mucha dulzura.

—Sí, sí, ya lo estoy viendo... Vamos, de todos modos sois un muchacho razonable y empiezo á creer que vuestro malhadado asunto concluirá muy bien.



## VIII

Las mañanas en que Pedro no salía y se quedaba en el palacio Bocanera, había tomado la costumbre de pasar horas enteras en el estrecho y abandonado jardín que en otra época terminaba con una especie de logia porticada, desde la que se podía bajar al Tíber por una doble escalera.

Entonces aquel jardín había quedado reducido á ser un delicioso rincón solitario, perfumado por las naranjas en su madurez y en el que centenares de naranjos eran los únicos que, con sus líneas simétricas, indicaban el dibujo primitivo de los paseos.

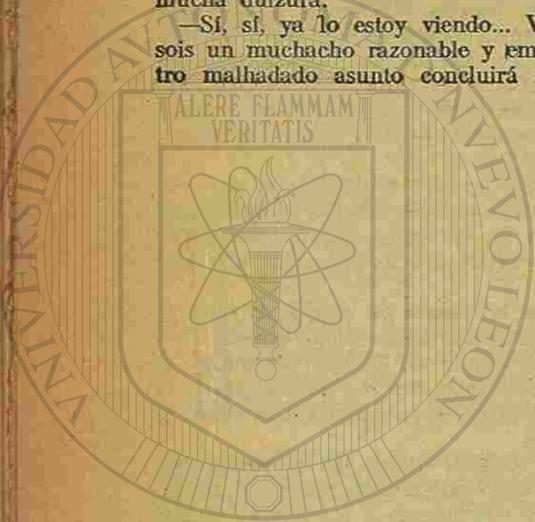
Allí encontraba también el olor penetrante de los bojés amargos, de los grandes bojés que habían crecido en la antigua pila del centro que el tiempo y el abandono dejaron llenar de tierra.

Durante esas mañanas de Octubre, tan luminosas y de un encanto tan tierno y penetrante se gozaba una dicha muy grande al vivir; pero Pedro llevaba ahí sus ensueños del Norte, el recuerdo de los sufrimientos, su alma de continua fraternidad condolida que hacía hallarse más suave la caricia del claro sol en aquel aire de voluptuoso amor. Ibase siempre á sentar apoyado en la pared de la derecha y sobre un pedazo de columna truncada y derribada, á la

—Y bien! ¿Estáis contento, querido hijo? ¿Os habéis enterado?

Con miradas inquisitivas procuró penetrar hasta el fondo de su alma y averiguar hasta donde había llegado el experimento. Satisfecho luego con el examen, rióse con mucha dulzura.

—Sí, sí, ya lo estoy viendo... Vamos, de todos modos sois un muchacho razonable y empiezo á creer que vuestro malhadado asunto concluirá muy bien.



## VIII

Las mañanas en que Pedro no salía y se quedaba en el palacio Bocanera, había tomado la costumbre de pasar horas enteras en el estrecho y abandonado jardín que en otra época terminaba con una especie de logia porticada, desde la que se podía bajar al Tíber por una doble escalera.

Entonces aquel jardín había quedado reducido á ser un delicioso rincón solitario, perfumado por las naranjas en su madurez y en el que centenares de naranjos eran los únicos que, con sus líneas simétricas, indicaban el dibujo primitivo de los paseos.

Allí encontraba también el olor penetrante de los bojés amargos, de los grandes bojés que habían crecido en la antigua pila del centro que el tiempo y el abandono dejaron llenar de tierra.

Durante esas mañanas de Octubre, tan luminosas y de un encanto tan tierno y penetrante se gozaba una dicha muy grande al vivir; pero Pedro llevaba ahí sus ensueños del Norte, el recuerdo de los sufrimientos, su alma de continua fraternidad condolida que hacía hallarse más suave la caricia del claro sol en aquel aire de voluptuoso amor. Ibase siempre á sentar apoyado en la pared de la derecha y sobre un pedazo de columna truncada y derribada, á la

sombra de un enorme laurel, que era negro y de balsámica frescura.

A su lado, en el antiguo sarcófago cubierto de moho verdusco, en cuyos bajos relieves los lascivos faunos violentaban á las mujeres, el delgado chorrillo de agua que se desprendía de la trágica carátula, pegada al vetusto muro, añadía á los encantos de aquel lugar la música continua de su nota de cristal.

Allí leía los periódicos, las cartas, toda la correspondencia del bueno del abate Rose, que le tenía al corriente de su caritativa obra y del estado de los miserables del sombrío París ya estremecido por las heladas nieblas de lodo.

¡Ah! ¡Esas miserias de los países fríos, qué tremendas son! ¡Madres é hijos pequeños iban muy pronto á tiritar dentro de sus miserables zahurdas mal cerradas y peor acondicionados para resistir el frío; los hombres, á los que las grandes heladas iban á obligar á suspender la mayor parte de sus trabajos, perecían con toda aquella agonia sufrida bajo la nieve por los desdichados, el relato de esas miserias terribles yendo á parar allí bajo aquel cálido sol, á aquel aire, embalsamado con el aroma de los frutos en su madurez, á aquel país de cielo azul y de pereza voluptuosa en donde, aun en invierno, agradaba dormir al aire libre al abrigo del viento en algún soleado rincón!

Una mañana encontró Pedro á Benedetta sentada en el trozo de columna que le servía ordinariamente de asiento. Al verle lanzó un ligero grito de sorpresa quedándose como cortada durante un momento porque precisamente tenía en la mano el libro del presbítero, esa *Nueva Roma* que había leído una primera vez sin comprenderla bien. Apresuróse á detenerle haciendo sentarle á su lado, confesándole con su hermosa franqueza, con su aire de tranquila razón que si había bajado hasta allí era para encontrarse á solas y aplicarse á aquella lectura lo mismo que una colegiala ignorante.

Hablaron como amigos y aquella hora pasóse para Pedro de una manera muy agradable. Por más que Benedetta rehuyese el hablar de ella, comprendió Pedro perfectamente que eran sus penas lo que le acercaban á él, como si el sufrimiento la hubiese henchido el corazón hasta el

extremo de hacerla preocupar por los demás que sufrían en este mundo.

No había pensado nunca en esas cosas con su orgullo de patricia que consideraba la jerarquía como emanada de una ley divina, los ricos, los poderosos arriba; los pobres, los que sufren miseria, abajo, sin que haya ningún cambio posible y, al leer ciertas páginas del libro ¡qué asombros más grandes experimentaba! ¡Y qué trabajo más grande la costaba iniciarse en todo aquello!

¿Cómo? ¿Interesarse por el pueblo bajo; creer que tenía alma igual, las mismas penas y querer trabajar para su dicha lo mismo que si se tratase de un hermano?

Esforzábase sin embargo Benedetta para conseguirlo pero no lo lograba del todo con un temor sordo de cometer un pecado porque lo mejor es no tocar y cambiar el orden establecido por Dios y consagrado por la Iglesia.

Era catitativa, daba las limosnas acostumbradas, pero no daba su corazón, carecía totalmente de altruismo, de verdadera simpatía, pues, nacida y criada en el atavismo de una raza diferente hecha para tener hasta en lo alto del cielo tronos colocados sobre la plebe de los elegidos, no lo comprendía.

Otras mañanas volvieron á encontrarse bajo el laurel y al pie de la fuente cantante, y Pedro, desocupado, cansado de esperar una solución que, de hora en hora, parecía hallarse cada vez más lejos, se apasionó para amar con libertadora fraternidad á aquella joven tan hermosa, esplendente con su juvenil amor.

Una idea fué la que continuó inflamándole, la de que catequizaba á la misma Italia, la reina de la belleza, adormecida aún con su ignorancia y que había de recobrar su antigua grandeza si se despertaba cuando llegasen los tiempos nuevos, con un alma expansiva, llena de compasión hacia las cosas y los seres.

La leyó las cartas del buen abate Rose y la hizo estremecer con el sollozo, con el hondo lamento que se exhala de las grandes poblaciones.

Puesto que tenía unos ojos de tan profunda ternura, puesto que de toda ella emanaba la dicha de amar y de ser amada ¡por qué no había de reconocer con él, que la

ley de amor era la única salvación de la humanidad que sufre, caída por el odio en peligro de muerte?

Lo reconocía y quería darle la alegría de crecer en la democracia, en la reforma fraternal de la sociedad, pero en los otros pueblos, no en Roma, porque involuntariamente acudía la risa en sus labios, cuando evocaba lo que quedaba del Transíbere, fraternizando con lo que se conservaba aún de los antiguos regios palacios.

¡No! ¡No! Esto hacía muchísimos años que duraba y no convenía cambiar en nada aquellas cosas. En resumen: la educanda no hacía grandes progresos y sólo la conmovía verdaderamente la pasión de amor y caridad que ardía con tanta intensidad en aquel sacerdote, pasión que éste apartó castamente de la criatura para no fijarse más que en la creación entera. Durante algunas de esas soleadas mañanas de Octubre, anudóse entre ellos un lazo de dulzura exquisita, amáronse realmente, con un amor profundo y puro dentro del gran amor que á los dos los consumía.

Llegó un día en que Benedetta, con el codo apoyado en el sarcófago, habló de Darío, cuyo nombre había evitado pronunciar hasta entonces.

¡Ah! ¡Pobre amigo! ¡Cuán discreto y arrepentido se había mostrado después de su arranque de brutal demencial!

Al principio, para ocultar su turbación, habíase marchado á pasar tres días en Nápoles, á donde le siguió Tonietta, la hermosa muchacha de los célebres ramos de rosas blancas, que se había enamorado de pronto de él. Y después, desde que había regresado al palacio, evitaba el encontrarse á solas con su prima y no la veía apenas más que los lunes y esto con aire sumiso é implorando perdón con los ojos.

—Ayer le encontré en la escalera,—siguió diciendo Benedetta,—le dí la mano y comprendió que yo no estaba incomodada: se puso muy contento, ¿qué queréis? No se puede ser severa durante mucho tiempo, y después, tenía miedo de que no le pasase algo malo con esa mujer si se divertía demasiado para aturdirse.

Es preciso que sepa que le amo siempre y que, como siempre, le espero. ¡Ah! ¡Es mío y nada más que mío!

¡Estaría para siempre en mis brazos si yo pudiera decir una palabra, pero por desgracia, nuestros asuntos van muy mal; tan mal...

Callóse, y al borde de sus pestañas, asomaron dos gruesas lágrimas. El pleito de la anulación del casamiento, estaba efectivamente como parado ante obstáculos de todas clases, que todos los días se aumentaban.

A Pedro conmoviéronle aquellas lágrimas tan raras de Benedetta, que muchas veces, con serena sonrisa había confesado que no sabía llorar.

Fundióse empero su corazón, y se quedó como anonadada, apoyándose en el mohoso sarcófago, medio carcomido por el agua mientras que el cristalino hilo que caía de la boca abierta de la trágica carátula, continuaba su perlina nota de flauta.

La idea brusca de la muerte se presentó de pronto ante el presbítero, al ver á Benedetta, tan joven, tan esplendente de belleza desfallecer al pie de aquel antiguo mármol, en el que, los faunos persiguiendo á las mujeres en una bacanal desenfrenada, revelaban la supremacía del amor, del que los antiguos tenían á gala esculpir los símbolos en las sepulturas como para afirmar la eternidad de la vida.

Y una ráfaga de viento caliente, pasó por la soleada y silenciosa soledad del jardín, arrastrando el olor penetrante de los naranjos y de los bojés.

—¡Cuando se ama se es fuerte!—murmuró Pedro.

—Sí, tenéis razón,—contestó Benedetta, sonriendo esta vez.—No soy una niña... pero vuestra es la culpa, con vuestro libro... No lo comprendo más que cuando sufro.

¿No es verdad que en medio de todo voy adelantando? Puesto que lo queréis, que todos los pobres sean mis hermanos y ellas sean mis hermanas, todas las que tienen penas como yo.

Por lo general, Benedetta era la primera que se retiraba, y Pedro se entretenia, quedándose solo bajo el laurel, con el ligero perfume de mujer, y allí meditaba confusamente en cosas tristes y alegres.

¿Qué dura se mostraba la existencia para los pobres seres á los que enardecía la única sed de felicidad!

A su alrededor el silencio se había aumentado aún, todo en el viejo palacio dormía su pesado sueño de ruina, con su patio inmediato cubierto de hierba, rodeado de un pórtico muerto, en donde enmohecían los mármoles de las excavaciones, un Apolo sin brazos, y el cuerpo truncado de una Venus, y de lejos en lejos ese silencio de muerte no estaba turbado más que por el rodar de la carroza de algún prelado que iba á visitar al cardenal, internándose bajo el portal y dando la vuelta en el patio con gran estrépito de ruedas.

Un lunes, á eso de las diez y cuarto, en el salón de *donna Serafina* no se hallaban más que los jóvenes. Monseñor Nani no hizo más que presentarse un momento y el cardenal Sarno acababa de retirarse.

Y al lado de la chimenea, en su sitio de costumbre, *donna Serafina* estaba como apartada de todos, con la mirada fija en el lugar que antes ocupara el abogado Morano, que seguía sin querer parecer por allí.

Ante el sofá en que *Benedetta* y *Celia* estaban sentadas, hallábanse en pie Darío, el abate Pedro Froment y Narciso Habert, hablando y riendo.

Desde hacía unos cuantos minutos, el último se entretenía en hacer broma al príncipe, al que aseguraba haber visto en compañía de una muchacha muy hermosa.

—No lo neguéis, querido, porque en realidad es muy hermosa... soberbia... Iba á vuestro lado y os internásteis en una callejuela desierta, en el Borgo Angélico, según creo, y por discreción no quise seguiros.

Darío se sonrió con mucha tranquilidad, como un hombre dichoso é incapaz de renegar de su gusto apasionado por la belleza.

—Sin duda era yo, no tengo para qué negarlo—dijo;—sólo que el asunto no es lo que os figuráis.

Y volviéndose hacia *Benedetta* que también se refa sin ninguna sombra de celosa inquietud, sino al contrario, satisfecha de la alegría que Darío había dado á los ojos durante un momento, añadió:

—Se trata de aquella pobre muchacha á la que encontré llorando un día, hará de esto unas seis semanas... Sí, aquella obrera, aquella perlera que lloraba porque habían

cerrado el taller y que echó á correr delante de mí para guiarme á casa de sus padres cuando quise darle algunas monedas. Se trata de *Pierina*, ¿te acuerdas?

—¿De *Pierina*? Sí, perfectamente.

—Pues imagináos que desde aquel día la encontré después cuatro ó cinco veces en mi camino. Y no lo niego, es tan extraordinariamente hermosa, que, cuando la veo, me detengo y la hablo... El otro día la acompañé hasta la casa de un fabricante; pero aun no ha encontrado trabajo y se echó á llorar; para consolarla la di un beso. ¡Ah! Se quedó sobrecogida y tan feliz... ¡tan feliz!

Todos se echaron á reír al oír la historia. *Celia* fué la primera que dejó de reír con grave acento, dijo:

—Sabed, Darío, que esa muchacha os ama y que no conviene que seáis malo.

A la cuenta Darío pensaba como ella; porque miró otra vez á *Benedetta* con un alegre significativo movimiento de cabeza como para decir que si ella le amaba él no la correspondía. Una perlera, una muchacha del pueblo bajo ¡eso no! Podrá ser una Venus, pero no una amante, ¡esto imposible!

Y se divirtió mucho con la romántica aventura que Narciso arregló con un soneto á la moda antigua: la hermosa perlera se enamora locamente del apuesto príncipe, bello como el sol, y que la ha dado un escudo, conmovido al ver su infortunio.

Trastornada desde entonces la hermosa perlera al ver que era tan caritativo como gallardo, le sigue por todas partes sujeta á sus pasos por un lazo de fuego, y la hermosa perlera, que ha rechazado el escudo, pide con sus miradas sumisas y tiernas y obtiene la limosna que un día el joven príncipe se dignó hacerla de su corazón.

*Benedetta* se divirtió mucho con aquel juego, pero *Celia*, con su angélica faz y su aire de jovencita que parecía debía ignorarlo todo, permanecía muy seria y repetía con tristeza:

—¡Darío, esa mujer os ama!

Entonces la *contessina* se apiadó á su vez.

—¡No son felices, pobres gentes!

—¡Ah! Aquella es una miseria que, ni aun viéndola, se

puede crecer en ella. El día en que me hizo seguirla á los Prados del Castillo, me quedé sin saber lo que me pasaba, ¡aquello es un horror, pero un horror que asombra!

—Recuerdo que hicimos el propósito de ir á ver á esos desgraciados—dijo Benedetta—y creo hemos hecho mal retrasando tanto la visita, ¿no es verdad? Y vos, señor abate Froment, manifestáis deseos, para completar vuestros estudios, de acompañarnos en esta visita y ver de cerca de ese modo la clase pobre de Roma.

Levantó la cabeza y fijó sus miradas en Pedro, que permanecía silencioso desde hacía un momento. Se enterneció mucho al observar que se le ocurría aquella idea de hacer caridad, porque comprendió, en el ligero temblor de su voz, que deseaba mostrarse una discípula dócil, que hacía progresos en el amor hacia los pequeños y los míseros. En seguida se apoderó de él la pasión de su apostolado.

—Sí—dijo—no me marcharé de Roma hasta después de haber visto de cerca el pueblo que sufre sin pan y sin trabajo.

Ahí está precisamente la enfermedad de todas las naciones, y la salvación no puede venir más que con la curación de la miseria.

Cuando las raíces del árbol no se alimentan, el árbol muere.

—Pues bien; entonces pongámonos de acuerdo inmediatamente—respondió Benedetta—iréis con nosotros á los Prados del Castillo y Darío nos acompañará.

El príncipe, que había escuchado con asombro al presbítero sin comprender bien aquella imagen del árbol y de sus raíces, exclamó, dominado por gran angustia:

—No, no quiero, prima; vete tú á pasear por allí con el señor abate, si es que semejante paseo te divierte... pero estuve allí y no pienso volver, ¡palabral!

Al volver me faltaba poco para tenerme que meter en cama, pues tenía la cabeza y el estómago trastornados. ¡No! ¡No! Todo aquello es demasiado triste, no es posible... Es una abominación.

En aquel instante, una voz desagradable que revelaba descontento, elevóse del lado de la chimenea. Donna Serafina salió, al cabo, de su largo mutismo.

—Tiene razón Darío. Envíales una limosna, querida, á la que de muy buena voluntad uniré yo la mía... y ten presente que hay otros sitios más agradables á los que con más utilidad puedes acompañar al señor abate.

¡A la verdad que vas á hacer que se lleve un buen recuerdo de nuestra ciudad!

El orgullo romano sobresalta en medio de su malhumor.

¿A qué conducía el enseñar las llagas á los extranjeros, que iban tal vez animados por intenciones hostiles?

Era necesario que fuese todo siempre hermoso y no mostrar á Roma más que todo el aparato de su gloria.

Narciso se apoderó de Pedro, diciéndole:

—Es verdad, amigo mío, se me había olvidado recomendaros ese paseo, es necesario que veáis el nuevo barrio que han levantado en los Prados del Castillo.

Es típico y resumen de todos los demás. Viéndole, no perderéis el tiempo, os respondo de ello, porque no hay nada que pueda deciros tanto acerca de la Roma moderna, de la actual.

¡Es una cosa extraordinaria, pero muy extraordinaria! Encarándose con Benedetta, la dijo:

—Es cosa convenida, ¿queréis, señora, que sea para mañana? Allá abajo nos encontraréis al abate y á mí, porque deseo antes ponerle al corriente de todo, para que comprenda lo que va á ver. ¿Os parece buena hora la de las diez?

Antes de responder, volvióse Benedetta hacia su tía, á la que, con mucho respeto, manifestó su opinión.

—Tened presente, querida tía, que el señor abate ha debido encontrar bastantes mendigos en sus correrías por nuestras calles y puede verlo todo. Y, aparte de esto, después de lo que dice en su libro, creo que no verá en Roma lo que ya no haya visto en París. En todas partes, según dice él mismo, el hambre es igual.

Después la emprendió con Darío, con mucha dulzura y con un aire muy razonable.

—Has de saber, Darío, que me darás una verdadera satisfacción acompañándome allá abajo. Sin ti, parecería quizás demasiado que caemos del cielo... Tomaremos el

coche é iremos á reunirnos con estos señores. De ese modo daremos un buen paseo, ¡hace mucho tiempo que no hemos salido juntos!

Indudablemente esto era lo que la encantaba; el tener ese pretexto para llevarle en su compañía, para reconciliarse por completo con él.

Comprendiéndolo así, no se pudo esquivar y afectó tomarlo á broma.

—¡Ah! Vas á ser causa, prima, de que yo tenga pesadillas en todo lo que falta de semana. Una expedición tan alegre como esa que proyectas, es lo más apropiado para echar á perder durante ocho días la dicha de vivir.

Se estremecía rebelándose de antemano.

Comenzaron otra vez las risas y no obstante la muda desaprobación de *donna* Serafina, la cita para la reunión quedó acordada para las diez de la mañana siguiente.

Al marcharse manifestó Celia cuánto sentía no poderlos acompañar.

Con su candor cerrado de lirio en botón, no le interesaba más que Pierina; por esto, al llegar á la antecámara, se inclinó al oído de su amiga:

—Contempla bien esa belleza—la dijo—para decirme si realmente es hermosa, más hermosa que todas.

Al día siguiente á las nueve, cuando Pedro encontró á Narciso cerca del castillo de Santángelo, admiróle verle otra vez sumido en su entusiasmo por el arte, lánguido y desfallecido.

Al principio no se trató sólo de los nuevos barrios ni de la tremenda catástrofe económica que habían producido.

Narciso contó que se había levantado con el sol para ir á pasar una hora delante de la Santa Teresa de Bernin.

Decía que, cuando pasaba ocho días sin verla, sufría, con el corazón henchido de lágrimas, como si se viese privado de la presencia de una querida muy amada.

Tenía horas para quererla de un modo diferente, según los efectos de luz; por la mañana, con todo el arranque místico de su alma bajo la luz del alba que la vestía de blancura; después, por la tarde, con toda la pasión roja de la sangre de los mártires; al iluminarla los rayos oblicuos del sol poniente, cuya llama parecía manar en ella,

—¡Ah! ¡No podéis imaginaros lo que ha sido el despertar de esta mañana!—declaró con su aire de cansancio y los ojos apagados.—¡Qué cosa más deliciosa y conmovedora! Una virgen ignorante y pura que quebrantada por la voluptuosidad abre lánguidamente los ojos embelesada aún por haber sido poseída por Jesús... ¡Ah! ¡Es para morir!

Después, calmándose, y en cuanto dieron unos cuantos pasos, recobró su voz clara de mozo ducho en los negocios y muy aplomado en cosas de la vida práctica.

—Vamos pues á dirigirnos tranquilamente hacia los Prados del Castillo, cuyas construcciones veréis allá abajo desde aquí... enfrente de nosotros, y andando, os contaré lo que sé. ¡Ah! Es la historia más extravagante, una de esas hazañas de la locura de la especulación, que son hermosas como obra monstruosa y bella de algún genio desequilibrado. Me enteraron algunos parientes míos que han jugado aquí y que ¡á fe mía! ganaron sumas considerables.

Y entonces, con una claridad y precisión extraordinarias, propias de un hombre de negocios, empleando los términos técnicos con facilidad, contó la extraordinaria aventura.

Al día siguiente de la conquista de Roma y cuando Italia entera deliraba de entusiasmo con la idea de poseer al fin la capital tan codiciada, la antigua y gloriosa ciudad, la eterna que tenía la promesa del imperio del mundo, lo que hubo al principio fué una explosión muy legítima de la alegría y de la esperanza de un pueblo joven, constituido la víspera y deseoso de afirmar su poder.

Se trataba de tomar posesión de Roma y de convertirla en una capital digna de un gran reino; se trataba ante todo de sanearla, de limpiarla de las basuras que la deshonoraban.

No se puede imaginar la inmundicia que bañaba la ciudad de los papas, la *Roma sporca* echada de menos por los artistas, en la que no había letrinas, sirviendo la vía pública para todas las necesidades; las ruinas augustas convertidas en retretes públicos, los alrededores de los antiguos regios palacios manchados con excrementos, cu-

hierfos con montones de mondaduras, de restos de todas clases, de materias en descomposición; que, por otra parte, abundaban por todo, lo que convertía las calles en sumideros emponzoñados, de las que manaban continuas epidemias.

Se imponía la necesidad de grandes trabajos de edificación; se trataba de una verdadera medida de salvación y de higiene; de rejuvenecimiento, de asegurar y alargar la vida del mismo modo que era muy natural pensar en edificar nuevas casas para los nuevos habitantes que debían acudir de todas partes.

El hecho pasó también en Berlín, después de la constitución del imperio de Alemania, y se vió aumentar á aquella ciudad su población como con la celeridad del rayo y por centenares de miles de almas.

Indudablemente iba Roma también á doblarla, triplicarla, quintuplicarla, atrayendo á ella las fuerzas vivas de las provincias y convirtiéndose en el centro de la existencia nacional.

Y desde entonces se mezcló en esto el orgullo, pues era necesario demostrar al gobierno arrinconado del Vaticano aquello de que era capaz Italia y con qué esplendor iba á brillar Roma, la nueva Roma, la tercera, que sobrepasaría á las otras dos, á la imperial y á la papal, con la magnificencia de sus vías y el flujo desbordante de sus muchedumbres.

Durante los primeros años, la construcción encerróse, sin embargo, dentro de ciertos límites muy prudentes; fueron lo bastante cuerdos para no construir más que á medida que lo exigían las circunstancias.

De un salto se dobló la población y subió de doscientos mil habitantes á cuatrocientos mil, pues ese pequeño mundo formado por los empleados y funcionarios que fueron con las oficinas públicas, toda esa muchedumbre que vive del Estado, ó confía en que vivirá, sin contar los ociosos y aquellos que sólo viven para disfrutar y á los que una corte arrastra tras sí, instaláronse allí.

Esta fué la primera causa de la embriaguez; nadie dudó de que ese movimiento ascensional continuaría y hasta que se precipitaria,

Desde luego, la ciudad de la víspera no bastaba; era necesario no esperar para hacer frente á las necesidades de mañana, ensanchando á Roma y fuera de Roma, poblando los antiguos y desiertos arrabales.

Se habló también del París, del segundo imperio, tan agrandado y convertido en una ciudad de luz y de salud; pero en las orillas del Tíber fué la falta la de que, desde el primer momento, no hubo ni un plan general ni un hombre de mirada serena y clara, dueño soberano de la situación y que se apoyase en poderosas sociedades financieras.

Y lo que el orgullo comenzó, esa ambición de dejar atrás en esplendores á la Roma de los Césares y de los papas, esa voluntad de rehacer la Ciudad Eterna, la Predestinada, centro y reina de la tierra, lo concluyó la especulación con una de esas extraordinarias ráfagas del agio, con una de esas tempestades que nacen, causan estragos, lo destruyen y arrastran todo sin que nada avise su llegada ni pueda detenerlas.

De pronto corrió el rumor de que terrenos que se habían comprado á cinco francos el metro, se revendían á ciento y se encendió la fiebre; mas una de esas fiebres de todo un pueblo al que apasiona el juego.

Una bandada de especuladores, procedentes de la alta Italia, cayó sobre Roma, la más noble y la más fácil de todas las presas.

Para aquellos montafeses, pobres y hambrientos, empezó entonces la satisfacción de todos sus apetitos en el mediodía voluptuoso en que es tan agradable la vida de tal manera, que las delicias del clima, corruptoras de por sí, activaron la descomposición moral.

Además, en realidad, no había más que bajarse y los escudos se podían recoger á paladas entre los escombros de los primeros barrios viejos que se despanzurraron.

Los diestros, los previsores que olfateando el trazado de nuevas vías se hicieron dueños de los inmuebles amenazados de expropiación, doblaron sus capitales en menos de dos años.

Entonces fué cuando aumentó el contagio, envenenando la ciudad entera desde uno á otro extremo, y los habitan-

tes todos fueron arrastrados por ese torbellino; todas las clases sociales participaron de la locura, príncipes, burgueses, modestos propietarios, hasta los tenderos, panaderos, drogueros, zapateros, todos, en fin, hasta el extremo de que después se presentó el caso de un panadero que quebró por cuarenta y cinco millones.

Aquello no fué más que juego; pero un juego exasperado, desatentado, en el que la fiebre había reemplazado al tranquilo juego de la lotería papal, un juego en el que se cruzaban millones y en el que terrenos y construcciones llegaron á ser ficticios y nada más que simples pretextos para jugadas de Bolsa.

El antiguo orgullo atávico que soñó en convertir á Roma en la capital del mundo, se exaltó de ese modo hasta la demencia, bajo aquella cálida calentura de la especulación, comprando y edificando para revender sin medida y sin descanso, del mismo modo que se emiten acciones en tanto que las prensas quieran imprimirlas.

Jamás ciudad alguna en evolución ha dado un espectáculo semejante, y hoy, cuando se trata de explicar aquello, quedase cualquiera confundido.

La cifra de la población había llegado á exceder de quinientos mil habitantes y se dijera que se estacionó, pero esto no impidió que la vegetación de los barrios nuevos siguiese surgiendo con fuerza del suelo y cada vez con más ímpetu, ¿para qué pueblo moderno construyan con aquella especie de rabia?

¿Por qué especie de aberración llegaron al extremo de no esperar á los habitantes, preparando así millares de habitaciones para las familias de mañana que tal vez irían allí?

La única excusa, era la de haberse dicho con anticipación, y era una verdad indiscutible que la tercera Roma, la capital triunfante de Italia, no podía por menos de llegar á tener un millón de habitantes.

Estos no se habían presentado, mas indudablemente irían y ningún patriota podía dudarle, sin cometer un crimen de lesa nación.

Y seguían construyendo; construyan, edificaban sin descanso ni tregua para aquellos quinientos mil habitantes que estaban en camino.

Nadie se inquietó preguntando cuál sería el día de su llegada, bastaba con que se contase con ésta.

Todavía en Roma las sociedades que se habían formado para construir grandes vías á través de los antiguos barrios malsanos y derribados, vendían ó alquilaban sus inmuebles, realizando considerables beneficios.

Únicamente á medida que la locura iba en aumento, creáronse otras sociedades para satisfacer el deseo del lucro y con el objeto de edificar fuera de Roma más barrios, ¡siempre barrios! verdaderas reducidas poblaciones de que no había ninguna necesidad.

En la puerta de San Juan, en la puerta de San Laureano, los barrios extramuros surgieron como por milagro.

En los inmensos terrenos de la Villa Ludovisi, desde la puerta Salaria á la puerta Pia, hasta Santa Ana, comenzaron un esbozo de ciudad.

Y por último, en los Prados del Castillo fué toda una ciudad la que se quiso hacer que naciese, con su iglesia, su escuela y su mercado.

Y no se trataba de modestas casas para obreros, de casas económicas para la burguesía pobre y los empleados de poco sueldo, sino de edificios colosales, de verdaderos palacios con tres y cuatro pisos, desenvolviendo fachadas uniformes y desmesuradas, que convertían esos barrios de extramuros babilónicos que sólo capitales de vida muy intensa y de mucha industria, como París ó Londres, eran capaces de poblar; ahí están esos monstruosos productos del orgullo y del juego y qué página de historia, qué lección más amarga no encierran, cuando Roma, hoy arruinada, se ve además deshonrada por ese amplio cinturón de grandes osamentas yesosas y vacías, en su mayor parte sin concluir y cuyos escombros siembran ya las calles cubiertas de hierba.

El hundimiento fué fatal; el desastre horrendo.

Narciso dió las razones y explicó las fases con tanta claridad, que Pedro lo comprendió perfectamente.

Numerosas sociedades de crédito crecieron, naturalmente, en ese terreno abonado de la especulación, la «Inmobiliaria», la «Sociedad de edilidad y construcción», la «Fonodaria», la «Tiberiana», «El Esquilino».

Casi todas se constituyeron para construir, edificando caserones enormes y calles enteras, para luego revenderlo todo.

Jugaban también sobre los terrenos y los cedían con gran beneficio á pequeños especuladores que se improvisaban por todas partes, soñando á su vez con beneficios, con el alza continua y ficticia que determinaba la fiebre creciente del agio.

Lo peor era que esos burgueses, esos tenderos sin experiencia, enloquecían hasta el extremo de convertirse también en constructores, tomando dinero á préstamo en los Bancos ó dirigiéndose á las mismas Sociedades que les vendieran los terrenos, en demanda de los fondos necesarios para terminar las construcciones.

Con mucha frecuencia esas sociedades, para no perderlo todo, veíanse un día obligadas á apoderarse del terreno y de lo edificado en él, aun cuando estuviera sin concluir, y esto producía entre sus manos un entorpecimiento muy grande, que debía ser la causa de su muerte.

Si el millón de habitantes hubiese ido á ocupar las habitaciones que le preparaban, animados por un sueño de extraordinaria esperanza, habríase engrandecido Roma, llegando á ser una de las capitales más florecientes y enriqueciéndose además en diez años, pues las ganancias fueran incalculables.

Lo único que sucedía era que aquellos habitantes mostrábanse muy reacios para ir; no se alquilaba nada y todas las casas estaban vacías.

Entonces estalló la crisis con la violencia del trueno y con una fuerza inusitada, por dos razones.

Desde luego las casas construídas por sociedades eran demasiado grandes y difíciles de adquirir, lo que hacía que ante su compra retrocediesen la mayoría de los modestos rentistas deseosos de colocar su capital en bienes inmuebles.

El atavismo obró en esta ocasión; los constructores se deslumbraron con lo grande, crearon una serie de palacios destinados á aplastar á los de las otras edades, pero que iban á quedarse abandonados y desiertos como uno de los testimonios más inauditos de la impotencia del orgullo.

No se encontraron, pues, capitales particulares que se atreviesen ó pudiesen substituir á los de las sociedades.

Aparte de esto, tanto en París como en Berlín los barrios nuevos, los embellecimientos de las poblaciones, se hacían con capitales nacionales, con el dinero del ahorro.

En Roma sucedió todo lo contrario: todo se edificó apelando al crédito, con letras de cambio á noventa días y sobre todo con dinero extranjero. Se aprecia la cantidad que allí engulló la catástrofe, en más de mil millones, cuyas cuatro quintas partes era dinero francés.

Esto se hacía sencillamente de banquero á banquero, los banqueros franceses prestando al tres y medio ó al cuatro por ciento á los banqueros italianos, que por su parte prestaban á los especuladores y á los constructores de Roma, al seis, al siete y hasta el ocho por ciento.

Es fácil imaginar cuán grande debió ser el desastre el día en que habiéndose sabido que Italia se había aliado con Alemania, retiró Francia sus ochocientos millones en menos de dos años.

Prodújose un inmenso reflujo, vaciando las bancas italianas y las sociedades dedicadas á la especulación sobre terrenos y edificios, obligadas á su turno á embolsar, tuvieron necesariamente que dirigirse á las sociedades de emisión, á las que tenían la facultad de emitir papel.

Al mismo tiempo intimidaron al Estado, amenazándole con detener todos los trabajos, lanzando á las calles de Roma cuarenta mil hombres sin trabajo si no obligaba á las sociedades de emisión á prestarles los cinco ó seis millones en papel que necesitaban para salir del paso, á lo que el Estado concluyó por ceder ante el temor de una quiebra general.

Naturalmente, al llegar los vencimientos, no pudieron devolverse esos cinco ó seis millones, puesto que las casas ni se vendían ni se alquilaban, de modo que el derrumbamiento comenzó, se precipitó, amontonándose escombros sobre escombros; los especuladores en pequeño cayeron sobre los contratistas, éstos sobre las sociedades constructoras, éstas sobre las de emisión, que á su vez se desplomaron sobre el Crédito público, arruinando la nación.

He ahí de qué manera una crisis sencillamente edifica

se convirtió en un tremendo desastre económico, en un peligro de hundimiento nacional, después de haberse engullido la tierra inútilmente mil millones, y Roma quedar afeada, llena de ruínas juveniles vergonzosas y las casas abiertas y vacías para los quinientos mil habitantes soñados que aun no han ido y á los que continúan esperando.

Desde luego, dados los vientos de gloria que soplaban, hasta el Estado lo veía todo grande, colosal.

Se trataba de crear con todas sus piezas una Italia grande haciéndola llevar á cabo en veinticinco años la obra de la unidad y de la grandeza para la que otras naciones han empleado siglos para hacerlo sólidamente.

Así que demostró una actividad febril, hizo gastos prodigiosos en canales, puertos, carreteras, ferrocarriles, trabajos públicos desmesurados en todas las poblaciones.

Se improvisaba, se organizaba la gran nación; pero no se contaba.

Desde que se aliaron con Alemania los presupuestos de Guerra y Marina, consumen inútilmente muchos millones y no se hacía frente á las necesidades, cada día más grandes, más que á fuerza de emisiones, y los empréstitos se hacían todos los años.

Sólo en Roma la construcción del Ministerio de la Guerra costó diez millones, la del ministerio de Hacienda quince y se gastaban cien millones para los muelles, que aun no están concluidos y se consumieron más de doscientos cincuenta millones en trabajos de defensa alrededor de la ciudad.

Eso era, entonces, ahora y siempre, la manifestación del orgullo fatal, la savia de esa tierra que sólo puede florecer con proyectos muy vastos, con la voluntad de deslumbrar al mundo y de conquistarlo, en cuanto se pone el pie en el Capitolio ó hasta en el polvo acumulado de todos los poderes humanos que se han derrumbado unos sobre otros.

—Y ahora, amigo mío—continuó diciendo Narciso—si yo descendiese á contaros las historias que circulan, que se cuentan al oído, si os citase ciertos hechos, os quedaríais asustado, estupefacto, ante el grado de demencia

á que llegó esta ciudad entera, á pesar de ser tan razonable en el fondo, aunque muy indolente y egoísta cuando la dominó como contagiosa fiebre esa tremenda pasión de jugar.

Los de poco capital, los codiciosos, los ignorantes y los tontos, no fueron los únicos que se arruinaron, porque las grandes familias, casi toda la nobleza romana, dejó que se derrumbasen las antiguas fortunas, el oro, los palacios y las magníficas galerías de objetos de arte que debían á la magnificencia papal.

Esas riquezas colosales, que necesitaron siglos enteros de nepotismo para vincularse en unos pocos, fundiéronse como la cera, en menos de diez años, al calor del fuego nivelador del agio moderno.

Olvidándose después de que hablaba con un presbítero, le contó una de esas historias equívocas.

—¡Ved lo que son las cosas! Ahí tenéis á nuestro buen amigo Darío, príncipe de Boccanera, último de este título que se ve obligado á vivir con las migajas que le sobran á su tío el cardenal, el cual tampoco anda muy sobrado, pues sólo cuenta con lo que le produce su cargo; pues bien, quizás iría, no en coche, sino en carroza, á no ser por el extraordinario asunto de la villa Montefiori... Quizás os habrán enterado ya... Los vastos terrenos de esa villa cedieronlos por diez millones á una compañía constructora y más tarde el príncipe Onofrio, el padre de Darío, ateneado por la necesidad de especular, rescató á elevado precio sus propios terrenos, jugando sobre ellos y mandando edificar.

La catástrofe final se llevó, con los diez millones, todo lo que poseía, además los restos de la antigua y colosal fortuna de los Boccanera... Pero lo que sin duda no os han dicho han sido cuáles fueron las causas ocultas y el papel que desempeñó en todo eso el conde Prada, precisamente el esposo separado de la deliciosa *contessina*, á la que estamos esperando.

Era el amante de la hermosa princesa Boccanera, de Flavia Montefiori, que aportó en dote la villa á su marido.

¡Oh! Era una criatura admirable, bastante más joven que el príncipe, y se asegura que Prada dominaba al ma-

rído por medio de la mujer, hasta el extremo de que se negaba ésta por las noches cuando el anciano príncipe rehusaba firmar ó comprometerse más en una aventura, en la que, desde el principio, había olfateado el peligro.

Prada ganó de una manera muy inteligente los millones que hoy se come.

En cuanto á la bella Flavia, llegada á la madurez, ya debéis saber que, después de haber librado una pequeña fortuna del desastre, renunció galantemente á su título de princesa Boccanera para comprar á un real mozo, un segundo marido, esta vez mucho más joven que ella y del que hizo un marqués de Montefiori, el cual la sostiene en alegría y opulenta belleza, á pesar de sus cincuenta bien cumplidos.

En todo esto no hay más que una víctima y es nuestro buen amigo Darío, completamente arruinado y decidido á casarse con su prima, que no es mucho más rica que él.

Es tan cierto que ella le quiere y que él es incapaz de no amarla tanto como ella á él; pues de no ser así, habríase ya casado con alguna americana, con alguna heredera de esas que tienen muchos millones, porque lo mismo han hecho otros príncipes, esto á no ser que el cardenal y *donna* Serafina se hubiesen opuesto, porque esos dos son también héroes á su manera; romanos orgullosos y testarudos, que creen deben conservar su sangre libre de toda alianza extranjera.

En fin, confiemos en que el buen Darío y esa preciosa Benedetta serán felices juntos.

Callóse, y luego, después de dar algunos pasos en silencio, siguió diciendo en voz más baja:

—Tengo un pariente que pescó cerca de tres millones en el negocio de la villa Montefiori. ¡Ah! ¡Cuánto me pesa no haber estado aquí en aquellos tiempos heroicos del agio! ¡Qué divertido debía ser aquéllo y qué buenas jugadas habría podido hacer un jugador de sangre fría!

De pronto, y al levantar la cabeza, vió ante sí el nuevo barrio de los Prados del Castillo; su rostro cambió de expresión, volvió á tener el alma artista, indignada contra las abominaciones que habían cometido mancillando la Roma papal.

Palidecieron sus ojos y su boca expresó el amargo desdén del soñador herido en su pasión hacia los siglos desaparecidos.

—¡Ved eso! ¡Contempladlo! ¡Oh ciudad de Augusto! ¡Oh ciudad de León XI! ¡Ciudad del eterno poder y de la eterna belleza!

Pedro, en efecto, quedóse también enajenado. En aquel lugar extendíanse en otro tiempo las praderas del castillo de Santángelo, en las que crecían algunos álamos á todo lo largo de las orillas del Tíber; las praderas llegaban hasta las primeras pendientes del monte Mario y eran muy estimadas de los artistas que hacían con ellas un primer término de paisaje cuando pintaban el Borgo y la lejana cúpula de San Pedro.

Y á la sazón, en medio de aquella llanura trastornada, leprosa y blancuzca, veíase una ciudad entera, una ciudad de casas macizas, colosales, de cubos de piedra regulares todos semejantes, con calles anchas cortándose en ángulos rectos; un inmenso tablero de ajedrez con sus simétricos cuadros.

De un extremo á otro reproducíanse las mismas fachadas, de tal manera, que se habría dicho que eran hileras de conventos, cuarteles ú hospitales cuyas líneas idénticas se continuaban sin fin.

Y el asombro, la impresión extraordinaria y penosa que aquello producía, procedía de la catástrofe, inexplicable desde luego, que inmovilizara aquella ciudad en plena construcción, lo mismo que si alguna mañana maldita un genio del desastre hubiese, con un golpe dado con su varita, suspendido los trabajos, ahuyentando los bulliciosos albañiles y dejado las edificaciones tales cuales se hallaban en aquel momento preciso en su lúgubre abandono.

Todas las fases sucesivas por que pasa la edificación, hallábanse allí reunidas, desde los terraplenes y los huecos para los cimientos, restos sinuosos que la hierba había llenado, hasta las casas completamente concluidas y habitadas.

Había casas cuyas paredes apenas salían del suelo; otras que llegaban hasta el segundo piso, al tercero; algunas con

su entramado de vigas de hierro al descubierto y sus ventanas abiertas al aire libre.

En cambio, otras estaban cubiertas con sus techos, pero semejantes á enormes osamentas abiertas á todos los vientos y semejándose á inmensas jaulas vacías.

Tras éstas venían las terminadas; pero á las que por falta de tiempo no se había podido revocar los muros exteriores y otras que se habían quedado sin poderlas poner puertas y ventanas.

Otras en cambio, tenían puertas, persianas y ventanas, pero clavadas, cual si fuesen tapas de féretro cubriendo aquellas varias habitaciones en las que no había ni un alma.

Estaban habitadas otras, en parte algunas, por completo pocas, animadas por la más inesperada de las poblaciones.

Nadie es capaz de dar idea de la lúgubre tristeza de esas cosas; la ciudad de la hermosura del bosque, durmiendo herida por un letargo mortal antes de haber vivido, aniquilándose en aquel pesado sueño esperando un despertar que no debía llegar jamás.

Siguiendo á su compañero, internóse Pedro en largas y desiertas calles que tenían la inmovilidad y el silencio de las de un cementerio, pues por ellas no pasaba ni un coche ni un transeunte.

Muchas de ellas ni siquiera tenían arroyo ni aceras, invadiéndolo todo la hierba y llenando los huecos sin empedrado, de la misma manera que habría podido suceder en un campo que volviese al estado de Naturaleza.

Sin embargo de esto, hacía muchos años que había por allí mecheros de gas, pero no eran más que tubos de plomo sujetos á un pie derecho.

A los dos lados los propietarios habían cerrado herméticamente con tablas todos los huecos de los cuartos bajos y de los pisos superiores, para no tener que pagar el impuesto sobre puertas y ventanas.

Otras casas, apenas empezadas, estaban cerradas con empalizadas por el temor de que las cuevas no se convirtiesen en asilo de todos los bandidos del país.

Pero lo que más desolaba, eran las ruinas jóvenes, altos y soberbios edificios, no concluidos aún, ni siquiera revocados, que no habían podido vivir aun su vida de gigantes de piedra y que, por el contrario, agrietábanse por todas partes, por lo cual había sido necesario apuntalarlos por sus costados con complicados andamiajes y evitar de esa manera que se derrumbasen al suelo convertidos en polvo.

Oprimíase el corazón lo mismo que en una ciudad á la que un azote asola barriendo á los habitantes; era lo mismo que si por allí hubiese pasado la peste, la guerra ó un bombardeo cuyas huellas parecía se conservaban en aquellas inmensas vacías osamentas.

Después, al ocurrirse la idea de que todo aquello era un nacimiento abortado y no una muerte, se aumentaba, agrandándose la melancolía, desbordándose de ella una infinita humana desesperación, al pensar que la destrucción iba á hacer su obra antes de que los soñados habitantes, en vano esperados, hubiesen llevado la vida á esas mansiones que nacieron muertas.

Había además en todo aquello la cruel ironía de que en cada esquina y con magníficas lápidas de mármol, se indicaba el nombre de la calle, nombres ilustres tomados de la Historia, como de los Gracos, Scipión, Plinio, Pompeyo, Julio César, que resaltaban sobre aquellas paredes sin concluir y tambaleantes como una irrisión, como un bofetón del pasado dado á la impotencia moderna.

A Pedro le llamó la atención esa verdad de que, cualquiera que posea á Roma, se siente en seguida devorado por la locura del mármol, por la vanidosa necesidad de edificar y dejar su nombre en un monumento de gloria que contemplarán los pueblos futuros.

Después de los Césares apilando sus palacios en el Palatino, después de los papas reconstruyendo la Roma de la Edad Media y timbrándola con sus armas, se presenta el Gobierno italiano que no ha podido ser dueño de la ciudad sin proponerse en seguida reconstruirla más esplendente y enorme que lo había sido nunca.

Era esta la sugestión misma del suelo, era la sangre de Augusto que de nuevo se agolpaba al cráneo de los últi-

mamente llegados, impulsándolos á la demencia y sugiriéndoles la idea de hacer de la tercera Roma, la nueva reina de la tierra.

Y de ahí los proyectos gigantescos, los muelles ciclópeos, los simples ministerios luchando en magnitud con el Coliseo; de ahí esos barrios nuevos con inmensos case-rones surgidos alrededor de la ciudad antigua, como otras tantas más pequeñas.

Se acordaba de la cintura yesosa que de la cúpula de San Pedro había visto rodeando los viejos techos retostados por el sol y que desde lejos semejábanse á una gran cantera abandonada, porque no era sólo en las inmediaciones del castillo de Santángelo, sino que eso mismo que allí pasaba repetíase en la puerta de San Juan, en la de San Lorenzo, en la villa Ludovisi, en las alturas del Viminal y del Esquilino, en donde los barrios nuevos empezados y á medio edificar, se venían abajo sembrando de escombros la hierba de las desiertas calles.

Aquella vez, después de una fertilidad asombrosa que había durado dos mil años, dijérase que el suelo se agotó al fin, y que la piedra de los monumentos se negaba ya á arraigar allí.

Del mismo modo que en los huertos muy antiguos, cuando se replantan los ciruelos y los cerezos se secan y mueren, de igual modo las paredes nuevas no encontraban savia que chupar en aquel viejo polvo de Roma, empobrecido por la vegetación secular de un número tan grande de templos, circos, arcos de triunfo, basílicas é iglesias.

Y los edificios modernos que habían intentado fructificar de nuevo, las casas demasiado grandes é inútiles, henchidas de hereditaria ambición, no habían podido llegar á madurez; elevando las medias fachadas, que agujereaban las numerosas ventanas, sin fuerza para llegar hasta el techo, quedándose así infecundas lo mismo que los restos de vegetación en un terreno que ha producido con exceso.

La horrenda tristeza que inspiraba semejante espectáculo procedía de una grandeza pasada tan creadora, que iba á parar á tal confesión de actual impotencia: Roma, que había llenado el mundo con sus monumentos indestructibles, no podía engendrar más que ruinas.

—¡Llegará un día en que se concluirán!—exclamó Pedro. Miróle Narciso con asombro.

—¿Para quién?

Y era la terrible respuesta. ¡Ah! ¡Aquellos quinientos ó seiscientos mil habitantes á los que se esperaba, cuya ida se soñó, á los que siempre se seguía esperando, ¿en dónde vivían á la hora presente, en qué campiñas ó en qué apartadas ciudades?

Si un gran entusiasmo patriótico fué el único que pudo esperar semejante población, en los primeros días de la conquista, habría sido preciso, á la sazón, estar completamente ciego, pero con extraña ceguera, para creer aun que iban á ir nunca.

El experimento estaba hecho al parecer; Roma se quedaba estacionaria, pues no se prevenían ninguna de las causas que podían doblar una población, ni los placeres que ofrecía, ni las ganancias de su comercio y de una industria que carecía, ni la intensa vida intelectual y social de que no parecía capaz. En todo caso se necesitarían años y más años.

Entonces, ¿cómo hacer para poblar esas casas concluidas y vacías que sólo esperaban á los inquilinos? ¿A qué terminar las casas que quedaron en estado de esqueleto desmigándose con el sol y con la lluvia? ¿Permanecerían indefinidamente así, unas descarnadas, abiertas á todos los vientos, otras cerradas, mudas como tumbas, y con la fealdad lamentable de su suciedad y abandono?

¡Qué testimonio más terrible, bajo el espléndido cielo!

Los nuevos dueños de Roma habían emprendido mal camino, y si sabían lo que debían hacer, ¿tendrían valor para atreverse á deshacer lo que habían hecho antes?

Puesto que el millar de los millones que allí habían enterrado, parecía estar para siempre perdido, casi se desenterraba que se presentase un Nerón de voluntad soberana y desmesurada que empuñase la antorcha y el pico, abrasándolo y arrasándolo todo en el nombre vengador de la raza y de la belleza.

—¡Ah!—exclamó Narciso.—Ahí están la *contessina* y el príncipe.

Benedetta había mandado detener el carruaje en una

encrucijada de desiertas calles y por esas largas vías, tan tranquilas, llenas de hierba, tan solitarias y tan apropiadas para los enamorados; se adelantó apoyándose en el brazo de Darío, encantándoles á ambos el paseo y no pensando siquiera en las tristezas que se proponían visitar.

—¡Ah! ¡Qué tiempo más hermoso!—exclamó Benedetta acercándose á los dos amigos.—¡Ved qué sol más suave! ¡Qué bueno es andar un poco á pie lo mismo que si se estuviese en el campo!

Darío fué el primero que dejó de reír al contemplar el sereno cielo azul y al experimentar la alegría de llevar á su prima del brazo.

—Es preciso, prima, que vayamos á visitar á esas buenas gentes—dijo—puesto que tienes la terquedad de ese capricho, que nos va á echar á perder toda la mañana... Vamos, es preciso que encuentre ahora el camino. Habéis de saber que no soy fuerte en eso de reconocer los lugares á que no me gusta ir.

Además, este barrio es imbécil con sus calles muertas, sus casas cerradas en las que no hay ni una sola cara de que uno pueda acordarse, ni una tienda en donde preguntar para seguir el buen camino. Creo que es por aquí... De todos modos seguidme, que ya veremos.

Y las cuatro encamináronse hacia la parte central del barrio que daba frente al Tíber, y en el que se empezaba á formar un núcleo de población. Los propietarios sacaban el partido que podían de las casas terminadas, alquilando los pisos á precios baratísimos y no se incomodaban si se retrasaba el pago.

Habíanse instalado allí y pagaban de tarde en tarde, empleados de la paga empeñada y familias de escasos recursos á los que costaba muy poco el alquiler.

Pero lo peor era que á consecuencia de la demolición del antiguo Ghetto y de las brechas que habían hecho para airear el Transibere, cayó sobre las casas sin concluir una verdadera nube de hordas de andrajosos, sin pan ni hogar y casi sin ropas, que las invadieron con sus sufrimientos y sus piojos.

Y fué preciso cerrar los ojos, tolerar aquella brutal toma de posesión, so pena de tener que permitir que toda

aquella espantosa miseria se presentase en plena vía pública.

A tan míseros como temibles huéspedes, era á los que habían ido á parar los grandes palacios soñados, los colosales caserones de cuatro ó cinco pisos, edificios en los que se penetraba por puertas monumentales con fachadas adornadas de estatuas y balcones esculpidos y sostenidos por grandes cariátides y que llegaban de un extremo á otro de la fachada.

Faltaba el maderamen de puertas y ventanas, y cada familia de desterrados hacía su elección cerrando los huecos con restos de tablas ó colgando en ella andrajos para evitar que pasase el aire, ocupando algún regío piso primero ó prefiriendo las habitaciones pequeñas para amontonarse á su gusto.

En los esculpidos balcones secábanse ropas interiores, asquerosas, adornando con su inmunda pobreza esas fachadas de abortó, abofeteadas en su orgullo. Un desgaste rápido y manchas sin número degradaban ya esas hermosas edificaciones blancas, rayándolas, salpicándolas con infames manchillas.

Por aquellos soberbios portales hechos para la regia salida de los carruajes, era un arroyo de ignominia lo que salía, formado por basuras y estiércol, cuyas mal olientes charcas corrompíanse en seguida y viciaban el aire en aquellas calles sin aceras ni empedrados.

En dos ocasiones distintas, Darío hizo retroceder á sus compañeros. Se extraviaba, y cada vez se ponía más sombrío.

—Había debido dirigirme hacia la izquierda; pero, ¿cómo queréis que lo sepa? ¿Es posible saber en dónde está uno en medio de semejante barrio?

Encontráronse con bandadas de chicuelos piojosos que se revolcaban entre el polvo y la basura. Tenían una suciedad asquerosa, iban casi desnudos con las tostadas carnes al descubierto, el pelo enmarañado como malezas ó matas de erin.

Circulaban por allí las mujeres con sórdidas faldas, despechugadas, con las camisas medio deshechas y dejando al descubierto los costados y senos lácidos de burras cansadas de trabajar

Muchas, en pie, hablaban unas con otras, mientras que algunas otras, sentadas en restos de sillas viejas, y con las manos colocadas sobre las rodillas, permanecían en esa postura durante horas y horas enteras sin hacer nada. Hombres veíanse muy pocos, y si alguno habla, estaba apartado, tendido boca abajo entre la hierba rojiza y durmiendo con pesado sueño al sol.

El olor que allí se percibía hacíase nauseabundo y era ese olor de la miseria sucia, del ganado humano abandonándose, embruteándose y viviendo en su grasa.

Y eso se agravó con las emanaciones de un pequeño é improvisado mercado que tuvieron que atravesar, en el que había frutas echadas á perder, verduras cocidas y fermentadas, fritos hechos con grasa rancia y asquerosa la vispera, y que pobres mujeres de no mejor aspecto que los compradores, vendían, teniéndolas colocadas en el suelo, en medio de la hambrienta codicia de un numeroso grupo de chiquillos desarrapados.

—¡En fin, no sé dónde es, querida!—exclamó el príncipe encarándose con su prima.—Sé razonable y puesto que has visto bastante, volvámonos al coche.

En realidad sufría, y, según la opinión manifestada por la misma Benedetta, no sabía sufrir. Parecíale monstruoso y el crimen de un imbécil, entristecer su vida con semejante paseo.

La vida estaba hecha para pasarla lo más ligera y buenamente que se pudiese bajo un cielo sereno.

Convenía únicamente distraerse con espectáculos agradables, cantos y bailes.

Y dominado por un egoísmo ingénuo, inspirábale horror lo feo, lo pobre, lo que era sufrimiento, hasta el punto de que sólo al verlo experimentaba un gran malestar, una especie de cansancio físico y moral.

Benedetta, que se estremecía lo mismo que su primo, quería sin embargo, mostrarse más animosa delante de Pedro.

Le miró y le vió tan interesado en aquello, tan apasionadamente dolorido, que no cedió en su esfuerzo para simpatizar con los humildes y los míseros.

—No, no podemos retroceder, Dario; es preciso quedar-

nos, puesto que estos señores, quieren verlo todo, ¿no es así?

—Sí—respondió Pedro—la Roma actual está aquí, y esto dice mucho más que todos los paseos clásicos á través de las ruinas y de los monumentos.

—Exageráis bastante, querido—declaró Narciso á su vez.—Lo único que os concedo es que esto sea interesante, muy interesante... Esas mujeres viejas, sobre todo. ¡Ah! ¡Qué expresión más extraordinaria la de esas buenas viejas!

En aquel momento no pudo Benedetta contener un grito de admiración satisfecha al ver ante ella á una joven de espléndida belleza.

—¡O che bellezza!

Y Dario, que la reconoció en seguida, dijo con el mismo embeleso:

¡Ah! Es la Pierina... Va á guiarnos.

Desde hacía un momento seguía Pierina al grupo sin permitirse acercarse á los que lo formaban. Fijábanse sus ardientes miradas en el príncipe, centelleándola los ojos con una alegría de esclava enamorada, y más tarde contemplaron á la *contessina*, pero sin cólera, con una especie de tierna sumisión, de dicha resignada al encontrarla también tan hermosa.

Y Pierina era, en realidad, tal cual el príncipe la había descrito, alta, fuerte, con garganta de diosa, verdadera reproducción de una estatua antigua, una Juno de veinte años con la barba un poco pronunciada, la boca y la nariz de una corrección perfecta y rasgados ojos de gacela y el rostro brillante como dorado por los rayos del sol, bajo el casco de abundosos cabellos negros.

—Entonces, ¿te encargas tú de guiarnos?—preguntó Benedetta familiar y cariñosamente, ya consolada de las fealdades vecinas, con la idea de que podían existir semejantes criaturas.

—¡Ah! ¡Sí, señora, en seguida!

Echó á correr delante de ellos, calzada con una especie de chanclas sin tacón, vestida con una falda vieja de lana color marrón, que había tenido que lavar y remendar hacía poco. Adivinábase en ella ciertos cuidados de coquetaría, un deseo de limpieza que no había en los demás, á

no ser que fuese sencillamente su gran belleza que resplandecía sobre sus humildes ropas y la convertía en una diosa.

—¡Che bellezza! ¡Che bellezza!—repetía sin cansarse la *contessina* siguiéndola.—Es una delicia, Darío, el poder contemplar á esa muchacha.

—Bien sabía yo que había de gustarte—respondió Darío con sencillez, halagándole el hallazgo y no hablando ya de marcharse, puesto que en adelante podía descansar la mirada, contemplando algo agradable.

Detrás de ellos seguía Pedro, maravillado también con tanta hermosura y escuchando las observaciones de Narciso, que le manifestaba los escrúpulos de su gusto, que estaba por lo raro y lo sutil.

—Sí, sí, sin duda es hermosa... sólo que ese tipo romano en el fondo no hay nada más pesado, sin alma, sin más allá... Bajo ese cutis no hay más que sangre, no hay nada celestial.

Detúvose Pierina y con un gesto señaló á su madre, sentada en una silla medio hundida delante de la elevada puerta de un palacio á medio concluir. Debía también haber sido hermosa aquella ruina de cuarenta años con sus ojos apagados por la miseria, la boca deformada, con los dientes negros, el rostro cortado por grandes arrugas lacias, el cuello enorme y caído, todo en ella era de repugnante suciedad, lo mismo su cabello gris despeinado, que caía en mechones desiguales, que su falda y camisola manchadas y rotas, dejando la carne al descubierto.

Con las dos manos sostenía sobre las rodillas un chiquitín, el último que había dado á luz. Le miraba como antiquilada y sin valor, con el aire de una bestia de carga resignada con su suerte, como madre que había hecho los hijos y los había amamantado sin saber por qué.

—¡Ah! ¡Bueno, bueno!—dijo levantando la cabeza.—Es el señor que vino á darme el escudo porque te encontré llorando. Y vuelve á vernos acompañado por sus amigos. ¡Bueno, bueno! Esto quiere decir que aún hay buenos corazones.

Contó entonces su historia, pero calmamente y sin tratar de conmover ni de inspirar lástima. Se llamaba Ja-

cinta y se había casado con un albañil, con Tomaso Gozzo, del que tuvo siete hijos, Pierina, después Titi, un mocetón de dieciocho años y cuatro muchachas más de dos en dos años y después otro chiquitín, el que tenía sobre las rodillas.

Durante muchísimo tiempo habían vivido en la misma casa, en el *Transtibere*, en un edificio que acababan de derribar. Y parecía que al mismo tiempo lo habían hecho también con su vida, porque desde que se refugiaron en los Prados del Castillo les perseguían todas las desgracias, les afligía la tremenda crisis de las construcciones que había dejado sin trabajo á Tomaso y á Tito, el reciente cierre de la fábrica de perlas en que trabajaba Pierina, ganando apenas un franco, con lo que había para no morir-se de hambre, y ahora, como no trabajaba nadie, la familia vivía á la casualidad.

—Si queréis subir, podéis hacerlo, señores; arriba encontraréis á Tomaso que está con su hermano Ambrogio al que hemos hecho venir á vivir á nuestro lado, y con seguridad que sabrán hablar mejor que nosotros y os dirán lo que hay que decir, ¿qué queréis hacerle? Tomaso descansa y hace como Tito, que duerme, que es lo mejor que puede hacer.

Señaló con la mano; tendido entre la hierba seca hallábase un mocetón de nariz fuerte, boca de expresión dura y que tenía los hermosos ojos de Pierina.

Se limitó á levantar la cabeza, inquietándole aquellas gentes.

Un pliegue huraño contrajo su frente cuando se fijó en el embeleso con que su hermana contemplaba al príncipe. Dejó caer otra vez la cabeza, pero no cerró los ojos y siguió acechándoles.

—Pierina, acompaña á esta señora y á estos señores, puesto que tienen empeño en subir.

Acercáronse otras mujeres arrastrando los pies desnudos dentro de las chancas; bandadas de chiquillos sucios y de chicuelas medio desnudas, entre las cuales, sin duda, se encontraban las cuatro de Jacinta.

Parecíanse todas de tal manera, con sus ojazos negros, sus oscuras cabelleras enmarañadas, que sólo sus madres

podían reconocerlas. Estaban al sol como en pululamiento, en un campamento de miseria, allí en medio de aquella calle de majestuoso desastre, orillada por palacios sin concluir y ya convertidos en ruinas.

Con mucha dulzura y sonriente ternura dijo á su primo:

—No, no subas... no quiero que te muevas, Darío mío, has sido muy amable viniendo hasta aquí; espéranos allí fuera, bajo ese hermoso sol, ya que el señor abate y el señor Habert me acompañan.

Echóse él también á reír; pero aceptó con muy buena voluntad y encendiendo un cigarrillo se puso á pasear muy despacio gozando de la dulzura del aire.

La Pierina entró con mucha viveza bajo el vasto pórtico de elevada bóveda adornado con un artesonado á rose-tones y que tenía el suelo cubierto con un verdadero lecho de estiércol, y que en el vestibulo cubría por completo las losas de mármol que habían empezado á colocar. Seguía á esto la monumental escalera de piedra con balaustrada labrada y calada y cuyos escalones estaban rotos y manchados, con una espesura tal de inmundicia, que parecían negros.

En todas partes habían dejado las manos, negras y graciosas huellas. De las paredes, á las que faltaba el último revoco, salía una ignominia en vez de las pinturas y de los dorados que debían adornarlas y que aun estaban esperando.

Al llegar al primer piso, en el vasto descansillo detúvose Pierina y se contentó con vocear por el hueco de una gran puerta sin marco ni hojas.

—¡Padre! Aquí hay una señora y dos señores que quieren verte.

Volvióse después hacia la *contessina*, á la que dijo:

—En el fondo, la tercera sala.

Y se escabulló bajando la escalera más deprisa de lo que la había subido, corriendo en busca de su pasión.

Benedetta y sus compañeros atravesaron dos salones inmensos, con el suelo giboso aún y lleno de yeso y las ventanas abiertas sobre el vacío, hasta que al cabo llegaron á un tercer salón más pequeño, en el que habíase instalado toda la familia Gozzo, con los restos que la servían de muebles.

En el suelo y por encima de los tirantes de hierro de la bóveda, que aun no habían terminado, arrastrábanse cinco ó seis jergones leprosos comidos por el sudor.

En el centro había una gran mesa sólida aún y también se veían antiguas sillas rotas, descabaladas y compuestas con ayuda de cuerdas.

Peró el trabajo más grande consistió en cerrar de tres ventanas dos, con tablas, mientras que la tercera y la puerta estaban tapadas con viejas telas de colchón acribilladas con numerosas manchas y agujeros.

Tomaso, el albañil, se quedó sorprendido y parecía evidente que estaba acostumbrado á semejantes visitas de caridad.

Estaba sentado ante la mesa, con los dos codos sobre ésta, y la barba apoyada en las manos, descansando como había dicho su mujer Jacinta. Era un fuerte mocetón de cuarenta y cinco años, barbudo y cabelludo, la cara grande y larga de aspecto de senador romano, en medio de su miseria y de su ociosidad.

La presencia de dos extranjeros, á los que olfateó en seguida, hizo que se levantara con un brusco movimiento de desconfianza.

Sonrióse, sin embargo, en cuanto reconoció á Benedetta, y cuando ésta le habló de Darío, que se había quedado abajo, explicándole el caritativo objeto que allí les llevaba, dijo:

—Ya lo sé, ya lo sé, *contessina*... Sí, sé perfectamente quien sois, porque cuando vivía mi padre, fui con él á tapar una ventana al palacio Boccanera.

Con mucha complacencia se dejó interrogar y respondió á Pedro sorprendido, que si bien no eran dichosos, habíanlo pasado mejor y vivido con más desahogo á poder trabajar siquiera dos días á la semana, y en el fondo se comprendía que no se consideraba muy desgraciado al tenerse que apretar el vientre, desde el momento en que podía vivir á sus anchas y sin cansarse.

Se repetía siempre la historia de aquel cerrajero que llamado por un viajero para que le arreglase la cerradura de una maleta cuya llave habíase perdido, se negó rotundamente á ir, por no molestarse durante la hora de la siesta.

No pagaban inquilinato, pues lo que sobraban eran palacios vacíos abiertos para recibir á los infelices, y con algunos céntimos, habrían tenido lo suficiente para vivir, de tal modo se vivía sóbriamente y con pocas exigencias.

—¡Oh! Estad seguro, señor abate, de que en tiempo del papa todo iba mucho mejor... Mi padre, que era albañil, como yo, trabajó toda su vida en el Vaticano, y yo mismo, cuando trabajo algunos días, allí es donde gano el jornal... Para que lo sepáis todo, os diré que lo que nos echó á perder fueron esos diez años de grandes obras, en que uno no se separaba del andamio, y se ganaba lo que se quería.

Como es natural, se comía mejor y se vestía lo mismo y en fin, que no se privaba uno de nada, y por eso se hace ahora más duro el privarse... pero en tiempo del papa, señor abate, ¡si hubiéseteis venido á vernos!

No había impuestos, todo se daba por nada y no había verdaderamente mas que vivir.

En ese instante oyóse un gruñido que salía de uno de los jergones colocado en la sombra de una de las ventanas cerradas, y el albañil siguió diciendo con su aire lento y tranquilo:

—Es mi hermano Ambrogio, que no es de mi opinión... El cuarenta y nueve estuvo con los republicanos, cuando no tenía más que catorce años, y no hace nada, y le trajimos aquí cuando supimos que se moría de hambre y de enfermedad en una cueva.

Sintieron entonces los visitantes un estremecimiento de compasión. Ambrogio tenía quince años más que Tomaso y á pesar de que apenas contaba sesenta años, ya no era más que una ruina, consumido por la fiebre, y arrastrándose sobre unas piernas tan enflaquecidas, que apenas le podían sostener, por lo que no prefería moverse de su jergón, pasando allí días enteros. Mucho más bajo que su hermano y más delgado y turbulento, habíase dedicado al oficio de carpintero. En medio de su decadencia física, conservaba una cabeza extraordinaria, una faz de apóstol y de pastor, de expresión trágica y noble, rodeada por el erizado bosque de pelo de la barba y cabellera.

—¡El papal! ¡El papal!—murmuró.—Jamás hablé mal de

él. Sin embargo, es culpa suya si la franja continúa. Sólo el papa el cuarenta y nueve pudo habernos dado la república y no habríamos llegado á este extremo.

Había conocido á Mazzini y conservaba la religiosidad vaga, el sueño de un papa republicano que al fin hiciese que reinase la paz y la libertad sobre la tierra. Pero, más tarde, su pasión por Garibaldi, al turbar esa concepción, le hizo juzgar en adelante indigno al papado é incapaz de trabajar en favor de la libertad humana. De manera que no sabía con certeza lo que quería luchando entre las quimeras de la juventud y la ruda experiencia de su vida. Aparte de esto, jamás había obrado mas que á impulsos de una emoción violenta y no le quedaba ya más que hermosas palabras, vagos é indeterminados deseos.

—Ambrogio, hermano mío—respondió tranquilamente Tomaso—el papa es siempre el papa y lo más prudente es ponerse á su lado, porque será siempre el papa, es decir, el más fuerte. Yo, mañana mismo, si pusiesen á votación el asunto, votaría siempre por el papa.

El anciano obrero no se apresuró á responder, toda la prudencia de la raza le calmó.

—Pues yo, Tomaso, votaría en contra, siempre en contra... y está bien seguro de que tendríamos mayoría. Eso de papa rey concluyó para siempre. Hasta el mismo Borghese se sublevaría; pero eso no quiere decir que no se deban poner de acuerdo con él para que la religión de todo el mundo sea respetada.

Escuchábales Pedro con mucho interés y se arriesgó á hacerles una pregunta:

—¿Hay muchos socialistas en Roma entre el pueblo?

Aquella vez la respuesta se hizo esperar mucho tiempo.

—Indudablemente que los hay, señor abate, algunos debe haber, pero muchos menos que en otras poblaciones... Todo eso no son más que novedades tras las que se van los impacientes, aunque sin entender gran cosa de eso... Nosotros, los viejos, estábamos por la libertad, y nunca fuimos partidarios ni del incendio ni de la matanza.

Y tuvo miedo de haber dicho demasiado delante de aquella señora y de los dos señores que la acompañaban y se puso á gemir tendiéndose sobre su jergón, mientras

que la *contessina*, un poco molestanda por aquel olor infecto, se despedía después de haber dicho al abate Froment que era lo más acertado dar la limosna á la mujer.

Tomaso volvió á ocupar su asiento ante la mesa, apoyando la cabeza en las manos, saludando á sus visitantes y emocionándose tan poco á la llegada, como á la salida de éstos.

—Hasta la vista, y me alegro mucho de haberos podido servir para algo.

Al llegar al dintel de la puerta estalló el entusiasmo de Narciso, que se volvió para admirar la cabeza del anciano Ambrogio.

—¡Oh! ¡Qué obra maestra, querido abate! ¡He ahí la maravilla! ¡He ahí la belleza! ¡Cuánto más significación tiene eso, que el rostro insignificante de esa joven! Aquí estoy seguro de que el cebo del sexo no me inducirá á caer en tentación... No me conmueven ciertas cosas.

Y además, francamente, ¡qué infinito en esas arrugas, qué desconocido en el fondo de esos ojos apagados, qué misterio entre el erizamiento de la barba y del cabello! ¡Hace soñar con un profeta ó un Dios Padre!

En la calle continuaba Jacinta sentada en la silla medio hundida con su chiquitín atravesado sobre las rodillas, y á pocos pasos de allí, Pierina, en pie delante de Darío, le miraba cómo acababa de fumar su cigarrillo, con embeleso, como si estuviese encantada, mientras que Tito, tendido entre la hierba, como una fiera al acecho, no apartaba la mirada de ellos.

—¡Ah! Señora—dijo la madre con voz resignada y doliente—ya habréis visto que apenas se puede vivir ahí. Lo único que hay de bueno es que sobra sitio para todo. Aparte de eso, hay corrientes de aire por la tarde y por la mañana, capaces de matar á uno. Tengo además mucho miedo por estas criaturas por los muchos agujeros que hay.

Contó la historia de una pobre mujer que se equivocó una noche y creyendo salir por el pasillo, tomó una ventana por la puerta y cayó á la calle, estrellándose en ésta y quedando muerta en el acto. Una pobre niña se rompió los dos brazos al caer desde lo alto de una escalera que no tenía barandilla. Se podía morir cualquiera allí sin que nadie lo supiese y se pudiese enviar á recoger el cadáver,

La víspera habían encontrado en el fondo de una habitación y tendido sobre el yeso, el cadáver de un pobre anciano al que el hambre debía haber matado desde hacía más de una semana, y allí habría permanecido meses y meses á no haberlo advertido á los vecinos el olor infecto que salía de la habitación.

—¡Y si al menos tuviésemos qué comer!—siguió diciendo Jacinta.—Cuando se cría y no se come, no se tiene leche, ¡esta criatura lo que está haciendo es chupándose la sangre!

Se incomoda, llora, y yo... ¿no es verdad? ¿qué le puedo hacer? Me echo á llorar, porque no es culpa mía si no encuentra nada.

Las lágrimas empañaron, efectivamente, sus ojos apagados. De pronto se apoderó de ella brusca cólera al observar que Tito no se había movido de la hierba, en la que continuaba tendido como una bestia al sol.

A ella no le pareció buena esa conducta tratándose de personas tan distinguidas, que sin duda iban á darla alguna limosna.

—¡Eh!... ¡Tito!... ¡Holgazán!... ¿Es que no puedes ponerte en pie cuando vienen á verte?

Al principio hizo como que no oía, pero al cabo se puso en pie aunque con aire malhumorado y Pedro, á quien le interesó, trató de hacerle hablar, del mismo modo que poco antes, y arriba, había interrogado al padre y al tío. No obtuvo más que respuestas breves, llenas de desconfianza y de enojo.

Puesto que no encontraba trabajo, lo mejor que podía hacer, era dormir. No era enfadándose como se cambiarían las cosas, y lo mejor sería vivir como se pudiese, sin aumentar el trabajo.

En cuanto á los socialistas, sí, podía ser que hubiese algunos, pero no los conocía. Y de su actitud de cansancio y de indiferencia, resultaba claramente que si el padre era partidario del papa y el tío de la república, al hijo le importaba todo muy poco.

Pedro halló al fin una especie de pueblo, ó mejor dicho, un pueblo adormecido, al que aun no ha despertado una democracia.

Pedro continuaba preguntando, y como quisiese saber su edad, á qué escuela había ido y en qué barrio había nacido, Tito cortó la conversación en seco, diciendo con acento grave y un dedo al aire señalando su pecho:

—*¡Lo son romano de Roma!*

Y en efecto, ¿con esto no respondía á todo? Sonrióse tristemente Pedro y se calló. Nunca había comprendido tanto como entonces, cuán grande era el orgullo de la raza, la lejana herencia de gloria tan pesada para aquellos hombres.

En aquel mozo degenerado, que apenas sabía leer y escribir revivía la vanidad soberana de los Césares. Aquel muerto de hambre conocía perfectamente su ciudad y habría podido recitar instintivamente su historia de tan hermosas páginas.

Eranle familiares los nombres de los grandes emperadores y de los grandes papas, ¿por qué trabajar después de haber sido los amos de la tierra? ¿Por qué no vivir en la nobleza y en la pereza, en la más hermosa de las ciudades, y bajo el más hermoso de los cielos?

—*¡Lo son romano de Roma!*

Benedetta deslizo su limosna en la mano de la madre y Pedro y Narciso, queriéndose asociar á aquella buena obra, hicieron lo mismo, y en cuanto á Darío, que se había reunido á su prima, tuvo una ocurrencia; deseoso de no olvidar á Pierina, á la que no se atrevía á ofrecer dinero, apoyó ligeramente la punta de los dedos en los labios y dijo sin exageración:

—*¡Para la belleza!*

Y realmente fué cosa dulce y hermosa ese beso así enviado, esa risa un poco burlesca y ese príncipe que se familiarizaba con la muda adoración de la perlera, hermosa como en una historia de amor de otros tiempos.

Pierina enrojeció de placer, y perdiendo la cabeza, se arrojó sobre la mano de Darío, que cubrió de besos, pegando á ella sus cálidos labios con un movimiento irreflexivo, en el que entraban tanto el divino reconocimiento, como la ternura amorosa.

La mirada de Tito flameó de cólera, y cogiendo á su hermana bruscamente por la falda, la apartó de un empujón, gruñendo sordamente

—*Has de saber que te mataré y á él también.*

Era necesario alejarse cuanto antes de allí, porque habiendo olfateado otras mujeres la limosna, se acercaban tendiendo la mano ó azuzando á sus chichelos, sucios y llorosos.

El miserable barrio de los edificios medio construídos y abandonados, se removió, y un grito de angustia salió de aquellas calles muertas con lápidas de mármol, en que estaban inscritos nombres retumbantes. ¿Y qué hacer? No podían dar limosna á todos y no les quedaba más recurso que la huida, con el corazón henchido de tristeza ante la conclusión de que la caridad era impotente.

En cuanto Darío y Benedetta llegaron al carruaje, se apresuraron á ocupar sus asientos. Estrecháronse el uno contra el otro embelesados al librarse de aquella pesadilla.

Se consideraba, sin embargo, dichosa por haberse mostrado tan animosa delante de Pedro, y muy conmovida; estrechóle la mano como discípula, cuando Narciso declaró que no quería separarse del abate, al que quería llevar á almorzar al restaurant de la plaza de San Pedro, desde el que se gozaba de una gran vista del Vaticano.

—*Bebed vinillo blanco de Genzano*—les dijo Darío, que se había puesto muy alegre.—No hay nada mejor para desechar las ideas negras.

Mostróse Pedro insaciable en lo referente á detalles. Por el camino hizo muchas preguntas á Narciso acerca del pueblo romano, su vida, hábitos y costumbres. La instrucción era casi nula. No había tampoco ninguna industria, ni comercio con el exterior.

Los hombres se dedicaban á los oficios más usuales, cuyos servicios se necesitaban en la población.

Entre las mujeres, había las perleras, las bordadoras, las que se dedicaban á la fabricación del artículo religioso, y las medallas y los rosarios habían proporcionado siempre mucho trabajo á un cierto número de obreros, lo mismo que la fabricación de alhajas de la localidad.

En cuanto la mujer se casaba y llegaba á ser madre de esas nubes de chiquillos que crecían por milagro, trabajaba muy poco. En resumen, era una población que se de-

había arrastrar por la corriente, trabajando únicamente lo necesario para ganar de comer, contentándose con frutas, legumbres, pastas de sopa, desperdicios de carnero, y aceptando esto sin rebelión, sin ambición para el porvenir, no teniendo más quebradero de cabeza en esa vida tan precaria, que el vivir al día.

Los dos únicos vicios eran los vinos blancos y tintos de los Castillos Romanos, vinos de disputa y de asesinato, que los días de fiesta, al salir de las tabernas, hacen que queden sembradas las calles de hombres con el estertor de la agonía y la piel acribillada á puñaladas.

Las muchachas no suelen entregarse al desorden, y son muy contadas las que cometen una falta antes de casarse.

Esto se debía á que la familia estaba muy unida y estrechamente sometida á la autoridad absoluta del padre. Los hermanos mismos velaban por la honradez de las hermanas, lo mismo que Tito, tan duro con su hermana Pierina, celándolas con cuidado extremado, no por un mal pensamiento de celos inconfesables, sino por el buen nombre de la familia, por su honor.

Y esto sin una religión real en medio de la más infantil idolatría; todos los corazones inclinándose á la *Madona* y á los santos, los únicos que existían, los únicos que imploraban fuera de Dios, en quien nadie pensaba.

Desde luego el estancamiento de ese pueblo bajo, se explicaba fácilmente. Detrás de todo aquello, había una porción de siglos durante los cuales se había alentado su pereza, halagando su vanidad y entregado á una muelle existencia consentida.

Cuando no eran albañiles, carpinteros ó panaderos, eran criados y servían al clero á sueldo, más ó menos directamente del papado.

De ahí dos partidos claramente indicados; los antiguos carbonarios convertidos más tarde en mazzinianos y garibaldinos, los más numerosos quizás, lo más escogido y selecto del *Transtibere*, y al otro lado, los clientes del Vaticano, los que vivían de la Iglesia, de cerca ó de lejos, y que echaban de menos al papa rey.

Pero, de una y otra parte, todo ello permanecía en estado de opinión, de la que se hablaba, sin que jamás se les

ocurriese la idea de hacer un esfuerzo, ó de correr un riesgo probando la suerte. Habría sido necesaria una brusca pasión que barriese la sólida razón de la raza, y arrojadolos á cometer cualquier acto de demencia. ¿A qué?

¡La miseria era ya de tantos siglos, el cielo estaba tan azul y la siesta era tan agradable á las horas de calor! Parecía comprobado tan sólo un hecho; el fondo de patriotismo, la mayoría segura de los que querían á Roma por capital, aquella gloria reconquistada hasta el extremo de que faltó muy poco para que no estallase una revuelta en la ciudad Leonina, cuando circuló el rumor de que se había llegado á un acuerdo entre el papa é Italia, teniendo por base el restablecimiento del poder temporal en dicha ciudad.

Si la miseria había, al parecer, aumentado, si el obrero romano se quejaba más, era porque realmente no había ganado nada con los trabajos grandiosos que durante quince años se habían estado ejecutando en Roma. Ante todo, una masa de cuarenta mil obreros invadió su ciudad, obreros en su mayor parte procedentes del Norte, que trabajaban á un precio muy bajo, y eran más animosos y resistentes.

Quando el obrero romano tuvo su parte en el trabajo, vivió mejor y no ahorró nunca nada, de manera que, cuando al producirse la crisis y tuvieron que repartirse los cuarenta mil obreros de las provincias, se encontró otra vez como antes, en una ciudad muerta en la que se cerraban los talleres y sin abrigar la esperanza de hallar trabajo en mucho tiempo.

Y así volvió á su antigua indolencia, satisfecho en el fondo de que el trabajo no le molestase mucho y haciendo de nuevo la mejor vida posible con su antigua compañera la miseria, sin un céntimo y viviendo á lo gran señor sin trabajar.

A Pedro, lo que más le llamó la atención, fué los caracteres diferentes de la miseria en París y en Roma. Indudablemente en la última, la desnudez, el abandono, era más absoluto, el alimento más inmundito y la suciedad más repugnante, ¿por qué, pues, aquellos hombres pobres conservaban una alegría real y vivían con más felicidad?

Cuando evocaba el recuerdo de un invierno de París, los zaquizamís que tanto había visitado, en los que entraba la nieve y el agua y en que tiritaban de frío familias enteras sin fuego y sin pan, sentía su corazón oprimido por una compasión que no experimentó tan viva y tan intensa en los Prados de Santángelo. Y al fin lo comprendió; la miseria en Roma, era una miseria que no tenía frío.

¡Oh! Sí, qué dulce y eterno consuelo era el de aquel sol siempre claro, el de un cielo bienhechor que jamás veía empañado su azul, por bondad hacia los miserables! ¿Qué importaba lo abominable de la habitación, si se podía dormir fuera, acarijados por el tibio viento? ¿Qué importaba hasta el hambre, si la familia esperaba la limosna de la casualidad en las calles soleadas y encima de la seca hierba?

El clima hacía que se fuese sobrio y que no se experimentase la necesidad del alcohol ni de las carnes negras, para hacer frente á las nieblas y al frío.

Refase la divina holgazanería en los días de dorado sol, la pobreza convertíase en un goce libre en medio de aquel aire delicioso, en el que dijérase bastaba á la criatura la alegría de vivir.

En Nápoles, según contaba Narciso, en los barrios del puerto y en los de Santa Lucía en calles estrechas nau-seabundas, cubiertas de ropas puestas á secar, la vida entera pasábala el pueblo fuera de su casa.

Las mujeres y los chiquillos que no estaban abajo en la calle, vivían en los ligeros balcones de madera colgados de todas las ventanas.

Se cosía y se cantaba allí y también se lavaban allí; pero era en la calle sobre todo, en donde se pasaban la vida, pues convertíanla en sala común, hombres que salían acabándose de poner los pantalones, mujeres medio desnudas que despiojaban á sus hijos y que ellas mismas se peinaban, un populacho de hambrientos que en todas partes encontraba la mesa puesta.

En mesitas, en carricoches, había un continuo mercado de comidas hechas que se despachaban á un precio muy bajo, granadas ó frutas, demasiado maduras, desechos, ma-

carrones cocidos, legumbres hervidas, pescado frito, almajas, toda la cocina constantemente preparada entre la muchedumbre que comía allí al aire libre y sin tener nunca que encender lumbre.

¡Y qué multitud más bulliciosa; las madres siempre chillando, gesticulando, los padres sentados en fila á lo largo de las aceras, los hijos cansándose correteando sin cesar y todo esto en medio del frenesí, del barullo, de gritos, de canciones, de música y de la más extraordinaria é inconcebible de las indiferencias!

Roncas voces estallaban con alegres dicharachos y carcajadas; caras morenas, no hermosas, estaban dotadas de unos ojos admirables en los que centelleaba la alegría de vivir bajo aquellas cabelleras enmarañadas y de color de la tinta.

¡Ah! ¡Pobre pueblo tan alegre, tan bueno é ignorante que toda su ambición se reducía á tener los pocos céntimos que necesitaba para satisfacer con cualquier cosa su hambre en aquella feria perpetua!

Era cierto; jamás democracia alguna tuvo menos conciencia de sí misma. Puesto que, según decían, echaban de menos la antigua monarquía, bajo la cual sus derechos á esa vida de desnuda pobreza parecía que estaban más asegurados, preguntábase uno si era necesario incomodarse por ellos y conquistarles á pesar suyo, con más ciencia y más conciencia, más bienestar y más dignidad.

Infinita tristeza apoderóse del corazón de Pedro en presencia de la alegría de aquellos muertos de hambre, dominados por la embriaguez y el engaño de la luz del sol.

Y era indudablemente el hermoso cielo el que hacía que ese pueblo fuese tan infantil, de una infancia tan prolongada; así se explicaba que esa democracia no se desper-tase más pronto.

Sin duda, tanto en Roma como en Nápoles, sufrían careciendo de todo; pero no conservaban en su memoria el rencoroso recuerdo de los días atroces de invierno; el rencor de haber estado dando diente con diente de frío, mientras que los ricos se calentaban ante los grandes fuegos de sus chimeneas; no sabían lo que eran las furiosas meditaciones hechas en esos chiscones en que entra el agua y la

nieve ante el escaso fuego que va á apagarse; la necesidad que entonces se sentía de hacerse justicia, el deber de la rebelión para salvar á la mujer y á los hijos de la tisis para lograr que tenga un nido caliente y en el que sea posible la existencia.

¡Ah! Esa miseria que tiene frío es el colmo, el exceso de la injusticia social, la escuela más terrible en que el pobre aprende á conocer su sufrimiento, y es cuando se indigna y jura hacerla cesar aunque para ello tenga que hacer saltar al caduco mundo.

Y Pedro halló también, bajo ese cálido sol y dulzura del cielo, la explicación de San Francisco, el divino mendigo de amor, vagando por los caminos, celebrando el encanto delicioso de la pobreza.

Era, sin duda, un revolucionario inconsciente, que, á su manera, protestaba del lujo desbordante de la corte romana, con su retorno al amor de los humildes, de los míseros, á la sencillez de la Iglesia primitiva.

Nunca, empero, habríase producido semejante despertar de la inocencia y de la sobriedad en un país del Norte, en que los vientos de Diciembre hielan.

Se necesitaba el encanto de la Naturaleza, la frugalidad de un pueblo que se nutre con el sol y la mendicidad bendecida por aquellos caminos caldeados siempre por el astro.

Así era como debía haber llegado hasta aquel olvido completo de sí mismo.

La pregunta parecía al principio embarazosa, ¿cómo un San Francisco había podido nacer antaño, con el alma tan llena de ardiente fraternidad, comulgando con personas, bestias y cosas en aquella tierra, hoy tan poco caritativa, dura con los pequeños, despreciadora del pueblo bajo y que ni siquiera hacía limosna á su papa?

¿Era que el orgullo antiguo había secado los corazones ó bien que la experiencia de pueblos muy antiguos la impulsaba á un egoísmo final, para que Italia pareciese haber atrofiado el alma en su catolicismo dogmático y pomposo, mientras que el retorno al ideal evangélico, la pasión de los humildes y de los que sufren, se revelaba en nuestros días en las dolorosas llanuras del Septentrión, entre los pueblos privados del sol?

Era todo esto y además, sobre todo, que San Francisco cuando se unió alegremente á su amante la Pobreza, pudo en seguida pasearla con los pies desnudos y vestida apenas, durante aquellas primaveras espléndidas y á través de aquellas poblaciones á las que inflamaba con ardiente necesidad de compasión y de amor.

Sin dejar de hablar, llegaron Pedro y Narciso á la plaza de San Pedro, en donde se sentaron á la puerta del restaurant, en el que habían almorzado antes otro día, ante una de las mesitas que estaban colocadas á lo largo de la acera y cubiertas con un mantel de dudosa blancura; pero, en cambio, la vista que desde allí se disfrutaba era realmente soberbia, con la basílica enfrente, el Vaticano á la derecha, encima del desenvolvimiento majestuoso de la columnata.

La mirada de Pedro se fijó en seguida otra vez en ese Vaticano, cuyo recuerdo no se apartaba de su memoria; aquel segundo piso con sus ventanas siempre cerradas, en donde habitaba el papa y en donde nunca se presentaba nada viviente.

Cuando el camarero empezó su servicio llevando los entremeses, anchoas y aceitunas, lanzó el presbítero una ligera exclamación para llamar la atención á Narciso.

—¡Ah! ¡Mirad, amigo mío! Ahí en aquella ventana, en la que me dijeron era la del papa, ¿no véis una figura en pie é inmóvil?

El agregado se echó á reír.

—¡Y qué! Debe ser el papa en persona. Como tenéis tantos deseos de verle, le estáis evocando á cada momento.

—Os aseguro,—repitió Pedro,—que allí detrás de los cristales hay una figura blanca que mira.

Narciso, que tenía mucho apetito, siguió comiendo y bromeando, y de pronto dijo bruscamente:

—Entonces, amigo mío, puesto que el papa nos está mirando, es esta la ocasión de que nos ocupemos de él. Os prometí contaros de qué manera engulló los millones del patrimonio de San Pedro en esa horrenda catástrofe financiera, cuyas ruinas acabáis de ver, y una visita al harrio nuevo de los Prados del Castillo no sería cosa completa,

Roma—Tomo 1—22

si no la acompañase esa historia, que es, en cierto modo, la que debe servirla de epílogo.

Sin perder bocado, habló mucho. Al morir Pío IX, el patrimonio de San Pedro tenía un caudal que excedía de veinte millones.

Durante largo tiempo, el cardenal Antonelli, que especulaba y hacía muy buenos negocios, dejó parte de ese dinero en casa de Rothschild y parte en manos de diferentes nuncios, á los que encargaba lo hiciesen producir en el extranjero.

Pero á la muerte del cardenal Antonelli, el que le reemplazó, el cardenal Simeoni, envió á buscar el dinero que estaba en poder de los nuncios para colocarlo en Roma.

Fué por entonces, cuando á su advenimiento al solio pontificio León XIII, nombró una comisión de cardenales encargados de administrar ese patrimonio, y de esa comisión fué el secretario monseñor Folchi.

Este prelado, que durante doce años representó un papel muy importante, era hijo de un empleado de la Dataría, que le dejó un millón de herencia, ganado en hábiles especulaciones.

Muy hábil también, y habiendo heredado el talento de su padre, se reveló como hacendista de primer orden, de manera que la comisión le fué abandonando poco á poco el trabajo y poderes, dejándole obrar por completo á su antojo y limitándose á aprobar la memoria ó resumen que presentaba en todas las sesiones.

El patrimonio no producía apenas más que un millón, y como el presupuesto de gastos era de siete millones, se necesitaba encontrar los otros seis. Del dinero de San Pedro, el papa le daba anualmente tres millones á monseñor Folchi, el que, durante los doce años de su gestión, llevó á cabo el prodigio de duplicarlos, mediante la ciencia de sus especulaciones y empleo del dinero, de manera que se cubría el presupuesto sin comprometer jamás el patrimonio.

De este modo en los primeros tiempos se realizaron ganancias considerables jugando en Roma sobre los terrenos. Tomaba acciones de todas las empresas nuevas y arriesga-

ba jugadas sobre las de los molinos, los ómnibus y conducciones de agua, sin contar con un agio sostenido de acuerdo con una casa de banca católica, con el Banco de Roma.

Maravillado con tanta habilidad, el papa, que hasta entonces había especulado aparte, por medio de un negociante de su confianza apellidado Scorbini, despidió á éste y encargó á monseñor Folchi la administración de su caudal, puesto que tan bien administraba el del patrimonio de San Pedro y tanto lo hacía producir.

Aquella fué la época en que la privanza del prelado llegó á su apogeo. Los malos tiempos empezaron, el suelo crugía ya y el derrumbamiento iba á producirse con la celeridad del rayo.

Por desgracia una de las operaciones que solía hacer León XIII era la de prestar grandes sumas á los príncipes romanos que, impulsados por la fiebre del juego, comprometidos en los negocios de edificaciones y de compra de terrenos, necesitaban dinero.

Aquellos le daban en garantía acciones, y de tal manera sucedió esto, que cuando ocurrió la catástrofe, el papa no tenía entre las manos más que montones de papel sin ningún valor.

Por otra parte, hubo también la desastrosa tentativa de fundar una casa de banca en París con objeto de colocar entre la clientela aristocrática y religiosa el papel sobrante en Italia, y para cebo se dijo que el papa participaba del negocio, y lo peor de todo era que, efectivamente, debía comprometer en él tres millones.

En resumen, que la situación íbase haciendo tanto más crítica cuanto que poco á poco había ido comprometiendo todos los millones en la terrible partida de agio que se jugaba en Roma, bajo las ventanas de su Vaticano, tentado seguramente por los grandes beneficios que podrían obtenerse, animado también, tal vez, por la idea de reconquistar con el dinero la ciudad que le habían arrancado á la fuerza.

Su responsabilidad iba á ser completa, porque monseñor Folchi no emprendía jamás ningún negocio sin consultárselo previamente, y él debía ser el verdadero autor

de su desastre con su afán de ganar, con su deseo de proporcionar á la Iglesia la supremacía moderna de los grandes capitales; pero, como sucede siempre, el prelado fué el único responsable del desastre.

Era monseñor Folchi de carácter imperioso y áspero y los cardenales de la comisión, pareciéndoles que las sesiones era cosa completamente inútil, puesto que obraba como señor absoluto y no se reunía más que para enterarse de lo que buenamente querían darles á conocer de las operaciones que se realizaban.

Cuando estalló la catástrofe se urdió un complot y los cardenales aterraron al papa con las malas noticias que corrían y luego obligaron á monseñor Folchi á que rindiese cuentas delante de la comisión.

La situación era malísima y las enormes pérdidas no podían evitarse. Monseñor Folchi cayó en desgracia y desde entonces en vano ha pedido una audiencia al papa, que constantemente se ha negado á recibirle, como para castigarle de la falta que cometieron entre los dos, de esa locura de lucro que á ambos les cegó; pero nunca se ha quejado, mostrándose muy piadoso, muy sumiso y guardando sus secretos é inclinándose ante la decisión papal.

Nadie puede decir con precisión á qué cantidad asciende la cifra de los millones que el patrimonio de San Pedro dejó en esa catástrofe de Roma, convertida en un centro de negocios sucios, y si hay alguien que dice que no pasa de diez millones, otros aseguran que llega á treinta. Es creíble que la pérdida ascendió á unos quince millones.

Después de las chuletas con tomate sirvió el mozo un pollito frito y Narciso terminó diciendo:

—¡Ah! Lo que es ahora el agujero está tapado. Os dije ya qué cantidades tan considerables había facilitado el dinero de San Pedro del que el papa es el único que regula el empleo y sabe á cuanto asciende...

Aparte de todo no se ha corregido y sé de buena tinta que sigue jugando aunque con más cautela, y á eso se reduce todo.

Su hombre de confianza es también hoy un prelado, creo que monseñor Marzolini, que es quien se cuida de sus negocios de interés.

¡Y qué diantre, amigo mío, hace bien! ¡Qué diablo, vivé con la época!

Habíale escuchado Pedro con creciente sorpresa á la que se mezclaba algo semejante á terror y tristeza. Todo aquello era muy natural, hasta legítimo; pero no se le había ocurrido nunca el pensar que pudiese existir, pues no soñaba más que con un pastor de almas muy alejado, colocado muy alto, y desprendido de todo cuidado temporal.

¡Y cómo! ¡Ese papa, ese padre espiritual de los míseros y de los que sufren había especulado y jugado sobre terrenos y valores de Bolsa! ¡Había jugado y colocado fondos en casas de banca de judíos, practicando la usura, hecho sudar intereses al dinero! ¡Ese sucesor de San Pedro, del Apóstol, Pontífice de Cristo, del Jesús del Evangelio y amigo divino de los pobres!

¡Y además qué contraste más doloroso; tantos millones allá arriba en las salas del Vaticano en el fondo de algún discreto mueble, tantos millones que producían, que trabajaban, colocados y vueltos á colocar en seguida para que produzcan más, del mismo modo que huevos de oro empollados con la ternura apasionada del avaro! ¡Y muy cerca, abajo, en aquellas inmundas casas sin concluir de los barrios nuevos, tanta miseria! ¡Tantas pobres gentes que se morían de hambre en medio de la más repugnante suciedad; las madres sin leche con que amamantar á los hijos; los hombres reducidos á la holganza por la huelga forzosa; los ancianos agonizando como bestias de carga á las que se mata cuando no sirven para el trabajo! ¡Ah! ¡Era posible que sucediese esto, Dios mío, Dios de caridad, Dios de amor!

Sin duda la Iglesia tiene necesidades materiales y no puede vivir sin dinero, y era un pensamiento prudente y de la más alta política ganarla un tesoro que la permitiese combatir victoriosamente á sus enemigos; mas, cuán repugnante impulsivo era esto y el verla descender de su divina realeza para no ser más que un partido, una vasta asociación internacional que no tenía más objeto que el de conquistar y poseer el mundo.

Y Pedro se quedaba aún más asombrado ante lo extra-

ordinario de la aventura, ¿habíase imaginado un drama más inesperado y más lleno de atractivo?

Ese papa, que se encerraba estrechamente en su palacio, en una prisión, sin duda, pero en una prisión cuyas cien ventanas abriábase sobre la inmensidad; Roma, su campiña, las montañas colindantes; ese papa que desde su ventana á todas las horas del día y de la noche y durante todas las estaciones, abrazaba con una mirada y veía desarrollarse á sus pies su ciudad, la ciudad de que le habían despojado y cuya restitución exigía con un continuo lamento, ese papa que desde que habían dado comienzo los trabajos, asistió también día por día á todas las transformaciones que sufría su ciudad, á las aperturas de nuevas calles, al derribo de antiguos barrios, á la venta de los terrenos en los que por todas partes se levantaban nuevas edificaciones concluyendo por rodear con blanco cinturón todas las antiguas construcciones retostadas por el sol, y entonces ese papa, ante el espectáculo diario, ante esa furia de la edificación de que podía enterarse al levantarse y al acostarse, dominado á su vez por la pasión del juego que subía desde la ciudad entera, semejante á una embriagadora humareda, ese papa, desde la habitación en que permanecía estrictamente encerrado, primero jugó sobre el embellecimiento de su antigua capital, tratando de enriquecerse con el movimiento de los negocios impulsado por ese gobierno italiano al que trataba de expoliador, y después perdió bruscamente unos cuantos millones en una catástrofe colosal que debió desear, pero que no previó.

No, jamás un rey destronado cedió á una sugestión tan singular, para comprometerse en una aventura más trágica, que le hería como un castigo. ¡Y no era un rey el que lo hacía, era el delegado de Dios, era Dios mismo, ante los ojos de la idólatra cristiandad!

Habíanles servido los postres, queso de cabra y frutas, y Narciso estaba concluyendo de desgranar un racimo de uvas, cuando levantando de pronto la cabeza, exclamó:

—Pues tenéis razón, querido; también veo yo esa sombra blanca detrás de los cristales, allá arriba, en la habitación del Santo Padre,

Pedro, que no separaba la mirada de la ventana, dijo con lentitud:

—Sí, había desaparecido y ahora ha vuelto á presentarse, y está detrás de los cristales blanca é inmóvil.

—¡Pardiez! ¿Y qué queréis que haga?—replicó Narciso con su aire lánguido y sin que se pudiese saber si se burlaba ó no.—Es como todo el mundo; mira por su ventana cuando quiere distraerse un poco, con tanto mayor motivo cuanto que tiene realmente mucho que contemplar y sin cansarse jamás.

Y era este hecho el que, apoderándose de Pedro, hacía que fuese en aumento la emoción que experimentaba. Hablaban de un Vaticano cerrado y se imaginó un palacio sombrío, rodeado de elevadas murallas, porque nadie había dicho y todo el mundo parecía ignorarlo, que aquel palacio dominaba á Roma y que desde su ventana el papa veía el mundo. Aquella inmensidad conocíala muy bien Pedro por haberla visto desde lo alto del Janículo, por volverla á ver desde las logias de Rafael y desde la cúpula de San Pedro. Y lo que León XIII veía en aquellos momentos, inmóvil y blanco tras los cristales, lo evocaba Pedro y lo veía con él.

En el centro del vasto desierto de la campiña, que limitaban los montes de la Sabina y los montes Albanos, veía León XIII las siete ilustres colinas, el Janículo, que coronaban los árboles de la villa Pamphini; el Aventino en la que no quedaban más que tres iglesias ocultas entre la fronda; el Celio más atrás y aun desierta y perfumada por los naranjos en fruto de la villa Mattei; el Palatino bordeado por una hilera de cipreses, crecidos allí como para adornar la tumba de los Césares; el Esquilino, en donde se elevaba el delgado campanario de Santa María la Mayor; el Viminal que se semejaba á una cantera despanzurrada con sus montones confusos y yesosos de nuevas construcciones; el Capitolio con su palacio de los senadores, apenas señalado por su cuadrada torre; el Quirinal en el que se levantaba el palacio del rey con su revoco de un amarillo chillón que resaltaba sobre el fondo verde obscuro de sus árboles.

Veía, además de Santa María la Mayor, todas las basili-

cas, San Juan de Letrán, cuna del papado, San Pablo extra muros, Santa Cruz de Jerusalén, Santa Ana y las cúpulas de Jesús, San Andrés del Valle, San Carlos, San Juan de los Florentinos y las cuatrocientas iglesias de Roma, que hacen de la ciudad un campo sagrado plantado de cruces.

Vea también los monumentos famosos, testigos del orgullo de los siglos, el fuerte de Santángelo, tumba de un emperador convertido en fortaleza papal; la línea blanca de los otros sepulcros de la vía Appia, allá abajo las minas esparcidas de las thermas de Caracalla, de la casa de Septimio Severo; columnas, pórticos, arcos de triunfo, después los palacios y villas de los fastuosos cardenales del Renacimiento, el palacio Farnesio, el palacio Borghese, la villa de Médicis y tantas otras en medio de un pulular de techos y fachadas; pero lo que veía bajo su misma ventana, hacia la izquierda, era la abominación del nuevo barrio, sin concluir de los Prados del Castillo.

Por la tarde, cuando se paseaba por sus jardines, que el muro levantado por León IV convierte en un bastión cercado de una ciudadela, podía ver el horrible valle que han devastado al pie del Monte Mario, para establecer ladrillerías en los momentos en que llegó á lo más álgida la furia de las construcciones.

Las verdes pendientes están despanzurradas, y zanjas profundas y amarillentas las cortan por todos lados, mientras que los hornos de ladrillo, hoy cerrados, no son más que lamentables ruinas con sus elevadas chimeneas muertas y de las que no sale nunca humo.

Y á cualquier otra hora del día, no podía acercarse á sus ventanas, sin tener ante los ojos el espectáculo de aquellas habitaciones abandonadas, para las que se habían fabricado tantos miles de ladrillos, aquellos edificios muertos antes de haber vivido y en los que no había á la hora presente más que la miseria bullidora de Roma, que se pudría allí como una descomposición de las sociedades antiguas.

Pero Pedro imaginábase sobre todo que León XIII, la sombra de allá arriba, acababa por olvidarse del resto de la ciudad, para hacer que sus meditaciones se fijasen en

el Palatino, sin corona entonces, y no levantando al cielo más que la de sus negros cipreses. Sin duda reedificaba con el pensamiento los palacios de los Césares, contemplaba como se levantaban grandes sombras todas ellas rojizas, vestidas de púrpura, sus venerables antepasados, los únicos que podían decirle cómo se gobernaban los pueblos obrando como señor y dueño del mundo.

Fijábanse sus miradas en el Quirinal y allí se absorbía durante horas enteras ante el espectáculo de la realeza de enfrente.

¡Qué contraste! ¡Qué encuentro más extraño el de esos dos palacios que se contemplaban, el Quirinal y el Vaticano, que dominan, que se alzan el uno enfrente del otro por cima de la Roma de la Edad Media y del Renacimiento, cuyos techos dorados y recocidos por el sol se apilan y confunden en las orillas del Tíber.

Con unos sencillos gemelos de teatro, papa y rey, podían verse claramente cuando se asomaban á su ventana.

No son más que puntos olvidables, perdidos en la extensión sin límites; ¡y qué abismo mediaba entre los dos, cuántos siglos de historia, cuántas generaciones que han sufrido y luchado, cuánta grandeza muerta y qué inminente para el porvenir! Se ven y están aún entregados á la lucha de saber para quién será el pueblo cuya oleada se agita bajo sus miradas; quién será su dueño soberano absoluto: si el Pontífice, pastor de almas, ó el rey, señor de cuerpos.

Y entonces se preguntó Pedro cuáles eran las reflexiones, las meditaciones de León XIII detrás de aquellos cristales, en los que creía continuamente ver presentarse su blanca figura de aparecido.

Ante la nueva Roma con sus antiguos barrios devastados, con los barrios nuevos derribados por un viento de desastre, debía indudablemente gozar viendo el colosal aborto del gobierno italiano. Le habían despojado de su ciudad y habían querido enseñarle como se creaba una gran capital yendo á parar, después de tantas pretensiones, á semejante catástrofe, á tantas inútiles edificaciones que ni siquiera se sabía de qué manera habían de concluirse,

No podía por menos de estar encantado de los apuros tremendos por qué había pasado el régimen usurpador, la crisis política, la crisis económica, un malestar nacional creciente tal y tan grande, que parecía amenazar con el hundimiento á aquel régimen, y sin embargo, ¿no tenía él mismo alma de patriota? ¿no era hijo amante de esa Italia cuyo genio y secular ambición circulaban por sus venas? ¡Ah! ¡No! ¡Nada contra Italia! ¡Al contrario, que volviese á ser la dominación del mundo!

Un dolor grande apoderábase de él en medio de la alegría de su esperanza, cuando la veía arruinada de ese modo, amenazada con la bancarrota, mostrando esa Roma trastornada y sin concluir, que era como una confesión de su impotencia. Pero si la dinastía de Saboya desaparecía un día, ¿no estaba él allí para reemplazarla y entrar al fin en posesión otra vez de la ciudad, que hacía quince años no veía más que desde su ventana, presa de los demolidores y de los albañiles? Volvería á ser el dueño, reinando sobre el mundo desde la ciudad predestinada á la que las profecías habían asegurado la eternidad y la universal dominación.

Y el horizonte se ensanchaba y Pedro se preguntó qué era lo que veía León XIII por cima de Roma, más allá de la campiña romana, de los montes Sabinos y los montes Albanos, en la cristiandad entera.

Puesto que estaba encerrado en su Vaticano desde hacía dieciocho años, puesto que no tenía en el mundo más abertura que la del hueco de su ventana, ¿qué veía desde allí arriba, qué ecos, qué verdades y qué certidumbres llegaban hasta él de nuestras modernas sociedades?

Algunas veces, desde las alturas del Viminal, en donde se encuentra la estación, deberían llegar hasta él prolongados silbidos de la locomotora; aquella era nuestra civilización científica, los pueblos que se aproximan, la humanidad libre marchando al porvenir.

¿Soñaba él también con la libertad, cuando volviendo la vista hacia la izquierda admiraba el mar allá abajo, al otro lado de las tumbas de la vía Appia? ¿Habría querido alguna vez marcharse, abandonar la Roma de su tradición

para fundar en otra parte el papado de las nuevas democracias?

Puesto que decían que tenía un talento tan claro, tan penetrante, habría debido comprender, habría debido temblar al enterarse de los rumores lejanos que llegaban hasta él, desde ciertos países de lucha, de América, por ejemplo, en donde obispos revolucionarios trabajaban para conquistar al pueblo. ¿Era para él ó para ellos para quien trabajaban?

Si no podía seguirles, si se entereaba en encerrarse en su Vaticano, atado por todos lados por el dogma y la tradición, ¿no era de temer que llegase un día en que se impusiese la ruptura de relaciones? Y la amenaza de un viento de cisma soplando desde lejos, le pasaba sobre su cara llenándole de una angustia creciente.

Era por eso mismo por lo que se había convertido en el diplomático de la conciliación, queriendo reunir en su mano todas las fuerzas dispersas de la Iglesia, cerrando los ojos sobre las audacias de ciertos obispos, tanto como se lo permitía la tolerancia, esforzándose él mismo para conquistar el pueblo, poniéndose á su lado contra las monarquías caídas.

¿Iría más lejos? ¿No se encontraba encerrado tras la puerta de bronce, en ese Vaticano, dentro de la estricta fórmula católica á que le encadenan los siglos? La obstinación era fatal y le sería imposible resignarse á su fuerza real y todopoderosa, á ese poder puramente espiritual, á esa autoridad moral del más allá que llevaba la humanidad á sus pies y que hacía arrodillar á las peregrinaciones y desmayarse á las mujeres. Abandonar á Roma, renunciar al poder temporal, era cambiar el centro del mundo católico, sería no ser más lo que era, jefe del catolicismo, sino otro jefe de otra cosa.

¡Y qué pensamientos inquietos se le ocurrirían en aquella ventana, si el viento de la tarde alguna vez le llevaba la vaga imagen de esa otra, la pavora de la religión nueva confusa aun, que se elaboraba en el sordo pisar de las naciones en marcha, y cuyos ruidos llegaban hasta él desde todos los puntos del horizonte!

Comprendió Pedro en aquel momento que, detrás de

los cristales cerrados, la sombra blanca, la sombra inmóvil, sólo se sostenía en pie por el orgullo, por la continua certidumbre de vencer.

Si los hombres no bastaban intervendría el milagro.

Tenía la absoluta convicción de que volvería á entrar en posesión de Roma, y que si esto no lo hacía él, sería su sucesor el que lo lograra.

La Iglesia, con su indomable voluntad de vivir, ¿no tenía la eternidad delante de ella? ¿Y por qué no él? ¿Era que Dios no podía lo imposible?

Mañana, si Dios lo quería, á pesar de todos los razonamientos humanos, á pesar de la apariencia de lógica de los hechos, sería devuelta la ciudad con motivo de cualquier brusco cambio de la Historia. ¡Ah! ¡Qué fiesta para recibir á aquella hija pródiga, cuyas equívocas aventuras siguió siempre con sus ojos paternales humedecidos por las lágrimas!

Olvidaría los desbordamientos á los cuales había asistido durante dieciocho años, á todas las horas y durante todas las estaciones.

Tal vez soñaba en lo que haría en aquellos barrios nuevos con que la mancharon, ¿los derribaría ó los dejaría tal cual estaban, como el testimonio de la demencia de los usurpadores?

Volvería á ser la ciudad augusta y muerta, desdeñosa de los vanos cuidados de la limpieza y de la comodidad material, resplandeciendo sobre el mundo semejante á un alma pura con la gloria tradicional de los siglos pasados.

Y su sueño continuaba, imaginando de qué modo iban á pasar las cosas al día siguiente, sin duda.

Todo era preferible á la casa de Sáboya, todo, incluso una república. ¿Por qué no una república federativa que hiciese pedazos á Italia; con arreglo á la antigua y abolida división, lo que haría que le restituyesen á Roma y que le escogiesen como protector natural del Estado así reconstituído?

Después sus miradas se extendían más allá de Roma, más allá de Italia; su sueño se agrandaba, seguía agrandándose y englobaba á Francia republicana, España que

podía volver á serlo; Austria, que algún día sería conquistada; todas las naciones católicas convertidas en los Estados Unidos de Europa, pacificados y fraternizando bajo la elevada presidencia del Soberano Pontífice.

Después, en el triunfo supremo, eran las otras Iglesias las que desaparecían; todos los pueblos disidentes que iban á él como pastor único, Jesús que reinaba en su persona, sobre la democracia universal.

Pedro bruscamente vióse interrumpido en ese ensueño que adaptaba á León XIII.

—¡Oh! ¡Mirad, querido,—dijo Narciso,—el tono de color de las estatuas, allí en la columnata!

Había mandado que le sirviesen una taza de café y fumaba lánguidamente un cigarro, entregándose á sus únicas meditaciones de estético refinado.

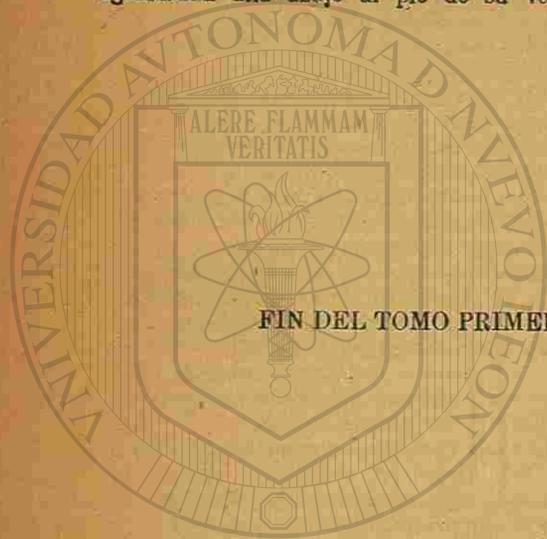
—Miradlas: son de color de rosa, pero de un rosa que tira al rojo, como si la sangre azul de los ángeles circulase por sus venas de piedra... Es el sol de Roma, ese amigo mío, que les da esa vida supraterrrestre, por qué viven, las he visto yo sonreír y tenderme los brazos en ciertos hermosos crepúsculos... ¡Ah! ¡Roma! ¡Roma maravillosa y deliciosa! ¡Aquí se vivirá del aire del tiempo, tan pobre como Job, con la continua alegría de respirar el encanto!

Aquella vez no pudo Pedro por menos de sorprenderse al recordar su voz tan clara, su espíritu de hacendista tan preciso y acertado. Y su pensamiento volvió á los Prados del Castillo y una tristeza horrible le oprimió el corazón ante esa última evocación de tanta miseria y de tanto sufrimiento.

Vea otra vez la inmundicia suciedad en que tantas criaturas echábanse á perder; vea esa abominable injusticia social que condena al mayor número á una existencia de bestias malditas sin alegría y sin pan.

Y como sus miradas se fijasen aún en las ventanas del Vaticano, pensó, creyendo ver levantarse una mano pálida detrás de los cristales, en aquella bendición papal que León XIII daba desde tan alto, por encima de Roma, por cima de la campiña y de los montes, á los fieles de la cristiandad entera. Y esa bendición presentósele de pron-

o irrisoria é impotente, puesto que á pesar de haber pasado tantos siglos no había podido suprimir ni uno sólo de los dolores de la humanidad, y ni siquiera hacer un poco de justicia á los miserables, á los desdichados, que agonizaban allá abajo al pie de su ventana.



FIN DEL TOMO PRIMERO

## Obras de Guy de Maupassant

El Buen Mozo	El Testamento
La señorita Perla	La Loca
La Criada de la Granja	El Abandonado
Berta	Miss Harriet
Bajo el sol de Africa	Inútil belleza
	El suicidio del Cura

## Obras de Víctor Hugo

Los trabajadores del mar	El noventa y tres
Nuestra Señora de París	El hombre que ríe
	Han de Islandia ó el hombre fiero

